

SUMARIO

Una nota explicativa p. 752

El caballo de Ledesma. Mario Briceño-Iragorri p. 754

«El jinete solitario» p. 756

«La deuda de las generaciones» p. 758

«La vida de los héroes» p. 761

«La crisis de la caridad» p. 764

«El retorno de Bolívar» p. 767

«La agonía del héroe» p. 769

«No temer la libertad» p. 771

«En defensa de Ledesma» p. 774

Las luchas de la mujer venezolana. Carmen Clemente Travieso p. 776

Carriel número cinco (Un homenaje al costumbrismo). Elisa Lerner p. 800

«Soberano regaño para Madame Simone» p. 802

«La misma medalla» p. 804

«Me libero de ser anfitriona» p. 806

El aplauso va por dentro. Mónica Montañés p. 808

Ana Isabel una niña decente. Antonia Palacios p. 814

«Domingo de carnaval» p. 816

«La excursión» p. 820

«El venado» p. 824

«La piñata» p. 827

«El lagartijo» p. 832

Ifigenia. Teresa de la Parra p. 834

El doctor Bebé o Política feminista. José Rafael Pocaterra p. 850

«Una mujer de mucho mérito». José Rafael Pocaterra p. 914

Divorciarme yo... Orlando Urdaneta p. 918

«La estructura familiar atípica y el fracaso histórico cultural en Venezuela».

José Luis Vethencourt p. 924

«Reflexiones sobre la sexualidad»*. Violeta Roffé p. 926

| * Este ensayo se incluye por decisión de los editores.

Una nota explicativa

Maritza Montero

Una nota explicativa

El título de este proyecto, sus condiciones de producción y la limitación de los textos comentados a no más de diez, y no menos de cinco, han dirigido mi selección de los que aquí presento. Pero esta selección además de contener modelos de masculinidad y de femineidad atribuidos a personajes, históricos o literarios, netamente venezolanos, responde además a otros criterios colocados por mí, el primero de los cuales es la definición de lo que entiendo por «pensar» y por pensamiento, en este caso venezolanos.

Así, reflexionando sobre ese *pensar* y su *suma*, me planteé la necesidad de definir el concepto «pensar» de tal manera que reflejase aquellas expresiones en la literatura, en las ciencias y en general, conservadas de forma escrita y accesible, de ideas sobre el tema objeto de este ensayo producidas en Venezuela, que respondiesen con fidelidad cultural, histórica y social a la condición de venezolanidad. Mi definición se basa en la consideración del pensamiento como aquel conocimiento producido en una sociedad, que se expresa en diversas manifestaciones públicas, de creación, cuya influencia trasciende a muchos sectores de la sociedad y en el

cual se manifiestan aspectos originales de la cultura que reflejan el *ser* social y su idiosincrasia. Y que abarca muy diversos géneros literarios.

Otros criterios usados para la selección de los textos

Partiendo de los límites mencionados y de la concepción antes enunciada, inicié el arduo proceso de seleccionar sólo diez textos. La lista se modificó varias veces, mientras se expandía y se contraía. Al final logré un límite que respondía a los criterios de base que formulé al inicio, a sabiendas de que otras obras podrían haber figurado, pero que las incluidas no podían faltar. Los criterios utilizados para la inclusión de obras fueron los siguientes:

- 1) Definición o descripción de la persona. Concepto de persona.
- 2) Ser venezolano, ser venezolana. Ser ciudadano de Venezuela. La definición como propiedad de venezolano.
- 3) Cualidades propias del hombre venezolano. Cualidades propias de la mujer venezolana.
- 4) Expresiones, definiciones y descripciones de lo masculino y de lo femenino.
- 5) Haber sido producidas en el siglo XX.

El caballo de Ledesma *

Sumario

Presentación p. 755

«El jinete solitario» p. 756

«La deuda de las generaciones» p. 758

«La vida de los héroes» p. 761

«La crisis de la caridad» p. 764

«El retorno de Bolívar» p. 767

«La agonía del héroe» p. 769

«No temer la libertad» p. 771

«En defensa de Ledesma» p. 774

*Mario Briceño-Iragorry***

* Mario Briceño-Iragorry, «El caballo de Ledesma», en *Obras selectas*, Caracas, Edime, 1954, pp. 381-455.

** Ver perfil biobibliográfico *supra*, p. 168.

Presentación

En la obra de Mario Briceño-Iragorry hay muchos aspectos de interés político y social, pero *El caballo de Ledesma* tiene la particularidad de reunir una serie de pequeños ensayos, de cartas de un diálogo, del cual sólo leemos sus respuestas, que a la vez resumen para el lector las objeciones, opiniones o comentarios de los lectores. Briceño-Iragorry toma una anécdota histórica de gran belleza, que parece casi sacada de un libro de caballería. Uno de esos libros que quizás Alonso Andrea de Ledesma pudiese haber leído en aquella pequeña población del feraz valle de los Caracas. Es una anécdota, narrada por el obispo Oviedo y Baños en su crónica de la visita a la provincia de Venezuela a fines del siglo XVIII que habla de la desmesura que hace a la grandeza humana.

Briceño-Iragorry asume la figura de Ledesma como símbolo de la integridad y dignidad que conforman al caballero, que nos vuelven humanos y en los diferentes capítulos va construyendo un modelo de hombre, para quien el deber y la defensa de la libertad están por encima de cualquier negociación. Y lo hace porque quiere combatir lo que a lo largo de la obra se revela como una crisis de conciencia, como un menguado momento político. Es también

un modelo de ciudadano, pues sale único en su jamelgo, a enfrentar a los piratas que capitaneaba Amyas Preston. Desmesura en el gesto, desmesura en el empeño, pues Preston admirado ante su coraje ordena que no le disparen. Pero no lo detiene esa protección, pues lanza en ristre ataca a sus adversarios, quienes disparan sus arcabuces, matándolo.

Es el aspecto ético, que además es también estético en su nobleza y gallardía, lo que Briceño-Iragorry propone es que los venezolanos asuman el ejemplo, ante «los nuevos filibusteros» que «Por medio de esta nueva táctica de doblegar antes de la lucha las resistencias morales de los pueblos, pretenden sembrar el pánico y crear una conciencia paralítica...» (p. 27). O como agrega luego: «Ledesma es la imagen del hombre que no teme quedar íngrimo para seguir pensando consigo propio» (p. 33).

La masculinidad que allí se propone es la del ciudadano consciente, que por respetar al otro, exige y defiende el respeto de sí mismo. El autor resalta al caballo, sólo para destacar la altura del caballero. Esta obra es un buen ejemplo de cómo se puede, a partir de la historia, hacer historia cotidiana cuando todo parece perdido y se encuentra dentro de sí la conciencia que señala la ruta que beneficia a la colectividad.

EL JINETE SOLITARIO

«...Solo Alonso Andrea de Ledesma, aunque de edad crecida, teniendo a menoscabo de su reputación el volver la espalda al enemigo sin hacer demostración de su valor, aconsejado, más de la temeridad que del esfuerzo, montó a caballo, y con su lanza, y adarga salió a encontrar al corsario, que marchando con las banderas tendidas, iba alcanzando la ciudad, y aunque aficionado el Draque a la bizarría de aquella acción tan honrosa dio orden expreso a sus soldados para que no lo matasen, sin embargo ellos, al ver que haciendo piernas al caballo procuraba con repetidos golpes de la lanza acreditar a costa de su vida, el aliento que le metió en el empeño, le dispararon algunos arcabuces, de que cayó luego muerto, con lástima, y sentimiento aún de los mismos corsarios». Así, en su procerco estilo, describe Oviedo y Baños la muerte solitaria y heroica de aquel Ledesma insigne, que se irguió para ejemplo de defensores de la patria, cuando en los postrimerías del siglo XVI, Amias Preston, con sus huestes corsarias, entraba en la ciudad para arrasarla sin piedad.

Enjuto, en su añosa contextura que resistió el bravo batallar de la conquista, el indomable hidalgo no miró a la muerte sino a la dignidad de su persona y volando la pierna, en un último esfuerzo de hombradía, al viejo caballo de que se acompañó en los agrios trajines de las fundaciones, salió, como nuevo cruzado, a enseñar una lección de ámbito perdurable. Ambos a dos habían deambulado por las soleadas llanuras de la Mancha. Él era de la poca numerosa, pero sí indestructible, familia de Alonso Quijano. Con las aguas del bautizo había reafirmado el parentesco espiritual con tamaño padrino. El caballo venía de la raza de Rocinante, con seguro tronco en el linaje de Pegaso. Para tal hombre tal cabalgadura. El héroe dignifica la bestia hasta hacer con ella la unidad simbólica del centauro. No se puede pensar en el sacrificio de este iluminado, sin que aparezca el recuerdo del sarmentoso corcel, de andar pausado, que apenas puede aguantar

el peso de las armas con que iba ataviado el viejo extremeño, a quien no rindieron la copia de años que nevaban su cabeza y su barba caballerosa.

Si Ledesma cimentó larga estirpe en cuyas ramas figura nada menos que el egregio Triunviro Cristóbal Mendoza, su caballo dejó prole que, saltando sobre los ventisqueros de América, supo ganar la ancha punta de nuestras perpetuas armas republicanas. Fue el caballo simbólico de la temeridad homérica, hecho a soportar no a hombres «guapos y audaces», sino a hombres valientes y de carácter; no a hombres con sogas para la cacería de sus semejantes, sino a espíritus dispuestos al permanente sacrificio por la libertad.

Viejo caballo que en la mañana de nuestra vida ha servido para nuestros juegos infantiles: manso y noble con las damas, sumiso como galgo cuando siente la carga leve de una inocente criaturilla. En nuestras casas está, rumiando en silencio el pienso siempre fresco del ideal, sin relinchos que delaten su presencia, pero presto a resistir, en una resurrección milagrosa, el peso de jinetes que hayan lavado el ánimo para la muerte. Sobre su lomo no se asientan caballeros de mohatra. ¡Para éstos están los vientos de los caballos troyanos!

Y el viejo corcel de Ledesma reaparece hoy sobre la faz de nuestra historia con su ímpetu de mantenido frescor. Los nuevos filibusteros —ladrones de espacio y de conciencias— andan entre las aguas de la patria, amenazando nuestra economía y ultrajando la dignidad de nuestros colores. Como en los viejos tiempos de la piratería colonial, su anuncio ha asustado aún a los «guapos» y en muchas manos ha corrido ya el frío sudor del rendimiento. La fe ha empezado a flaquear en el ánimo de quienes sólo tienen premura para el hartazgo y más de un agazapado, más de uno de esos traidores vergonzantes, suerte de Esfialtes de bajo precio en perenne trance de entregar los senderos de la patria, se han dado a la tarea infamante de esparcir, como salvoconducto para el enemigo, las consignas del miedo pacífico y entreguista.

Bajo los mares, protegidos por la ola pérfida, con que doblan el mérito de la traición, andan los nuevos filibusteros. Vienen a destruir nuestra quietud doméstica y a detener el impulso de nuestras fuentes de producción. Realizan, más que una tentativa de invasión bélica, una manera de atemorizar a las masas de convicción quebradiza. Por medio de esta nueva táctica de doblegar antes de la lucha las resistencias morales de los pueblos, pretenden sembrar el pánico y crear una conciencia paralítica, muy capaz de olvidar la propia esencia pseudofilosófica de las doctrinas que forman el evangelio de los bárbaros. ¡Bárbaros de doble responsabilidad por la cultura que pudiera representar su raza de genios!... «No tenemos armas suficientes y nuestras costas desguarecidas harán fácil la penetración del enemigo. Nuestra actitud ha de ser la quietud indiferente de quien sólo es campo de experimentación de opuestos imperialismos», pregonan los que sirven a los planes del pretenso invasor. Por ahí andan enredados los traidorzuelos que miran sólo a complacer a los alquiladores de conciencias. Es necesario mirar más allá del valor de las cosas. Es necesario discernir entre la explotación de la riqueza material y la asfixia del espíritu. Es necesario pensar en la paz, no como técnica de quietud, sino como sistema de holgura moral. Paz ¿y se niega el derecho a la libertad y el derecho a pedir justicia? ¿Paz bajo los símbolos de Hitler y de Himmler? ¿Y qué paz?... Para los que flaquean, para quienes dudan del triunfo final de la justicia, para aquellos que parecen anunciados de la muerte de Dios, está la lección de los hombres antiguos. ¡No vendrán los bárbaros! ¡Jamás pisarán el suelo de la patria, si no es

para buscar en ella el sosiego después de la derrota! Mas, si llegaren, ahí está el viejo caballo de Ledesma. Sobre su lomo no es segura la derrota del invasor. Está cansado y apenas puede soportar el peso del temerario jinete. Pero él, pesia la ceguera de que ha sido tomada la pupila vigilante, tiene baquía de los caminos que conducen con éxito a la dignidad de la muerte. ¡Vivir libre o vivir muerto! Porque es vida la muerte cuando se la encuentra en el camino del deber, mientras es muerte la vida cuando, para proseguir sobre la faz semi histórica de los pueblos esclavizados, se ha renunciado el derecho a la integridad personal.

Con el recuerdo del tardo caballo liberador de nuestro glorioso iluminado, armados como de eficaz medalla que nos libre del peligro del miedo entreguista, dejemos a la eficacia del gobierno los problemas de nuestra política de fuera y volvamos nuestro rostro y nuestra voluntad a los problemas de lo interior. Miremos hacia la tierra ancha y desolada, de donde nos puede llegar, si lo buscamos, el recado de boca que conjure la amenaza cierta del hambre por venir. Probemos, como los viejos griegos, que hay en realidad una sinonimia moral entre el oficio de agricultor y el arte de la ciudadanía. Junto al aprontamiento de voluntades para engrosar los cuerpos armados que reclame la defensa de la patria, alistemos otro ejército, donde tienen sitio hasta los lisiados, para luchar contra la tierra bravía y reseca, clamorosa de riego de humano sudor para vestirse de opulentas cosechas. ¡Y que haya en ella también, junto a los huertos preñados de verdura, verde la yerba para el terco caballo de la final liberación!...

LA DEUDA DE LAS GENERACIONES

Mi querido José Nucete-Sardi:

Cree que muy de veras he holgado con la glosa entusiasta que hiciste a mi carta acerca del símbolo eterno de Alonso Andrea de Ledesma. No extrañaré tu premura en salir a la jineta tras los pasos del anciano cansado que supo, pesía sus grandes años, erigirse por modelo de caballería para quienes confían en la utilidad de los sacrificios sin vecino provecho. Cervantes, de haber logrado el «salvoconducto» que creyó halladizo en nuestra América bárbara del siglo XVI, hubiera podido escuchar de labios de este Alonso nuestro, aventuras y ocurrencias del manchego que no las conociera el propio Maese Nicolás. Porque nuestro Quijote, como el otro, arranca de la misma cepa, es sarmiento de la misma vid fecunda que trae las raíces bien henchidas de la vieja espiritualidad castellana y que toma reciedumbre en la clarísima prosapia de quienes desde los tiempos antiguos han preferido la muerte a una vida de ignominia. En nuestra montaña virgen cuántas veces hemos tropezado con ese milagro biológico de orquídeas adheridas a la dura roca y que, a pesar de ser sólo alimentadas del húmedo aire selvático, revientan en flores de sin par hermosura. Aire sólo piden, como tales plantas, estos hombres enjutos y audaces, aire, y aire puro, que ventile la conciencia y traiga hasta ella el aliento heroico de la libertad. Viven del aire, como vivió San Pedro de Alcántara, hasta no parecer de puros flacos, según la plástica expresión tersiana, «sino hechos de raíces de árboles». Poco necesitan para el cuerpo: el espíritu les crece, en cambio, con el alimento que baja de arriba, de las nubes, donde el vulgo los mira en permanente trance de ilusos. No trabajan para engordar según el siglo sino para lucrar señorío sobre sí mismos. ¡Y ya tienen dominado el mundo! Figuras simbólicas, mitos magníficos que los pueblos necesitan mirar con frecuencia para volver a la reflexión de lo heroico.

En pocos momentos de nuestra vida, mi querido Nucete-Sardi, hemos estado, como en esta hora

angustiada de nuestro presente, tan urgidos de los ejemplos tónicos. Sólo un acto de desvergonzada sinceridad puede mejorar las rutas de nuestro destino social. Necesitamos clamorosamente volar la pierna al viejo caballo de Ledesma y ganar los caminos de la verdad. Los hombres han hecho a caballo nuestra historia, como si el binomio hombre + animal fuera mejor para guiar las conciencias que el mero filósofo caminante a ras de tierra. Pero muchos se han encaramado sobre las bestias sólo para dominar con mayor facilidad a los hombres de a pie y no para llegar más presto al momento de la creación. Nuestro héroe pensó de otro modo: su caballo concreta un ideal solitario y fecundo. Su caballo representa, junto al símbolo municipal de la defensa del pueblo, el símbolo ancho y perenne del hombre que se sacrifica por el honor, por la justicia y por la verdad; el símbolo sin patria, porque vive en la permanencia de todas las patrias, de aquella intención que, lejos de afincar su poder en la unanimidad de los aplausos y en la plenitud de los réditos de ahora, se reserva para vendimiar frutos seruendos, mas de eficacia perdurable en los tiempos que vendrán.

Andrea de Ledesma al no huir la muerte, salvó con ella el honor de la ciudad y edificó para el futuro un ejemplo de altiva vigilancia. Los otros huyeron. Eran los prudentes. Los hombres de la palabra calculada y de los gestos discretos. Los hombres que supieron en sus seguras casas rurales la nueva del saqueo y del incendio del poblado. Por largas generaciones estos hombres asustados han venido diciendo su palabra inoperante al anunciarse para la patria el peligro de la tormenta. Han sido descendientes espirituales de estos tímidos y prevenidos pobladores, quienes en todo momento han puesto su guijarro decisivo en la votación para resolver la suerte de la patria. Y sus palabras, pesadas como piedras de molino, han hecho intransitables los caminos que conducen a la hora de los amaneceres.

A nosotros nos corresponde remover piedras y estorbos, y contra los vocablos megalíticos hemos de lanzar agudas y cortantes voces que los horaden y

destruyan. Nuestra generación tiene una deuda que saldar con el futuro. Detrás de nosotros vienen jóvenes que esperan nuestra voz curtida de experiencia. Sí, debemos decirles a los cuatro vientos y desde todas las cimas: «¡Sed mejores que nosotros y, si aspiráis sinceramente a servir a la patria, no os conforméis con imitar nuestra insuficiencia!». Porque nuestra tragedia reside en haber llegado sin llegar. En ocupar sitios que reclamaban mayor aportación de cultura y de responsabilidad. Hemos aprovechado, unos más que otros y sin dolo de nuestra parte, las rutas hacederas en un país sin jerarquías y sin sentido responsable. Somos, debemos gritarlo para que lo aprovechen los jóvenes que nos siguen, figuras postizas que fácilmente se deshacen a los fuertes rayos de la crítica. Es la tragedia de una, de dos, de tres generaciones sin gravedad. Es la farsa de un pueblo a quien se enseñó a calcular como de curso las monedas de chocolate. Nuestro deber con el futuro, nuestra obligación con los hombres que han de sustituirnos en los planos representativos de mañana, es enseñarles nuestros defectos, es mostrarles nuestra pobreza, nuestra falla, nuestro propio dolor torturante. Así ellos podrán mejorar y superarnos. Así aprenderán, por nuestra experiencia sin remedio, a llenar los vacíos que nosotros no pudimos salvar.

Nuestra generación debe saldar esa deuda que viene de atrás. Debe liquidar la herencia que recibimos sin beneficio de inventario. Acaso así gocemos mañana la satisfacción de sentirnos sin compromisos. Podríamos hasta conquistar una nueva alegría. Dejaríamos de ser hombres en continuo trance de asechanza. Porque ese es y ha sido nuestro mejor ejercicio social: cuidarnos de los otros para no dejar al descubierto nuestra flaqueza, y, claro, embestirles de primeros. Nuestra táctica social, por esta desviación de actitudes, no ha consistido en buscar, para hacerlas útiles, las virtudes de los otros; por lo contrario, hemos indagado los defectos de los demás a fin de ver la mejor manera de aprovecharlos en beneficio propio. Toda una técnica de política flo-

retina, a que nos ha conducido nuestra pobreza de formación y nuestra carencia de sentido colectivo de responsabilidad.

Sobre el caballo de Ledesma, o a la zaga de él y a la jineta, bien dobladas las rodillas, sobre rocín de dura barba, podemos gritar nuestra verdad, podemos vocear la verdad de una, de dos, de tres generaciones de formación exigua, a quienes tocó el angustioso destino de no haber tenido mejores guías. Es el momento de echar por la borda este lastre que dificulta la marcha de nuestra nave. Ante la imposibilidad de reconstruir el pasado y de enmendar en forma definitiva las deficiencias presentes, digamos a quienes esperan de nosotros palabras responsables, la verdad de nuestra tragedia. Así sabrán que nuestra cojez no los habilita para imitarla, menos aún para intentar superarla con la absoluta baldadura. Debemos enseñar a las nuevas generaciones, no el inventario de nuestros pocos aciertos, sino las caídas que han hecho imperfecta nuestra obra personal y, consiguientemente, impedido que ésta aflore con acento redondo en el campo colectivo. Enseñémosles que el sentido social de la patria no pide la labor aislada de escultores que cincelan figuras por su cuenta para superar al artista del taller vecino, sino una obra metódica y común, animada de un mismo espíritu creador, que tanto lucra con el genio de los unos cuanto con la experiencia que da el fracaso de los otros.

Esa risa sin alegría, esa carcajada continua con que buscamos olvidar nuestra amargura y nuestro recelo, hemos de sustituirla por un acto de meditación serena y profunda acerca de nuestros compromisos con los hombres que nos siguen. Necesitamos, y tú lo has dicho con precisión, botar los envoltorios de los *temores usureros*, para lograr construir puentes que absuelvan los abismos donde fracasan, por falta de amalgama, los obreros de un futuro mejor. Y esos puentes han de tener sus bases bien hundidas en la verdad. Necesitamos proclamar ésta sin temor alguno, y, como de lo contrario, hay un afán de verdad, debemos, como tarea inicial, echar a rodar la

nuestra. La verdad de nuestra tragedia formativa. El dolor de nuestra propia insuficiencia. Lo inconsistente de nuestra capacidad ductora en los planos de la cultura. Es tiempo de no seguir diciendo a quienes creen en la eficacia de nuestra palabra: «¡Oid con atención, seguid mi ejemplo y tendréis hecho vuestro deber!». La lección, si queremos educar a las generaciones que habrán de seguirnos y evitar en ellas la permanencia de los seudomentores, debe ser muy otra. Necesitamos decirles: «Nos juntaremos aquí para estudiar: vosotros traéis la voluntad de aprender, yo os enseñaré el dolor de mi camino y os daré la experiencia de mi angustia, a fin de que os sirvan en vuestra obra personal de abriros mejores sendas. Con saber lo que me falta tendréis buen guión para el trabajo vuestro». Así serviremos a la patria. Así contribuiremos a saldar la deuda de las generaciones. Así habrá en lo por venir hombres más densos y con antenas más finas.

Así sabrán mañana quienes se forman en nuestras universidades que con las togas y las ínfulas no reciben patente de curso para el ejercicio de la mentira, sino insignias llamadas a señalar a los portadores del buen consejo. Bien lo dices tú: «No es cultura la mentira». Y que se sepa bien que no es cultura sólo el emborronar papeles y mascujar mal aprendidos discursos: cultura es un proceso de búsqueda y superación del hombre, que comienza en el embolador que lustra los zapatos y va hasta el obispo que absuelve los pecados.

Y que siga, mi querido Nucete-Sardi, nuestro grato dialogar tras la ruta de Ledesma. Él va delante, sobre caballo de baquía en estas agrias sendas. Aun sobre tardos jamelgos podemos darnos a la obra de tomar las huellas que marca su herradura. Que Dios te mantenga en tu fe y en tu esperanza. Ya hablaremos en otra ocasión de la caridad. Ésta es hoy también virtud en crisis.

LA VIDA DE LOS HÉROES

Mi buena y generosa amiga:

¡Magnífico regalo el de su carta! La esperaba de largos días. ¡Cómo me complace saber que usted vuelve a sentirse niña a compás que su espíritu se hunde en la ancha sabana guariqueña! Me explico sus deseos de correr; también los siento yo cuando imaginativamente viajo por esas anchuras desde la reducida sala de mis libros. Porque se viaja dentro de los cuartos. ¡Y mire que se va lejos!

Vuelve usted a decirme que considera inútil el símbolo de Ledesma en una hora que reclama acción e insiste en creer que muchos tomarán mi intento sólo como simple afán de historias. Sin embargo, y a manera de consuelo para mi fracaso en el propósito de servir a la urgente necesidad de la hora nacional, me dice que apenas la literatura me agradecerá la aportación de un símbolo más. ¿Y qué otra cosa quisiera yo, mi buena amiga? No se trataría tampoco de crear un símbolo nuevo, sino de despolvar un símbolo olvidado, un valor nuestro que se quedó a la zaga en un recodo de la leyenda y al cual, si es cierto que volvieron algunos escritores, no se ha dado hasta el presente el precio que reclama en nuestra simbología patriótica.

Ni podría, de otra parte, pretenderse más. No imaginará usted que me anime la idea de ver salir a nuestra pobre y explotada gente, sobre caballos cansados, a luchar contra los mercaderes de todo orden que hacen cada día más difícil nuestra vida. Así merezcan ellos que se les quiebre un cuento de varas en la espalda, no es tal lo que se busca con Ledesma. Nada de materialidad. Esas varas, en todo caso, quien pudiera quebrarlas sería la autoridad encargada del orden social. Se busca sólo alentar una idea de fe, un sentido de noble desprendimiento, una conciencia capaz de vencer el miedo de las actitudes solitarias. Sobre todo, un designio de ir a la verdad. Un sentimiento de deber y responsabilidad ciudadana. Puede decirse que el mito de Ledesma incorporaría a nuestro ideario común gran porción de las virtudes que nos faltan.

Todo lo que vive en el Quijote lo tenemos a mano en este buen Alonso nuestro. Sin el ámbito del manchego, el de acá tiene el mérito de haber realizado lo que el otro soñó. Mire usted la diferencia que hay entre ir en alas de la fantasía contra molinos de viento y habérselas solo y ya sin fuerzas para la lucha, con ingleses que no volvían grupas a los gritos de «¡Santiago, y a ellos!» con que el anciano procuraba entonar sus lentos pulsos. ¡Quijote, y de carne y hueso! Antes de aparecer escrita la historia memorable de Quijano el Bueno, nuestro héroe conocía las andanzas por tierras castellanas de aquel su deudo mayor, cuyo nombre y cuyo espíritu trajo a nuestra patria para fundar larga estirpe de caballeros libres. Medite en nuestro símbolo y verá cómo, con incorporarlo a nuestra literatura patria, tendríamos una fuente de edificación moral y cívica. Pero crea usted que de su carta, sobre el interés que toda ella merece, en especial el vivo cuadro que me pinta del rodeo a que madrugó con sus buenos huéspedes, nada me ha interesado tanto como la posdata. Cierto que casi siempre se reserva lo mejor para lo último y en materia epistolar se recalca lo de mayor interés después de bien calzada la firma. Quizás de su parte no haya habido segundas intenciones, mas la noticia de su festinado regreso, a fin de tomarse el tiempo requerido para el arreglo de un traje negro con que asistir a los funerales de Bolívar, me trae al cálamo pensamientos que prosiguen nuestras viejas conversaciones sobre el padre de la patria. No haga usted eso de vestir negros ropajes en la hora de la apoteosis de Bolívar. Eso estuvo bien que lo hicieran doña María Antonia y sus deudos cuando el año 31 asistían a las misas por el alma del pariente difunto. Para nosotros Bolívar no figura en la lista de «los fieles difuntos». Bolívar no es un difunto. Bolívar es el héroe permanente y ubicuo. Relea usted aquel concepto de Román Rolland en su obra crítica sobre Beethoven, donde se refiere al *Adagio assai* de la tercera sinfonía. El héroe ha muerto después de la *coda* del Primer Movimiento, «pero en realidad, dice el maestro, nunca estuvo más vivo

que ahora. Su espíritu ciérnese sobre el féretro que la humanidad lleva a hombros». Lo mismo sucede con Bolívar. Él está vivo, y si muchos lo miran como muerto, debemos luchar tenazmente contra tal idea. Bolívar murió para aquellos que quisieron hacerse sus albaceas. Y ha sido durante los largos cien años de nuestra historia republicana, un muerto cuya fama sirvió para dar lustre a todas nuestras deficiencias. Hemos vivido de la gloria de un gran muerto. De un muerto a medio enterrar que, pese a su grandeza, ha despedido un hálito fúnebre en nuestro propio ambiente cívico. Bolívar debe vivir para que no sea un fardo atarácico sobre la voluntad venezolana. Y ha de vivir en actos nuevos. En gestos de creación. Yo no creo que podamos cerrar con siete llaves, como se pidió para el Cid, el sepulcro de Bolívar. Por lo contrario, creo que no debemos convenir en la segunda muerte de Bolívar. En esa muerte a que ha sido condenado definitivamente por quienes lucran con la evocación de su memoria. A menudo aplicada a cosas que contrarían sus ideales de Libertador. Ni menos aún debemos aceptar que su obra pueda ser sometida a una exégesis calvinista que detenga la parábola de su pensamiento multiforme y dialéctico.

Nuestra patria ha venido viviendo de la gloria de sus muertos. Hemos sido un país de necrófagos. Nuestros héroes han servido de adormidera cívica para el pueblo engañado. Se les evocó con pinturas de subida ponderación como para embriagar las mentes retardadas. Se ha invertido el propio sentido de la patria y lejos de ver en ella un panorama de presente y de futuro se ha vuelto la vista hacia atrás para buscarla en el pasado estático. En la escuela se sustituyó la cultura de las virtudes ciudadanas por la permanencia de un rito fúnebre. Y los delitos contra los vivos se expiaron por medio de homenajes a los muertos. Se sembraron estatuas de Bolívar a lo largo de los caminos de la patria, mientras los hombres llamados a ser libres, unos soportaban el peso de los grillos y otros mantenían sobre los labios las duras consignas del silencio. Y muchos hasta

llegaron a creer en la posibilidad de fabricarse un «familiar» con reliquias del padre de la patria.

Para animar nuestra vida social debemos animar previamente a nuestros héroes. Debemos verlos como símbolos vivos. Como entidades morales que necesitan nuestra energía y nuestra intención de ahora, a fin de que sigan viviendo. Son ellos quienes reclaman nuestro esfuerzo. Porque somos nosotros su complemento actual. Los sufragios que harán descansar a nuestros héroes son las obras nuestras en el campo de la dignidad ciudadana. Nuestra gran ofrenda a su memoria es sentirnos colectivamente dignos del sacrificio que los llevó a la muerte.

Debemos ver a Bolívar no como difunto, sino como el héroe que renace para el triunfo permanente y cuya apoteosis ahoga la misma voz de la muerte. Debemos tenerle cerca para escuchar sus admoniciones y enseñanzas y así medir nuestro deber de hoy en el campo de la dignidad humana.

Los grandes muertos forman el patrimonio espiritual de los pueblos. Son el alma misma de la nación. Pero no quiere decir ello que saberlos grandes sea suficiente para vivir sin esfuerzos nuestra hora actual. Quizá sea ésta una de las causas fundamentales de nuestro atraso cívico. Hemos considerado que los méritos logrados por nuestros mayores nos permiten vivir sin buscar acrecerlos. Hemos sido los herederos ociosos de la historia. Y hemos considerado que nuestra misión principal como pueblo consiste sólo en pregonar a todos los vientos la gloria de nuestros padres, sin pensar que los mayores contornos de esa gloria sirven para hacer más duro el paralelo con nuestra deficiente obra del momento. Necesitamos a nuestros antepasados en función viva. No en función de difuntos. Necesitamos su ejemplo permanente y no su fama. La fama de Bolívar muerto no es nada ante el ejemplo creador de Bolívar vivo. De Bolívar caminando. De Bolívar trabajando por la dignidad de América. Por ello ni la espada ni el pensamiento de Bolívar es cosa muerta. Bolívar ni siquiera duerme cuando se trata de la vigencia de su obra. Mas, la vigilia de Bolívar

reclama, no nuestro deleite de suficiencia ante su gloria, sino la continuidad de nuestro esfuerzo por la patria. Sirvamos a Bolívar vivo. Al Bolívar eterno, al Bolívar que supo insuflar en nuestra América el espíritu de la libertad y de la dignidad social. Así no sufrirá el dolor de hallar cercados los caminos que él abrió. Porque no debemos olvidarlo: volvieron las cenizas del héroe, mas quedó vigente por muchos años el decreto que lo había expulsado de nuestra patria. Ausente ha estado su espíritu y sobre los hombros de nuestro pueblo ha gravitado sólo un féretro vacío. Una sombra apenas que ha servido de ropaje para cubrir nuestra deficiencia cívica.

Vista usted de verde, mi buena amiga, para la apoteosis de Bolívar. Tome usted el color de la primavera. El color de la alegría que respiran los vencedores de la muerte. Crea usted que en Santa Marta no murió el padre de la patria. Moriría Simón Bolívar Palacios, el hermano de Juan Vicente y de María Antonia. El otro tuvo su tránsito hacia la gloria de los tiempos, donde no hay muertos, donde viven los héroes. Y de verde debe vestir también nuestra

patria, llena del espíritu helénico de la libertad, que hace posible el retorno de los héroes antiguos.

Al regresar usted tendré ya listos los apuntes sobre historia colonial que me demanda para satisfacer la curiosidad de su amiga anticuaria. Mas, adelante usted a ella que no crea a pie juntillas en la fraseología de esos señores. El barroco es cosa muy seria. Para entenderlo se requiere algo más que retablos y pilares. Hay que sentirlo a través de las propias instituciones sociales de la colonia y de los residuos de cultura viva que obran en nosotros, sin que eso empezca para que se pondere el mérito de quienes procuran defender los restos artísticos que logran salvarse de los negociantes sin conciencia nacional.

Llegue usted en breve y me dará, junto con el placer de saludarla, el muy singular de escuchar de sus labios el relato de esa vida salvaje y tónica que se abulta en su carta, tan bien escrita y tan exquisitamente sentida. Y crea que pido al Señor quiera mantenerla en su guarda y darme a mí salud para estar siempre presto a bien servirla.

LA CRISIS DE LA CARIDAD

Querido José Nucete-Sardi:

En nuestra última charla acerca del significado educativo del mito de Alonso Andrea de Ledesma llegamos hasta enunciar el estado de crisis en que se encuentra hoy día la misma caridad. Fue éste el tema que esperamos tratara exhaustivamente en su primera conferencia José Antonio Aguirre, cuando su reciente estada en nuestra capital. Todo el dolor y toda la sinrazón de la guerra la hace arrancar el ilustre presidente vasco de la falta de caridad entre los hombres. Falta de caridad. Es decir, falta de amor. Falta de amistad, que es la expresión, en función social, del afecto humano.

Hay en realidad una crisis alarmante de caridad. Negarlo sería tanto como negar la luz solar. Pero la vemos y reímos de ella. Nuestra misma carencia de conceptos generales hace que muchos tengan de la caridad una imagen usurera de monedas que caen sobre manos suplicantes. Conocí un caballero —¡cuántos de sus iguales habrás conocido tú!— que, aún dándose el lujo de poseer un cementerio privado para aquellas personas a quienes solía precipitar la despedida de este pícaro mundo, era calificado comúnmente como hombre de «gran caridad», en gracia a la costumbre de distribuir, con su mucho de ostentación interesada, exiguos dineros entre familias pobres del poblado. La caridad no ha pasado de eso: repartir algo de lo que sobra de la mesa opulenta, así en ella se haya sacrificado una fortuna que bien pudiera hacer la dicha de un barrio y así se haya olvidado para amasarla el dolor de los hombres que, con su trabajo, ayudaron a quienes la gozan sin medida. ¡Y que hablen los puentes de Caracas!

Pero no se trata de la crisis de esta caridad dadivosa y fungible, no se trata de lo que duela a los tenedores del dinero ponerlo en manos de los hombres hambrientos y necesitados. Porque tampoco es caridad esa profesión elegante de regalar, en busca de aplausos y de fama, abrigo por Navidad a niños cuyos padres han sufrido trescientos días de abandono e indiferencia de aquellos que están encarga-

dos de distribuir los beneficios sociales. Caridad es otra cosa. Caridad es algo más que fundar «sopas» para ganar concepto de gente desprendida y filantrópica. Caridad es algo más que ese salvoconducto que, a costa de cortos dineros, procuran lucir ante la sociedad pacata quienes se sienten responsables por actos tenebrosos. Caridad es nada menos que lo contrario del odio. Caridad es amor. Caridad es Cristo frente a Barrabás. La caridad es Dios mismo en función social. La caridad es ese amor que mueve, según Dante, «*il sol e l'altre stelle*». Pozo de alegría permanente. Expresión de la divinidad que gobierna el universo. Ella barre toda tristeza. El soplo suyo es para tornar risueños los rostros de aquellos «ángeles tristes» con quienes dice haber hablado Swedemborg. ¡Amor de caridad!

Para los que creemos en el espíritu, ella es fuerza que anima y enrumba la marcha de la sociedad. Es la virtud antimarxista por excelencia. Es el solo aglutinante social que puede evitar la crisis definitiva de la civilización. No se puede negar, sin craso yerro, que el único muro capaz de detener los aires embravecidos de la catástrofe social sea la caridad, por la simplísima razón de deberse a su ausencia de los presupuestos sociales la copia de injusticias que engendran y justifican el odio de los desafortunados, donde toman aliento los huracanes que hacen crujir los pilares de la sociedad.

Virtud antimarxista que no ejercitan ni piensan ejercitar los profesionales del antimarxismo. En apariencia una paradoja. Pero hay que ver cómo una gran mayoría de quienes atacan las fórmulas de Marx son esencialmente marxistas equivocados. Ignoran el espíritu como fuerza de creación social y profesan, en cambio, el odio como elemento constructivo. Profesan el odio, así como lo escribo, porque no otra fuerza puede moverlos a servir al orden permanente de la injusticia. Y la injusticia es violencia contra la caridad. Su odio se distingue del odio que anima las revoluciones en que es mudo, reflexivo, de meditado cálculo, frío como el carcelero que remacha los grilletes, mientras el otro es odio

de reacción contra el dolor, odio que grita contra la injusticia, odio de la calle. El uno tiene prudencia y lustre, el otro tiene sudor y angustia. Pero ambos son odio.

Quien ama, en cambio, ve en el hombre a su igual, y como a igual lo trata y como a igual le sirve y le protege. Nuestros profesionales del antimarxismo no ven la esencia, no juzgan el balance moral de las doctrinas: poco les importaría la dialéctica materialista si ésta no desembocara, como expresión económica, en fórmulas contra el sistema capitalista que les favorece. ¡Allá los problemas del espíritu! Defienden sólo lo de fuera. Protegen la estructura que les garantiza el disfrute impune de los goces del mundo. Y, como son de una impudicia sin medida, pretenden atacar, aún con las peores de las armas reservadas para las oscuras asechanzas, a quienes piden, desde la más honesta de las posiciones sociales, que el orden económico se acerque a los reclamos de la caridad. Es decir, a los reclamos de un sistema fundado en el amor y en la comprensión de los hombres. No en la caridad de las piltrafas. No en la caridad de repartir lo que sobre. Sistemas falsos que sirven a rebajar la propia dignidad de los hombres que reciben los mendrugos. Es caridad de comprensión. Caridad de entregar lo que abunda a quienes lo necesitan. Caridad que escucha aquel consejo sapientísimo de Santo Tomás, según el cual no debemos gozar las cosas exteriores sólo *ut proprias, sed ut communes*. Caridad de vernos en el espíritu de los demás. Caridad que ilumine los caminos de los hombres. Amor activo que Robert Browning expresó con tanta propiedad en sus versos de *Pascua y Navidad*, al decir que mayor sentido de divinidad existía en el gusano vil que ama su terrón, que en un Dios sin amor entre sus mundos.

Sí, mayor divinidad, mayor sentido de plenitud espiritual existe entre quienes comparten su pan y su palabra insuficientes, que entre los sordos caballeros de añejo lustre mas de sobrada prosa que, pudiendo servir a manos llenas, regatean y acaparan la justicia y el consejo. Porque la caridad es sen-

tido de solidaridad y afán de distribuir. Distribuir ora cosas materiales, ora palabras útiles. Porque son monedas las palabras cuando se las ha puesto sentido creador. Cuando marcan rumbos. Cuando no destruyen. Y, sobre todo, caridad es respetar el fuero de la personalidad vecina.

Acabo de tropezar con una maestra de escuela, de profunda religiosidad y de empeño indesviado por la salvación de las almas. Ha hecho un «cepillo» para reunir entre sus alumnos fondos destinados a proteger las misiones entre infieles. Creo que se trata de sostener un colegio en China. Los niños se desviven por lograr monedas para tan piadosa empresa. Y, sin embargo, he escuchado a esta caritativa redentora de almas lejanas cuando llenaba de improperios, capaces de crear el más irreductible de los complejos, a un alumno retardado a quien se dificultaba la comprensión de un problema de aritmética. Y por ahí anda la caridad en crisis. Se busca el gesto que atraiga la admiración irreflexiva y se olvida el deber cercano. Porque la caridad comienza por cumplir lo menudo, lo casi invisible de la vida cotidiana. Ella, como nexo que une a los individuos, es a la sociedad lo que las cargas eléctricas a los electrones que integran la estructura infinitesimal de la materia. Sin caridad no hay cohesión. Sin caridad prospera la guerra. Justamente es ella lo que Marx olvidó para animar el comunismo que al final de la lucha de clases reprimiría la violencia. Es la «dificultad» cuyo remedio Laski apunta como no señalado por el fundador.

Crisis de la caridad es tanto como crisis del espíritu social. Como crisis de nuestra propia cultura cristiana. A causa de ella se abren ancho cauce los sistemas que propugnan la reforma violenta del mundo como un mero problema económico. Ella, la caridad, ha faltado del orden presente, del mundo materialista, epicúreo y lleno de egoísmo que pretenden defender, con principios sin contenido, los marxistas equivocados. Ellos pudieran enterrarse por sí mismos, y nos tendría sin cuidado; ellos podrían ir al suicidio de su sistema y de su clase, y

nos vendría hasta bien; mas lo trágico del caso es que ellos se empeñan en arrastrarnos en su fracaso. Aspiran a que sacrifiquemos el porvenir de la cultura en aras de sus intereses caducos. Quieren que el espíritu preste sus fórmulas para defender sus instintos. Buscan de dar apariencia cristiana a un orden sin caridad que es la negación del cristianismo. Y la crisis llega al punto de lograr que se abran sacristías fáciles donde consiguen imágenes del Crucificado con que fingir intenciones sobre las puertas de sus tiendas farisaicas. Y Cristo, el Cristo de la Caridad inacabable, sube un nuevo calvario para proteger a estos marxistas equivocados. Y de ahí las alianzas y contraalianzas que hacen aparecer a predicadores de la caridad como cómplices del crimen. De ahí que la misma guerra luzca tintes de cruzada y que el pueblo confundido rompa los crucificados al desbaratar las tiendas que se ponen bajo su guarda.

Y hay crisis de caridad porque hay crisis de espiritualidad. Todo se valora sobre las mesas de los prestamistas. No tienen curso sino los papeles susceptibles de redescuento. Toda una cultura fundamentada en el hecho económico. Cultura cuyo espaldarazo se recibe en los bancos y en las bolsas comerciales. Cultura de éxitos grabados en las letras de cambio. Cultura de diagnóstico materialista que se empeña en ser confundida con la cultura cristiana. Cristo no tiene nada que hacer con quienes le niegan en el corazón, así carguen su nombre colgado de los labios.

Ledesma no hubiera quebrado una lanza por la permanencia de estos sistemas utilitarios y egoístas. Vio en el pirata, sobre el amenazador de la riqueza, el hereje que pudiera atentar contra la paz

y la plenitud espiritual de la cristiandad colonial. Eran profundas y por demás agrias las disidencias entre el inglés y España. En aquel siglo de aspe-
reza religiosa se entendía debatir, con la finalidad económica de la piratería, un problema de desfiguración de conciencias. Un problema de fe. Un caso moral de vida o muerte eterna. Para Ledesma, Amias Preston era un disfraz del Anticristo. Era lo que para todos debiera ser Adolfo Hitler. Pero cata cómo nuestros profesionales del antimarxismo sólo miran el problema con sus antiparras económicas, sin parar mientes en la profunda diferencia de las culturas. Por ello, y esto sirve de causa al disimulo culpable, el orden de caridad que anule las prédicas marxistas, ha de destruir previa y fundamentalmente el orden viejo de la sociedad y supone, según el admirable juicio de Maritain, que «un día la gente haya comenzado a apartarse del presente y, en cierto sentido, a desaparecer de él».

Sólo la caridad puede transformar el presente y reparar la mañanera aparición de la justicia. Y en el fondo de la mañana, sobre la llanura verde y alongada, la figura de nuestro iluminado luciría como un símbolo de la fecundidad de la justicia y de la libertad. Su caballo es capaz, aunque se nos haya dicho en burla, de conducir a fórmulas idóneas para atar las manos que buscan de amasar fortunas con la escasez que nos angustia. De mí que se rían. Ya estoy curtido para las burlas. Desde la puerta de mi casa veo, sin embargo, el regreso de los entierros.

Que siempre tengas enjaezado tu jamelgo para poder disponer de él con la premura con que sabían hacerlo aquellos vigilantes caballeros que, a fin de ganar tiempo, solían pararlos, bien arreados, en los mismos aposentos donde dormían con sus mujeres.

EL RETORNO DE BOLÍVAR

Alonso Andrea de Ledesma que, caballero en el cansado corcel de la conquista y con la sola ayuda de la lanza enmohecida y de la rodela que su brazo ya no puede sostener, sale en defensa de la ciudad contra el pirata que la asalta, se yergue entre los más antiguos héroes que han regado su sangre por mantener la integridad del suelo nacional; y cuando el concepto de la patria total sustituya la fragmentaria noción que de ella nos presentan las historias populares, en el monumento que perpetúe la memoria de sus fundadores, un nítido bajorrelieve habrá de mantener vivo el recuerdo de este héroe solitario. Tal escribíamos por 1933 al estudiar la formación de las capas sociales de la colonia. En Ledesma vimos la expresión del esfuerzo afirmativo de la patria nueva que echaban a andar en estas tierras anchas del nuevo mundo los aventureros españoles. Patria nueva, cuyo espíritu arrancaba de la península para crecer independiente. Patria que fundiría, para la formación de la nueva nacionalidad, el alma arisca del aborigen y el alma sufrida del negro, llegado a nuestras playas con el grillete al pie y la protesta en el fondo de la callada conciencia, con el alma histórica del peninsular, altanero y dominador. De ahí nuestra tragedia formativa: un pueblo con cultura propia sumado a tribus sin sedimentación histórica y a masas de hombres arrancados, como bestias salvajes, de su lejano marco geográfico. Mas, luchando contra los prejuicios y guiado de no desmentido sentimiento igualitario, el ibero preparó este caos de América, donde vuelve a correr, unificada para un nuevo génesis del mundo, la sangre que fue una en las venas de Adán. La sangre de la humanidad. La sangre del hombre vencedor de las razas. Porque América es el continente llamado a desvirtuar aquel decir de Goethe, según el cual la humanidad es un concepto vano y el mundo sólo una reunión de hombres. Porque América es el continente donde se salvará el espíritu.

Y nosotros fuimos la voz de América. Un destino oculto preparó en esta colonia pobre la gestación de los más grandes americanos de los siglos XVIII y XIX:

Miranda, Bolívar y Bello. Circunstancias de defensa hicieron que en Venezuela hubiese una organización militar superior a la existente en las otras porciones del imperio ultramarino de España. Y por eso desde aquí se habló más alto y desde aquí se dirigieron las líneas fundamentales de la revolución. Fuimos la voz de América. Hacia Caracas, como hacia una nueva Jerusalén, volvieron las miradas y los oídos los pueblos del hemisferio colombino. Aquí se gestó el gran choque de los tiempos. El pasado de la colonia frente al porvenir de la república. Aquí se escuchó por vez primera el verbo creador de Bolívar. Mas el valle de Caracas era muy poca cosa para aquella voz de fuego. Y se marchó lejos, a medirla con el Tequendama y con el rugido de los volcanes ecuatorianos y con el silbo de los vientos del altiplano andino.

Bolívar se fue, y la colonia que había reaparecido desde el año 14 hasta el 21, la colonia que había llorado la muerte de Boves y que en «La Guía» celebró a Morillo y con Moxó levantó empréstitos para ahogar la revolución, reaparece con nuevos vestidos para rodear a Páez. El Centauro invencible en la llanura ya tiene quien lo dome. En torno suyo, como círculo de hierro llamado a perpetuarse en nuestra vida política, se reúnen los hombres «honrados» que apenas se habían atrevido a ver desde las puertas entreabiertas la marcha de la revolución. Son los hombres del absolutismo fernandino, con las lenguas curtidas de calificar de locos e impostores a los padres de la patria. Y Caracas, la cuna de la libertad, se torna abiertamente en centro contrarrevolucionario. Desde su ciudad natal se empieza a atacar al héroe, en quien se polariza el odio de los que añoran, con sincero afecto y despechados, las juras de Fernando VII: el año 27 Bolívar torna a su solar nativo. Pero ya está sembrada y frutecida la discordia, y es él quien ha de quebrar los principios para buscar en balde el equilibrio de Colombia. No es comprendido en sus propósitos y afanes, y, cuando regresa a Bogotá, donde ahora se guardan los penates de la revolución, ha de encarar con una manera contraria de enemigos. Se le niega en su propio amor a la libertad. Se le calumnia en

sus propósitos de salvar la recia unidad política que fue el más grande de sus sueños de creador. Y mientras allá las Furias desencadenadas afilan los puñales parricidas, de acá se le echa como a proscrito de un gran crimen. Es la tragedia del héroe. Es el momento culminante de su gloria. Muere, y su espíritu queda fuera de la patria. Sus ideales desplacen a los directores de la política. Hombres cómodos y rencorosos que no perdonan los sinsabores que les había ocasionado aquella lucha feroz alimentada por Bolívar y, menos aún, las pérdidas sufridas en sus bienes materiales. Hombres dispuestos a retener el poder a todo evento y a quienes sólo calzan bien las ideas que el Libertador expresó como antídoto de la demagogia, cuando imaginó que ésta pudiera hacer presa de Colombia la grande. La triaca amarga que Bolívar indicaba como medio transitorio para curar el mal de la anarquía, se quiso ver como el corazón permanente de su filosofía política. Y el hombre de la libertad fue tomado por tutor de tiranos. ¡Y el nombre de quien libertó pueblos se usó como escudo por aquellos que negaron los derechos del pueblo!

Después de cien largos años de exilio, Bolívar reclama su puesto en nuestra patria. No un puesto en el panteón, como difunto venerable; ni sitio en el museo para sus armas e indumento; ni cuadros entallados para su figura inquietante. Ni discursos vanos con que se procura engañar al pueblo y lucir arreos de patriotismo. Tampoco quiere la heroicidad de las estatuas. Pide su sitio en la vida cotidiana. Pide campo donde crezcan sus ideas. Pide horizontes para sus pensamientos deslimitados. Quiere una conciencia fresca en la gente moza. Aspira a que los hombres nuevos sean capaces, como lo fue él, por sobre todo y sobre todos, de volar la pierna al viejo caballo de Ledesma cuando se anuncie la hora de los peligros. Quiere hombres sin miedo a la verdad. Quiere en las nuevas promociones un sentido de inteligencia social que haga posible la realización de sus ideas de libertad y de dignidad humana.

Cuando Alonso Andrea de Ledesma sacrificó su vida en aras de la patria nueva, creó la caballería de la

libertad, cuyo máximo representante habría de ser Simón Bolívar. Por eso, en estas horas difíciles de la patria, hemos invocado como símbolo de creación el caballo del viejo extremeño. El caballo que conoce los caminos por donde se va a la misma dignidad de la muerte. Ledesma representa todo el sentido de la patria recién formada. De la patria que empezaba a caminar. De la patria urgida de voluntades que la sirven sin pensar en la vecina recompensa. Y representa, sobre todo, al hombre sin miedo. Al hombre que se abre camino sin rendir homenaje a la prudencia. Al hombre que sabe romper las consignas culpables del silencio. Al hombre que no teme la soledad de sí mismo. Al hombre que por sí solo es un tratado de agonística.

Sobre el caballo de Ledesma, por cuyas venas corre sangre de Pegaso, de Lampo, de Rocinante y de Babieca, se han ganado las grandes jornadas de los pueblos. No sólo tiene mérito el caballo capaz de la victoria entre el ruido de las metrallas, pero también el caballo pausero, a cuyo lomo manso viajan los filósofos. Es el de Ledesma caballo baquiano de los caminos que conducen a la verdad, a la justicia y al desinterés. Tres virtudes que no han hallado verbo que las vuelva a conjugar en nuestra patria.

Honores de mármol pide de la gratitud municipal el viejo iluminado que intentó con su muerte defender a la ciudad de las huestes del pirata. Es el mayor de los optimates que ilustran los anales de Caracas. ¡Y bien que lucirían, a la mera entrada de la urbe, corcel y caballero como binomio de dignidad y valentía! Mas, sobre el mérito de esta consagración definitiva en la vida del pueblo, el caballo de Ledesma pide con urgencia caballeros que lo monten. Pide nuevas manos que guíen las bridas baldías. Pide hombres de fe en los valores del espíritu a quienes conducir, luciendo sus mejores caballerías, hacia los senderos por donde pueda regresar Bolívar vivo. ¡Bolívar vivo, portador en la diestra de antorcha con que se despabilen nuestro sueño y nuestra inercia!...

Caracas, febrero-noviembre de 1942.

LA AGONÍA DEL HÉROE

Mi querido don Walter Dupouy:

Yo tengo una vieja deuda con usted. He debido escribirle apenas leído su sabroso relato de la vida de nuestro viejo Ledesma. Pero el tiempo interpuso trabajos obligantes que me hicieron postergar hasta hoy, día de difuntos, el cumplimento de este grato deber. Y acaso la fecha, por contraste, me puso en el recuerdo de quien murió para vivir. Porque en verdad la vida de nuestro héroe comienza cuando se adelantó al encuentro de Amias Preston.

Tiene usted aciertos al revivir lo que debió haber sido la vida material de Alonso Andrea de Ledesma. Desde la villa nativa usted empieza a imaginar el curso de la mortal existencia del conquistador. Y lo pone a andar a través de las hazañas portentosas de la conquista y en la obra creadora de la colonia. Tuvo Ledesma el grandor común de los conquistadores del siglo XVI. El conquistador es un arquetipo. Expresa la angustia de un pueblo que se echó a dominar el mundo. Mezcla de cruzado y de argonauta en que se resume la fiera piedad del español. El anhelo de crecer y dominar que fue parte de la *psiquis* ibérica. Para dar vida a nuestro héroe, usted no ha hecho sino pintar la azañosa inquietud de su tipo. Relatar el proceso donde se diluye, en la comunidad de la acción dominadora, el hecho personal de nuestro héroe glorioso. Hacerlo como polo de un movimiento común.

No se idividua por nada en nuestra historia la figura de Ledesma vivo. Durante su larga existencia no le tocó ser cabo de empresas significadas. Estuvo de segundo en las grandes jornadas descubridoras y apenas se le nombra en la lista de fundadores de las ciudades cuyos muros ayudó a fabricar: El Tocuyo, Trujillo, Caracas. No tuvo la prestancia de Rodríguez Suárez, de García de Paredes, de Gutierre de la Peña, de Juan de Villegas, de Alonso Díaz de Moreno, de Alonso Pacheco, de Garcí González de Silva. Opaca entre el claror de la hazaña colectiva, la figura de nuestro gran Capitán aparece apenas muerto. Es una figura que vive de la muerte. Vive,

como su pueblo, de una agonía. Yo me atrevería, si no estuviera tan bien presentado su trabajo evocador, a decir que es algo sobrancero. Como el cuerpo que hoy quisiera dársele al busto clásico de Homero. Me atrevería a decir que nuestro Ledesma, como símbolo magnífico, no necesita el recuento forzado de sus hazañas de vivo.

Ledesma ilumina nuestra historia desde su yacencia de cadáver. Sobre los hombros de los corsarios y entre clarines y tambores a la sordina, regresó a Caracas, a su Caracas, el héroe inmortal. Había asombrado con su arrojo al propio enemigo. Y el enemigo no podía, como buen inglés, dejar de honrar el valor temerario del anciano. Nada vale lo que hubiera podido hacer Ledesma en el conjunto anónimo de los forjadores de la nueva nacionalidad. Su obra es su agonía. Su obra no fue para derrotar al corsario de entonces, sino para vencer al corsario que ha amenazado siempre a la república. Al corsario de la indiferencia, del fraude y de la simulación que se escurre entre hombres sin valor para abrazar la verdad.

Ledesma no es un hombre que haya de mirarse en la fábrica de la ciudad material. Ledesma es el obrero de la ciudad ideal. De la ciudad que hacen los símbolos. De la ciudad que aún se empeñan en contornear los héroes que ayer sacrificaron su vida por darnos independencia y dignidad. Bolívar, Urdaneta y Vargas están aún fraguando los muros de la república. No están ellos muertos como lo entienden los cultivadores de cementerios históricos. Son existencias permanentes. Y Ledesma los compendia a todos. Es el hombre que vivió al morir. El hombre que ganó en un minuto de heroicidad la permanencia de la gloria ejemplar.

Su lección es su agonía. De él poco aprendemos cuando estuvo vivo. Mejores lecciones nos dan sus compañeros de armas. Para constancia en la aventura, está Rodríguez Suárez; para la terquedad en la lucha, está Bravo de Molina; para las grandes jornadas, está Francisco Ruiz. Losada tiene la fortuna de fundar a Caracas. Y Fernández de Serpa

nos deslumbra con la organización de sus milicias. Ledesma es opaco, así como Ramón Barriga, Pedro Serrato y Gonzalo Clavijo, fundadores, a la par de él, de nuestra mariana capital. En cambio, Ledesma se empuja y crece para iluminar la historia, cuando vence su angustia natural de hombre y sale resuelto a ganarse su día sin ocaso de honra. Ledesma es el hombre vencedor de sí mismo. El héroe que domina los reclamos materiales para erguirse por ejemplo de generaciones. Por eso usted mismo al rotular el relato de la existencia de nuestro glorioso iluminado, no lo llama vida sino hazaña. Ha podido llamarlo con mayor propiedad agonía o muerte de un héroe. Porque la vida de Ledesma es su muerte. Al morir, salvó su alma para la inmortalidad viva de la historia. No hubiera salido, tomado del espíritu del Quijote, al sacrificio estupendo, y las páginas de la historia lo mencionarían como número apenas entre los valientes capitanes que conquistaron la tierra y empezaron la forja de la patria nueva. No desdigo su hermoso esfuerzo literario. Rinde usted con él nueva pleitesía a quien está llamado

a dar ancho ejemplo a las generaciones por venir. Ese ejemplo tónico de que tan necesitados estamos para realizar una obra edificante en nuestro medio social. El ejemplo de la audacia imprudente. Porque no lo negará usted, biógrafo cabal de nuestro insigne prócer, que hubo más de un adarme de locura en ponerse solo, cuando ya los años eran por demás crecidos, frente a los fieros piratas. Locura magnífica que ilustra toda la existencia de Alonso Quijano el Bueno y que dio fuerza permanente a la vida gloriosa de Bolívar. Locura que movió los ánimos el 19 de abril y que avivó las voces del 5 de julio. Locura cuerda de que están necesitados los tímidos calculadores que esconden la verdad y apagan las candelas que pudieran señalar los caminos por donde se va hasta los sótanos de los nuevos piratas. Le felicito por lo bien hilvanado de su trabajo, lleno de deleitosas evocaciones de la época bárbara en que se gestó nuestra patria y por el acierto como dio forma a la vida de Ledesma. Usted ha vestido ricas libreas al caballero; yo, humildemente, me he dado al oficio de cuidar por su caballo.

NO TEMER LA LIBERTAD

Mi muy distinguida y generosa amiga:

Viene la gratisima carta de usted en momentos en que arreglo mis originales para una segunda edición de *El caballo de Ledesma*. Ha sido afortunado este librín y como yo, cuando lo juzgo conveniente, creo en agüeros, tengo por cierto que ha sido la mirada de usted sobre el noble caballo del glorioso conquistador, quien ha dado suerte a mi propósito. Usted lo miró, más que para animar su carrera, para prevenirme al peligro de que se me pudiera tomar por mentecato al recomendar a los jóvenes de mi Patria la necesidad de volver la pierna al corcel baquiano de las vías fecundas donde acaso se deje la vida sin lograr la vecina recompensa. Pero usted tomó cariño a mi propósito y hemos discutido, que es la mejor manera de conocerse las personas, sobre todo lo que contiene el simbolismo de Ledesma. Y usted, vuelta de la sospecha en que cayera al primer momento, me ha ayudado, después en el cuidado del manso animal, que ahora hace su segunda salida a nuestros campos, llenos de molinos de viento y de hábiles yangüeses. Recuerdo cómo desde el principio porfiaba a convencerla de que nuestro caballo tendría jinetes. Sabe usted que no soy pesimista y que, si reconozco y denuncio nuestra inmensa deuda social y nuestras grandes fallas de pueblo, cierto estoy también de la presencia animadora de numerosos espíritus que claman por caminos de verdad. Poco creo en los viejos, confío poco en mi generación, pero tengo fe en los conceptos que están tomando cuerpo en nuestro pueblo, capaces muchos de ellos para que se desañen los mismos ancianos. Mire usted cómo se cambia hasta el propio tono de la política gubernamental. Examine las ideas que se han puesto a rodar sobre el azaroso tapete de la discusión pública. Yo tengo fe en que algo bueno puede pasar en nuestro pueblo. Se han llamado ideas nuevas. Se han lanzado *slogans* capaces de fecundar las conciencias timoratas. Del símil ha hecho uso alguien antes que yo, pero viene al propio el repetirlo. Los antiguos magos tenían poder para invocar los espíritus, pero

no para hacerlos callar. Éstos hablaban aún contra la voluntad mágica. Y las ideas son espíritus que hablan más de lo previsto por los magos que las invocan. Las ideas, una vez echadas a rodar, hacen la bola de nieve. Crecen, crecen, crecen. Y nosotros estamos frente a ideas nuevas. Los viejos espíritus han sido conjurados. Y Ledesma tiene derecho a hablar en esta cita y hablará siempre, sin temor a los piratas, porque él es ya un espíritu que ninguna fuerza puede acallar. Porque él tiene el poder de matar a la misma muerte. Y usted se empeñaba al principio en dejar encerrado en los odres del tiempo el espíritu de nuestro maravilloso iluminado.

Y yendo al grano de su hermosa carta, escrita con esa curiosidad tan reposada que distingue su feminísimo espíritu, he de decir que me aborda usted problema de la más complicada sencillez. Sabe usted, tan bien como yo, que soy católico de convicción, que no soy hijo de la Iglesia por figurar en el censo de mi parroquia nativa, sino por una adhesión de convencido. Por ello no puedo ser comunista, ni marxista. La dialéctica materialista que forma el tuétano de la doctrina comunista no se compadece con la esencia espiritualista del cristianismo. Son líneas perfectamente opuestas. Yo no necesito frente al comunismo decir que soy anti-comunista. Me basta y sobra con decir que soy cristiano. Frente a una afirmación otra afirmación de signo contrario. Pero mi cristianismo es un cristianismo que busca en la Iglesia, no su alero acogedor, sino el Tabernáculo de adentro. Es un cristianismo de Sacramentos. No un cristianismo de sombra y campanario. Cuando recientemente estuve en mi ciudad natal, visité con alborozo infinito la modestísima iglesia de San Jacinto, que frecuenté de niño. Fui en busca del barroco de su altar colonial y me encontré con algo que antes no había entendido. Su fachada. Corresponde ésta, en su aspecto más simple, al viejo estilo español de la reconquista. La iglesia-fortaleza. La iglesia con arcos de coronela, que podía servir tanto para el culto como para guarecer una compañía de soldados. Y eso que en la humilde iglesia del primo-

roso burgo trujillano subsiste como recuerdo de una época superada de cultura cristiana, vive en la conciencia de muchos hombres que se dicen cristianos. Miran la Iglesia como una fortaleza de calicanto. No como torre de místico marfil, ni como áurea casa de delirios, sino como lugar murado que pueda defender sus intereses materiales. Y tras la Iglesia se ponen muchos anticomunistas, que no son cristianos, con el solo propósito de defender el viejo orden de explotación capitalista, en cuya liquidación coinciden, variando los métodos, la propia doctrina cristiana y la intención del comunismo. Dirá usted que sea largo e inútil el circunloquio en torno a la iglesia de mi pueblo, pero yo lo veo por demás necesario para fijar puntos de referencia que aclaren mi respuesta.

Se teme el comunismo desde posiciones aún contradictorias. No es enemigo de una sola faz. Tiene las faces de quienes se consideran por él perjudicados. Para nosotros los cristianos representa una filosofía que mira el problema teleológico de la vida de distinta manera a la que nos ilumina la fe. Es problema de raíz y conceptos fundamentales. Es problema de soluciones últimas. No se es marxista y cristiano a la vez, así se admitan muchos argumentos y fórmulas del marxismo por su contenido positivo en la solución del fenómeno social e histórico. El comunismo, desde este punto de vista filosófico, es una doctrina para ser discutida en la prensa, en la universidad y en el libro. Pero, a más de esto, el comunismo es un sistema político. El comunismo representa una teoría del Estado fundamentada en el hecho económico. El comunismo propugna cambios externos que van de lleno a la destrucción de los viejos sistemas de explotar el trabajo de los hombres y de gozar los bienes de la naturaleza. Al anti-comunista sistemático le espanta principalmente este aspecto real del comunismo, mucho más que sus propios medios y teoría, por cuanto sabe que la prédica de la revolución la hace fecunda la comprensión negativa del hecho social. Y el hecho social existente, y que él practica, es una negación de la justicia. Si hubiera sobre el campo de la sociedad una siembra de

realidades, nada vendrían a mejorar las promesas de la revolución. Si hubiera una realidad cristiana, nada tendría que ofrecer el comunismo. Su programa carecería de intención y finalidad práctica. La revolución la predica el comunismo, pero la hace el capitalismo. El odio no surge de la sola agitación de los líderes. El odio lo engendra la injusticia reinante en el medio social. Los hombres, pongamos por caso, que viven bajo los puentes de la ciudad, y que para vengar su indefensión económica odian a los que pasan sobre ellos derrochando fortunas, no han sido llevados a ese extremo por la táctica de los agitadores, sino por el error y la injusticia de las clases que detentan los instrumentos de producción.

Asentados estos hechos, podemos concluir en que ningún peligro representaría la libre propaganda comunista, si ésta no hallase el hecho negativo que la hace fecunda. Desde nuestra posición cristiana nada hemos de temer de una doctrina que en su aspecto teórico hallará la clara y firme contradicción de los cristianos. No piensan así los que están obligados a realizaciones positivas que implican renuncia de privilegios. Ellos se niegan a que sea libremente propagado el comunismo, no porque éste vaya contra las esencias del espiritualismo cristiano, sino por el deseo de mantenerse en el tranquilo goce de las ventajas que han venido disfrutando al amparo del viejo orden, que aquél ataca.

Para estos anti-comunistas interesados, la Iglesia tiene la fachada castrense del templo de San Jacinto. No miran la aguja gótica que señala como grito de angustia taladrante los caminos del cielo. Miran la posibilidad de guarecer sus intereses bastardos tras consignas de espiritualidad y se hacen con ello a la lerdada adhesión de las mismas masas sufridas e inocentes.

Por otra parte, la clandestinidad de la prédica comunista, así sea hoy tan luminosa como el pleno día, trae por resultado la falta de cuadros determinativos para la lucha doctrinaria de los partidos. Y queda a los interesados en la «comunicación» de todo esfuerzo de justicia, el ancho camino de incluirla a usted, a

mí y al propio párroco que predica la caridad, en las inacabables listas de camaradas. Se crea con ello una confusión que sirve eficazmente a los designios del propio comunismo, ya reeditante del invalorable prestigio de ser fruta de cercado ajeno.

Y hay otra razón más que me mueve a pensar en lo conveniente que es para el desenvolvimiento de la idea democrática la supresión de las vallas legales puestas a la prédica del comunismo. Es una reserva a la libertad de expresión política. Da la impresión de que creyéramos en la posibilidad de que nuestra generación haya recibido un legado perpetuo de quienes dejaron resueltos para siempre todos los problemas políticos, olvidados de que cada época debe discutir los suyos propios. Es el precedente para una limitación de tipo contrario. Imagine usted que mañana llegue al poder un comunista que resuelve plantar en la constitución la palabra cristianismo donde dice comunismo. Y ya tendremos perseguidas a hierro y fuego nuestras ideas. A usted tal vez no le parezca que ello sea posible, pero entra, en cambio, en el cálculo de probabilidades que es preciso tener presente para formar juicios generales. Y no olvide usted que si aquí hubiere algún día un presidente a quien le picase la tarántula del comunismo, hasta las casas de los más recalitrantes corifeos teóricos del anticomunismo, amanecerían pintadas al rojo vivo.

Las ideas no se matan con el silencio. Las ideas se destruyen cuando, bien expuestas, son sustituidas por ideas mejores. El callarlas las hace en cambio más fecundas. Persiga usted en nombre de la autoridad la más erradiza tesis política y verá cómo sus principios adquieren mayor proselitismo. De una parte, la curiosidad que levanta lo prohibido, de la otra, la simpatía que acompaña a las causas perseguidas de manera arbitraria. Porque, créalo usted, por más que se diga que en el hombre es indomable la fiera, hay en el fondo del espíritu humano una propensión natural a reaccionar contra la injusticia. Y todo lo que ataque la libertad del pensamiento es injusto. Pero lo lamentable y difícil de entender, mi excelente

amiga, es la manera de juzgar en cada etapa y según las ideas de los favorecidos, el concepto de la libertad. Vea usted en nuestros mismos textos de historia religiosa cómo se juzga diversamente el Edicto de Milán y el Edicto de Nantes. Y a la hora presente, piense cómo los mismos que celebran las hogueras de la nueva inquisición española, se refocilan con la pretensa libertad que Stalin ha concedido a las Iglesias cristianas. Y aquí viene muy bien aquel su estribillo de que la gente gusta de mirar por el postigo que le es más cómodo abrir.

No debemos temer la libertad. Debemos temer a quienes se empeñan en destruirla. Pero no crea usted tampoco que yo considere libertad ese espantoso libertinaje que ha hecho tribuna de nuestra prensa. Ese horrible comercio de noticias que ha convertido en centros industriales a nuestros periódicos. Y ello es nada menos que legítima expresión del régimen capitalista en sus más imprevistas desviaciones teratológicas. Todo se explota. Se corrompe todo. Se lucra, no ya con la fuerza física del hombre, sino con su propia fuerza moral. Se le irrespeta hasta en sus fueros más sagrados. Se le envenena, no sólo en los oscuros socavones donde se extraen los minerales para las industrias de la muerte, sino a pleno día, haciéndole tomar como verdad los más amargos brebajes. Eso no es libertad. Y cuando alabo ésta no me dirá usted que elogio sus deformaciones. Tampoco alabo a los jueces venales cuando pondero la justicia.

No he olvidado su encargo de pedir a Pedro-Emilio Coll la página que usted desea. Ya él la prometió. Hubiera visto cómo rió el maestro cuando le leí la apreciación suya sobre «El diente roto». Y mire que hay gracia en decir, como admirablemente usted dice, que no habría labor más larga y difícil en nuestra Patria que la de remendar los dientes a nuestros grandes hombres. ¡Cómo debió de haber sido fuerte y entera la dentadura de nuestro viejo Ledesma!

Guárdela el Señor como bien lo deseo y lo claman sus méritos y deme a mí mejor salud y tiempo vaco para emplearlo en su servicio.

EN DEFENSA DE LEDESMA

Mi noble y bondadosa amiga:

He leído con profundo interés las líneas amabilísimas de usted en que me dice de la desolación «ledésmica» con que oyó el discurso del ilustre don Fernando Ortiz en la sesión solemne de la Academia de la Historia. Habla usted, y con razón, de que el fervor americanista del grande escritor cubano echa por tierra el valor simbólico de nuestro héroe como expresión de una conciencia nacional. Y está en lo cierto. De aceptarse la extraña tesis de que «la primera batalla de la liberación americana se ganó en el Canal de la Mancha al ser hundida la Armada Invencible de Felipe II», se negaría nuestra realidad histórica colonial, raíz de nuestra vida emancipadora, y se declararía que Alonso Andrea de Ledesma, al oponerse al invasor, fue un «traidor» de la libertad. Con tal manera de juzgar la lucha entre Inglaterra y España, se desconoce la verdad existencial del mundo español de las Indias. Casi como negarnos nosotros mismos; pues, a pesar de nuestro mestizaje, somos la continuidad de un proceso español que en su hora de plenitud optó la emancipación, heroica y tenazmente ganada por los héroes que dieron forma a la nacionalidad republicana. Aun desde un punto de vista de filosofía universal, sería arbitrario sostener que la Corte de Saint James sostuviera un criterio de liberación política frente a un retraso ideológico español. La Inglaterra anterior a la revolución del siglo XVII era más oscurantista que la España de Felipe II. Recuerde cómo sus autoridades ordenaban quemar libros como los de Roberto Belarmino, que proclamaban los derechos deliberativos del pueblo, mientras en la Península hasta se apologizaba el regicidio.

Justamente la destrucción de la Armada Invencible empujó la bárbara carrera de piratería que asoló a nuestro mundo colonial y detuvo el progreso de los establecimientos hispánicos, donde adquiriría fuerza la cultura en cuyo nombre nos empinamos más tarde para defender el derecho de nuestra autodeterminación política. Esa tesis de que los piratas

fueron portadores de consignas de libertad la podrían defender los mercaderes ingleses que querían para sí el imperio absoluto del nuevo mundo, con la misma licitud con que los actuales piratas del industrialismo se empeñan en convertirnos a la esclavitud de sus consignas absolutistas.

Recientemente, en nuestra prensa diaria y con motivo de una película cinematográfica enderezada a la justificación de los corsarios, escribí acerca de esta arbitraria manera de juzgar la piratería, que a mí se me ocurre semejante a la tesis de un heredero que, por vengarse de cualquier lucro arbitrario de su antiguo tutor, celebrase al ladrón que durante su minoridad vino, con fines de riqueza personal y no de ayuda para el peculio pupilar, a devastar y reducir sus grandes propiedades. ¿Valdría en lógica estricta el argumento de que era cruel y malo el administrador? Claro que los descendientes y socios del intruso tendrían motivos para exaltar el valor y la audacia del ladrón, pero que esa alabanza la coreen los mismos que recibieron el perjuicio de la destrucción, no lo juzgo ajustado a ninguna manera de razón.

La tesis que encuentra méritos en la acción rapaz de los filibusteros y forbantes del siglo XVII, es secuela de la leyenda negra con que el inmortal imperialismo anglosajón quiso legitimar su odio contra el imperialismo español, es decir, contra el imperialismo del pueblo que, dilatándose, nos dio vida y forma social. Porque, niéguese todo y reconózcase el error administrativo de la metrópoli española, jamás podremos cerrarnos a comprender que cuanto mejor y más pacífico hubiera sido el desarrollo material del imperio español, tanto mejor y más eficaz hubiera sido nuestra anterior vida de colonia. ¿Podría sostener alguien que ingleses, franceses y holandeses vinieron a defender los derechos de soberanía del aborigen? De lo contrario, se empeñaron los pueblos enemigos de España en llenar al nuevo mundo con una nueva masa esclava: banderas inglesas trajeron a nuestro suelo, aherrojadas de cadenas, a dolidas masas de negros africanos y cada territorio

que arrancaba Inglaterra a la corona española, era convertido en asiento del mercado negro.

Busque usted en su meditación otras razones que le den la clave de la sentencia de nuestro ilustre huésped. Sabe usted que en estos temas se enredan razones ideológicas que van hasta la misma raíz de lo religioso y que Cromwell sostenía que a los españoles era preciso matarlos como bestias al servicio de Roma. Algunos aún piensan con semejante criterio. Yo respeto supersticiosamente la libertad de las ideas. Y jamás niego mi admiración a quienes por sus obras la reclaman, aún cuando piensen en oposición conmigo. En el caso de don Fernando Ortiz ya hube de aplaudir, como lo obligan la solidez y el prestigio de su palabra, la elocuencia del discurso, así difiera de este su particular modo de apreciar nuestro pasado español.

En todo estoy con usted cuando dice que Alonso Andrea de Ledesma, con su lanza solitaria, era por sí solo la pujanza de un ímpetu que valía tanto como el empuje de la gran armada vencida en el Canal

de la Mancha. Y feliz en extremo conceptúo su comentario tan oportuno sobre el valor de nuestro folclore como expresión de fuerzas subterráneas que en el suelo de nuestra conciencia popular subsisten por testigos de las viejas culturas que se sumaron para la formación de nuestro carácter nacional. Si en verdad tiene un invaluable precio como dato sociológico, no le hallo fuerza para elevar la educación del pueblo. A no ser que se intente educar con los mismos factores que se procura superar. Ya nosotros hemos trabajado, cuanto nos ha sido posible, en ponderar la potencia de Alonso Andrea de Ledesma como mito que simboliza las virtudes heroicas de un pueblo ayuno de arquetipos. Sería lamentable exaltar a la vez la macana de los bailarines del Tamunangue.

Quedo en espera de sus nuevas letras y mientras éstas vengan, las tuyas que contesto serán en mi mesa de trabajo como prenda de fina espiritualidad y aguda comprensión.

Caracas, 23 de febrero de 1948.

*Las luchas de la mujer venezolana**

Sumario

Presentación p. 777

Las luchas de la mujer venezolana p. 778

Carmen Cristina Clemente Travieso

Caracas, 1900-1983. Autodidacta, periodista, feminista. Fue la primera reportera de Venezuela. Investigó sobre la Caracas de principios del siglo XX. Fue pionera del movimiento feminista en el país y fundadora de la Agrupación Cultural Femenina. Entre sus obras están las biografías de *Luisa Cáceres de Arismendi* (1942) y *Teresa Carreño* (1953) y su ensayo *La mujeres en el pasado y en el presente* (1977).

* Carmen Clemente Travieso, *Las luchas de la mujer venezolana*, Caracas, Agrupación Cultural Femenina, s/f (ca. 1961-1962).

Presentación

Este pequeño folleto es quizás una de las pocas reliquias de la labor que un grupo no muy grande de mujeres emprendió tan pronto como la muerte de J. V. Gómez dio término a su larga y tenebrosa dictadura. En él, la autora, Carmen Clemente Travieso, mujer comprometida con el movimiento de defensa de los derechos de su género, hace un recuento sucinto, compacto pero a la vez informativo, de los logros obtenidos: de la participación de la mujer a partir de la Independencia y de su contribución a la formación de la república; de su propia transformación que según ella llevó a la generación de una «mujer nueva», que para cuando escribe las páginas que aquí comento, se caracterizaba por: trabajar (entiéndase aquí que Travieso se refiere al trabajo fuera del hogar, porque el que se realiza dentro de él, aún no se pensaba como otra forma laboral; se naturalizaba como lo que toda mujer debe hacer, por ser mujer), por aceptar su responsabilidad social, por tener «ideas amplias» y «espíritu fuerte», por estar «capacitada para actuar»; una mujer que había «adquirido» sus derechos a estudiar y trabajar y que daba «su aporte a la evolución social y económica del país» (p. 7).

Toma en cuenta además la condición obrera y la condición campesina, tanto como la profesional de la mujer; describe las luchas a partir de 1936 para obtener sus derechos sociales y civiles y menciona la

fundación de una Liga Nacional de Presos en 1937, que planteaba la necesidad de defender a las personas, independientemente de su género, de las violaciones y atropellos a sus derechos constitucionales y la necesidad de «una reforma de los métodos penitenciarios y al mejoramiento consiguiente de los presos de derecho común» (pp. 18-19). Exigencia que de haber sido escuchada e implementada probablemente nos estaría evitando hoy tantas muertes violentas y cárceles degradantes, aparte de que quizás se respetarían más los derechos y las leyes.

El derecho al sufragio, la reforma de las leyes (Código Civil —sólo obtenida en 1982—, Código de Comercio), las formas de acción y de organización femenina están resumidas en esas 36 páginas acompañadas de otras nueve en las cuales se presenta el esbozo de programa para ORVE, el Movimiento de Organización Venezolana del Movimiento Femenino. Hablar de la femineidad en Venezuela obliga a mencionar a una pionera de los derechos de la mujer, cuya labor unida a la de esos grupos que aparecen en fotos apretadas de rostros, ha permitido que a partir de 1958, mujeres competentes hayan ocupado altos cargos en la administración pública, hayan logrado una justa reforma del Código Civil de 1942 que iguala los derechos de las madres, esposas o no, y de los hijos y tengan una alta participación ciudadana.

LAS LUCHAS DE LA MUJER VENEZOLANA

Las luchas de la mujer venezolana por su emancipación comenzaron hace siglo y medio cuando éstas se unieron al pueblo en las guerras por la independencia nacional y contra la opresión colonialista española. Desde entonces numerosos nombres de mujeres quedaron escritos en las páginas de la historia por sus admirables actos de valor y heroísmo. Mujeres de todas las clases sociales, en forma abrumadora, se unieron a estas luchas y sufrieron persecuciones, torturas y hasta la muerte, en la defensa de sus ideales de libertad e independencia.

En aquellos remotos tiempos no existían condiciones para que la mujer se pudiera organizar y prestar una labor más coordinada en ayuda y cooperación a las luchas emprendidas por los patriotas durante los cruentos años de la guerra. No obstante la escasa educación de la mujer, su falta de garantías y su abandono en el plano político, cultural y social, en la sociedad colonial a través de tres largos siglos de esclavitud, la mujer, rompiendo los estrechos moldes en que se la había encerrado, y contrariando este mezquino criterio de algunos recalitrantes demasiado influenciados por el clero, comenzaron a interesarse por las ideas de independencia y se sumaron, a los que las sustentaban, prestando su apoyo moral y material a esta gran causa.

Amparadas por la oscuridad de la noche, reunidas en las casas de los patriotas, las mujeres se unen a ellos para coordinar la fecha y la hora en que se daría el grito de libertad. Realizado el grito de independencia el 19 de abril de 1810, toman parte activa en los festejos, en las demostraciones públicas; asisten a las barras del cabildo caraqueño; unen su voz al canto de libertad que entona el pueblo en las calles y es tan grande su entusiasmo, que manifiestan claramente sus opiniones sin temor al peligro y sin consideraciones a ninguna dificultad. Ellas sostenían que era preciso obtener la independencia o perecer en la tentativa.

Inspiradas las mujeres en el ardor revolucionario de la época que les tocó vivir, no nos extraña mirarlas

tomar el camino que transitaron sus compañeros para continuar a su lado la lucha que era deber de todos. Y sus nombres fueron floreciendo a través de la patria venezolana: Joaquina Sánchez e Isabel Gómez en La Guaira, Luisa Cáceres en Margarita, Ana María Campos en Maracaibo, Eulalia Ramos en Barcelona, Josefa Camejo en Falcón, Leonor Guerra en Cumaná, Cecilia Mujica en el Yaracuy, doña Juana Antonia Padrón, Josefa Palacios, Margarita Salias, Teresa Heredia, en Caracas, y mil más que asombraron con su valor a sus propios verdugos.

Sus gestos de heroísmo son conocidos a través de todos los pueblos, de todos los villorrios, de todas las ciudades: a todo lo largo de la tierra venezolana. Su sangre fue vertida en la Casa Fuerte de Barcelona y en las calles de Cumaná, en Maracaibo y en San Felipe, en Ocumare y en Valencia, en Tacarigua de Mamporal y en Caracas... Ellas visitaron todas las prisiones de los españoles: desde las bóvedas de La Guaira y la Casa de Misericordia, en Caracas, hasta los calabozos de los conventos de las Madres Concepciones, —que se hacían así cómplices de los opresores— hasta los tétricos calabozos del Castillo de Santa Rosa en La Asunción. Y fueron condenadas a sufrir la máxima ignominia: sentadas sobre un asno, desnudas y cubiertas de miel, eran emplumadas para mayor escarnio bajo el látigo del verdugo que hería el rostro, las espaldas, el pecho... Las mujeres prefirieron morir, pero ninguna renunció a sus anhelos de libertad e independencia.

Estas valientes antepasadas nos legaron dos ejemplos: su firme anhelo de obtener una patria libre y soberana, su callado y fecundo sacrificio y la constancia, valor y firmeza de las ideas de que hicieron gala en aquellos días y noches tormentosos y en los potros de martirio erigidos para arrancarles confesiones por la violencia y el terror y su firme anhelo de vivir en un mundo más justo y humano, en una patria soberana y libre. Ellas sabían que tal vez perderían la vida en la contienda, pero tenían conciencia de que estaban construyendo con su propio

sacrificio, el mundo de libertad e independencia que legarían a las futuras generaciones.

Y fueron esas gloriosas mujeres las que con el sacrificio integral de sus vidas, con su innegable valor y con su fe en el triunfo de la justicia, señalaron el camino a seguir a la mujer en el futuro. Con la mirada puesta en ellas las mujeres luchadoras venezolanas iniciaron la lucha por su liberación política, social y económica: eran las pioneras que marchaban a la conquista de una causa iniciada con valor y firmeza; causa que la mujer moderna está en el deber de continuar hasta el triunfo definitivo. Estas luchas en las cuales está empeñada la mujer hoy al lado de su pueblo por su propia defensa en todos los órdenes, por la paz, amistad y confraternidad con todos los pueblos que en el mundo luchan por sus mismos ideales, contra la mediatización yanky, contra el imperialismo y por la conquista de un mundo más justo y humano, ese mismo mundo de bienestar y de paz que anhelaron las mujeres que ayer iniciaron las luchas por nuestra libertad e independencia.

La mujer en el pasado

En Venezuela, como en casi todos los países subdesarrollados y sometidos al colonialismo, la mujer estuvo por largos, oscuros años, subordinada al hombre y a la sociedad. Lo estuvo en los días somnolientos de la colonia, cuando a la mujer le fueron señaladas sus tareas de manera terminante, reducidas a la buena marcha del hogar y a la crianza de los hijos. En aquella sociedad llena de prejuicios, dividida en clases, las mujeres todas, las de las clases altas como las de las clases bajas, eran simples esclavas: unas, de los prejuicios sociales y religiosos; y las más, de su situación económica.

Un hecho histórico que debemos destacar es que la mujer en todos los tiempos participó en las actividades del trabajo y por cierto en los más duros y peor remunerados. No obstante fue necesario que los factores económicos de las dos últimas guerras hicieran su aparición en la sociedad para que el trabajo de la mujer cobrara un sentido distinto. Ante

los problemas específicos de la mujer venezolana como tal, fueron surgiendo las leyes que habrían de contemplar su real situación.

Entonces da comienzo una lucha en todos los países para que la mujer sea considerada como factor de trabajo, como individuo inherente a la vida social, política y económica de la nación. Cuando las mujeres de Francia y de los Estados Unidos ocuparon los puestos dejados vacantes por los hombres que marcharon al frente del combate, de hecho crearon una situación por la cual sus gobiernos tuvieron que tomar en cuenta la participación del esfuerzo femenino durante los cruentos años de la guerra y postguerra.

En Venezuela la mujer se echó a trabajar bruscamente, sin dar tiempo a que una buena orientación decidiese cambios de costumbre. ¿Por qué la mujer se echó a la calle a trabajar? Cualquiera de ellas podría contestarnos que en su casa hay hombres parados, niños y ancianos que alimentar, extrema pobreza... La tremenda pobreza que se observa en las casas de vecindad, en los ranchos de los barrios pobres, en todos los lugares donde las mujeres, agobiadas de trabajo, tienen que extremar su resistencia física para dar todo de sí... Son seres para quienes no existen días de fiesta, ni cines, ni parques de recreo, ni descanso. Todo ese submundo doloroso de miseria en que viven las mujeres de los barrios pobres, las compañeras de los proletarios venezolanos.

Pero hay una clase parasitaria donde la mujer no trabaja sino que viven sentadas en los bares de regios salones adornados con suntuosos muebles jugando «té canasta» o en espera del «príncipe azul» que ha de llevarlas a vivir en un mundo inverosímil. Una clase social con guardarropa y despensa, donde la necesidad ni el hambre se dejan sentir jamás; son las hijas de los ricos, las mujeres que pasan la vida desconociendo los problemas que atañen a las trabajadoras y a ellas mismas, pobres marionetas sin derechos que desdeñan la lucha porque ellas tienen sus necesidades cubiertas.

Mas, a medida que los tiempos pasaron, la mujer de la clase media y proletaria fue evolucionando: no se conforma con ser objeto de lujo, ni un sujeto de placer para el hombre.

Ahora se interesa por su cultura, y asiste a las universidades y sigue cursos y se interesa en el arte y obtiene títulos y asiste a clases para enriquecer su cultura y visita bibliotecas, investiga la historia, organiza agrupaciones para colaborar en la cultura de sus compañeras menos afortunadas. Al mismo tiempo las mujeres «parásitas» continúan asistiendo a los clubes y jugando «té canasta», es decir, al margen de todo espíritu de superación en el plano social o político.

Así, de manera sorpresiva, vimos a la mujer trabajando para sostener su hogar donde el hombre, haciéndose un poco el desentendido para su propia conveniencia, afloja los deberes... Millares de muchachas jóvenes trabajan para ganar un jornal que las libere económicamente. Y esta es una realidad que coloca a la mujer en el primer plano en los centros de trabajo y en la sociedad. Las últimas estadísticas sobre el trabajo femenino arrojan un porcentaje mayor de mujeres empleadas que el del hombre. ¿Cuál es la razón de todo esto?

Las condiciones económicas de la vida moderna y el desarrollo de la industria trajeron como consecuencia estos profundos cambios en la vida de la mujer al ser lanzada fuera del círculo doméstico para incorporarla a los centros industriales del capitalismo. Prácticamente se ha dado cuenta la mujer que mientras más efectiva sea su intervención en la economía del pueblo, más rápida ha de ser su evolución social y su importancia en el seno de la sociedad y de la familia.

Colaboración de la mujer en las actividades de todo orden

Hablando en términos generales la colaboración de la mujer en el trabajo y en los dominios de la actividad comercial e industrial, se ha extendido e intensificado rápidamente en los últimos años como

lo atestiguan las estadísticas actuales. Las mujeres han llegado a la fábrica, al taller, a la oficina, a la escuela, al laboratorio, a la universidad, impulsadas por un hondo deseo de mejoramiento en el plano social y económico, convencidas de que su liberación cultural y económica es el primer paso en el camino de su total emancipación.

La consecuencia lógica de esta actitud ha sido la importancia cada día mayor que alcanza en la república la autoridad económica e intelectual de la mujer, la cual ha determinado una modificación sustancial en las leyes respecto a su capacidad civil. Desde luego que a una persona que es capaz de sostenerse por sí misma y mantener la carga del hogar con su trabajo, que sabe afrontar los rigores de la vida para el mejoramiento de los suyos la ley no puede, en justicia, negarle ninguno de los derechos civiles y sujetarla a la potestad y tutela de otro, fundándose en la ilógica pretensión de su incapacidad natural.

La evolución social de la mujer

La mujer indígena es la representativa de la mujer venezolana en el pasado. Fue ella quien primitivamente habitó el territorio descubierto por los conquistadores españoles. Esta mujer vivía en la tribu considerada por su compañero y en un mismo plano de igualdad social cuando estas tribus se regían por el sistema de la comunidad, donde el hombre y la mujer, sin diferencia de ninguna clase, colaboraban en el esfuerzo del trabajo para el mantenimiento de la tribu, de lo que fuera su primitivo hogar. Entonces la mujer indígena labraba las parcelas, molía y cocinaba los granos, hilaba, tejía, confeccionaba las ropas, moldeaba y cosía los recipientes y preparaba adornos y artículos mágicos, lo que es una prueba evidente de la contribución de la mujer a la vida social de aquellos tiempos.

Pero hizo su aparición la propiedad privada y con ella comienza la esclavitud de la mujer, con el germen de la autoridad paterna; y la mujer es relegada al pequeño mundo de sus actividades domésticas. El hombre la considera un ser incapaz e inferior.

En la época colonial la condición de la mujer es nula, desde el punto de vista jurídico. Por ello algunos historiadores se asombran ante la capacidad de resistencia, de valor y sacrificio demostrado por la mujer en las guerras de la independencia, las que sin embargo no lograron mejorar su condición en el plano social. Pero en la era industrial, que sucede a la era agrícola, las mujeres ocupan las industrias textiles y son admitidas como empleadas en las oficinas públicas, registrándose como un hecho indiscutible su participación en la vida comercial e industrial del país.

No obstante su participación en estas actividades del trabajo, está muy lejos de ser un hecho nuevo si nos atenemos a la consigna histórica por la cual, desde tiempo inmemorial, la mujer ha participado, al igual que el hombre, en las faenas del campo y del hogar; y también desde siempre le han estado reservados algunos oficios no carentes de importancia ni de categoría, como lo es el cuidado y educación de los hijos.

El progreso social y los cambios de todo orden, coadyuvaron hacia el progreso de la mujer hacia la libertad.

La mujer nueva

Al hablar de la evolución de la mujer venezolana, de la que trabaja y acepta su parte de responsabilidad social, tenemos que pensar en el tipo de la mujer nueva, de ideas amplias y espíritu fuerte, capacitada para actuar, sean cuales fueren las circunstancias que les crea el ambiente, la educación o las leyes. La mujer que ha adquirido por íntima decisión sus derechos a estudiar y a trabajar, esa mujer responsable que vemos diariamente en la vida privada y en la pública. Las mujeres que estudian, las que se superan, las que en las fábricas o universidades, en las oficinas o en las clínicas, en las tiendas y en las industrias, dan su diario aporte a la evolución social y económica del país.

La mujer asalariada

A nuestra incipiente industria asiste una gran cantidad de mujeres de diversas edades que trabajan

ocho y más horas diarias para poder subsistir y para llevar un pedazo de pan al hogar. Un crecido porcentaje de estas mujeres trabaja en fábricas, industrias, laboratorios, oficinas, en los bancos, en tiendas, en las oficinas públicas, en el campo: son las asalariadas, ese extraño tipo de mujer que inició sus actividades en los años de 1908 y subsiguientes, cuando en Caracas apareció la primera industria del tabaco.

Allí asistían por la primera vez numerosas mujeres pertenecientes en su mayoría a familias pequeño-burguesas que habían caído en la más terrible miseria y que un buen día se resolvieron a desafiar el rechazo de una sociedad mezquina que las había condenado al hambre y a la miseria: eran las pioneras. Los salarios que devengaban eran irrisorios, pero mejor era algo que nada. Eran los tiempos en los cuales el trabajo de la mujer en la calle era considerado como un baldón infamante y ellas trabajaban un poco tímidamente. No tenían hombres que llevaran el diario al hogar y no podían dejar morir de hambre a los hijos y familiares. Así se iniciaron las primeras asalariadas en nuestro medio.

Estas primeras mujeres asalariadas tenían que trabajar muy rápidamente para sacar un jornal miserable que apenas les alcanzaba para no morir de hambre. Muchas se tuberculizaron. La vida de estas mujeres se desarrolló en un ambiente de tragedia y de indiferencia por parte de la sociedad y nunca fue reconocido su valor al desafiar el ambiente y los prejuicios sociales de la época.

La mayoría de estas obreras son madres de numerosos hijos que tienen que trabajar en medio de incontables sacrificios para lograr el alimento diario. Las condiciones de vida y en el trabajo, aún hoy, son ínfimas, y su única esperanza es la lucha dentro de sus sindicatos por un salario más acorde con sus propias necesidades, y con el alto costo de la vida.

En Venezuela, debido a su estructura económica por la cual todo se importa y sólo existe una industria incipiente, los salarios de las obreras en fábricas e industrias, no están de acuerdo con el alto costo

de la vida. No obstante que la Ley del Trabajo desde el año de 1936 reconoce para la mujer «igual salario por igual trabajo», esta ley no se cumple en la mayoría de las empresas, y las mujeres, por temor a perder el trabajo que las condenaría a morir de hambre junto con sus hijos y familiares, nada reclaman a los patronos que así se benefician en sus pingües ganancias con la explotación inmisericorde del trabajo de la mujer.

Debido a los largos años de gobiernos dictatoriales que ha sufrido el pueblo venezolano, existen graves deficiencias en la organización del trabajo femenino. Estas fallas de organización subsistirán mientras las trabajadoras no adquieran conciencia de clase y las mujeres de toda clase social carezcan en la práctica de la totalidad de sus derechos civiles y políticos.

Una de las pocas conquistas que ha logrado la mujer desde el año de 1936, es el Seguro Social de Maternidad que reconoce a la madre obrera el derecho a seis semanas de descanso antes del alumbramiento y hasta seis semanas después del mismo, conservando su derecho al empleo y además una indemnización suficiente para su alimento y el del niño.

La mujer en el campo

En el campo, la cuestión del jornal de la mujer deja aún mucho que desear. En las haciendas, las mujeres e hijas de los campesinos son tradicionalmente peones de hacienda y como tales están obligadas a realizar las tareas que a bien tengan asignarles los mayordomos o dueños. Fuera de estos trabajos las mujeres se ocupan en la recolección de los frutos recibiendo un jornal de acuerdo al trabajo realizado y de conformidad con una tarifa ínfima en total desproporción con la fuerza de trabajo de las mujeres. La mujer del campo en Venezuela es la eterna explotada.

Acerca de la jornada de trabajo de la mujer campesina nuestra legislación nada establece, pero es una verdad reconocida por los que han hecho estudios sobre la materia que nuestra mujer del campo trabaja en las peores condiciones y por un salario miserable de sol a sol. Hasta ella no llegan los beneficios

de la Ley del Trabajo ni las prestaciones sociales. Son las más olvidadas y explotadas, a pesar de que forman un grupo numeroso.

Más de un millón de mujeres forman nuestra población rural

El censo de los habitantes de Venezuela para 1950 es como sigue: 5.034.838 habitantes. La población urbana es de 2.705.000 habitantes y la población rural de 2.325.000. Esta población rural está compuesta por: 1.202.000 hombres y 1.123.000 mujeres.

La población activa de la agricultura es la siguiente: 654.448 varones y 35.756 hembras. Esta población rural es la que percibe salarios, pero estas son las cifras estadísticas. Hay un reglamento llamado del Trabajo en la Agricultura que no beneficia sino a los campesinos que viven en las zonas más desarrolladas del país. La realidad es que la mujer trabaja más que el hombre hasta cierto punto, porque además de desempeñar todos los deberes del hogar con los hijos y el marido, siembra conucos, recolecta los frutos, recoge las chamizas para cocinar los alimentos, etc. etc.

La mujer no tiene derecho a la tierra

En los primeros días de junio de 1959 se celebró en Caracas un Congreso Campesino. Numerosos grupos de campesinos y de campesinas invadieron la ciudad en aquella ocasión, los cuales vinieron a la capital con el objeto de apoyar la Reforma Agraria que llevaría al campo venezolano condiciones de vida y en su trabajo y señalaría el comienzo de una mayor justicia para las grandes masas campesinas venezolanas.

No obstante que la mujer campesina trabaja en el campo a la par que el hombre y ha sido víctima junto con éste de la injusticia que desde hace muchos años reina en el campo venezolano, la mujer campesina no podrá obtener tierras para su laboreo en las mismas condiciones que el hombre del campo, pues en el proyecto original elaborado por la Comisión de la Reforma Agraria se establecía que: «Las mujeres

solteras, viudas o divorciadas, siempre que reúnan los requisitos exigidos en el artículo anterior, (comprometerse a trabajar la parcela personalmente o con sus descendientes; carecer de tierras o ser insuficientes las que posea; ser mayor de 18 años) serán equiparadas al hombre en el derecho a ser dotadas de tierra». En las cámaras legislativas se suprimió esta disposición. Sin embargo, del espíritu general de la ley se desprende que el derecho a la tierra se reconoce a todos los venezolanos. No se hace diferencia de sexos. Pero la experiencia nos obliga a las mujeres a permanecer alertas y reclamar para la mujer campesina esa equiparación que se sabe existe en la ley, pero que no se establece claramente.

Es significativo que en las cámaras legislativas haya sido suprimida la disposición arriba anotada. ¿Qué impulsó a los legisladores a podar la ley de una disposición tan justa y noble? La respuesta la continúan esperando las mujeres venezolanas.

Como vemos, las aspiraciones de la mujer campesina fueron en parte frustradas al ser recortada la Ley de la Reforma Agraria en aquella parte que la favorecía. Pero la mujer campesina, y a su lado las mujeres obreras, continúan la lucha para que esta injusticia sea reparada.

La mujer profesional

La historia de la mujer profesional venezolana es de ayer. Hace unos años una mujer venezolana, Virginia Pereira Álvarez, se sometió a las burlas y las rechiflas de los estudiantes universitarios porque sintió deseos de seguir estudios médicos. Fue la que abrió las puertas de la universidad a la mujer profesional de hoy. Desde aquella fecha este centro de estudios, cerrado hasta entonces a la mujer, se vio invadido por numerosas jóvenes que ingresaron a sus aulas, y en ellas comenzaron a prepararse para dar su colaboración en la marcha ascendente del país.

La mujer que aspiraba en nuestro medio a ser profesional tuvo que mantener una lucha resuelta y constante contra los prejuicios y contra el medio

ambiente que siempre le fue hostil. Hoy existe una mayor comprensión por parte del profesional varón, pero antiguamente, además de la opinión del vulgo tenían que afrontar la de sus compañeros de aulas que juzgaban que la mujer no estaba en condiciones de desenvolverse con capacidad en estas rigurosas disciplinas. La mujer pronto pudo dar un rotundo mentís a los que tal pensaban.

Y hoy vemos cómo la mujer sigue estudios obedeciendo a un anhelo de independencia económica en primer término, aunque otras lo hacen para adquirir su cultura. Casi todas las estudiantes universitarias pertenecen a la clase burguesa y pequeño-burguesa y algunas niñas pertenecientes a la burguesía adinerada que obtienen la profesión como un adorno o como un motivo para iniciar una vida independiente. Entre tanto, ellas también han comprendido que mientras mejor preparadas estén para la vida y el futuro, tendrán más probabilidades de triunfar.

Ya va desapareciendo de nuestro medio la mujer parásita, ese tipo de mujer que dependía económica e intelectualmente del hombre. Hoy, cuando el hombre no está capacitado para trabajar, la mujer puede hacerlo y lo hace con su gran sentido de responsabilidad y obedeciendo con decisión a su primario anhelo de superación.

Inicia la mujer la lucha por sus derechos

En Venezuela la mujer ha sido víctima de las dictaduras que una tras otra han ensombrecido al país y la han mantenido al margen de sus aspiraciones en el orden político, social y económico.

El año de 1928, y a consecuencia del gesto de rebeldía de la juventud universitaria, la mujer lanzó su voz de protesta contra las crueldades políticas cometidas por el dictador contra la juventud. La Sociedad Patriótica de Mujeres Venezolanas fue la primera organización femenina que se irguió para acusar ante los gobiernos latinoamericanos los crímenes que se cometían diariamente contra la juventud y contra el pueblo en su generalidad. Era la primera señal, el primer gesto de la mujer.

No podemos menos, en estos momentos de rendir un emocionado recuerdo a las luchadoras que perecieron víctimas de la dictadura: Antonia González, mujer perteneciente a la clase trabajadora, con despierta conciencia de lucha, asesinada en la tétrica prisión de La Rotunda de Caracas, y Concha Velásquez, consagrada a la lucha por la liberación de los presos políticos, caída en hora menguada para el movimiento femenino que se iniciaba. Vigilada, perseguida, era poco lo que la mujer podía hacer en aquellos años. No obstante, se entregó a la lucha contra la feroz dictadura que ensangrentaba al país.

El primer mensaje de la mujer venezolana

Terminada la dictadura, el pueblo comienza a vivir con un poco de más libertad. Hay en el ambiente un despertar de la conciencia femenina, y se mira a la mujer actuar en todas partes con interés y desvelo. El 30 de diciembre de 1935 las mujeres venezolanas envían un mensaje al presidente de la república pidiendo protección social y cultural para la madre y el niño venezolanos. Este mensaje estuvo firmado por más de un centenar de firmas de mujeres y fue respaldado por todas las asociaciones y agrupaciones femeninas existentes en el país.

Al mismo tiempo las mujeres pertenecientes a la Agrupación Cultural Femenina crean las escuelas para obreras, instalan la Casa de la Obrera y organizan el Primer Congreso Venezolano de Mujeres.

Comienza el movimiento combativo de la mujer

Pero el verdadero movimiento combativo de la mujer no da comienzo sino en el año de 1936, a la muerte del dictador. Entonces la mujer se organiza en los centros culturales, en los partidos políticos, en los sindicatos, en las organizaciones que le brindan un margen de lucha por sus reivindicaciones, tales como las juntas Pro-Fomento de los Barrios, donde la mujer actúa con despierta conciencia sobre sus deberes en la lucha que se inicia y a la cual se apresura a prestar su colaboración.

A pesar de que el pueblo venezolano sólo gozó de un escaso margen de libertades, la mujer realizó en aquellos años iniciales una magnífica labor de cultura: concurriendo valientemente a los mítines públicos, a los sindicatos, a los partidos políticos, a los centros culturales y a todos los organismos de lucha; y visitó también las prisiones y los sitios donde sus compañeros purgaban el delito de querer vivir en un mundo más justo y humano. Perseguidas aún dentro de sus agrupaciones de índole cultural, las mujeres continuaron con redoblado entusiasmo la lucha por su liberación en dramáticas condiciones y contra las restricciones a la libertad impuesta por el gobierno que sucedía a una dictadura de veintisiete años.

Ya para aquel año las mujeres se habían organizado para la resistencia. La lucha de la mujer se presentaba no sólo en el plano social, político y económico, sino por las libertades más esenciales, como son la libertad de reunión, de pensamiento, de expresión. La lucha contra los allanamientos de los hogares, contra la persecución de los líderes políticos, contra la censura de prensa y contra la suspensión de las garantías constitucionales.

En 1936 surgen en Caracas algunas asociaciones y agrupaciones femeninas que tienen en su programa la cultura de la mujer y la defensa de sus derechos. Entre ellas la más combativa es la Agrupación Cultural que ha entrado en la lucha desde octubre de 1935. Esta agrupación de mujeres tiene un programa de lucha contra el analfabetismo y por la organización de escuelas obreras femeninas; por la cultura de la mujer; por las relaciones con las organizaciones femeninas; por la defensa de los derechos de la mujer obrera; por la fundación de la Casa de la Obrera y de una biblioteca circulante; por el mejoramiento de la madre y el niño; la fundación de escuelas comerciales y un dispensario gratuito para las madres trabajadoras. Propicia la ACF conferencias científicas y debates sobre la investigación de la paternidad y el derecho de la mujer al voto, en los cuales toman parte notables juristas venezolanos.

La Agrupación Cultural Femenina mantuvo por espacio de más de diez años (1937-1948) una página cultural, *Cultura de la Mujer*, destinada a incorporar a la mujer de provincia a la lucha y a su cultura. La Asociación Venezolana de Mujeres lucha específicamente por el mejoramiento de la Madre y el Niño y funda la Casa Postnatal. La Asociación Cultural Interamericana realiza concursos anuales para premiar las mejores obras escritas por mujeres y crea la Biblioteca Femenina Venezolana. Y el Ateneo de Caracas realiza una meritoria labor artística y cultural.

La mujer se solidariza con los trabajadores en huelga

En diciembre de 1936 estalla la huelga de los trabajadores petroleros del Zulia por sus reivindicaciones de orden económico.

La mujer venezolana se solidariza desde el primer momento con los trabajadores y se pone en pie de lucha. Organizan cocinas populares para los trabajadores y sus familiares en el Zulia; y en Caracas, las mujeres de la Agrupación Cultural Femenina invitan a los trabajadores para que envíen a sus hijos a la capital. Centenares de niños llegaron a los hogares caraqueños, donde fueron recibidos con muestras de cariño y solidaridad. Fue ésta la primera demostración de que la mujer había despertado a la lucha, pues no solamente cuidaron de que a los niños de los trabajadores no les faltara un hogar, sino que ellas mismas se organizaron para atender y solucionar las necesidades más perentorias de los trabajadores que habían enviado sus hijos a Caracas sorteando las dificultades de un gobierno despótico e impopular. La huelga petrolera, que comenzó por la conquista de las reivindicaciones de índole económica de los trabajadores petroleros del Zulia, al cabo de 42 días, se transformó en un movimiento nacionalista por las reivindicaciones del pueblo, en el cual tomó parte activa la mujer venezolana.

La mujer dio en aquella ocasión una lección de firmeza y voluntad de servir a sus hermanos en conflic-

to demostrando que estaba madura para la lucha, no sólo en la conquista de sus derechos, sino en la conquista de los derechos inmanentes del pueblo con el cual se había solidarizado.

La Liga Nacional Pro-Presos

El 11 de junio de 1937, un grupo de mujeres pertenecientes a los partidos democráticos, funda la Liga Nacional Pro-Presos que realiza una humana y meritoria labor social atendiendo a las necesidades de los presos, y a los perseguidos y a sus familiares. Se presenta esta organización con un vasto programa de luchas, y expresa:

La fundación de la Liga Nacional Pro-Presos responde a dos necesidades precisas dentro de las circunstancias que atraviesa Venezuela: la primera, la urgencia de defender a la ciudadanas contra las violaciones que aún persisten de derechos fundamentales garantizados por la Constitución, y en particular los atropellos contra la libertad personal y las persecuciones contra la libertad de opinión; la segunda, la necesidad, de proceder partiendo de principios de humanidad y justicia y de los propios postulados de la ciencia penal moderna, a una reforma de los métodos penitenciarios y al mejoramiento consiguiente de los presos de derecho común.

Conferencia preparatoria al Primer Congreso Venezolano de Mujeres

El año de 1940 marca un jalón en la historia de las luchas femeninas por el mejoramiento social, político y económico de la mujer.

Organizada por la Agrupación Cultural Femenina, se reúne en Caracas en los días 13 al 16 de junio una Conferencia Preparatoria al Primer Congreso Venezolano de Mujeres. Esta conferencia tuvo como fin inmediato formar conciencia en la mujer sobre los principales temas a tratar en el congreso. Los puntos que se dejaron sentados para el futuro fueron los siguientes:

- 1) Igual salario por igual trabajo sin discriminación de sexo.
- 2) Reforma de todas las leyes y códigos que colocan a la mujer en situación de inferioridad con relación al hombre.
- 3) Reforma del artículo de la constitución y de la ley. Ley Electoral a fin de que la mujer tenga el derecho al voto sólo con las restricciones impuestas al hombre.
- 4) Lucha contra la discriminación de hijos legítimos e ilegítimos, por la obligatoriedad de los padres de contribuir al mantenimiento de sus hijos, sean o no legítimos.
- 5) Simplificación de los trámites y facilitación del matrimonio y el divorcio.

Fueron presentadas a la consideración de las delegadas diversas ponencias sobre temas de gran interés social, como los referentes a la protección a la madre y al niño, prostitución, cultura de la mujer, trabajo libre de la mujer, derechos políticos y civiles, derechos sociales etc. En esta primera reunión femenina estuvieron representadas 69 organizaciones femeninas de todo el país y un nutrido grupo de miembros adherentes.

Las conclusiones que fueron discutidas y aprobadas por la conferencia fueron las siguientes: 1) luchar porque desaparezcan de nuestra legislación las injustas disposiciones que en la actualidad cohiben el armónico desarrollo de la personalidad femenina; 2) porque desaparezca de nuestra legislación la negación de los derechos políticos de la mujer ejercidos en igualdad con el hombre; 3) trabajar tenazmente por la protección y el mejoramiento del niño venezolano, calando hondo en la conciencia venezolana la idea central de que en el niño radica el futuro de la patria.

En esta conferencia fue aprobada por unanimidad lo referente a los derechos políticos de la mujer que expresan: luchar tesoneramente por la conquista de los derechos políticos ejercidos en igualdad con el hombre; y trabajar activamente desde las organizaciones femeninas por la afirmación de la conciencia

política de la mujer, interesándola cada vez más en la lucha democrática y en la defensa de la cultura y la civilización.

La reforma del Código Civil

La legislación venezolana del trabajo establece la igualdad entre el hombre y la mujer en lo relativo al salario, pero en numerosos casos esas disposiciones son letra muerta y es un hecho la discriminación: el salario de la mujer en fábricas y talleres es siempre inferior al del hombre. La mujer en Venezuela no se considera libre, sino esclava de su situación política, social y económica. El Código Civil la coarta y la humilla.

El año de 1942 un grupo de mujeres pertenecientes a la Agrupación Cultural Femenina y a la Asociación Venezolana de Mujeres, después de hacer una intensa campaña en escala nacional, logran que el Congreso nacional sancione la Reforma del Código Civil; y así lograron las siguientes reformas: en el Código Venezolano de Comercio: en su artículo 16 dispone «toda mujer mayor puede ejercer una profesión comercial independiente de su marido; ella es también responsable de sus bienes propios y de aquellos de la comunidad conyugal en que ella es la gerente». La mujer podrá igualmente tomar bajo su responsabilidad el resto de los bienes comunes con la autorización del marido. Pero aún se conservan restricciones como la que establece el Código de Comercio en su artículo 970, II parte, sección VI, por el cual las mujeres no pueden ser síndicos aunque ejerzan una profesión comercial.

En Venezuela existen muchos hijos naturales abandonados por padres irresponsables y es la mujer la que enfrenta el problema a la vez social y cultural del menor; es también la que trabaja para alimentar a sus hijos, es ella quien soporta las consecuencias de un salario discriminado a pesar de las disposiciones del Derecho del Trabajo. Por ello los legisladores han establecido algunas normas destinadas a proteger a la mujer y al niño en lo referente a las medidas educativas, sanitarias, jurídicas y so-

ciales. Los organismos encargados son los servicios ejecutivos y el Consejo Venezolano del Niño, quien tiene la misión de coordinar y de unificar las siguientes actividades: 1) la asistencia y la protección de la mujer en cinta, de la madre y del niño bajo su aspecto jurídico y moral; 2) la asistencia, la protección y la alimentación del menor en edad escolar, preescolar y postescolar hasta los 18 años; 3) la asistencia de los menores en situación irregular; 4) la asistencia y la protección del menor que trabaja. A los niños menores de 14 años les está prohibido trabajar en todo el territorio de la república.

En Venezuela la instrucción primaria es gratuita y obligatoria. Los estudios universitarios son gratuitos, la enseñanza secundaria recibe una ayuda gubernamental importante.

Desde el año de 1942 la mujer venezolana puede salvaguardar sus intereses dentro del matrimonio y le es permitido coadyuvar a la educación de sus hijos.

11.436 Mujeres piden su derecho al sufragio

El año de 1943 un grupo de mujeres compuesto por Luisa del Valle Silva, Ada Pérez Guevara, Panchita Soublette Saluzo, Mercedes Fermín, Graciela Rincón Calcaña, elaboraron una petición concreta de reforma del numeral 14 del artículo 32 de la Constitución nacional en el sentido de que se le reconozca a la mujer el sufragio en idénticas condiciones que al hombre. Copias de esta petición fueron llevadas por un nutrido grupo de mujeres al Congreso nacional. Con inusitado entusiasmo, las mujeres de todo el país en número de 11.436 firmas respaldaron dicha petición la cual solicitaba que una comisión del seno de las Cámaras estudiase la posibilidad de reconocer el derecho del sufragio a la mujer en las mismas condiciones que al hombre.

El 8 de mayo de 1944 fue un día histórico para las luchas de la mujer venezolana. Aquel día las mujeres oyeron la defensa de su derecho al sufragio en las cámaras legislativas. Emocionadas asistieron a la sesión de las cámaras donde se oyeron vibrantes conceptos sobre la mujer y sus luchas. La Comisión

de Mujeres estaba temerosa de presenciar una negativa y de allí su sorpresa ante la acogida general y entusiasta. La mayoría de los legisladores estuvieron de acuerdo en que se debía reconocer el derecho solicitado por las mujeres venezolanas. El doctor Jovito Villalba expresó que las mujeres junto con los trabajadores habían sido las primeras en decir *alto* a nuestro lado contra las bayonetas de la dictadura; y se habían echado heroicamente a las calles a sellar con su protesta, su valor, su alegría y sus lágrimas, el gesto de los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela. Recordó el deber que tienen los hombres de Venezuela para con la mujer venezolana que desde 1810, representada por Luisa Cáceres de Arismendi, dijeron también *alto* al lado de los libertadores contra las huestes invasoras.

¿Qué dice la Constitución venezolana en lo relativo al reconocimiento del voto a la mujer? Remontándonos a la fecha más remota de nuestra historia, encontramos que en 1830 la Constitución venezolana reconoce el derecho al sufragio a «todos los venezolanos». De acuerdo a esta declaración, algunos autores han interpretado que se le reconocía el derecho al sufragio a las mujeres por los creadores de la nacionalidad. Lo que es incierto.

Dos meses después del 19 de abril de 1810 —día en que se dio el grito de Independencia— fue convocado el pueblo a elecciones generales. El reglamento electoral reconoció el derecho de sufragio con las siguientes excepciones: «las mujeres, los menores de 21 años, los dementes, los sordomudos, los deudores, los fallecidos...». (Gil Fortoul: *Historia Constitucional de Venezuela*).

La Constitución de 1937 reconoce el voto limitado a los ciudadanos «varones» en los siguientes términos:

Artículo 14.

El derecho de sufragio, y en consecuencia los venezolanos varones de 21 años que sepan leer y escribir que no estén sujetos, etc. etc.

Los analfabetas, mujeres y jóvenes menores de 21 años habían quedado excluidos del derecho al sufragio.

La Asociación de Amas de Casa

El 1° de mayo de 1944 un grupo de mujeres funda una agrupación denominada Asociación de Amas de Casa, las cuales tienen en su programa de luchas el abaratamiento de la vida, contra la carestía de los alimentos y el alto costo de los alquileres, problema que mantiene alarmada a la ciudadanía venezolana.

El Día Internacional de la Mujer

Por la primera vez en Venezuela las mujeres organizadas en la Agrupación Cultural Femenina y otras organizaciones invitadas, celebran el Día Internacional de la Mujer el 8 de marzo de 1944 con un gran mitin en el Teatro Nacional en el cual participaron mujeres de todas las tendencias y delegadas de todo el país que llegaron a Caracas con tal fin. Este mitin fue respaldado con la asistencia del presidente del Congreso nacional doctor Manuel Egaña y el ministro de Educación doctor Rafael Vegas. También asistieron los líderes de todos los partidos políticos. La organización de esta jornada femenina fue una de las manifestaciones más contundentes de la mujer venezolana para entrar en el ejercicio de sus derechos ciudadanos.

Acción femenina

A principios de 1945 se funda en Caracas «Acción Femenina», una organización que lucharía por las reivindicaciones legales de la mujer, especialmente en lo referente al sufragio. A través de la Cartilla Cívica Femenina divulga lo referente al sufragio femenino y celebra una reunión a la cual asisten algunas delegadas.

II Conferencia Preparatoria al Congreso Femenino

El 8 de marzo de 1945, Día Internacional de la Mujer, las mujeres organizadas conmemoran este día con la reunión con la II Conferencia Preparatoria al Primer Congreso Venezolano de Mujeres con asistencia de 200 delegadas de todo el país. En el *presidium* estuvieron el presidente del Congreso

y el ministro de Educación. Se discutieron los siguientes puntos:

- 1) La Mujer y el sufragio;
- 2) La Mujer, el hogar y la vida ciudadana;
- 3) La Mujer y el Municipio;
- 4) El problema del niño;
- 5) La Mujer indígena;
- 6) La Mujer y la postguerra;
- 7) La Mujer obrera.

La II Conferencia de Mujeres se pronunció porque el Estado venezolano afiance y lleve adelante un plan de economía dirigida que permita un planteamiento equitativo y justo a los problemas venezolanos. Otra resolución fue la de pedir la igualdad de oportunidad para la mujer en el ejercicio de cargos de responsabilidad. La conferencia se pronunció por el rompimiento de relaciones diplomáticas con el régimen tiránico de Francisco Franco y por la amistad y relaciones estrechas con todos los países democráticos del orbe; por el establecimiento de relaciones de amistad con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, por el mejoramiento de las condiciones sociales de las trabajadoras en el campo sindical; por la protección de la madre y el niño y la eliminación de las trabas reaccionarias de la legislación venezolana. También fue aprobada la ponencia sobre la protección de la mujer indígena y el Plan Vegas sobre los Institutos de Observación de Menores.

Se asignó una Comisión de Mujeres y se nombró un Comité Ejecutivo que tenía a su cargo organizar el Primer Congreso Venezolano de Mujeres a reunirse en Caracas el año de 1946. Mas los acontecimientos políticos que se sucedieron en octubre de 1945, echaron por tierra estos anhelos de la mujer venezolana y hasta hoy el Congreso Venezolano de Mujeres no ha llegado a reunirse.

Son reconocidos los derechos limitados de la mujer al sufragio

Después de reunida la II Conferencia Preparatoria al Primer Congreso Venezolano de Mujeres en que ésta dio demostraciones de su preparación para

ejercer sus derechos ciudadanos, el presidente de la república, general Isaías Medina Angarita creyó justo reconocer a la mujer su derecho al voto en las elecciones para los concejos municipales, después que en las cámaras legislativas los senadores y diputados progresistas se pronunciaron por el reconocimiento de este derecho a la mujer venezolana. La Agrupación Cultural Femenina, los partidos políticos progresistas y algunos grupos femeninos independientes se movilizaron organizando manifestaciones de gran magnitud, lo cual dio como resultado la modificación contenida en la reforma del año 1944 que asegura:

Artículo 14.

El derecho del sufragio en los términos que se expresan a continuación: a) los venezolanos varones, mayores de 21 años que sepan leer y escribir..., y b) las mujeres venezolanas que reúnan las condiciones que se requieren para el ejercicio del sufragio según el aparte que antecede, gozan del derecho del sufragio para la formación de los concejos municipales.

Esta reforma de la Constitución lograda después de una continuada lucha de la mujer, no reconocía su derecho a ser electora ni elegible para las cámaras legislativas y de hecho había una discriminación para la mujer analfabeta. La mujer continuó la lucha para que le fueran reconocidos sus derechos en idénticas condiciones que al hombre.

Reforma del Código de Comercio

El 22 de junio de 1945 un grupo de mujeres pertenecientes a la Agrupación Cultural Femenina, Acción Femenina, Asociación Femenina de Educación Cívica, Asociación Venezolana de Mujeres y Unión de Mujeres Americanas, piden al Congreso la reforma del Código de Comercio en sus artículos 14, 15, 16, 18, 22 y 930. Estas reformas tienen por objeto eliminar ciertas desigualdades que en el ejercicio del comercio existen legalmente en Venezuela: y pueden sintetizarse así: eliminación de autoridad marital para la mujer casada en el ejercicio del comercio

y formar parte de compañías mercantiles; eliminación de la prohibición que existe para la mujer de ser síndico.

La mujer en las juntas comunales, sindicatos y ligas campesinas

El 18 de octubre de 1945 se lleva a cabo en Venezuela uno de los acontecimientos más funestos que ha vivido el pueblo venezolano: el gobierno democrático, liberal y constitucional del general Medina Angarita es derrocado por un grupo de militares en connivencia con un partido político y se instala en el país una junta cívico-militar con su cortejo de atropellos, violación de la constitucionalidad y de los derechos humanos. Parecía imposible que la mujer venezolana continuara su lucha, pero el movimiento femenino estaba en marcha. Como dato curioso que pone de relieve cómo la mujer despertaba a la lucha, aquel mismo día un grupo de trabajadoras funda el Sindicato del Cartón y del Papel con 127 miembros, dirigido y creado en su totalidad por mujeres trabajadoras que luchan por la independencia del movimiento sindical y por los derechos obtenidos después de largas y esforzadas luchas.

El 23 de noviembre de aquel mismo año (1945), la mujer ingresa por la primera vez en las juntas comunales y se dispone a defender los intereses del pueblo venezolano. Y en mayo de 1946 las mujeres del campo se organizan en las Ligas Campesinas creadas desde el año de 1943 por el líder campesino Manuel Ramón Oyún, quien luchaba desde aquella fecha por tierras, escuelas y asistencia médica en el campo, contra los desalojos e injusticias de los terratenientes. Era una lucha desigual y cruel en la que el campesinado llevaba la peor parte. Con ellos luchaban desde tiempo inmemorial, las mujeres campesinas y sus hijos.

Comité Femenino Antifascista

En su lucha por la democracia y contra el fascismo, las mujeres de la Agrupación Cultural Femenina organizaron el Comité Femenino Antifascista que lucharía

contra los crímenes del fascismo en España y por la libertad de los presos encerrados en las ergástulas españolas. Una nutrida y combativa manifestación de mujeres anunció el comienzo de la lucha.

También las mujeres fundaron un Comité Femenino Pro-Liberación de Santo Domingo, realizando una activa campaña contra la dictadura que ensangrentaba el noble y glorioso pueblo dominicano. La fundadora de este comité fue la malograda luchadora democrática Luisa Esther Larrazábal.

La mujer vota por la primera vez

Venezuela entera había presenciado el desarrollo del movimiento femenino y las luchas de la mujer por la conquista de sus derechos en el campo social, político y económico. El 27 de octubre de 1946 fue el día señalado por la Junta de Gobierno para las elecciones a representantes para la constitución de una Asamblea Nacional Constituyente. Aquel día quedó comprobado de modo irrefutable que la mujer venezolana se hallaba perfectamente capacitada para el ejercicio de sus derechos.

En esta primera jornada llegaron a la Asamblea Constituyente doce mujeres, diez de ellas del partido Acción Democrática en el poder, una por el partido Unión Republicana Democrática y una por el Social Cristiano Copey. Estas primeras mujeres representantes elegidas por el pueblo fueron: por AD: Panchita Soublette Saluzo, Ana Luisa Llovera, Mercedes Fermín, Cecilia Núñez, Amparo Monroy Power, Lucila Palacios, Carmen Gracián de Malpica, Catalina Romero, Isaura Saavedra y Nieves de Entrena. Por URD: Luisa del Valle Silva. Por Copey: Inés Labrador de Lara. (Luisa del Valle Silva no asistió a sesiones).

Todos los partidos políticos, incluso el Partido Comunista, incluyeron mujeres en sus planchas. Entre sus representantes, el Partido Comunista incluyó a las compañeras Margot García Maldonado y Carmen Clemente Travieso.

Con las garantías constitucionales suspendidas y dentro de un gobierno de *facto*, las mujeres con-

tinuaron luchando por el restablecimiento de las libertades ciudadanas y por los más elementales derechos que garantizan la constitución y las leyes a los venezolanos.

El 26 de febrero de 1947 Unión Femenina Venezolana introduce a la Asamblea Nacional Constituyente un documento en el cual contempla sugerencias relativas a la mujer en la nueva constitución, entre ellas, la más importante, es la que se refiere a la infancia, para la cual se pide la investigación de la paternidad y el Certificado Pre-nupcial. En lo relativo a la legislación obrera aboga por la semana de 44 horas con pago de 48 para la mujer trabajadora y de un mes de vacaciones remuneradas anuales y el pago del salario a la madre trabajadora un mes antes y un mes después del alumbramiento.

Este año de 1947 la mujer vota por la segunda vez para elegir presidente de la república. La nueva Constitución de 1947 en su título v expresa:

De la soberanía y el Poder Público, capítulo 1, del sufragio:

Artículo 61.

Son electores todos los venezolanos, hombres y mujeres mayores de 16 años, no sujetos por sentencia definitiva a interdicción civil ni a condena penal que lleve consigo la inhabilitación política.

El voto popular universal había sido conquistado, gracias a las luchas de las mujeres organizadas y al desarrollo de las fuerzas populares. No fue una graciosa concesión el reconocimiento del mismo, sino un acto de justicia que dio impulso al desarrollo de la conciencia democrática del país; y fue al mismo tiempo una escuela política para el resto de las masas populares.

Desde el año de 1948 se suceden en el país gobiernos de *facto* y no se celebran elecciones. Las libertades ciudadanas son conculcadas y desconocidas las leyes que rigen la vida institucional del país. No obstante, el año de 1952, bajo la dictadura militar, se celebran unas elecciones y la mujer venezolana vota mayoritariamente junto con el pueblo por la democracia y contra la dictadura. Estas elecciones

fueron frustradas. Tres años más tarde, en 1955 el dictador celebra un plebiscito para afianzarse en el poder. La mujer venezolana se encerró en su casa y no votó. Sólo votaron las empleadas de la administración pública bajo la amenaza del despido. La actitud indiferente del pueblo y de la ciudadanía en general hacia estas elecciones, fue una clara demostración de su madurez política.

El día de la liberación

El 23 de enero de 1958 es la fecha gloriosa en que el pueblo venezolano derrocó la cruel y despiadada tiranía de Pérez Jiménez, que duró diez años. Se instala en el país un gobierno provisional que reconoce al pueblo todos sus derechos y el 7 de diciembre de 1959 se celebran elecciones para elegir a los representantes populares y al presidente de la república. La mujer venezolana vuelve a ejercer su derecho al voto, pero esta vez llega una menguada representación femenina a las cámaras legislativas. Sólo tres mujeres pertenecientes al partido Acción Democrática en el poder, llegan al Congreso Nacional como representantes del pueblo. Otras mujeres pertenecientes a los partidos de izquierda llegaron a las asambleas legislativas de los estados y a los concejos municipales desde los cuales han iniciado la lucha en la defensa de los intereses populares.

La mujer en la resistencia

La mujer venezolana tiene una hermosa tradición de lucha.

Ella ha estado siempre durante los largos años de la dictadura al lado del pueblo y contra los tiranos. Ha sido perseguida, ultrajada, prisionera, exiliada y humillada. En ocasiones ha llegado al sacrificio de su vida en la defensa de sus ideales de libertad y de justicia. Nada la ha llevado a retroceder en el camino que la conduce a la meta de su emancipación como mujer y como ciudadana.

En los difíciles años de la última dictadura surgieron movimientos organizados como la Unión de Muchachas Venezolanas, la Asociación Juvenil Fe-

menina, la Unión Nacional de Mujeres, etc., que agruparon a las mujeres más combativas del país. En plena dictadura las mujeres demostraron su gran valor cívico organizando manifestaciones públicas en las plazas y templos para pedir la libertad de los presos políticos y las libertades ciudadanas. Todas estas manifestaciones fueron ferozmente suprimidas y las mujeres fueron presas y torturadas. Otras fueron lanzadas al exilio. No obstante, su espíritu no decae, y realizan una arriesgada y peligrosa labor de resistencia clandestina a través del Comité Femenino de la Junta Patriótica, para combatir contra la dictadura.

La Unión Nacional de Mujeres

La Unión Nacional de Mujeres es la organización que actualmente ha agrupado a las mujeres luchadoras por su mejoramiento social, cultural y económico. Tiene un vasto programa de luchas por la Reforma Agraria, por el mejoramiento de la mujer campesina, por las reformas legales que consagren en la Carta Fundamental, en los códigos civiles, Penal y de Comercio, en las leyes de Educación, Agraria y del Trabajo y en cualquier otro estatuto jurídico de la nación, todos los derechos de la mujer en absoluta igualdad con el hombre. En lo económico lucha por el abaratamiento del alto costo de la vida, por comedores escolares, por almacenes y comedores populares, por la defensa de la economía popular; por la reforma de la Ley del Trabajo que garantice a la mujer conquistas de derecho social, como casas-cunas, escuelas de capacitación, descanso semanal, escuelas rurales, seguro social para el campesinado, etc., etc. En lo político, la incorporación de la mujer a todas las organizaciones políticas; por sus relaciones con las mujeres democráticas del mundo; por la eliminación de toda disposición que impida el acceso de la mujer a los cargos representativos. Su finalidad es «el desarrollo de todas aquellas actividades que tiendan a elevar el nivel cultural y social de la mujer, llevando la cultura al alcance de las masas obreras y campesinas».

La mujer continúa la lucha

No obstante las conquistas logradas por la mujer venezolana en el campo social, político y económico en los últimos veinticinco años, ésta sabe que tiene ante sí duras batallas que librar antes que se realice una humanidad libre, reconciliada consigo misma y como una fuerza poderosa en su totalidad al fin conquistada. Sabe la mujer que sus problemas no pueden ser separados del conjunto de los problemas sociales del pueblo. Por ello, las mujeres venezolanas sostienen que la lucha de la mujer y de la clase trabajadora por su total emancipación, no ha terminado, ni terminará hasta que se produzca un cambio radical en la estructura económica y social del país que ponga término a la explotación del hombre por el hombre.

Es decir, hasta que la humanidad no avance hacia el total establecimiento del socialismo. Lo demás son paliativos. La mujer, en las sociedades modernas y bajo las «democracias formales» continúa esclava de los prejuicios, de su situación económica y de las restricciones que le impone la sociedad capitalista.

Caracas, 8 de marzo de 1961 (Día Internacional de la Mujer).

ORVE. MOVIMIENTO DE ORGANIZACIÓN VENEZOLANA Secretaría del Movimiento Femenino

Esbozo del programa

Como madres

Escuelas para las madres. Preparación espiritual y material de la mujer. Responsabilidad de la madre ante su hijo, primero que ante el Estado. La idea de patria entendida por la madre: el hijo sano, fuerte, robusto, dirigido por la madre capaz, involucra la idea perfecta de patria. La responsabilidad de nuestra mujer, en el porvenir, como educadora. Educación social y biológica desde el hogar.

Como mujeres

Luchar por el derecho de asumir responsabilidades que nos corresponden como mujeres conscientes, como compañeras del hombre, como pedazos de la humanidad. Abolir a la mujer como objeto de lujo, de placer, de indiferencia; librarla del yugo económico, hacerla consciente y eficiente, dueña de sí, mujer que sepa entregarse al matrimonio porque ama y va a realizar un ideal, no porque ve en aquello el único medio de mediana emancipación, o porque cree o le han hecho creer, que tan sólo nació para aquello.

Como ciudadanas

Mejoramiento cultural, civil y político. Participación de la mujer en las organizaciones políticas. En los que entraña el estudio de aquellas cuestiones relacionadas directamente con el estado civil de la mujer, por ejemplo, equiparación absoluta de la esposa y del marido dentro del régimen matrimonial; derechos para la mujer de seguir administrando sus propios bienes; ejercicio del derecho de la patria potestad. Preparación de la mujer para el pleno ejercicio de sus derechos políticos. Lucha por el mejoramiento económico de la mujer: para igual trabajo igual salario. Lucha por el establecimiento de casas-cunas, en aquellas industrias donde trabaja la mujer; un descanso remunerado antes y después del parto. Leyes de asistencia social de la mujer trabajadora.

Socialmente

Visitas periódicas a los barrios obreros con las siguientes finalidades: establecer el término de la familia obrera, el término medio del salario obrero, tanto para el hombre como para la mujer; el índice de vida, condiciones higiénicas de la vivienda, la infancia trabajadora; su alimentación, su salud y asistencia a las escuelas. Lucha por la creación de jardines de la infancia, de casas-cunas, de casas de maternidad, de consultorio de puericultura; por la creación de universidades populares, para obreras, dirigidas por mujeres, bibliotecas populares; centros de distracción para las obreras, centros de educación de misión de madres y maestras, algo por el estilo de la PTA americana para mejor penetración de las madres con la labor del maestro y con el propósito de estudiar los problemas del niño y el mejoramiento de su bienestar.

Año de 1937.

La Secretaría responsable del Movimiento Femenino de ORVE, Lucila Palacios, Luisa de Jiménez Arráiz, Pomponette Planchart, Luisa Antonia Blanco, Clara Vivas Briceño.

MENSAJE DE LAS MUJERES VENEZOLANAS

AL GENERAL ELEAZAR LÓPEZ CONTRERAS

Caracas, 30 de diciembre de 1935.

Las suscritas, ligadas íntimamente a la evolución patria por un profundo sentido de maternidad actual o futura y procurando interpretar lo que el país espera de nosotras en este hermoso despertar del sentimiento cívico nacional, nos permitimos dirigirnos a usted para después de presentarle con el debido acatamiento nuestro saludo de Año Nuevo exponerle en conjunto algunos de los más importantes problemas que directa o indirectamente nos conciernen. Quizá unos de ellos han sido ya expuestos a usted por otras agrupaciones femeninas orientadas hacia los mismos ideales. Todas estas voces son eco de un mismo deseo latente en todo corazón de mujer y que hasta hoy no había podido manifestarse entre nosotras.

Pensamos que la esperanza de todo país está en el niño, y que mientras más sano física y moralmente sea éste, lo será también el ciudadano de mañana. Por consiguiente si deseamos adelanto positivo para Venezuela, debemos procurar que éstos nazcan y se desarrollen en las mejores condiciones posibles. Es a nosotras a quienes corresponde, por ley natural, velar por ellos en esa edad pueril de la cual depende su salud futura. Interesándonos por la infancia cooperamos eficazmente en la labor patria. Pero en nuestro humilde sentir, para lograr la perfección de esta labor, se requieren en armonía y acción permanente dos factores: preparación adecuada de la mujer y principalmente de la madre. Y cooperación efectiva del gobierno nacional.

Entre nosotros este problema de maternidad e infancia ha quedado excluido hasta hoy de la atención pública y del gobierno; no así en otros países, donde el primordial interés que se le concede ha contribuido poderosamente al adelanto de los mismos. Por eso nosotras, hermanas de las mujeres de América, que tan fecunda labor desarrollan hoy en el mismo sentido, levantamos hasta usted nuestra voz para indicar, con fe en el Magistrado, algunas de las

necesidades apremiantes, aunque comprendemos la magnitud de la labor que en estos momentos lo embarga. Dichas necesidades son esbozo de la obra por hacer y a la cual estamos dispuestas a prestar nuestra desinteresada cooperación con la mejor buena voluntad. Para más claridad y sabedoras de que en estos momentos se organiza la Beneficencia del Distrito Federal, hemos considerado el problema considerándolo así: niños, mujeres y protección social.

Niños

Para éstos deseamos: en esta ciudad procurar que algunas de las ventas de leche garanticen la pureza de ésta; aire y sol en parques exclusivos infantiles; y agua pura desde el mismo acueducto. Casas-cunas suficientes en las parroquias de Caracas y capitales de los Estados que las requieran, y escuelas de primeros grados con semi-internados gratis o muy módicos para hijos de obreras y empleadas. Funcionamiento del Hospital de Niños que existe al lado del Hospital Vargas. Asilos de Huérfanos con capacidad suficiente e incluso anexas. Consultas externas con medicamentos y gota de leche gratis para los niños más necesitados.

Mujeres

Éstas requerirán: escuelas de puericultura teórica y práctica para madres, novias, ayas o niñeras, anexas a las casas-cunas. Casas de protección para muchas desvalidas con personal laico. Establecimientos adecuados para internar a mujeres pobres, en los dos últimos meses de gravidez. Consulta médica gratis o de precio módico, controlada por petición de las madres para que cuando, la necesitaren envíen su servicio doméstico, principalmente las ayas, en solicitud de certificado de salud escrupuloso o de receta. Curso de Servicio Doméstico que podría ser anexo a la Escuela de Artes y Oficios.

Protección social de la mujer

Ésta pide: obligar legalmente a los propietarios de fábricas, talleres, etc., que tengan obreras a su servicio, a concederles mes y medio de vacaciones y a lo menos quince días de jornal cuando estando éstas en servicio activo, se encuentren en trance de alumbramiento.

Hacer cumplir el Reglamento de Sanidad en la construcción de casas de vecindad, curso obligatorio de higiene infantil o puericultura elemental para cierto grado escolar. Escuelas para el Cuerpo de Policía Nacional donde se les eduque y dé suficientes conocimientos de la ley en lo que les concierne y se les exija moralidad probada y protección al niño, remunerándolos mejor. Certificado médico prenupcial obligatorio e intensa propaganda antivenérea; divulgación científica de educación sexual entre padres de familia y censura que garantice los espectáculos públicos propios para niños. Evitar la mendicidad infantil.

Ada Pérez Guevara de Boccalandro, Luisa del Valle Silva, Lola de Gondelles, directora del Colegio Católico Alemán, María Luisa Rotundo de Planchart, Clementina de Machado, Narcisca Bruzual, Panchita Soublette Saluzzo, Beatriz Aguerrevere, Angélica de Penzini, Luisa Amelia de Razzeti, Ana Mercedes de Morales Lara, Carmen V. de García Álvarez, Emma de Ruiz Rodríguez, Magdalena de Flamerich, Yolanda de Wilkelman, Ana T. de Martínez Centeno, María Luisa de Escobar, María T. de Corao, Lola de Fuenmayor Rivera, Trina de Martínez M., Olga Larralde, Sarita F. de Corao, Trina de Massiani, Carmen B. de Urbaneja, Rosalecia Bellini, María de Machado, Graciela de Conde, Berta de Olavarría Matos, Carmen S. de Basalo R., Elodila S. de Rodríguez, Carlota de Toro, Socorro de Guevara, Lula de Arreaza Calatrava, Graciela de Alicandú, Hildamar Escalante, Trina de Silva, Mariela S. de Vegas, Ana Teresa Abreu.

Firmas de adhesión

Por la Agrupación Cultural Femenina: Imelda Campos, Lola Morales Lara, María Cristina Hernández, Lila Trujillo y Cecilia Núñez Sucre. Por la Sociedad Protectora de la Infancia: María Cova C., Carmen Teresa de Obelmejías, Manola Márquez Márquez. Fuera de Asociaciones: María Meléndez de García, Luciana Contreras Rojas, Ana de Curvelo, Josefina Rodríguez Revenga, Emma Morales de Guevara, Carmen J. Rodríguez Revenga, Julia Carvajal de Flamerich, Carmen H. González, Lucrecia de González, Ana P. de Figueredo, Mary Pacan de Siso, María M. de García, Aurora González Escarri, Enería Ruiz de Rodríguez, Dominga Moreno de Montilla, Luz Manzano de Andrade, Lorenza de Moreno, Olimpia Mijares, Leonor de Caballero, Francisca de Velásquez, Bernarda Méndez, Candelaria de Ríos, Victoria de Bellizzi, Rita Castillo, Catalina de Curtis, Margarita Matos, Margot de Arroyo, Felicia Mijares, Trina de Hernández, Tula López, Emilia Salazar, Mercedes de Barrios, Ercilia de Medina, Josefina Bello de Jiménez, Chaly de Febres Cordero, Trina M. de Mellior, Luisa Margarita Meaño, Mercedes León, Carmen Yolanda de Paredes, Margarita de Tovar, Carmen Corao Grillet, María L. de Georget, Abigail de Golding, Stela de Betancourt, Cristina Reverón Darré, Victoria Corao G., Belén Centeno de Solórzano, Violeta Rivero de Restrepo, Leonor Sapene A., María Pinto Marvárez, Mercedes Flamerich, Nicolasa Gondelles, Alida de Planchart,

Gracia M. de Menéndez, Josefina Parpacén, Luisa L. de Tirado Meza, Juana de Garay, Juana Ávila de Mora, Elisa Sapene, Carmen Banch.

De Calabozo: Celina Helena de Viana Castillo. De Cagua: Piedad Franco Feo. De San Fernando de Apure: Josefina Esté, Teodosia de Rodríguez, Carmen Esté, C. de Salas, J. de Herrera, Isabel de Fernández, Clara de Giodice, Laura de Fernández, Amelia Prado, Merina de Morales, Carmen de Fernández, Olga Rigo Lealí Salas, Elba Michelangeli, Clementina Herrera, Angélica de Pocaterra, Ángela de Rodríguez, Pepita de Castillo, Guillermina de Gómez, Nina de Hernández, Ana de Pardo, Lola de Hernández, Ramona de Márquez, Clarisa de Fernández, Lula Márquez, René Domínguez, Adela de Decanio, Clarisa de Barbarito, Viventa de Esté, Rita de Rojas, Julia Rosa de Sosa Muñoz, María de Hernández, Elena de Porras, Nieves de Umánez, Jesús de Martínez, Graciosa L. de Bravo, Laura de Hernández, Abigail de Pildain, Rosa de Hernández, Ana Teresa de Pildain, María de Colón, Luisa de Figueredo, Verónica de Delgado, Nicolasa de Perera, Virginia de Rickel, Carmen de Hernández, Soledad de Domínguez, María de Umánez, María de Bolívar, Flor de Felice, Ana J. de Bolívar, Encarnación de Matute, María Antonia Plesmann, Ana de Fernández, Isabel de Rojas, Esther de Esté, Teolinda de Elías, Pepita de Obregón, Delia de Rangel, Josefa de Naranjo.

(Tomado de la revista *Nosotras*, 1º de febrero de 1936).

MENSAJE A LA CÁMARA DE SENADORES

Caracas, 18 de abril de 1944.

Ciudadano

Presidente de la Cámara de Senadores

(Igual para la Cámara de Diputados)

Palacio Legislativo

Ciudad.

Tenemos el honor de dirigirnos con el debido respeto y por el autorizado órgano de usted, a la honorable Cámara que preside, para poner en su conocimiento lo siguiente.

Al finalizar las sesiones legislativas ordinarias de 1943, recibieron las mujeres venezolanas contestación al Manifiesto sobre sufragio femenino que con fecha 18 de abril del mismo año, fue enviado a las cámaras.

El sector femenino de la república, al conceder su contenido, acató respetuosamente el dictamen de ambas cámaras, que coincidió en determinar

que la revisión del numeral 14 del artículo 32 de la Constitución nacional, debía ser considerada en la oportunidad de una reforma constitucional, planteada al país por los órganos competentes.

Ha llegado este año la oportunidad señalada entonces, de la reforma o enmienda de la Carta Fundamental, en los puntos que por circunstancias diversas, no estén de acuerdo con nuestra realidad social o con las exigencias sanas de una nueva vida política, enrumbada hoy de modo firme y ascendente hacia la democracia integral, que es ante todo educación para la libertad, dentro de las normas legales.

En relación con lo que le concierne, considera hoy la mujer venezolana que el único derecho político del cual carece, o sea el del sufragio, de manera injustificada la inhibe y la humilla, situándola globalmente, ante todas las naciones del mundo civilizado, entre los menores, analfabetas, entredichos, o condenados penalmente.

Fuera del manifiesto anacronismo de esta disposición constitucional, es sabido que existen poderosas razones morales, sociales y económicas, que impulsan hoy el sector femenino a aspirar en

justicia a que le sea reconocido el derecho de sufragio. Y estas razones han llegado a hacerse de tal modo apreciables, no por el exclusivo y aislado esfuerzo de la mujer, sino, como ya lo vislumbra el claro criterio del legislador en el pasado año, son primordialmente resultado de los saludables esfuerzos realizados por el gobierno de la república para elevar la personalidad de la mujer venezolana, combinados con determinados factores sociales cuya evolución general es irresistible, y en el presente caso, útil.

El reconocimiento del derecho de sufragio femenino, por sobre su base de indiscutible justicia que no amerita explicaciones, sería evidentemente el más trascendental de los puntos de la actual reforma constitucional, por lo que significa dentro del hogar para la educación cívica de las generaciones en formación, base viva y tradicional de toda perduración democrática.

Este reconocimiento nos permitiría cumplir nuestra misión por excelencia de madres-ciudadanas, tendencias que lejos de excluirse se complementan, y ser además útiles plenamente en la medida de nuestras capacidades y en la forma y oportunidades adecuadas.

Consideramos además, que en la evolución legislativa de la democracia nacional, será un momento de profunda trascendencia histórica el reconocimiento de nuestro derecho de sufragio, por lo que significa y por traer en sí el aporte de una fuerza más, que con fervor y pureza moral no desmentidos se incorporarían a la vida nacional.

Por lo antes expuesto y de acuerdo con la atribución que nos otorga el numeral 12 del artículo 32 de la Carta Fundamental que nos rige, y guiadas únicamente por la libre convicción de nuestras conciencias y el anhelo de servir, hacemos hoy al ilustre Poder Legislativo la petición siguiente:

Que en la presente oportunidad de la reforma constitucional el numeral 14 del artículo 32 de la Constitución Nacional sea reformado en el sentido de que la mujer venezolana pueda ejercer el derecho

de sufragio en idénticas condiciones a como lo ejerce el hombre.

No escapa a nuestro criterio que al formular la presente petición contraemos de hecho más altos deberes para con la nación, el hogar y nosotras mismas, que esperamos cumplir cabalmente en su oportunidad.

Confiamos en que el ilustre cuerpo que usted preside, con el criterio amplio y el sentido de justicia y civismo que le son inherentes, llegado el caso dictamine favorablemente al respecto, lo que en nuestro concepto constituye mayor bien para Venezuela, y sería perfecta interpretación de los sentimientos americanistas base de la democracia continental.

Atentamente,

Anna Julia Rojas, María Teresa de Rolando, Ada Pérez Guevara de Boccalandro, Luisa del Valle Silva de Bravo, Leticia M. de Nouel, doctora Luisa Amelia Pérez Perozo, Lola de Fuenmayor Rivera, Lucila Palacios, María Edilia Valero, Olivia de Salas, Josefina Palacios, Belén de Veloz Mancera, doctora Aumararina Colmenares, Tula Osío, Malala de Rangel, Lola de Gondelles, Luisa A. de Vegas, Blanca Rosa López, Clara Vivas Briceño, Gloria Pérez Guevara, Luz Machado de Arnao, Mercedes Fermín Gómez, Antonia Palacios de Frías, Fifa Soto de Liscano, Josefina Coronil, P. Planchart de García, Luisa Cristina Muro, Luz Casado Lezama, Nollita de Plaza.

FECHAS EN QUE SE EFECTUARON LAS LUCHAS DE LA MUJER VENEZOLANA POR SU EMANCIPACIÓN

1908. La mujer inicia sus actividades en fábricas, industrias y oficinas.

1915. La mujer asiste tímidamente a la Universidad Central.

1936. Se inicia la independencia económica de la mujer.

1935. 30 de diciembre. Las mujeres venezolanas envían un mensaje al presidente de la república pidiendo protección social y cultural para la madre y el niño.

1936. Logra la mujer el Seguro Social de Maternidad.

1936. Las mujeres forman asociaciones y agrupaciones femeninas para luchar por su cultura y por sus derechos ciudadanos.

1936. Las mujeres revolucionarias se solidarizan con los trabajadores petroleros del Zulia en huelga.

1937. La mujer invade la universidad en busca de una profesión que la ayude a subsistir.

1937, 11 de julio. Las mujeres fundan la Liga Nacional Pro-Presos y realizan una hermosa labor social.

1940. Del 13 al 16 de junio se reúne la Conferencia Preparatoria al Primer Congreso Venezolano de Mujeres.

1942. La mujer logra que el Congreso Nacional sancione la Reforma del Código Civil. (Mujeres de la ACF y de la AVM).

1943-1944-1945. Comienza la lucha por los derechos políticos de la mujer.

1944. Se forma la Asociación de Amas de Casa para luchar contra el alto costo de la vida.

1944. 8 de marzo. Día Internacional de la Mujer. Se celebra en Venezuela este día por la primera vez. Un gran acto de masas.

1945. Se funda Acción Femenina para luchar por el voto.

1945. El 8 de marzo se reúne la II Conferencia Preparatoria al Primer Congreso Venezolano de Mujeres.

1944-1945. Se reconoce a la mujer el derecho al sufragio sólo en la formación de los concejos municipales, bajo el gobierno democrático del general Isaías Medina Angarita.

1945. La mujer organiza sindicatos y forma parte de las juntas comunales.

1946. La mujer campesina se organiza en las Ligas Campesinas para luchar por su derecho a la tierra.

1946. Se forma el Comité Femenino Antifascista y el Comité Femenino Pro-Liberación Dominicana.

1946. El 27 de octubre la mujer vota por la primera vez.

1947. Unión Femenina Venezolana introduce en la Asamblea Constituyente un documento relativo a la mujer en la nueva constitución.

1947. La mujer vota por la segunda vez para elegir presidente de la república.

1952. La mujer vota con el pueblo contra la dictadura.

1955. Plebiscito para afianzar la dictadura. La mujer no vota. (Desde esta fecha se inicia en Venezuela una férrea dictadura y la mujer actúa en el movimiento de resistencia en unión de los estudiantes y luchadores venezolanos. La mujer es perseguida, vejada, torturada, expatriada).

1958. 23 de enero. Fecha gloriosa de la liberación por el pueblo. La mujer actúa en todos los actos al lado del pueblo.

1958. 7 de diciembre. Se celebran elecciones para nombrar presidente de la república, senadores, diputados. La mujer vota. Es elegida para algunos de estos cuerpos muy escasamente.

1960. Se inicia el gobierno constitucional. En el Congreso Nacional asisten, unas dos representantes y lo mismo en el Concejo Municipal.

La Unión Nacional de Mujeres, organización de lucha de las mujeres revolucionarias lanza un vasto programa de luchas por la Reforma Agraria, por el mejoramiento de la mujer campesina, por las reformas legales que consagren la Carta Fundamental en los códigos Civil, Penal y de Comercio, en las leyes de Educación, Agraria y del Trabajo, y todos los derechos de la mujer en absoluta igualdad con el hombre. También en lo económico y en lo político. Considera la mujer que tiene ante sí duras batallas que librar para lograr una humanidad libre y un mundo justo.

*Carriel número cinco (Un homenaje al costumbrismo)**

Elisa Lerner

Sumario

Presentación p. 801

«Soberano regaño para Madame Simone» p. 802

«La misma medalla» p. 804

«Me libero de ser anfitriona» p. 806

Chernowitz, Rumania, ca. 1930-1931. Abogada por la Universidad Central de Venezuela (1959), escritora, dramaturga, periodista. Escribió en diversos periódicos nacionales, en la revista *Élite*, y fue colaboradora de *El Sádico Ilustrado*. Entre sus principales obras se destacan los libros: *Una sonrisa detrás de la metáfora* (1969) y *Yo amo a Colombo, o, la pasión dispersa. Ensayos 1958-1978* (1979) y la pequeña colección de «Cuadros costumbristas» *Carriel N° 5* (1983). Entre sus piezas de teatro cabe citar: *En el vasto silencio de Manhattan* (1961), obra que recibió el Premio Anna Julia Rojas del Ateneo de Caracas (1964); *La bella de inteligencia* (1959) y *Vida con mamá* (1976). Recibió el Premio Municipal de Teatro del Distrito Federal y el Premio Nacional de Literatura en 2000.

* *Carriel número cinco (Un homenaje al costumbrismo)*, de Elisa Lerner constituye un conjunto de crónicas originalmente publicado en *El Sádico Ilustrado* (Caracas, ca. 1955-1956). Quien escribe ha consultado la edición de la Academia Nacional de la Historia, en su Colección El Libro Menor, Impreso por Italgráfica, SRL, Caracas, 1983.

Presentación

De la obra de esta notable escritora he elegido tres de las crónicas que componen *Carriel número cinco*. Ellas son: «Soberano regaño para Madame Simone» (pp. 19-24), «La misma medalla» (pp. 35-39) y «Me libero de ser anfitriona» (pp. 95-99), porque en ellas he encontrado la reflexión crítica sobre una femineidad que había empezado a cambiar no bien hubo desaparecido la opresión dictatorial de Juan Vicente Gómez y que ya, a mediados de los años cincuenta, cuando empieza a escribir Lerner, pasa de ser aspiración de igualdad de derecho ante la ley, que fue la bandera del movimiento feminista que se hace sentir inmediatamente después de la muerte del dictador, a ser crítica «costumbrista» (como ella misma la denomina) a la ideología de la femineidad.

Esos tres monólogos representan los efectos de la primera y recatada revolución que ocurre en los años cuarenta de este país, en cuanto a la lucha de las mujeres venezolanas por dejar de ser ese cincuenta por ciento débil, desvalido, librado a la suerte de esa casi tóxica sensualidad responsable de sus problemas y de la cual deben tener buen cuidado y mejor administración los integrantes del otro cin-

cuenta por ciento de la población. Las feministas habían logrado el voto para la mujer en un momento en que además, unido al de los analfabetas, significaba un capital político nada despreciable. Y Elisa Lerner pertenece a una generación de mujeres abiertamente cultas, que ya no sólo no temen demostrarlo sino que además se burlan finamente de esa condición. De allí su aguda crítica a la domesticidad de Simone de Beauvoir y a su recatada e intelectual poligamia sucesiva que no podía ocultar el brillo de su intelecto.

Lerner ve a través de las diversas prácticas sociales femeninas, los resabios de las viejas tácticas para retener al macho protector, esta vez con la sutileza y doble intención que una generación más tarde denunciará el monólogo de Orlando Urdaneta (2003), además del conservadurismo femenino envuelto en los edulcorados sentimientos de una dama. De esa manera, además de hacer una dura crítica, pone de manifiesto que la capacidad femenina ya tiene que ser otra en una sociedad que ha dejado atrás el país de autoritarios *mandamases* y que no está dispuesta a soportar la hipocresía revestida de conducta de género.

SOBERANO REGAÑO PARA MADAME SIMONE

Teresa querida, no puedo seguir al teléfono. No he puesto la olla para el almuerzo. Una pila de platos me espera en el fregadero. Y la colombiana no ha venido hoy a ayudarme en la limpieza: no es tan compacta la *clase femenina*. Aun así creo tenemos derecho a indignarnos, un poco, con las últimas declaraciones de Simone de Beauvoir. Porque desde precoz edad admiramos y amamos a Madame Simone y es mucho lo sufrido, a causa de esa admiración y de ese amor. ¿Te acuerdas de nuestros *jumpers* y turbantes? Todo el tiempo la gente preguntaba, en vista de nuestra tan severa vestimenta en medio de las ligeras brisas del trópico, si es que teníamos gripe o catarro. El único provecho sacado a los *jumpers*, es que estuvimos en mejores circunstancias que las otras chicas para aceptar la noche, que siempre es más universal que el día.

¿No oyes mi voz, como un trémulo hilillo de agua? No puede negarse que la *cantevé* en medio de su torpeza es, al menos, amiga de la ecología... Pero nosotras usábamos los *jumpers* negros, terrosos, con enorme desventaja frente a nuestras amiguitas, duchas en el *strapless* a lo Jane Mansfield y a lo Marilyn. De esa manera, usaban ellas el sexo y nosotras, unas idiotas, creíamos usar el intelecto. Y todo por devoción a Madame Simone. Nuestras amiguitas gozaban de las plenas mandarinas de la vida, y nosotras —¡qué caro paga la mujer un intelectual destino!—, unas mismísimas zoquetas, tan sólo leyendo *Los madarines*.

La influencia de Madame Simone fue más avasallante aún. De pronto sólo contaron para nosotras los hombres que usaban anteojos. Después de las tan obligadas clases en la Facultad, nos íbamos a los cafés de Sabana Grande a ver si el azar nos deparaba algún Sartre. En esa muy desganaada época de los años 50, el lenguaje erótico de las chicas era muy simple. Consistía en preguntarles a los caballeros: «¿Tienes auto?». James Dean excedió ese modelo erótico del período, demostrando no sólo que te-

nía auto, sino manejándolo con audacia y prisa de aviador.

Nosotras, siempre fieles a Madame Simone (y por tanto a Sartre), lo único que preguntábamos a los caballeros es: «¿Tiene usted anteojos? ¿Es poseedor de algún par?». ¿La intelectualidad, el enorme talento de Sartre no estaban acaso, resumidos en sus espejuelos?

Gran cosa un par de anteojos para un intelectual. En tiempos de la dictadura, el país fue tan duro para con sus jóvenes intelectuales, que nunca pudo sufragarles un par de gruesos, holgados espejuelos a muchos de ellos. Entonces nos parecían unos pobres tipos desaliñados esos jóvenes escritores que nada poseían. Ni siquiera anteojos. ¿Verdad? La democracia ha sido más amable con los escritores. Hasta el intelectual más quejoso e irritable no deja de acompañar el rostro de un par de anteojos. Ciertas tardes el *Chicken's Bar* parece el lujoso esmerilado salón de un optometrista muy próspero. Es que la democracia, al menos, permite que si no se la admire, se la mire. La dictadura, querida Teresa, no es sólo que no tiene admiradores: no se deja mirar.

¿Me oyes? Mientras un tipo súper machista no se inmiscuya en la línea y se ponga a cantar una ranchera de Jorge Negrete, todo va bien. ¿Me oyes? Porque nunca pusimos en duda la solidaridad de Madame Simone con nosotras, la de la preterida *clase femenina*. Nunca dubitamos que ella había comenzado su lucha de escritora, entre otras cosas, porque mucho es lo que los detergentes desgarran las manos y el destino de nosotras las damas. Pero, hoy, leo las últimas declaraciones de Madame Simone y aúllo de dolor, de rabia, de impotencia. ¿Habrás visto? Madame, como una Joan Crawford cualquiera, afirma que empezó a escribir porque quería labrarse un nombre. ¿Entonces todo empezó siendo vanidad, marquesina? Lloro sobre los austeros *jumpers* de mi juventud. Los turbantes se los regalaré a Doris Wells en cuanto me entere que vuelve a alguna telenovela.

Pero lo que más me turba, lo que más me indigna —¿a ti no te pasa lo mismo?— es que Madame señale que «el mayor logro de mi vida es Sartre». ¿Con que esas tenemos? ¡Traición traición!, no puedo menos que exclamar. ¿Qué sucede? No te oigo a ti gritando lo mismo por el teléfono... Teresa, qué imbéciles y crédulas hemos sido. Siempre habíamos pensado que el mejor logro de Madame habría sido el que ella hubiera escrito su novela *La invitada*. Y es que, si seguimos al pie de la letra las últimas afirmaciones de Madame, una de nuestras grandes realizaciones no ha consistido en haber —¡oh, los dieciocho años!— leído *La plenitud de la vida*. Sino el haber empezado a vestirnos, más bien tardíamente, en *Paulette Leùsiere*.

Claro está: ahora, la pareja perfecta, respetable. Sartre, a los setenta y tres, está muy desgastado pero, sobre todo, viejo. Necesita, en la actualidad, de Madame como de una fiel y vieja esposa. En las tardes Madame le lee a Sartre bellos textos literarios: en el fondo, es como si estuviera al lado del anciano marido, al tiempo que hace interesante labor de tejido para los nietos. Enternecedora escena. ¿Dónde están, en estos momentos, las jóvenes y bellas chicas con las cuales el notable Sartre ejerció la poligamia? Teresa, no me vengas a decir que, en ese sentido, Madame no se quedó atrás. Y es que ella nunca ejerció la poligamia. Incluso Madame jamás se rodeó de jóvenes bellos y banales, como hacen tantas mujeres famosas cuando llegan a la senectud. Si Madame no siempre tuvo ocasión de serle fiel a Sartre, se las ingenió para ser fiel a sí misma. Sus *jujús* fueron con hombres muy valiosos. Todos escritores, hombres de pensamiento. Y que nosotras sepamos sólo fueron dos, aparte de Sartre. Algren, el americano, y Lanzmann, el francés

judío algo menor que ella, pero no tanto como para parecer su hijo. Además no se trataron de *jujús* furtivos. Siempre muy abiertos, muy ventilados, muy debatidos, muy a la vista de todos. ¿Puede decirse lo mismo del señor Sartre? ¿Todo el tiempo estuvo acostándose con escritoras? ¿Se acostó él con Nathalie Sarraute o con Margarita Duras? ¿Tuvo él siempre *jujús* de alto calibre intelectual, como fueron los de Madame? Pues claro que no, mana. Es que Sartre, con todo lo brillante que ha sido, cuando se alejaba de Madame no sólo se distanció de la mujer que amaba: de la dama de cafés, *jumps* y turbantes. Sartre se alejaba de la escritora, de una tipa prodigiosamente inteligente. Y es que así son los hombres de machistas. Hasta un fulano tan superior como Sartre se portó como un troglodita. Y no aguantaba en todo momento, para su más íntima vida, el inusitado esplendor intelectual de una mujer. ¿Entonces, qué esperar de los demás hombres, que no son precisamente, una lumbrera, que no son Sartre?

Nada es lo que se puede esperar. Aquí estaremos al pie del fregadero, como al pie de la horca. Y ya nada me sorprendería, en caso de que Sartre muera antes que Madame, el que ella por largo tiempo empiece a vestir luctuoso ropaje, quedando fascinada porque en los cafés parisienses donde, joven y tenaz, comenzó a escribir sus libros, la gente empiece a darle grave salutación de viuda. Así somos las mujeres. Aun las tan rebeldes como Madame Simone: puro amor, afecto, ternura. Pura entrega para nuestros hombres. Pero, por ahora, no me queda más remedio que poner fin a esta tertulia: a este pequeño triunfo femenino, obtenido por encima de las fatalidades de la *cantevé*. Debo ir a montar la olla de la comida. La olla de la vida, Teresa. Nos vemos.

LA MISMA MEDALLA

Fue un gran día. Hicieron acto de presencia el jefe del Estado y algunos de sus ministros. No fui yo la única condecorada. Había toda una fila de hombres importantes. De hombres de dinero. El maná era mucho más popular. A la gente de pueblo no llegan, aún, las condecoraciones. Pero ¿para qué? Esa gente ha tiempo se ha condecorado a sí misma con baratas carátulas y estatuicas en plástico de José Gregorio. Último, enigmático pero absoluto adorno espiritual del pueblo y del que no se desprende, ni en el momento de estar viendo una telenovela... Me importan los humildes. Me importa mi condecoración. Mi marido, ciertamente, mostró gran orgullo por la medalla que me fue otorgada. Me atrevería a afirmar que la condecoración renovó de nuevo, ¡con pasión!, nuestros lazos conyugales. Y es que después de constantes —sonantes— veinte años, el matrimonio es como una cafetera que, en lugar de recibir en armonía el fuego de la suave hornilla, comienza a chirriar.

Mujer casada no significa, necesariamente, mujer experimentada. Pero yo me atrevería a dar este consejo —¿por qué sólo los va a dar Ann Landers?—: no hay remedio más eficaz para una mujer que ya ha cumplido los cuarenta, que recibir una bella medalla gubernamental. El marido, si ya no sucumbe a los encantos de su cuarentona mujer, sucumbe a los encantos de la tan nueva medalla de su mujer. Desde el nacimiento de mi segunda nena —ocurrido tan sólo cuando yo tenía veintisiete años—, al menos en lo que a mí se refiere, nunca había visto a mi marido tan ardoroso a la par que dadivoso. A partir de ese instante, mi ambición ha estado dirigida a cómo ingeniarlas para conseguirme otra medalla. En mi caso, no creo que se me va a hacer muy difícil. Soy yo una mujer ejemplar. Las no ejemplares consiguen hombre. Nosotras las sobrias, las virtuosas, conseguimos medallas. Una mujer virtuosa permanece el mayor tiempo posible en el severo, estricto ámbito de la cocina. Yo hago muy buenas tortas y pasteles. Las confecciono porque soy una mantenida: nunca

he tenido que bregarme el pan. Mis tortas *Royal* son una delicia. A todas mis amigas se las ofrezco cuando vienen de visitas. ¿Qué se creen ustedes? Al rival hay que hacerle la guerra. Pero con tino, con sutileza. A mis amigas las quiero gordas.

No sólo hago pasteles. Eso de los pasteles es apenas una ociosa —insidiosa— afición. Diariamente, voy tres veces al supermercado. Cada comida: desayuno, almuerzo y cena ameritan mi presencia en el supermercado... La inspección ante la hilera de comestibles, el ritual del carrito, la cola ante la cajera, el transporte con la preciosa carga de las bolsas con la comida. En mi camioneta *Ford Picó* me gusta, personalmente, llevar a mis muchachitos al colegio. Y sigo siendo una mujer seria, simple, chapada a la antigua: nunca he ido a confesarme donde los psiquiatras. Una se confiesa en la iglesia. Una toda enrollada, pura metafísica, va donde el psiquiatra y ¿qué pasa? El psiquiatra le manda a una a hacer ejercicios, que si gimnasia de la cintura y de las piernas. Para mí que muchos de esos tipos, tienen su negocio secreto, su tremenda movida con dueños de los gimnasios y saunas para mujeres.

La medalla la recibí por mi trabajo de voluntariado social, en el que me inicié hace diez años. Me pareció lindo salir en la crónica social hasta los treinta. A los andróginos les gusta aparecer en la crónica, cumplidos los noventa. ¿Cómo fue que empecé a interesarme en el voluntariado social y en los problemas del país? Oyendo hablar a papá —al que Dios tenga en su gloria— acerca de los crucigramas que aparecían en los periódicos, durante los primeros años del posgomecismo. Papá decía que en ese tiempo se resolvieron muchos crucigramas, porque no se pudo resolver otra cosa.

Todo ha andado bien con mi medalla hasta que, a su vez, a la cantante antillana le ha sido otorgada la misma condecoración. Para mí ha sido un golpe terrible: mucho peor, mucho peor que el de la ocasión en que Pedro Jota, hacia 1953, en baile del club *Venezuela*, descubrió que Corina López y yo habíamos venido trajeadas con modelos idénticos.

Sólo que a Corina le sentaba mejor el modelo: era una catira preciosa. Si la condecoración le hubiera sido otorgada a una cantante de ópera, no me pongo brava. Todas las cantantes de ópera suelen ser unas gordas muy decentes. Pero la cantante antillana: ¡misericordia, Señor! No devolví la medalla porque creo en la democracia. Creo en las condecoraciones. Pero no creo en los condecorados con el mismo vigor y efusión.

La cantante antillana tiene una fama, que Dios la guarde. Yo fui de velo y corona al matrimonio. Durante la ceremonia, Morella Muñoz cantó bonito el *Ave María* como ella sólo sabe hacerlo. Con mucho orgullo y dignidad y... he sido la mujer de un solo hombre. Al contrario, nada o muy poco es lo que se sabe de una etapa virginal en la cantante antillana. A los quince años, mientras aún leía con tembloroso arrobo los tomos con cantos dorados de la *Vida*

espiritual, de Constancio C. Vigil (autor argentino que en su época fue tan famoso entre las beatas, como hoy lo es entre ciertos beatos el mentado Jorge Luis), ya la cantante antillana se había iniciado, no sólo cantando, con alguien de la *Sonora Matancera*. Cuando ella canta sus sones montunos, el pecho se le alborota todo, como si estuviera a punto de caérsele del cuerpo. La muy sinvergüenza, siempre, quiere donárselo a un hombre. Ojalá la condecoración ponga el orden en ese bullanguero pecho.

El mundo de la cantante antillana es el de la carne, el de los musicales burdeles. El mío es el del espíritu, el de los luminosos supermercados. Lo de ella es una canción. Lo mío: una vocación. Dicen que la democracia es igualitaria. La condecoración nos ha igualado a mí y a la cantante antillana. La misma medalla.

ME LIBERO DE SER ANFITRIONA

Me presento en la peluquería de mi amiga, italiana —María— para que me peine como a Joan Crawford en *Humoresque*, 1950. Dos damas (de más de 50), amenizan el turno conversando largamente.

—El año entrante, no haré más cenas.

—¿No quieres a los copeyanos probando tus *soufflés*?

—No te falta razón. En Venezuela tú revisas la lista de invitados a la fiesta más inicua y a través de esa lista, sabes quiénes están mandando y quiénes adulando. Pero no se trata de eso. Es que no quiero seguir siendo anfitriona.

—¿Por qué? ¿Por qué? Ser anfitriona da tanto *status*...

—¿A este país, no se lo llevó el *status*?

—Pero...

—Dejémonos de tapujos. Cuando en la sociedad venezolana una mujer llega a ser exitosa anfitriona, es porque ningún hombre la quiere para nada. Anfitriona es forma eufemística, si se quiere elegante, de decir: mujer vieja, mujer periclitada. Porque ¿para quién, crees tú, son las cenas? Para los homosexuales, querida, que son los únicos, o casi los únicos venezolanos que comen refinadamente y con placer. Tú sabes, tú lo sabes, el hombre nuestro bebe. El único hombre venezolano que come pausada y tranquilamente sin ser homosexual, es el que llega al poder. Pero lo que ingiere no es pura y simple comida, sino su anchurosa cuota de mando.

—¿Entonces?

—Me libero de ser anfitriona.

—¿No añorarás el champán?

—Añoro los machos.

—¿Cómo fue que decidiste meterte a anfitriona?

—¿Cómo fue que Greta Garbo decidió alejarse del cine?

—¿Gajes del tiempo?

—El paso de los años apenas rasguña al varón pero derrota, socava a la hembra. El tiempo es machista. Al menos, en algunos lugares el tiempo es machista.

—¿De veras?

—Amiga mía, en este país una vez que se cumplen los cuarenta, los hombres desaparecen de la vida de la cumpleañera. Está estadísticamente comprobado: los hombres tienen escasa durabilidad en la existencia de la mujer venezolana. Tan sólo manifiestan su deleitosa influencia por un apretado período de veinte años; cuando la chica tiene dieciocho o diecinueve, están con la chica. Cuando la chica se acerca a los cuarenta, el hombre ya no está. Entonces para seguir figurando mujerilmente, a una no le queda más remedio que meterse a anfitriona.

—Acaso, ¿no pecas de severa en tu visión del hombre venezolano?

—¿Es que sabes algo de cocina?

—No. Mi mamá fue profesora de manicure. Desde pequeña me inculcó el cuidado de las uñas. De modo que nunca he encendido una hornilla. Imagino que se encenderá como la lámpara del recibo, o la del comedor, pero con menos aspaviento.

—Si nada sabes de cocina, nunca podrás entender a cabalidad al hombre venezolano. Sólo mujer con amplios conocimientos culinarios, podrá entrar en intimidad con nuestros compatriotas o al menos, tener longeva relación con alguno de ellos.

—¡Como la cocina, domina la vida del macho venezolano! Entonces, ¿de qué manera se explica que adecos y copeyanos, hasta ahora, no hayan candidado para la presidencia de la república, a un... cocinero?

—¡Qué despistada eres! Porque los dueños de la cocina son los machos. Pero cocineras: son las mujeres. Y es que los hombres venezolanos sólo ven en la mujer sexo o cocina. Si tienes menos de cuarenta, te manda a la cama. Si eres mayor de cuarenta, de cincuenta, de sesenta, de setenta, de ochenta: te manda a la cocina.

—Pues me encanta no saber cocinar. Me fascina el camino de manicure, ordenado por mamá. *My mother and I*. Como oyes: una que otra vez, digo mi frasecita en inglés. Me amenaza la menopausia: que, también, también, es una forma de perder el gobierno. Yo: derrotada, pero culta.

—¿No albergas la esperanza de que un macho pueda, aún, hacerte una proposición?

—¿Cómo saberlo?

—Facilísimo. Cuando una mujer es deseada —¿tienes veinte, tienes treinta años?—, los hombres hablan un lenguaje mudo pero elocuente. Cuando se da el raro caso de que una mujer venezolana sea deseada después de los treinta, el hombre lo expresa en seco lenguaje verbal: «¡Sí, sí, vámonos al hotel!».

—¿Y si la mujer tiene el inconveniente de tener nuestra edad?

—Que yo sepa, el hombre no hace uso de lenguaje alguno, porque ya no propone (no desea).

—Pues: no me doy por vencida. Soy una chocha de más de cincuenta, pero cuando me vuelva a gustar un tipo le regalaré un altoparlante.

—¿Con qué objeto?

—Chica: para que se deje convencer por el altoparlante y me hable a mí. En los países democráticos, cualquier banalidad dicha por el altoparlante se magnífica... ¡Cómo por ese altoparlante me gustaría oír algunas de esas proposiciones, que tan deshonestas me parecieron a los veinte!

—Tienes razón, manita. Porque a nuestra edad lo único deshonesto es la muerte que quiebra el rostro de nuestros amigos, el sueño que se apodera de sus cuerpos.

—Manita, manita, ¿quién habla de muerte, en las peluquerías? Me gusta la idea del altoparlante. Al salir de aquí, pulcras y bellamente peinadas, empezaremos a llamar hombres por el altoparlante.

*El aplauso va por dentro**

Sumario

Presentación p. 809

El aplauso va por dentro p. 810

Mónica Montañés

Caracas, 1966. Periodista, dramaturga y escritora de telenovelas. *El aplauso va por dentro*, su ópera prima, ha sido representada en casi toda Venezuela y en salas de Colombia, Chile, Los Ángeles, Huelva, Lisboa, Areiro, Madrid, Miami, New York y Santo Domingo. Recibió el premio al Mejor Dramaturgo de La Casa del Artista (Caracas, 1996). Escribe sobre cine y teatro en la revista *Estampas* del diario *El Universal* y pertenece al grupo Bagazos.

* Mónica Montañés, «El aplauso va por dentro», en *Bagazos ópera prima*, vol. II, Caracas, Bagazos Papel Artesanal, Conac, Banco Mercantil, 2003, pp. 85-115.

Presentación

Esta obra teatral, estrenada en la Sala de Conciertos del Ateneo de Caracas el 7 de junio de 1996, es la primera producida por Mónica Montañés, periodista, dramaturga, guionista y escritora de telenovelas, presentación ésta inútil porque bastaba el título para saber quién la hizo ya que *El aplauso va por dentro* es la pieza de teatro con mayor número de funciones (luego, la más vista), no sólo en Caracas sino en todo el país, además de haber sido presentada en muchos otros lugares fuera de Venezuela.

Mi elección de este monólogo se debe a que Valeria, su personaje principal y único, representa una forma de ser mujer en esta sociedad, y con ella una femineidad actual. Como obra teatral es un reflejo histriónico, pero además con una aguda visión crítica, de lo que es ser una «mujer de mérito», para decirlo con la calificación de Pocaterra, pero desde una perspectiva muy diferente, porque Montañés habla desde la femineidad contemporánea y desde la dificultad de ser mujer, cabeza de una familia matricentrada, muy a su pesar, pero siempre consciente de los deberes que esa posición impone.

Esa capacidad de representar una realidad vivida y reconocible para la sociedad en la cual ocurre,

el hacerlo con gracia, aun cuando las ilusiones de Valeria sean destruidas en una simple y letal llamada telefónica, probablemente ha permitido que miles de mujeres se reconozcan e identifiquen con el personaje. Montañés ha sabido captar la esencia de una femineidad que ya no depende económicamente de las figuras masculinas en el hogar, pues ha aprendido que ellas son, como ya lo señaló José Luis Vethencourt, itinerantes. Y aún los hijos varones, educados por sus madres, son seres para sí, no seres para otros. Es una femineidad capacitada para sobrevivir, pero consciente de la desigualdad. Y por eso *El aplauso va por dentro* ha tenido tanto éxito. Es la visión desde la femineidad, desde la mujer, que no se excusa ninguna falta, que ve con claridad los límites y que soporta los golpes con entereza, porque halla dentro de sí la fuerza para seguir adelante, haciendo lo posible por llenar el estereotipo de la bella seductora, pero sabiendo que son su experticia e inteligencia las que le permitirán mantenerse y abrirse paso en la sociedad en la que le ha tocado vivir y que ese esfuerzo puede cambiar. Lenta pero continuamente.

EL APLAUSO VA POR DENTRO

(...) Valeria entra al salón con una mezcla de timidez (primera vez que va a ese sitio) y de seguridad en sí misma (propia de una profesional exitosa, y del vago recuerdo de años de ballet cuando era niña). Se coloca bien adelante, dejando tan sólo una fila de bolsos frente a ella. Mientras espera la llegada del profesor, conversa con el público como si hablara con sus compañeras, y se mira en el espejo, tratando de ver en su imagen el cuerpo que una vez tuvo. Hay ángulos en los que todavía se gusta y ángulos en los que se detesta.

Valeria Hola, buenos días. ¿Tienes tiempo aquí?... ¡Cinco años! ¡Guau!, claro, te ves muy bien... No, yo primera vez. Antes sí hacía ejercicio, como diez años de ballet, ¿no me ves las piernas?... Batatudas, no son gordas, ¿sabes? Por más que esté flaca siempre tengo piernas... Después hice jazz... ¿Te acuerdas del jazz?... Ya no se hace ¿no?... ¿Hace años, verdad?, yo es que después me casé, y con los niños, tú sabes, más nunca... Pero tú tienes unas piernas increíbles (esperanzada) ¿Es el *aerobics*?... Las máquinas, ¡ah!, claro... y las pesas... ¿Yo? Tengo 39 años; bueno, 40, es que los cumplo hoy y no me acostumbro... Sí, hoy... Gracias. ¿Se me notan?... Gracias... ¿38 dices que aparento?, ah, gracias; bueno, no estoy tan bien como ustedes pero para eso estoy aquí. Por algo hay que empezar. Mira, ¿aquí suenan los celulares?... Es que estoy esperando una llamada (*chequea su celular*).

Llega el profesor, un hombre de unos 30 años, de cuerpo perfecto. Se pone a probar los cassetes; retrocede, adelanta. La música de *aerobics*, changosa, suena y se apaga varias veces.

Valeria (*Molesta por el volumen*) ¡Cónchale! Está durísimo, no lo iré a dejar así... ¡Ah!, ¿sí es así?... ¿Molestarme? No, para nada. Es por el celular... Y ¿es bueno el profesor?... El mejor, ah, qué suerte. A mí me recomendó este gimnasio un muchacho con el que estoy saliendo... es que soy divorciada, sí... ¿tú también? Ah, qué bueno,

es decir, lo siento, bueno, nada. En realidad no es un muchacho con el que estoy saliendo, sí, es un poco mayor que yo, pero es que él dice que yo tengo una barriguita, ¡ji, ji (*se mira en el espejo la barriga y se la agarra con rabia*).

Profesor (*Quien finalmente encuentra la canción que buscaba*). Bueno, señoras, ya basta de cháchara, ¿no quieren un té con galletitas? ¡*Vamonós!*, ¡a quemar ese grasero! Y un, dos, tres...

Arranca con sus movimientos de calentamiento, violentos, fuertes. Valeria lo sigue bien, concentrada, con ánimo.

Brazos.

El profesor pasa a los ejercicios de brazos.

Profesor ¡Vamos!, ¡duro a esos brazos!, para que puedan seguir diciendo adiós sin que se les caiga todo. (*Mientras dice esto hace el ademán de adiós con la mano y se agarra los músculos que a él no le cuelgan*). Vamos, y uno, dos, tres, cuatro... ocho y ocho más...

Valeria (*Sigue al profesor. Imita el ademán de adiós y se horroriza por la carne floja. Comienza a compararse con las compañeras. Hay unas que están muy duras, otras flojas como ella*). Y ¿tú vienes todos los días aquí?... ¡Sí! ¿Dos clases diarias...? ¿Está es la segunda?... ¡Dios mío!, me dejas loca... (*Mientras hacen los ejercicios de brazos, arriba y abajo, la compañera se fija en que ella no se depila las axilas sino que se afeita. A Valeria le da pena*). No, aquí no me depilo, me afeitó... ¿Debería depilarme, dices tú?... Es más bonito, claro... ¿Aquí? ¿Hay una depiladora muy buena?... Ah, es que tú sabes, mi marido nunca más quiso ir a la playa, y eso que de novios íbamos siempre, pero después, de casados, que si le molestaba la arena, que si la capa de ozono, que si el chusmero, más nunca... Entonces, yo con afeitarme tenía... Sí, claro, ¿sabes qué pasa? Siempre me ha parecido impresionante la depilación, eso de que a uno lo embadurnen con cera caliente, untada con un cuchillo, quedarte unos segundos acartonada para que luego la tipa venga y ¡razz!, te arranque

los pelos sin la menor misericordia... No, no te rías, nada más pensar en sus manos sosteniendo el triunfo de la masa de cera marrón llena de pelos... Es que se me parece a los chicharrones de El Junquito... Noo, claro, hay que hacerlo. ¿Aquí atrás dices tú?

Profesor Un, dos, tres, cállense, son los brazos, no la lengua, vamos...

Suena un celular. Valeria se abalanza a atender, pero se detiene a medio camino. No es el de ella. Regresa a los ejercicios entre desconcertada y ridícula.

Valeria ¿Celulitis yo? No, bueno, un poquito... ¿También hay una masajista? ¡Qué bueno! Me vendría muy bien relajarme un poco... ¿No es de relajar? ¡Ah!... ¿Qué? ¿Te frota con una cosa de púas?... Sí, buenísimo, debe ser... ¿Te inyecta? ¿Ustedes se inyectan qué?... En las piernas, las nalgas, la barriga... ¿Quema las grasas? Pero, y... ¿dos clases no son suficientes?... ¡Ah! ¿Y la cara también?... Claro, el aeróbico no quita arrugas... Pero fíjate, yo no tengo, bueno unas poquitas sí. ¿Dónde dices que es?

Profesor Cambié el paso, cariño, si quieres das la clase tú... Denle que esto es para que sus «dos razones» no apunten al piso (*se agarra los pechos como si los tuviera inmensos*).

Suena otro celular.

Valeria (*Chequea con la vista su celular. No es. Se toca los senos*). Bueno, yo de aquí no tengo mucho. (*Mira las tetas de las otras*). Oye, pero a esas ni se les mueven... ¿Falsas? ¿Cirugía? Je, je... ¿Tú también? Ah, perdón, no, si te quedaron preciosas... Te levantaste un poco, qué bien... ¿Yo? No, no. ¿Tú crees?... ¿La cara también? Pero, ¿y las inyecciones?... Además, claro...

Profesor No las veo sudar (*irónico*), debe ser que ya están buenísimas. Vamos, la que no perle la espalda hace cien más, duro...

Valeria No, no estoy haciendo ninguna dieta. A veces no ceno, y eso. Es que como llego del trabajo a cocinar hago una sola comida para todos... No, no tengo muchacha fija... Sí, claro que tengo

que hacer dieta... Pero, ¿y entonces todo este ejercicio?... Sólo endurece, ya sé... A mi edad, dices, bueno, será a la nuestra...

(...)

Valeria (*Hablando con la de al lado y sin parar de subir y bajar del banco*). ¿Llorando yo? No, es que me dio una alergia... Sí, sí era él... No, no vamos a salir... Tiene una reunión importante, tú sabes... El vaso de cartón de siempre, y uno va y se sigue cortando. Y yo que me compré un vestidito bello, precioso. Uno con un corte especial que me disimula la bendita barriguita que tanto le molesta... Y hay que tener bolas, si lo vieras, semejante viejo objetando barriguitas... Él, que no puede ni agacharse porque se le ve la calva, y además se queda tieso del dolor de espalda. Ridículo cara de pasita que y que trota... Yo te digo, es que cuando dijeron «hagan la cola que vamos a repartir las cuotas para güevonas» yo me paré de primerita en la fila. Ahí sí, ahí sí que no se me coleó nadie... (*Fijándose por primera vez en lo que está haciendo*). Coño, ¿qué es esto de bancos? ¿Ustedes hacen esto a diario?... Yo me puedo como morir... Para las piernas, dices... No jo, mira yo me fajo en el trabajo como un hombre, para ganar buen sueldo, buenos contratos, para que mis hijos tengan de todo, para que mi mamá tenga lo que mi papá nunca le dio... Me quedé sola y no perdoné más abandonos, no aflojé ni un instante, para que mis hijos vean que la felicidad sí existe, al menos en el intento de buscarla... Y también por mí, vale, porque yo me veo en los ojos de mi mamá, que son igualitos a los míos, y me da de todo. No soporto esa mirada, de tanto sacrificio por mí, por todo. Yo no, no quiero que me deban tanto. Quiero mirar limpiquito, sentirme bonita, inteligente, que digan que por lo menos traté. Y voy a seguir tratando. Tratando no, la psicóloga dice que no diga «tratando», que diga que «sí lo voy a hacer». Voy a seguir comprándome vestiditos lindos, emocionándome con otra mirada en mi escote, subiendo esta maldita escalera que no

lleva a ninguna parte, más que a la ilusión de volver a verme joven, deseable, seducible, atractiva para un hombre... Mira, yo quiero que mi hija no le tenga tanto miedo a la vida como le tuve yo, que no decida echarle bolas a los 40, cuando ya sólo le queden diez años... Coño, ¿tú sabes lo que implica para mí que me embarquen cumpliendo 40, que este hombre tampoco era, a los 40? 40, cuando el espejo te devuelve esta mala versión de tí, esta versión «interesante». Cuando uno ya no está para escoger, sino para enamorarse, jugar a enamorarse del que tenga a bien fijarse en una... 10 años... porque a los 50 ¿qué vas a pedir?... Pánico, flaca, pánico... (*Reponiéndose un poco*). Pánico es lo que deberían tener esos hombres si las vieran a ustedes aquí, subiendo esta escalera como si nada... Ojalá que mi hijo no sea como ellos, que no le tenga miedo a las mujeres que suben bancos, que gerencian en su trabajo, cuerpo y casa, que construyen edificios y cambian pañales. Quiero que las ame sin susto, sin complejo... Porque es que los tipos lo que deben estar es cagados, sinceramente... (*quebrándose de nuevo*) cagados... Nunca te ha dicho, alguna buena amiga, cuando un hombre no vuelve a llamar: «No le pare amiga, ese se asustó, es que usted es muy arrecha amiga, las prefieren tontas, amiga, no le llega ni a los pies, amiga». Y uno como que respira profundo y se enorgullece, que más remedio, de ser tan arrecha, de andar inspirando tanto susto. (*Pone cara de monstruo*). ¡Whouu!... ¿Eso será verdad? Yo quisiera poder preguntarles eso y que me respondieran sinceramente. ¿Cómo es eso de que soy demasiado arrecha? ¿Cómo puede ser que una mujer muy arrecha es sinónimo de «no la llamo más»?... Noo, porque a mí sí un hombre me parece muy arrecho me quedo pega-

da como un chivo, y no es que lo llamo, es que me le instalo. No te digo yo flores, serenatas le llevo. Me vuelvo geisha, japonesita. ¿Será verdad eso de que las prefieren gafas? No joda, porque pa' gafa yo... Eso no puede ser verdad, no creo... ¿Cómo es eso de que muy arrecha semejante pendeja con un celular que nunca suena? Semejante pendeja durmiendo en diagonal sobre una cama enorme... ¿Será que todos ellos son iguales o que la que es igual soy yo?

Profesor (*Termina los ejercicios de banco*). Vamos, ya, a estirar, a relajar. (*Cambia el cassette y coloca otro con una música lenta y arranca con los ejercicios de estiramiento*). Vamos estiiiiiren, relajen todo.

Valeria Menos mal, si yo subo ese escalón una vez más sencillamente me muero.

Valeria sigue los ejercicios de estiramiento. Comienza a relajarse, afloja todo, una tristeza enorme intenta apoderarse de ella.

Valeria A ver si te calmas que a las nueve tienes la reunión del proyecto que conseguiste... y van a estar los arquitectos nuevos, ¿quién quita que haya alguno interesante? (*Sonríe*). Qué bolas, Valeria, no tienes remedio... Ánimo, porque en la oficina seguro te «sorprenden» con una torta. Allí sí, no joda. En el trabajo soy excelente, es en la vida real donde soy un desastre...

El profesor termina los ejercicios de estiramiento respirando profundamente, con los brazos estirados hacia arriba. Concluye y comienza a aplaudir a sus alumnas. Ellas también le aplauden. Ambos aplausos son breves.

Valeria comienza a caminar hacia la salida. Por la pasarela recoge de nuevo todas sus cosas: la lonchera, los tacones, la cartera inmensa, el suéter, la bolsa del automercado, la percha con el traje. Sale de escena. Telón.

*Ana Isabel una niña decente**

Sumario

Presentación p. 815

«Domingo de carnaval» p. 816

«La excursión» p. 820

«El venado» p. 824

«La piñata» p. 827

«El lagartijo» p. 832

Antonia Palacios

Nació en Caracas en 1910. Escritora y poeta, renovó la literatura venezolana al introducir la novela intimista y psicológica. Coordinó el Taller de Narrativa del Celarg (1976) y fundó el taller literario *Calicanto* y la revista del mismo nombre. Entre sus principales obras están: *Ana Isabel una niña decente* (1949), texto de lectura obligada en las escuelas del país; *Crónica de las boras* (1964); *Viaje al Frailejón* (1959); *Los insulares* (1972) y *El largo día ya seguro* (1975), que ganó el Premio Nacional de Literatura. Falleció en Caracas en el año 2001.

* Antonia Palacios, *Ana Isabel una niña decente*, Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, 2004, pp. 23-33, 87-109, 127-141, 165-172.

Presentación

Esta bella novela de Antonia Palacios muestra el conflicto entre socialización, para la femineidad tradicional, y la lucha de una niña inteligente que vive, además, el conflicto de pertenecer a una clase social que exige de ella las formalidades y restricciones de la tradición, con su sensibilidad social igualitarista y amante de la libertad. *Ana Isabel* representa la encarnación de la lucha femenina por romper con las normas sociales que obligan a la mujer a reprimir sus sentimientos y comportamiento, a observar las reglas de un juego en el que se es peón y a callar ante las injusticias sociales.

En esta novela, tan bien escrita como *Ifigenia* de Teresa de la Parra, se observa la transición hacia la ciudadanía femenina, hacia la libertad de pensamiento y de voz femeninas. En la sensibilidad dolorosa de la niña de buena familia venida a menos está también la raíz de la emancipación. Ana Isabel descubre y rechaza la desigualdad, no entiende las

formas de represión de la femineidad que son exigidas por las buenas formas sociales y no las condena en las niñas de origen humilde con las cuales juega y convive; no entiende tampoco por qué los pobres no tienen padre. Su fuerza díscola convive con la mansedumbre materna, que hace milagros para mantener una casa en la cual el padre está presente pero es inútil, pues alguna enfermedad lo incapacita para sostener el hogar y recuperar los viejos fastos familiares. Es, pues, una familia tradicional en dos sentidos, por su carácter formalmente patriarcal y conservador de las apariencias y porque también en ella es la figura materna, callada y sumisa, el pilar que sostiene la casa.

Las sucesivas ediciones de esta novela a un precio accesible a todos los bolsillos han sido un gran acierto de la editorial Monte Ávila: el pequeño formato puede ir a donde quiera y el excelente estilo de la autora puede llegar así a todos.

DOMINGO DE CARNAVAL

Ana Isabel pasa las manos por encima de la faldita roja con listas negras y estira el delantal pequeño y blanco. ¡Que le digan fea ahora!

La carita angulosa de Ana Isabel resplandece. Tiene las mejillas pintadas y le brillan los ojos. El pelo lacio recogido en lo alto de la cabeza con un gran lazo negro, porque Ana Isabel está disfrazada de aldeana, aldeana de Alsacia. ¡Que le digan fea ahora!

Ana Isabel se mira al espejo. Allí viene Jaime. Jaime parece un príncipe, con su pantalón de lanilla y su pechera de encajes. ¡Qué lindo, qué réquete lindo, está su hermano! Ana Isabel siente que, de pronto, se le encoge el corazón... Pero ella no es fea. La familia Bermúdez no la ha visto disfrazada, por eso invitaron a la fiesta solamente a su hermano.

—Que nos manden al niño. Tan bello, tan dulce, el niño...

Pero la señora Alcántara no lo había enviado.

—¡Miren qué gente ésa tan rara, invitar a Jaime nada más!

Sin duda, la familia Bermúdez no la ha visto, disfrazada de alsaciana...

Ana Isabel se mira de nuevo al espejo y acomoda el lazo, en lo alto de la cabeza.

Hay baile en la placita de la Candelaria. Baile popular. La señora Alcántara ha recomendado a Estefanía, el tener mucho cuidado en no atravesar la plaza.

—Esa gente del pueblo, Estefanía, es tan grosera, y pueden darle un empujón a los niños y estropear los disfraces.

¡Y cuántos esfuerzos representaban los disfraces! El traje de Ana Isabel había sido más fácil. Dos metros de raso de algodón rojo y unas hiladillas negras y ya estaba la falda. La blusa la había hecho la señora Alcántara con un vestido viejo de Ana Isabel. ¡Pero el lazo! Para el lazo la señora Alcántara vióse precisada a derrochar sus economías. Era indispensable que éste fuera de cinta de falla, para que se mantuviese erguido, en lo alto de la cabeza. La señora Alcántara había cosido a

la orilla un alambrito para sostenerlo así, tieso y erguido, en lo alto del pelo lacio y dorado de Ana Isabel. Suerte que para el de Jaime pudiese aprovechar el pantalón viejo de su sobrino Germán. ¿Y los encajes? ¡Qué hermosos encajes! ¿Acaso no eran los de la primera mantilla de Ana Isabel, la mantilla que le regalara la abuela? ¡Ah, los buenos tiempos! A la señora Alcántara se le han nublado los ojos al coserlos. Aquellos encajes estaban llenos de recuerdos para ella.

—Bueno pues, ya lo saben, mucho juicio y a hacer caso a Estefanía.

—Sí, mamaíta...

—La bendición, mamaíta, la bendición, papá...

Domingo de Carnaval.

—Un momentico nada más, Estefanía. Solamente un momentico...

—Jesús con esta niña, siempre me hace hacer lo que no debo...

Y ya está la vieja Estefanía atravesando la plaza con Ana Isabel y Jaime.

¡Cómo está de engalanada la placita de la Candelaria! Ana Isabel casi no la reconoce. Toda trenzada, de tiras de papel de seda de mil colores, rojo, verde, azul, amarillo... ¡Y cuántas ventas! Aquí, la venta de arepitas, tan esponjadas, que fríe la negra Domitila, la misma que lleva el pan de arepa todos los días a su casa. La negra Domitila está pintada y cubierta de collares dorados y rojos. Dos grandes argollas penden de las orejas de la negra Domitila que ríe, con sus blancos dientes, junto al caldero humeante...

—Yo quiero una arepita, Estefanía...

—Niña déjese de tonteras. Acuérdense de lo que dijo su mamá... ¡Anden más ligero y no se paren tanto, que no vamos a acabá nunca de atravesá la dichosa plaza!

Pero, la vieja Estefanía también detiene el paso. ¡Cómo recuerda su juventud la vieja Estefanía cuando movía las carnes, las carnes duras y negras, sin salirse de un ladrillo, la negra Estefanía! ¡Ah, negra! ¡Ah negra más salá!

Allí está la venta de guarapo fuerte y más allá la de carato con sus botellas tapadas con un cogollo de naranja. Ana Isabel quisiera tomar carato, en el pico de la botella, como hacen todos los que se encuentran alrededor de la venta, pero no se atreve a pedirselo a Estefanía.

Junto a la estatua está la música tocando un vals. ¿Qué vals? El vals de Eva.

—Tarín, tarín, tarán, tarán.

¿Adónde van Ana Isabel y Jaime? A la casa de sus primos los Izaquirre a ver pasar la carrera...

¡Qué lástima que ella sea gente decente, Ana Isabel! Allí en la plaza hay también niños, pero niños que no son decentes...

A Ana Isabel no le gustan sus primos los Izaquirre. Josefina no juega por temor a ensuciarse, o estropear su vestido. Sólo le gusta jugar a las muñecas. Es cierto que tiene una casa de muñecas grandota que Ana Isabel mira con envidia, pero no le gusta correr y saltar como a Ana Isabel, ¡ni subirse al tejado, ni monear hasta el copito de las matas de mango!... ¿Y Luis? Ana Isabel le tiene miedo a su primo Luis, porque siempre le dice al oído cosas malas. Sin embargo, Ana Isabel siente unos terribles deseos de escuchar esas cosas malas, pero le da temor, porque Dios la puede castigar.

—¡Ana Isabel, mira la burriquita! ¡Allá está la burriquita bailando, vamos a verla! —y Jaime se cuelga del brazo de su hermana.

—Jesú con estos niños que no se destán quietos... Pero la vieja Estefanía mueve la cabeza sin convicción. Sus pies están inmóviles sobre el cemento de la plaza y es toda ojos para la ancha falda a faralaos, la cabeza de burro adornada con rosas de papel, las maracas que se agitan y el cantador que canta.

A Ana Isabel le da un poco de miedo la burriquita. Mientras está bailando todo marcha bien. Contempla la cabeza de burro, que marca el compás, y escucha las maracas, que producen culebritas de alegría por todo el cuerpo. Pero, cuando acaba el baile, la burriquita se carraspea con voz ronca y levanta la falda mostrando los pies, unos pies de

hombre, grandes y sucios, unos pies con alpargatas rotas...

En la plaza, la música ensordece, las parejas se apretujan, y Ana Isabel y Jaime, agarrados a la falda de la vieja Estefanía, no pueden continuar su camino, detenidos por una marea humana, que baila chasqueando los pies.

Un olor acre, un olor a cebolla y a sudor, un tufo de aguardiente. Un olor a aceite de coco, a perfume barato, a alpargatas sucias, se desprende de las parejas que se mueven y se aprietan. De la venta de arepitas se escapa un vaho de manteca hirviente y el olor de grasa ordinaria se mezcla al acre y fuerte olor de la multitud que baila.

A Ana Isabel no le gusta ese olor. Se siente mareada...

Ya no desea quedarse en la plaza, con los niños que ha visto pasar disfrazados. Ahora, prefiere irse a la casa de sus primos los Izaquirre, a ver pasar la carrera.

—¡Mira a Pepe, Ana Isabel! ¡Allí está Pepe!

¡Pepe! ¿Y cómo no había reconocido a Pepe el monaguillo? Está disfrazado de apache, con un pañuelo rojo alrededor del cuello y unos bigotes de carbón sobre los gruesos labios.

—¡Mira, Ana Isabel, y Vicente también!

Vicente, bamboleándole sobre la cabeza un par de cuernos rojos. Vicente con el rostro pintarrajeado disfrazado de diablo. No ha visto a Ana Isabel ni a Jaime. Está bailando con un dominó. El brazo de Vicente ciñe las caderas del dominó, se hunde en la curva, y el brazo aprieta, aprieta...

—¡Jipa, mi negra! ¡Jipaaa!

Ana Isabel nunca lo ha visto así. Vicente siempre tan serio...

—Adiós Estefanía, adiós negra...

—¡Guá, miren a Nemesio, qué bailaó!

Ana Isabel tampoco ha reconocido a Nemesio el panadero.

¡Qué bailador! Desde el sábado le bailan los pies a Nemesio.

—A la señora que deje todo el pan porque no vuelvo hasta el lunes.

Y lo mismo han dicho todos: el lechero, el carbonero, el carnicero...

Todos han dicho lo mismo.

Todos. Aquellos que van doblados bajo el peso de los fardos. Los que se levantan de madrugada, tiritando de frío y apenas dos buches de guarapo en el estómago. Los que trabajan con las manos, con los pies, con las espaldas curvadas. Los que trabajan con las manos. Manos que tienen callos y ampollas. Manos con uñas partidas, uñas saltadas. Manos por las que pasan el pan, la leche, los carbones y la carne y el queso. Manos que muelen. Manos que pilan. Manos que cortan los árboles y sierran la madera. Manos que trabajan la tierra y fabrican las casas, las plazas, las escuelas...

Y allí están todos, en esa tarde de domingo de carnaval, con sus rostros embadurnados, sus pañuelos de color, sus brazos tatuados. ¡Allí están con sus collares, sus gorros, sus baratijas! Con sus risas y sus gritos...

—¡Jipaaa! ¡Jipa mi negra! ¡Qué negra más salá!

Están allí, en ese domingo de carnaval, olvidando sus ranchos de tierra, sus trapos malolientes, sus carnes marchitas...

Los chicos del carbonero, Perico y Carmencita, se quieren subir al palo ensebado. ¡Qué lustroso y qué alto! Arriba, en la punta, le han puesto un fuerte. ¡Un fuerte! A ver quién monea mejor... Pero el carbonero no se ocupa de los chicos hoy. Carmencita está disfrazada de flor, con un traje hecho de papel de seda rosado y verde. Y Perico tiene una gorguera y va disfrazado de payaso. Pero el carbonero no se cuida de los chicos hoy... Está bailando y le brillan los ojos, mientras ríe, una risa con tufo...

A Carmencita le han dado un empujón y se ha echado a llorar. Perico la toma de la mano y la lleva frente a la venta de arepitas. Ya Domitila le ha dado una, dorada y abombadita y los ojos ríen entre las gruesas lágrimas.

—¡Allá va Amelia!

—¡Adiós, Amelia!

—¡Olé por la española!

—¡Guá, miren a la catira!...

—¡Cuidado si te quiebras, niña!

La música suena sin tregua. Repiquetea por la pier-nas, por las caderas. Las caderas que se cimbran, se mecen. Repiquetea por los pies. Los pies que se agitan, se arrastran, los pies que escobillean porque están tocando un joropo. Los cuerpos sudan, se aprietan los unos contra los otros, se alejan, giran con los brazos levantados y se reúnen de nuevo, entre gritos y chasquidos. El olor fuerte y acre de la multitud, sube, sube hasta los gallitos floreados, hasta la torre de la iglesia con sus campanas mudas, el fuerte y acre olor del pueblo...

—Mire, niño, ¿ónde está Ana Isabel?

—¡Ana Isabel!

—Sí, ahorita mesmo taba aquí... ¿Ónde está?

—¡Ana Isabel! ¡Ana Isabel!

Ana Isabel no escucha los gritos de Jaime, ni los alaridos de la vieja negra. El pueblo que gira, danza, suda, canta, ríe, grita... ¡Jiipaa! ¡Jipaa mi negra! ¡Qué negra más salá! El pueblo la lleva, la zarandea, la aprieta. Y allá va Ana Isabel, empujada, zarandea-da, apretada, arrastrada por esa fuerza loca. Allí va Ana Isabel con su faldita roja y sus trencillas negras, con su delantal pequeño y blanco y el gran lazo en lo alto de su pelo dorado. Allí va Ana Isabel, menuda, perdida, entre la gran fuerza del pueblo. El olor acre la rodea, la cerca... Pero ya Ana Isabel no se siente mareada, cierra los ojos y se deja ir, empujada por la corriente que la arrastra no sabe dónde.

Casi no toca el suelo con los pies. ¿Estará soñando, Ana Isabel? ¿Se estará contando historias? ¡Las historias que se narra por las noches a sí misma, en su camita muy tibia, junto a la almohada tan blanda! ¿Pero dónde está el hada? ¿Y la varita mágica? ¿Y el príncipe? ¿El príncipe encantador que ha de llevarla muy alto, a través de las nubes, en su caballo con alas?

Y la gran fuerza crece, crece y envuelve cada vez más a la pequeña Isabel. Pero no tiene miedo Ana Isabel...

—¿Por qué no tiene miedo?

—Esa gente del pueblo, es tan grosera...
Y suena muy lejos la voz de su madre. Y está muy
lejos su casa, el patio asoleado, la sopera humeante
y su cama tan blanda...

LA EXCURSIÓN

Abril, mayo, junio, julio...

Julio es el mes de los exámenes. Las niñas estudian apresuradamente. Por las noches se cierran los ojos de Ana Isabel y por todas partes no mira más que números, quebrados, divisiones...

—Apúrate, Ana Isabel para que saques veinte puntos y puedas ir a la excursión.

Ana Isabel no hace otra cosa que pensar en la excursión. El año pasado estuvo a punto de perderla. Aún recuerda el susto que pasó.

—¿Cómo? —había dicho la señora Alcándara—, ¿seis kilos de carne? Pero esa señorita está loca. ¿De dónde voy a sacar yo para comprar seis kilos de carne? Si es así no vas a la excursión.

No estaba loca la señorita. La carne la había encargado luego a Esperanza Caldera y Luisa Figueroa. Ana Isabel y Cecilia Guillén llevarían el pan.

—Bueno, el pan... eso es otra cosa. Le encargaremos a Nemesio tres panes de los grandes, de a bolívar...

La noche anterior Ana Isabel no pudo conciliar el sueño.

—¡Pero niña, qué tanto das vueltas en esa cama! Si te pones así no te voy a dejar ir más a ninguna excursión.

Antes de la madrugada se había levantado. La casa estaba en silencio. Todos dormían. Un trozo de luna desteñida se enredaba en el alambre del tranvía. Hacía frío. La noche aún vivía. Sobre los árboles, entre las hojas quietas, se arrebujaba su sombra. El día estaba lejos. Tan sólo un leve y dorado fulgor que bajaba lentamente de los cerros, anunciaba su presencia.

—¿Pero estás levantada, Ana Isabel? ¡Es media noche, niña! Ande a acostarse y estese tranquila hasta que yo le diga. ¡Qué niña ésta, Dios mío!

Ana Isabel había regresado en silencio a su cama. Con los ojos semiabiertos aguardó la mañana.

—Tómame aunque sea una taza de café con leche. Te vas a desmayar por el camino. ¡Pero Dios mío,

dónde se ha visto que por una excursión se ponga así esta muchacha!

Estefanía tiritaba de frío.

—Jesú, ¡qué tanto madrugá, niña!

—Voy para una excursión. Para una ex-cur-sión...

—¡Niña, que me va a tumbá! ¡Déjeme quieta! Misia llame a Ana Isabel pa dentro...

A la puerta estaba echado Chucuto.

—Me voy para «Los Chorros», Chucuto, me voy...

Jaime desde la ventana la había seguido con los ojos tristemente.

—Tú también irás a excursiones, niño. ¡No pongas esa cara!

—¡Adiós Chucuto! ¡Adiós Jaime! ¡Adiós placita! ¡Que me voy! ¡Me voy y no vuelvo! ¡Adiós! ¡Adiós!

—¡Espéreme, niña, no corra tanto!

Ana Isabel había llegado jadeante a la escuela. La señorita aún no se había levantado. En el patio las hojas estaban llenas de rocío y Ana Isabel las sacudía una a una para ver temblar y caer las gotas que brillaban con el sol.

—Yo llevo la carne.

—Y yo el pan...

—Yo la ensalada...

—¿Y la jalea y el queso?

—La jalea Justina. ¿Y el queso?

—Estense quietas, niñas, que todavía no ha llegado el camión.

José del Carmen, el chofer, era un negro fornido con los ojos saltones.

Cuando asomó el rostro, por entre la reja, las niñas soltaron la risa y echaron a correr.

—¡Jum! Ésa no es conmigo. Si es así no las llevo...

Pero José del Carmen se había hecho amigo de todas. En medio del camión colocó una silla pequeña destinada a la señorita. Las niñas iban de pie. El piso estaba lleno de paquetes con las camisas de baño, platos, vasos, bandejas con la comida... Por el camino polvoriento el camión resoplaba levantan-

tando bandadas de cucaracheros que se asustaban con el estrépito.

—Ya vamos llegando a Chacao. Ya pasamos Sabana Grande.

—¿Y esa casota qué es, José del Carmen?

—¡Guá, a ésa la llaman La Floresta!

—Ya pasamos El Muñeco.

—¿El muñeco? ¿Qué muñeco, José del Carmen? El aire estaba ligero, delgado. El sol comenzaba a calentar.

—Pónganse los sombreros, niñas, que van a pescar un tabardillo.

El camión rodaba junto a los cafetales, codeándose con las empalizadas de jobos y el garbancillo floreado.

—¡Corre, José del Carmen! ¡Corre!

—¡Sí, oh! ¿Pa que nos vortiemos?

—¡Mira las mariposas! Una amarilla. Otra color de fuego.

—Y el caballito del diablo.

—¡Que viene visita! ¡Que viene visita!

—Ya vamos a llegar a Los Dos Caminos.

—Estamos pasando por la Hacienda San José...

—¡Qué hacienda más grande, José del Carmen!

Los bucares estaban floridos. Abrían su ramaje fino sobre los cafetales. El café maduraba sus frutos. Gruesas moscas atornasoladas agitaban las alas. La tierra se alfombraba de pétalos rojos y suaves.

El camión subía ruidosamente, cuesta arriba, hacia «Los Chorros». Las niñas iban cantando y sus voces claras flotaban en la mañana luminosa y cálida de julio.

—Yo tenía una muñeca vestida de azul...

—Con el escotado y en el camisón...

—Bueno. ¡Hasta aquí nos trajo el río!

El motor respiró con furia. José del Carmen se secó el sudor con el dorso de la mano.

—¡Ay! ¿Ya llegamos? Qué ligero...

—Cuidado, niñas. Bájense poco a poco.

—Hasta la tarde, José del Carmen. A las cinco está aquí, ¿sabe?

—¿A las cinco? ¡Ay, qué temprano! ¡A las seis señorita, a las seis!...

—No, señor. Yo no voy a coger ese camino oscuro para llegar de noche a Caracas. A las cinco en punto, ya lo sabe José del Carmen. A las cinco...

—¡Adiós, José del Carmen! ¡A las seis! Hasta las seis...

—En marcha, que se nos hace tarde. Vayan de dos en dos.

Ana Isabel caminaba junto a Cecilia. Era un camino angosto. A un lado la montaña y al otro lado el río fluía mansamente. El camino estaba sombreado por mangos gigantescos. El agua saltaba ligera entre las piedras donde crecían los helechos.

—¡Mira ese mango de bocado!

—¡Y ese de hilacha!...

—¡Mira, uno madurito, Ana Isabel!

—Allá arriba está uno pintado como a mí me gustan. Vamos a tumbarlo.

—¡Niñas, no tiren piedras! No se paren tanto que no vamos a llegar nunca.

—Mire los helechos señorita. Al regreso vamos a coger. Hay cola de pez, cabellera de Venus y hasta velo de novia...

—Caminen niñas, caminen...

La señorita iba de un lado a otro vigilándolas a todas. Llevaba un sombrero de cogollo hundido hasta las cejas. Los ojos le brillaban más que de costumbre y de vez en cuando se la escuchaba toser.

Ana Isabel se quedaba por detrás haciendo ramos de pascuas azules.

—¡Apártense, que ahí viene un burro!

El camino era tan angosto que el burro rozaba con sus ancas los brazos desnudos de las niñas.

—¡Es un burro campanero! ¿Dónde dejaste la recua, burrito?

El arriero marchaba detrás con los pantalones arremangados hasta mitad de la pierna y un palo en la mano.

—¡No le pegue hombre, no sea bruto!

—Niñas no se metan con ese hombre que les puede salir con una grosería.

El arriero miraba a las niñas sin decir palabra con unos ojos oblicuos de color indefinido.

Un olor a boñiga, a hierba brava, a malojillo, se aspiraba por el camino. Los azulejos cantaban en lo alto de los mangos. Entre los ñaragatos y los cujies, se escuchaba el arrullar de una paloma.

—¡Oye, una paloma turca!

—¿Estará en su nido? ¿Y si la encontramos?

—Es una soysola, escúchala como canta...

—Niñas no se queden por detrás. ¡Ana Isabel Alcántara! —llamaba severa la maestra.

Una mujer sucia y descalza bajaba por la vereda. Haciendo equilibrio sobre la cabeza lleva una lata llena de ropa limpia y exprimida, recién lavada en el río. Pegados a su falda dos chiquillos desnudos comían mangos.

—¿Cómo está el río, señora?

La mujer sonreía complacida a las niñas.

—¿Está crecido?

—Una miajita, una miajita no más...

—¿Estará muy hondo el pozo? ¡Uy qué miedo!

—Señorita, vamos a bañarnos a La Batea.

—No señor, yo no estoy loca para ir con ustedes a La Batea. A Ño Alejandro es a donde vamos, ya lo saben, a Ño Alejandro. Caminen, caminen que ya vamos a llegar.

El agua estaba apenas crecida. Un leve tinte dorado espejeaba sobre la superficie del pozo. Ño Alejandro se abría ancho y bonachón, vistiéndose de espuma, adornándose con flores amarillas y guayabitas sabaneras.

—Cuidado niñas. Fíjense bien dónde se desvisten que por aquí hay muchas suciedades.

La señorita comenzó a quitarse la ropa tras una piedra.

Las niñas se arrastraban por sobre la hierba tratando de sorprenderla desnuda. Pero la señorita se agachaba, cubriéndose con el vestido y sólo se alcanzaba a mirar la espalda por donde se deslizaba la camisa de ancho escote.

—¿La viste?

—No pude, ¿y tú?

—Yo tampoco...

Ana Isabel se desvestía junto a Cecilia. Se quitó el vestido enseñando las tiras bordadas con cintas azules que su madre había cosido a la orilla de la enagua.

—¡Que bonito! —decía Cecilia.

—Todos mis fondos son así. —Y Ana Isabel mentía descaradamente.

—¡Ay, qué fría está el agua!

—¡Zúmbate, no seas tonta!

—Zúmbate que está llanito...

Cuando Ana Isabel se metió al pozo ya la señorita se hallaba junto a la cascada. Llevaba el pelo negro y lustroso. Una brillante cabellera que le caía hasta más abajo de la cintura. La camisa, muy escotada dejaba ver los brazos blanquísimos, los hombros redondos, el cuello fino. La espuma le corría por todas partes, le llegaba a los labios, resbalaba por sobre los cabellos... Parecía otra la señorita. Reía dando saltitos echando la cabeza hacia atrás. El aire penetraba por dentro de la camisa inflándola como un gran globo rojo que flotase, sobre las aguas. Las niñas apoyaban las manos oprimiéndolo. Pequeñas y luminosas burbujas, como pompas de jabón, permanecían un instante inmóviles deslizándose luego arrastradas por la corriente y se quebraban, matizadas de colores, vivas de luz, dejando apenas la sobra de una espuma...

Ana Isabel no reconocía a la señorita. ¡Qué brazos tan blancos surcados de venas azules! ¡Y qué hermoso pelo!... Ana Isabel lo miraba sumergirse bajo el agua y subir de nuevo a la superficie como raíces vivas, oscuras y húmedas raíces, olorosas a selva, a turbias aguas crecidas...

¿Acaso era bonita la señorita? Ana Isabel nunca lo había pensado. En la escuela sólo sabía de su voz un tanto velada y monótona. De sus manos que sostenían la tiza, el libro, la regla. Siempre vestida con blusas de alto cuello y largas mangas. Nunca la había mirado a los ojos, nunca la había escuchado reír... ¿Acaso era bonita la señorita?

En el fondo del pozo se podía tomar la arena a puñados. Diminutas sardinas plateadas cruzaban veloces ocultándose entre las piedras. Apenas se adivinaba el camino por donde transitaban las recuas y algún arriero azotaba los burros dando voces.

—¡Oy, sooo! ¡Oy, sooo!

¿Acaso era bonita la señorita?

Por la tarde, al regreso, Ana Isabel se lo preguntaba todavía. La señorita había vuelto a ser la misma de siempre. Con su blusa sin escote, las mangas largas ocultando los brazos tan blancos. Su hermoso cabello recogido en grueso moño sobre la nuca, el sombrero de cogollo hundido hasta las cejas.

El camión marchaba lentamente por el camino oscuro. Las niñas iban en silencio tendidas sobre el piso. La señorita, muy tiesa, sentada en la silla, con las manos cruzadas sobre la falda sin decir palabra. José del Carmen fumaba y el rojo vivo de su cigarrillo rompía la noche sin estrellas.

Ana Isabel recostada sobre la baranda miraba pasar y repasar el camino, una sola mancha blanca que se alargaba. El perfume de la dama de noche embalsamaba el aire. Las luciérnagas se encendían titilantes. Cantaban los grillos en el cafetal.

¿Acaso era bonita la señorita?

EL VENADO

—¿De dónde viene el venao?

—¡Del cerro quemao!

—¿Qué trae en el rabo?

—¡El rabo esollao!

—Eche una carrerita pa ve...

Las manos se enlazan. Manos blancas, morenas. Con dedos manchados de tinta y uñas cortadas al rape. Manos de niñas.

En el patio de la escuela un sol pequeñito retoza y la negra Nicasia barre el embostadero. La negra Nicasia es quien hace todo el trabajo de la casa. Barre, friega, guisa, lava y aplancha la ropa. Tiene los fustanes remangados y los pies descalzos.

—No niñas, ¡váyanse con su música a otra parte! Después soy yo la que pago si la ropa no está bien blanca..

Pero en el patio de arriba no se puede jugar al venado. Es de tierra con un chaguaramo muy alto, cuadros de rosas y siemprevivas y la mata de heliotropos de la señorita. Y en el corredor están jugando a la víbora.

—A la víbora, a la víbora de la mar...

Por aquí podrán pasar...

Por aquí yo pasaré y una niña dejaré...

—La señorita nos dijo que jugásemos aquí...

—Bueno, yo no sé. Después que no me vengan con que la ropa está manchá...

Ana Isabel quiere mucho a Nicasia la negra. Siempre le da papelón, del que está en la azucarera. Porque es papelón y no azúcar lo que contiene la azucarera. La señorita es muy pobre y el papelón cuesta menos. La azucarera está llena de papelón raspado, un papelón muy rubio que parece miel.

Ana Isabel se llena la boca y piensa que está comiendo miel. Miel de abejas. Por su casa pasa Perucho el que vende miel con su cesta llena de panales.

—¡Miel de abejas para las buenas mozas! ¡Miel de abejas saca los dolores y cura los catarros! ¡Llevo la miel de abejas!

Ana Isabel nunca compra miel. Con dos centavos para la merienda, ¿cómo podría hacerlo? Compra

una «muñequita» de tamarindo y una pastilla de chocolate de segunda. El chocolate de primera es más caro y está envuelto en papel plateado. Esperanza Caldera y Luisa Figueroa comen siempre chocolate de primera y conservan el papel plateado para enviarlo a los misioneros y ayudar a la salvación de los chinos. El padre Mayorca les ha contado cómo los misioneros salvan a los chinos. Éstos ignoran que existen Dios y el cielo, el infierno y el purgatorio. Los misioneros les enteran de todo ello y también de lo que es pecado. Ana Isabel no sabía lo que era el pecado. El padre Mayorca le ha enseñado y desde entonces peca mucho Ana Isabel.

Ana Isabel conoce a los chinos. Los chinos lavan y aplanchan. No hacen otra cosa que lavar y aplanchar. Camino de la escuela hay una lavandería china. Las ventanas están siempre abiertas. Ana Isabel trepada a los balaustres se queda mirando a los chinos que asientan fuertemente la plancha sobre las camisas almidonadas.

Los chinos son amarillos. Hay cuatro razas. Al menos eso dice la geografía que estudia Ana Isabel. La blanca, la negra, la roja y la amarilla. ¿Por qué todo el mundo no será igual? Ana Isabel es blanca. Los chinos son amarillos. Nicasia y Estefanía son negras y negro es Eusebio, el hijo del dependiente de El Chimborazo. En Venezuela hay muchos negros. Los negros no son gente decente. A ella no la dejan reunirse con los negros. Pero hay blancos con los que tampoco le permiten jugar.

—Esa gentuza que no se sabe de dónde ha salido —dice la señora Alcántara.

Perico y Carmencita y Pepe el monaguillo, no son negros, pero es como si lo fuesen, porque su madre no la deja jugar con ellos. Luisa Figueroa es trigueña, muy trigueña, ¡casi negra! piensa Ana Isabel, pero es rica y vive en El Paraíso, donde no vive sino gente decente.

Cuando Ana Isabel conoce a una niña la señora Alcántara pregunta quiénes son sus padres. Ana Isabel nunca recuerda y tiene que informarse de nuevo.

—¡Ah, la hija de Tula Madriz! Por cierto que Tula se casó muy mal, con un muchacho desconocido, un chico del interior...

—¿Cómo se llama su papá? ¿Cómo? ¿Sinforoso Alfonso? ¡Ahora sí que hay gente rara! ¡Qué difícil es tener buenas relaciones hoy en día!

—¡Ésta es la nieta de Pepe Pancho! ¡Mira, Federico, la nieta de Pepe Pancho! ¡Cómo no voy a saber quién es! Pregúntale a tu mamá si no recuerda a los Krauss de Altagracia... Vamos... ¡La nieta de Pepe Pancho!

Pero a Ana Isabel le gusta jugar con Perico y Carmencita, con Pepe el monaguillo y el negrito Eusebio. El negrito Eusebio conoce infinidad de juegos y de cantos. Canta galerones que inventa él mismo. Dice que los saca de su tapara y Eusebio se lleva la mano a la cabeza lanuda y ríe con unos dientes tan blancos que son la envidia de Ana Isabel.

El negrito Eusebio juega mejor al venado que Justina, que Cecilia y también que Luisa Figueroa. Siempre tiene versos nuevos para el venado y cuando llega la hora de forjar cadenas, la del negrito Eusebio es más fuerte que ninguna.

—De hierro —dice sonriente.

Es de hierro el brazo de Eusebio y por más esfuerzos que hacen todos, resulta imposible de romper. Ana Isabel contempla su manita flaca entre las manos recias y negras de Eusebio muy segura de que nadie podrá romper esa cadena. Ni siquiera Pepe el monaguillo que es el más grande y tiene tanta fuerza...

—¿De dónde viene el venao?

—¡Del cerro quemao!

—¿Qué trae en el rabo?

—¡El rabo esollao!...

Las manos se enlazan. Las niñas giran...

—¡Allá viene el venao! ¡Allá viene, allá viene!

Giran los pies menudos. Pies de niñas. Se enlazan las manos blancas, morenas. Manos de niñas.

—¡Allá viene el venao!

Es Luisa Figueroa el venado. Viene corriendo y trata de penetrar en el centro de la rueda. Las niñas

se lo impiden girando cada vez más rápido. Luisa Figueroa se agacha y logra deslizarse por entre los brazos unidos.

La rueda se detiene. Las manos se entrelazan con fuerza. No hay que dejar romper la cadena.

—¿De qué es esta cadena?

—¡De oro!

—¿De oro? ¡Qué va!

—¡Anda a ver si la rompes!

Luisa Figueroa se cimbra sobre las dos manos trenzadas. Las niñas están rojas por el esfuerzo, los músculos contraídos.

—¡Sí es de oro! ¡No puedes romperla!

—¿De qué es esta cadena?

Ya se encuentra junto a Ana Isabel cuya mano aprieta fuertemente la de Justina.

—¿De qué es esta cadena?

Ana Isabel piensa en el negrito Eusebio.

—De hierro —responde.

—¿De hierro? ¡Qué va! ¡De brazo sucio y feo!

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Repítelo otra vez!

—¡De brazo sucio y feo! —exclama Luisa Figueroa.

Todo desaparece ante los ojos de Ana Isabel. Ya no mira la rueda de las niñas, ni a la negra Nicasia que barre el embostadero, ni a Cecilia, ni a Justina que oprime tiernamente sus manos. Todo se oscurece de pronto y apenas escucha el sonido de su voz ronca y ahogada.

—¡Te muerdo!

¡Te muerdo!, ha dicho Ana Isabel, y Luisa Figueroa con el brazo sangrante está llorando a gritos.

Ya no hay cadenas. Las manos se han soltado.

La voz ronca continúa gritando:

—¡Te muerdo! ¡Te muerdo!

En el salón de clases Ana Isabel está sentada frente al pupitre con el cuaderno abierto y un lápiz entre los dedos. Tiene que escribir quinientas veces: «Yo no soy un perro rabioso».

En el patio de abajo las niñas continúan jugando al venado. Las risas y los gritos llegan hasta el salón desierto donde se encuentra Ana Isabel.

—¿De dónde viene el venao?

—¡Del cerro quemao!

Sucio y feo...

Fea le dicen todos. La gente que la mira por las calles y Esperanza Caldera y Luisa Figueroa. Justina y Cecilia no lo dicen, pero tampoco le han dicho linda. Nadie le ha dicho nunca linda. ¿Nadie? Sí, el negrito Eusebio le ha dicho linda y también le prometió regalarle un tesoro. A causa del tesoro estuvo Ana Isabel muchas noches sin dormir y también porque le habían dicho linda por primera vez... Una tarde, de regreso de la escuela, en la esquina de La Cruz, estaba parado el negrito Eusebio con las manos apuñadas. Ana Isabel corrió a su encuentro.

¡Cuatro metras! Cuatro metras de color, redondas y cristalinas, temblaban sobre la palma blanca de la mano negra de Eusebio. ¡Cuatro metras de color!

El negrito Eusebio es el único que le ha dicho a ella linda. Y... ¿quién sabe si podrá volverse blanco algún día? Tal vez puede ser un príncipe encantado. ¡Sabe tantos juegos, tantos cantos!

La palma de la mano de Eusebio es blanca. Ana Isabel recuerda cómo temblaban sobre ella las metras de color. ¿Se estaría volviendo blanco? Pero aunque así fuese no podría nunca casarse con él...

—¡La sangre de los Alcántara no se mezclará nunca con sangre plebeya! Un escudo muy limpio tenemos —repite siempre el doctor Alcántara—. Y no poseemos dinero: prueba de que no somos ladrones ni pillos...

¿No tendrá acaso un escudo el negrito Eusebio? Ana Isabel nunca le ha preguntado, tal vez porque sabe muy bien que no lo tiene. ¿Por qué no se fabricará uno? ¡Es tan fácil! El escudo de los Alcántara es un cuadro pequeño con marco dorado que cuelga junto a la consola del salón. Allí pueden verse el casco guerrero, porque los Alcántara han guerrea-

do mucho, y espigas en manojos y calderones de oro sobre campo de azul... ¿Por qué no se fabricará uno? Podría tener un potro negro, reluciente, con la cola alzada y matas de cundeamor floreaditas... En la gaveta de la vitrina su padre guarda papel de dibujo. Sin que nadie la mire tomará un pliego y también unos lápices de color para hacerle un escudo a Eusebio. Para el lema, Eusebio dirá sus versos más hermosos y como no sabe escribir, será Ana Isabel quien lo hará por él. Ese día no olvidará colocarle la tilde a la *t* y dibujar las *oes* bien redondas.

—Yo no soy un perro rabioso. Yo no soy un perro rabioso...

Va a terminar el recreo y Ana Isabel no ha cumplido su castigo. Tal vez la dejarán hasta las seis de la tarde escribiendo. ¡Tener que escribir quinientas veces esa tontería!

¿Acaso ella no lo sabe que no es un perro rabioso? Si mordió a Luisa Figueroa fue por haberle dicho fea. Siempre que le dicen fea Ana Isabel muerde y cuando contempla a una niña muy linda ganas le dan de morderla y sacarle la sangre en los bracitos redondos...

Pero ya no estará triste Ana Isabel. El negrito Eusebio le ha dicho linda. Le hará un escudo muy hermoso y se irán mano a mano, la manita flaca de Ana Isabel en la mano negra de Eusebio. Se irán por los campos que le gustan tanto a Ana Isabel y harán ramos de cariaquito morado. Y cuando llegue la noche y la luna bañe la tierra oscura del camino, el negrito Eusebio no será ya negro, estará blanco, blanco de luna...

—¿De dónde viene el venao?

—¡Del cerro quemao!

—¿Qué trae en el rabo?

—¡El rabo esollado!...

—Eche una carrerita pa ve...

LA PIÑATA

—Ana Isabel, ven a cogerte el pelo, que tienes esas chiflas muy lisas y vas a estar muy fea para la piñata. Ana Isabel corre hacia el patio en busca de hojas de rosa. Las hojas verdes y duras, que estruja para sacarles el zumo y cogerse el pelo.

Esta tarde es la piñata. Ana Isabel no ha podido probar bocado pensando en la piñata. Ya la olla de tierra estará adornada con papel de seda de todos los colores y rizado con tijeras; ya estará llena de caramelos y galletas. Claro que será ella quien tumbará la piñata. ¿Con qué vestido irá? Tendrá que ir con el mismo de siempre, porque a pesar de haberle prometido que después de los exámenes le comprarían uno nuevo, no se lo han comprado. Luisa Figueroa y Esperanza Caldera irán vestidas de seda y con lazos de satén. Y Justina seguro que irá con su vestido rosado, un vestido tan lindo, que dan ganas de comérselo. Todas irán con trajes nuevos y ella siempre con el mismo vestido... Pero será ella la que tumbará la piñata, porque ella corre más que todas y tiene más fuerzas que todas. Cogerá el palo, que estará también adornado, igual que la piñata, con papel de seda rizado, y aunque tenga los ojos vendados marchará muy segura y... ¡pun!... ¡pun!, la piñata caerá al suelo. Ana Isabel se abalanzará y cogerá montones de galletas y caramelos...

Sí, será ella quien tumbará la piñata. Ya se lo ha dicho a Carmencita y a Perico. Carmencita no sabía lo que era una piñata; nunca ha ido a una piñata, Carmencita.

—¿Y por qué no vas esta tarde? Es ahí mismito, detrás de la plaza, casa de Teresita Rodríguez. Aquella niña que juega con nosotros cuatro matas, ¿te acuerdas?

Pero Carmencita no responde. Tiene los ojos muy abiertos y mira con asombro a Ana Isabel.

—Te vestes de limpio, te peinas; no con moños, porque las niñas decentes no se peinan moños. Suéltate el pelo y ponte un lazo en la cabeza, yo tengo uno azul que te lo puedo regalar. ¡Sí vas a ir! Allí estaré y te espero en la ventana, ¿sabes?

Ana Isabel casi no ha podido almorzar tampoco pensando en la piñata.

—¡Si sigues así sin comer, no te voy a dejar ir a más fiestas, Ana Isabel! Miren qué niña ésta, cada vez que va a alguna parte no prueba bocado en todo el día. Aprende de tu hermanito.

¿Qué horas serán? Es la una. La una y la piñata es a las tres. Cómo pasan lentas las horas. Ana Isabel se pasea por el patio. Le echa migas de pan a los pececitos. Mira las hormigas que van y vuelven afanosas. Se sube al tejado, se vuelve a bajar. Se mira al espejo, tiene el pelo cogido. Catorce moñitos. Pero todavía tiene el pelo húmedo y si no se le seca no quedará rizado... Tendrá que ponerse al sol para secarse el pelo. Ana Isabel vuelve al patio y se tiende en la tierra junto a la mata de corazón. La mata de corazón está floreada. Florecitas rosadas con un centro amarillo, pequeñito. A Ana Isabel le encanta comerse las flores del corazón, saben a caramelos acidulados, esos caramelos redondos que parecen metras.

¡Qué dura está la tierra! Dura y seca porque no ha llovido. ¡Cómo le gusta a Ana Isabel tenderse en la tierra! Pero, ¿acaso le gustaría dormir en la tierra? ¿Sí, dormir, y no tener su camita tibia y blanda? Dormir en la tierra como duerme Pepe el monaguillo, envuelto en periódicos cuando hace frío... No, no le gustaría dormir en la tierra. Y a Pepe seguro que tampoco le gusta. Tal vez Pepe querrá una camita como la de ella, una camita tibia y blanda.

Esa camita se la compró su papá, y Pepe no tiene papá. Es decir, sí tiene, pero es como si no lo tuviese. Ana Isabel pensaba que Pepe no tenía papá. En el rancho de San José del Ávila no está sino la comae Rosario, la mamá de Pepe. Rosario que está siempre enferma, siempre tosiendo y tan flaca, que Ana Isabel piensa que no podrá tenerse en pie por mucho tiempo. ¡Sin embargo, trabaja tanto Rosario! Muele el maíz para las arepas, y hace granjerías que Pepe vende por las tardes. Majarete y conserva de coco. Ana Isabel quisiera comer el majarete y la conserva de coco de la comae Rosario, pero la Señora Alcántara dice que éstos son unos dulces muy sucios,

hechos en ese rancho que es una pocilga. Pepe le regaló un día un pocillo de majarete y conservas de coco en hojas de naranja. Ana Isabel lo comió todo a escondidas de su madre y al día siguiente tenía fiebre y le dolía el estómago.

—Quién sabe qué porquerías habrá comido esa niña por la calle —repetía la señora Alcántara.

Sí, Ana Isabel ignoraba que Pepe tenía papá, pero una tarde cuando jugaban cuatro matas en la placita, pasó un hombre de alpargatas, vestido de kaki y con pajilla. Pepe dejó de correr y muy serio le pidió la bendición.

—Dios me lo bendiga. Guá, ya va a sé un hombre... Y como que va a sé macho como yo —y el hombre miró con malicia a Ana Isabel.

—Tome este bolo pa su mamá, ¿sabe?

El hombre alejóse riendo y Pepe se quedó parado en medio de la plaza con la moneda en la mano.

—¿Quién es ése? —preguntó Ana Isabel.

—Mi papá.

—¿Tú papá? ¿Y por qué no vive contigo?

—Guá, allá él. ¿Qué voy a sabé yo? Allá él. Allá él...

Y Ana Isabel piensa que los pobres, los pobres de verdad, no como ella, como Ana Isabel, sino los pobres como Perico y Carmencita, como Eusebio, Pepe el monaguillo, y Petrica la hija de Domitila, y Eladio, el que vive quebrada abajo... los pobres de verdad verdad, casi nunca tienen papá. Petrica, la hija de Domitila, no tiene papá, ni Eladio tampoco, ni Eusebio, ni Encarnación, el hijo de Concha. Los pobres no tienen papá; sólo tienen mamá. La mamá que lava, que pila, que hace arepas, que carga agua... ¿Por qué los pobres no tienen papá?

Ana Isabel le ha preguntado a Gregoria. Gregoria no tiene «pepita» en la lengua y siempre disipa las dudas de Ana Isabel. Pero hoy Gregoria se ha quedado callada, soplando los carbones rojos y levantando una nube de cenizas que empolvan los cabellos dorados de Ana Isabel.

—¿Es casada Rosario? ¿Y Domitila y Concha? ¿Por qué los papás de los pobres no viven con ellos?

—Mire niña, pa casase se necesita plata, y los hombres no se casan con las pobres. ¡Pa qué se van a casá, pué!

—¿Pero entonces cómo tienen hijos, Gregoria, si no son casados?

Esta vez Gregoria no ha salido de su mutismo. Los carbones se encienden más y más, y el sombrero de cogollo que sirve de soplador a Gregoria, se dobla, se cimbra, se arrastra por encima de la hornilla y el resplandor del fuego ilumina la carita pequeña y delgada de Ana Isabel.

—¡Niña, ven a vestirte que ya son las dos y media!

¡Las dos y media! Tendrá que vestirse volando, porque de lo contrario llegará tarde a la piñata.

Ya Jaime está casi vestido, sólo le falta anudar las trenzas de sus zapatos, pero se empeña en hacerlo por sí mismo, puesto que es un hombre, ¡un palo de hombre!

—No te sueltes los moñitos todavía, Ana Isabel, espera hasta el último momento y así el pelo estará más rizado.

Pero Ana Isabel está impaciente por verse en el espejo con el cabello rizado y su lazo de moaré. ¡Su vestido está tan blanco! Huele a limpio, a jabón, tiene ese perfume tibio que deja el hierro de aplanchar. La señora Alcántara lo ha lavado ella misma y aplanchado uno por uno los encajes y los embutidos. Ana Isabel casi se atrevería a decirse linda a sí misma, al verse con su vestido tan fresco y su pelo rizado.

En la casa de los Rodríguez han desocupado el corredor y colgado la piñata de una vigueta. Los muebles del corredor yacen alineados en la galería; en un butacón está sentada la abuela de Teresita. Es tan vieja que casi no ve; le lloran los ojos pequeños y le tiembla la barba. Está instalada en sitio de honor frente a la puerta de la galería. No quiere perderse de la piñata.

—Misia Teresa, tenga cuidado con esos muchachos, son tan tremendos que le pueden dar un palo.

—Sí, mejor es que se arrime más adentro, mamá, usted está ya muy mayor y los muchachos no tienen qué hacer con nadie con la fulana piñata.

—¡No niña, déjeme aquí! ¿Qué cuestión es ésa?
—¡Ah! Aquí están los Alcántara. ¡Qué niño tan lindo! Mire mamá, qué niño tan lindo. Póngase los anteojos para que lo vea bien.

—Son los hijos de Federico Alcántara, el pobre Federico siempre tan enfermo...

—Teresita, enséñale tus regalos a Ana Isabel, y vengán pronto que ya vamos a empezar a tumbar la piñata.

Las ventanas de la sala están abiertas de par en par, llenas de chiquillos agarrados de los balaustres.

Tras los chiquillos hay mujeres mugrientas, descalzas, con niños en los brazos. Todos quieren ver tumbar la piñata. El zaguán está también lleno de muchachos andrajosos que alcanzan a asomar la cabeza hacia el corredor.

Los niños corren por el patio entre matas de crotos y rosas variantes, aplastando las violetas que bordean los trozos de tierra sembrados.

La señora Rodríguez con un pañuelo en una mano y en la otra el palo con su mota de papel rizado en la punta, hace desfilar a los niños.

—Primero tú, mi amor. Venga mi encanto, para tapanlo...

—¡Dale las tres vueltas!

—¡Una, dos y tres! ¡Pun! ¡Pun!

—¡Más arriba! ¡No, más abajo! Dale duro, Henriqueta... ¡Dale duro!

—¡Ahora Felipón! Ese Felipón es capaz de tumbarla. ¡Con fuerza, Felipón! ¡Dale, dale duro!

—¡Cuidado, niña! ¡Apártate!

—¡Quítate de ahí, Ana Isabel, que te van a dar un palo!

La olla de tierra, a pesar de que se compra averiada para la piñata está todavía intacta. El papel de seda cuelga en jirones y comienza a tener un aspecto lastimoso.

Esperanza Caldera que casi siempre tumba las piñatas esta vez no ha podido.

Luisa Figueroa también le ha dado muchos palos y la olla se ha balanceado de lo lindo, pero continúa sin romperse.

—¡Ahora Ana Isabel! ¡Ahora tú, Ana Isabel!

¡Qué oscuridad! ¿Por qué le habrán puesto ese pañuelo tan apretado? Si pudiera ver un poquito, tan sólo un poquito...

—¡No hagas trampa, Ana Isabel! Ana Isabel está haciendo trampa, se está levantando el pañuelo.

—Ven acá, Ana Isabel...

La señora Rodríguez aprieta más fuerte el pañuelo sobre los ojos de Ana Isabel. Las tinieblas se pueblan ahora de estrellitas luminosas, de gusanitos dorados y rojos que se ensanchan y se convierten en grandes círculos.

—¡Las tres vueltas, las tres vueltas!

—Una, dos y tres...

Y Ana Isabel se adelanta a tientas en medio de sus tinieblas, con el palo en la mano y la cabeza levantada.

¡Pun! ¡Pun!

—¡Más arriba! ¡Más arriba! ¡No, más allaíta!... Un poquito más abajo!

—¡Ahí! ¡Ahí! ¡Dale Ana Isabel, dale duro!, ¡ahí, ahí!...

Una lluvia de galletas, de caramelos, de trozos de tierra cocida. Los niños se estrujan, se aprietan, se arrastran, ríen y lloran con la boca llena.

—Yo cogí más que tú.

—Qué va, porque tú no tienes pito.

—¿Qué no tengo pito? ¿Y éste, pues?...

—¿Cogiste un durazno, Ana Isabel?

—¿Un durazno? Y caramelos y galletitas... Yo cogí más que todos y además fui yo quien la tumbó...

—Vamos a jugar al venado.

—No, Doñana es mejor.

—¿Quién es Doñana?

—Yo...

—Yo, yo...

—*Vamos a la huerta del tontoronjil
a ver a Doñana cortar el perejil...*

—*Abí te buscan, Ana Isabel.*

¿La buscan? ¿Pero quién puede ser? Será para felicitarla por haber tumbado la piñata. Le darán tal vez un premio. Un cuento de Calleja, un bebé de

celuloide, una perinola... Los ojos de Ana Isabel brillan y tiene las mejillas encendidas.

—¿Quién será?

—Carmencita...

¿Pero cómo había olvidado que había prometido esperar a Carmen?

Carmencita está allí, en la puerta. Tiene el cabello suelto, un cabello negro, sedoso, que cae en anchas ondas sobre los hombros, y un lazo azul, el lazo de Ana Isabel, sujetándole uno de los rizos. Está vestida con traje de percal y unos zapatones negros con la punta raspada.

—Entra Carmencita, entra —Ana Isabel la toma de la mano y la arrastra hacia el corredor.

Carmencita no se atreve a dar un paso. Se siente cohibida. Con casi todas esas niñas ha jugado por las tardes en la plaza, pero no parece que fuesen las mismas. ¡Están tan vestidas! Allá viene la señora Rodríguez. Carmencita quisiera echar a correr, pero siente los pies pesados, duros, como de piedra...

—Ven acá, Ana Isabel...

La señora Rodríguez lleva a Ana Isabel hacia un rincón del comedor y habla en voz baja, muy de prisa. Sí, ella sabe que es muy buena Carmencita, pero no es amiga de Teresita. Y hoy es el día de su santo y su papá le ha dado esa piñata para sus amiguitas. Para que todas se diviertan y jueguen muy fundamentosas...

—¿Que no es amiga de Teresita? Pero si juega con ella todos los días en la plaza.

—Sí, juega en la plaza... Pero no es lo mismo. Además, no se sabe quién es su mamá ni su papá...

—¡Claro, si no tiene mamá! ¿Y su papá? ¿No voy a saber quién es? ¡Pero si es Ruperto, el carbonero!

—Sí, mijita, pero no puede quedarse en la fiesta. No puede, mijita... Cuando seas grande comprenderás.

Carmencita no se ha movido. Su cabello, sedoso, brilla con la luz anaranjada de la tarde y tiene reflejos azules sobre el traje de percal.

—Cuando seas grande comprenderás...

Todavía no es grande Ana Isabel, pero ya ha comprendido. Tendrá que decirle que se vaya. Pero no podrá hacerlo.

Se le secan las palabras entre los labios como en los días de los exámenes.

—Carmencita...

Ana Isabel la toma tímidamente de la mano. Está fría la mano de Carmencita y tiembla.

—Yo me quiero ir pa mi casa...

Las niñas se han acercado y comienzan a rodear a Carmencita.

—¿Qué pasa?

—Una negrita que Ana Isabel quería meter para adentro —dice Luisa Figueroa.

—¿Negrita? ¡Pero si Carmencita es blanca!

—Yo me quiero ir pa mi casa...

—Espérate, Carmencita. Toma... Caramelos, galletas...

—Toma más, más caramelos, toma...

¿Y el durazno? ¿Habrás que darle también el durazno? Qué tibia y perfumada es la piel del durazno. Tiene una pelusilla suave que dan ganas de acariciar. Hace tiempo que Ana Isabel no come durazno, y éste es tan hermoso. Nunca ha visto uno así Ana Isabel, tan hermoso y sonrosado. Seguro que estará dulce y jugoso, tanto, que al morderlo el jugo le correrá por el rostro, le llenará las manos... ¡Pero Carmencita tiene los ojos tan tristes!...

—¿Nunca has comido durazno, Carmencita? Mira, éste es grandote. Tómalo...

La tarde se enciende en rojos y violetas. La tarde doliente. Carmencita va corriendo por la tarde. Corre por las calles angostas, por las calles de piedra. Allá está la plaza, hay que llegar pronto. Allá están las copas de los árboles. Ya se escuchan las campanas de la iglesia que llaman al mes de María. Y el mes de María es el mes de mayo, el mes en que las marías están floreadas y la hierba se alfombra de capullitos rojos que caen girando.

Allá están las copas de los árboles...

Allá va Carmencita corriendo. Ya sube los escalones, ya atraviesa la plaza, pisa la hierba, las flores rojas de las marías y las manchas algodonosas de la ceiba.

La tarde cae desde el Ávila oscuro, desde la torre de la iglesia, desde las altas copas de los árboles. La

tarde cae, se tiende en la hierba y envuelve la plaza, la placita de la Candelaria...

La tarde cae y una chiquilla desolada va corriendo a través de la tarde...

EL LAGARTIJO

—Ana Isabel vamos a jugar cuatro matas a la placita.

Ana Isabel se está peinando frente al espejo del escaparate. Ha mojado el cabello y se hace crespos con una verada. Lleva más de media hora frente al espejo tratando de transformar en bucles su pelo sedoso y fino, que cae, en lacias guedejas, sobre los hombros. Hace largo rato que en la plaza ha comenzado el juego. Es la tercera vez que Jaime viene en su busca.

—Pero Ana Isabel ¿qué tanto te peinas? ¡No vas para ninguna fiesta, me parece! Ahora te la pasas peinándose y mirándote al espejo.

Jaime tiene razón. Se la pasa mirándose al espejo. Se hace crespos, se abre la raya a un lado, en el centro, se marca las ondas con las peinetas de su madre, se adorna con lazos...

—¡Vente Ana Isabel, mira que se va a hacer tarde!

—Déjala tranquila, niño. ¿Para qué va a ir? Ya ella está muy grande para dar carreras por esa plaza con tanto muchacho varón. ¡Te vas a volver una marimacho, Ana Isabel!

Pero Jaime le habla muy quedo para que no se entere la señora Alcántara.

—¡No seas tonta, vente! Mira, ¿tú sabes quién está jugando con nosotros? ¡Pepe! ¡Vente zoqueta!

Pepe ya no usa pollina. Lleva el cabello peinado hacia atrás como los hombres grandes, y no le dice fea a Ana Isabel. Jugando con ella se le había acercado.

—¡Tienes un pelo muy bonito Ana Isabel!

Ana Isabel se había puesto a temblar enrojeciéndose hasta la raíz misma de su pelo dorado.

Pepe se quedó mirándola y luego le había pasado la mano, suavemente sobre el cabello.

Aquella tarde, en el cielo, ya no brillaba el sol. Las copas de los árboles se hundían en la sombra. Las campanas habían dejado de sonar y las últimas vibraciones se perdían por la callejuela tras la iglesia.

—Pero ¿qué hacen ahí parados como dos idiotas?

¡Una, dos y tres! ¡Eras tú el gárgaro, Ana Isabel!

Por la calle la gente tampoco le dice fea. Ha crecido y tiene el cutis prensado.

Cuando va a la escuela Estefanía no la deja irse sola corriendo como antes.

—Aguárdeme, niña, no se vaya tan adelante...

Se la pasa mirándose al espejo...

—Bueno, yo me voy, no te espero más. Tú ahora nunca quieres jugar.

¡Nunca quiere jugar! Cuando sale a la plaza se queda mirando a los árboles y la torre de la iglesia. ¿Qué le pasa a Ana Isabel?

¿Por qué de pronto le entran deseos de llorar sin motivos? ¿No está contenta?

¿Acaso no le han comprado unos patines de munición como los de Cecilia? ¿Por qué se siente tan sola?

Todos los niños en la plaza la llaman siempre a jugar. Allí está su padre que la quiere, su hermanito Jaime que la quiere tanto y hasta le ha regalado un paquete de caramelos el día de su cumpleaños.

Allí está su madre que la besa, que por las noches se inclina sobre su cama y la arropa suavemente...

¿Qué le pasa a Ana Isabel? Todo la hace suspirar. Si en la mata de rosa se han abierto los botones. Si la magnolia tiene retoños nuevos...

Una mariposa, una hormiga muerta, la hacen estremecer...

—Pero Ana Isabel ¿por qué te quedas con la boca abierta? ¿En qué te la pasas pensando?

Jaime ha dado un portazo al marcharse. Ana Isabel se queda enrollando su cabello en la verada. Decididamente, no le salen los crespos. Se adornará con el lazo rojo. Anudará el cabello junto a la nuca dejando las puntas sueltas, flotando sobre la espalda.

Desde la plaza llegan los gritos y las risas. La tarde es límpida y azul. Por la mañana ha llovido, la yerba se ha esponjado y parece que hubiese crecido. El cielo está lavado. Finas y delicadas nubes coronan los cerros.

—¿Pero todavía estás parada frente al espejo? ¡Niña, te vas a tumbar el pelo de tanto darte! ¡Déjate el cabello quieto, Ana Isabel!

Ya no están jugando cuatro matas. Ana Isabel asomada a la puerta, mira hacia la placita de las flores. Tampoco están allí.

Por el medio de la calle pasa Domitila.

—¡Adiós niña! ¡Guá, qué grande está! Ya va a sé una señorita...

Ana Isabel se ha puesto su vestido rosado. Las mangas, muy cortas, muestran los brazos tostados por el sol. Atraviesa la calle y penetra en la plaza. Todavía no han tocado a la oración. A través del ramaje fino de la ceiba, se mira el cielo, encendido de crepúsculo.

—¡Ven, Ana Isabel! ¡Ven que vamos a quemar un lagartijo!

Jaime apenas puede hablar. Ha llegado corriendo. Las palabras le llenan la boca agitadas y vibrantes.

—Vente, vente...

Ana Isabel camina de prisa arrastrada por Jaime.

—Pero corre tonta, corre...

En cuclillas sobre la tierra, están quemando el lagartijo. Pepe dirige las operaciones. Tiene en la mano una caja de fósforos. Han hecho un hueco profundo donde han colocado al lagartijo. Luego lo han llenado de hojas secas y se disponen a hacer fuego. Todos hablan con voz queda. Tienen los ojos brillantes y el rostro encendido. A Pepe le cae el cabello hacia adelante cubriéndole los ojos. Ni siquiera se ha vuelto a mirar a Ana Isabel.

—Ya no se mueve...

—Debe de estar muerto...

Las hojas con el fuego se tuercen y chisporrotean. Hay un olor a resina quemada. El humo espeso y opaco irrita los ojos.

—Agáchate Ana Isabel, para que veas.

Ana Isabel no quiere ensuciar su vestido rosado. Además, tiene miedo de acercarse. ¡Un lagartijo!

—¿Y por qué lo están matando?

—No ve, tú siempre has de salir con una zoquetada. ¡Guá, porque nos da la gana!

Pepe se levanta y sacude la tierra que ha quedado adherida a sus rodillas. Con gesto violento lanza hacia atrás los cabellos.

—¡Qué es Ana Isabel! ¿Cómo que vas a llorar?

—Pero si es un lagartijo. ¿Acaso es gente, pues?

—Déjala quieta vale, las mujeres son así...

En la mano conserva todavía la caja de fósforos. Enciende uno suavemente, luego otro... Las llamas pequeñas apenas persisten un instante y desaparecen rápidas, apagadas por la brisa.

—Fósforos —dice Pepe agitando la caja en la mano—. ¿A que ninguno de ustedes consigue fósforos? Está de pie, más alto que todos, mirando a Ana Isabel por encima del hombro. Guarda la caja en el bolsillo. Vuelve la espalda bruscamente y se marcha silbando.

—¡El que quiera que me siga! —exclama antes de marcharse.

Todos corren tras de Pepe quien, dando grandes zancadas, ya está cruzando la esquina.

Ana Isabel se ha quedado sola. Ya casi no sale humo. Tan sólo un leve rumor de fuego que se extingue se escucha entre las hojas. Ana Isabel se arrastra por el suelo. Ya no piensa en que habrá de ensuciar su vestido rosado. Allí está el lagartijo. Todavía caliente. Retorcido como hoja, como corteza de árbol. Como retazo de terciopelo semejante a los que guarda su madre en una bolsa y que Ana Isabel gusta de extender para contemplarlos. Ya no tiene sus lindos colores de cuando corría sobre las piedras. El amarillo, el verde luminoso... Tiene los ojos vacíos. Ana Isabel lo aprieta junto a su pecho. Toca el vientre prensado con la yema de los dedos. ¡Seguro que tendrá tripas y hasta un corazón que palpita como tienen todos los seres del mundo!

Un silencio de atardecer va colmando la plaza. Hacia abajo pasa el tranvía con las luces encendidas. Dando vueltas a la estatua, una chiquilla va empujando un aro con las manos.

Las campanas cantan roncas y dolientes. Están doblando las campanas porque noviembre es el mes de los muertos. Están doblando las campanas por aquellos que ya han muerto. Muerte de cielo y de luna fría. De estrellas que se desprenden y ruedan y caen y mueren... De las flores sin color. Muerte de tierra y de polvo, de hojas secas... Del humo que muere lentamente. Muerte de la plaza en sombras...

Las campanas están tocando a muerto...

*Ifigenia**

Sumario

Presentación p. 835

Ifigenia. Teresa de la Parra p. 836

*Teresa de La Parra***

* Teresa de la Parra, *Ifigenia*, Caracas, Monte Ávila, 1977, pp. 167-185 y 255-266.

** Ver perfil biobibliográfico *supra*, p. 304.

Presentación

Ifigenia es un hito en la literatura venezolana. Está muy bien escrita, desde sus inicios la lectora o el lector quedan presos del encanto de su trama y de la elegancia de sus palabras. Pero para el tema de la evolución de las ideas de femineidad y masculinidad en Venezuela, el drama de *Ifigenia* no reside tan sólo en su sacrificio ante el altar de las normas sociales, sino en la rigidez y en el convencionalismo de las normas que rigen la conducta femenina y la masculina. El relato de Teresa de la Parra es una mirada profunda sobre las normas y mecanismos de control social en la Venezuela del primer tercio del siglo xx.

Más aún, *Ifigenia* nos revela dos maneras de ser hombre: la de los hijos botarates, cultos y muy di-

vertidos de una familia rica a la cual empobrece su irresponsabilidad, y la del despotismo interesado del hijo trabajador, que acumula riqueza no sólo a partir de su labor sino de la expoliación solapada de sus hermanos. La familia de María Eugenia Alonso, la protagonista, está regida por una matriarca que hace observar con rigurosidad, a su alrededor, las normas de una sociedad estrecha y pueblerina. Y la novela muestra cómo, a pesar de su inteligencia y de su educación francesa, María Eugenia no puede asumir el costo de la libertad. Nada la ha preparado para ella. En el fondo siempre ha sido dependiente, la emancipación la aterroriza.

Presentamos a continuación los capítulos dos y cuatro de la segunda parte de la novela, que su autora intituló «El balcón de Julieta».

Capítulo II

En donde María Eugenia Alonso describe los ratos de suave contemplación pasados en el corral de su casa y en donde a su vez aparece también Gabriel Olmedo.

«¡Nuestros antepasados los fundadores de la ciudad de Caracas, aun cuando no lo parezca a primera vista, tuvieron mucho talento! Encontraron la manera de vivir en ciudadana comunidad sin renunciar a los encantos agrestes y bucólicos de la vida campesina. Es cierto que tendieron unas calles demasiado angostas; que las empedraron con guijarros agresivos; que las agobiaron con aleros, y las recargaron de rejas, pero tuvieron en cambio la inteligencia y la inmensa previsión de guardar un buen pedazo de campo dentro de cada casa. ¡Ah! ¡Eran delicados y eran previsivos nuestros antepasados los fundadores de la Ciudad de Caracas! Gracias a sus delicadezas y previsiones es sin duda por lo que yo, una de sus muchas descendientes, tengo el alma soñadora, algo indolente y muy dada a las dulzuras de la contemplación...».

Así pensaba ayer, mirando los distintos verdes en las matas del corral, mientras yacía acostada cuan larga soy, sobre un enorme baúl lleno de viejas etiquetas de todas formas y colores, el cual perteneció a mi difunto tío Enrique, y el cual, en la actualidad se hallaba situado bajo el amplio tinglado del corral frente a las gallinas mediatundas y entre la tabla de planchar y la cesta de la ropa limpia. Allí, baldado, triste y decaído, con el llanto de todas sus desgarradas etiquetas, llora, y llora de nostalgia el pobre viejo, mientras recuerda como yo los pasados viajes y las pasadas aventuras por tierras lejanas.

Es el caso que este pedazo de campo encerrado entre cuatro tapias que acostumbran llamar corral es para mí una delicia y es también el origen de todos mis ensueños y meditaciones. Tía Clara no lo comprende así y dice casi todos los días:

—El puesto de una señorita no es el corral, ni su sociedad la de los sirvientes.

Podrá tener razón, pero de todos modos me tienen sin cuidado los sermones de tía Clara sobre este par-

ticular. A mí me encantan las gallinas; me encantan las copas de los árboles que como cabezas curiosas se asoman por las tapias desde los corrales vecinos; me encantan las hojas tan verdes y tan rizaditas de la mata de acacia; me encantan las cayenas chillonas; me encantan las grandes piedras manchadas de blanco donde se extiende al sol la ropa enjabonada; me encanta el pedazo de Ávila que se mira a lo lejos por encima de las matas y de los tejados; me encanta el nostálgico baúl de tío Enrique; y me encanta, sobre todo, Gregoria, cuando en pleno elemento conversa restregando con sus negros puños los islotes de ropa que emergen aquí y allá, en su inmensa batea, como en un mar blanquísimo de espuma de jabón.

Gregoria conoce mis tendencias contemplativas y en lugar de contrariarlas como hace tía Clara, no, Gregoria las alimenta. Cuando yo entro en el corral y me extiendo sobre el baúl que acostumbra a hacer las veces de *chaise longue*, ella, conociendo ya mis gustos y caprichos prodiga sobre mi persona toda clase de cuidados: me cubre los pies para que no me piquen los mosquitos; cierra la puerta con el objeto de evitar toda corriente de aire; tiende en el alambre una sábana ancha a fin de atenuar a mis ojos la luz directa del sol, y suele además prestarme como almohada algún mullido paquete de ropa limpia y sin planchar.

Tía Clara detesta estas familiaridades con Gregoria, y detesta todavía más las familiaridades de mi cabeza con la ropa limpia. Pero también me tienen absolutamente sin cuidado estos otros sentimientos anti-democráticos de tía Clara.

Y es que en el sencillo ambiente del corral, lo digo y lo repetiré mil veces, es donde únicamente paso ratos de suave contemplación y de sabrosa plática. A veces estamos en silencio, y entonces, mientras Gregoria lava, yo miro los caprichosos arabescos que tejieron las ramas entre sí; miro los disparates que van haciendo las nubes al pasar por el cielo; miro allá, a lo lejos, más arriba de matas y tejados el misterio indefinido del Ávila, y poco a poco me voy perdiendo en el dulce laberinto de los ensueños...

¡Sí; sobre las durezas del baúl de tío Enrique, he aprendido a soñar, como soñó Jacob sobre las durezas de su piedra!

Otras veces conversamos.

¡Ah! Si yo fuera poeta, habría escrito ya, sin duda ninguna, el elogio del jabón, multiplicándose en espuma y en luminosas burbujas por obra y gracia de los activos nudillos de Gregoria. Y es que para mi gusto no hay ningún poema comparable a ese blanquísimo poema de la batea, que tan bien interpretan las viejas manos ya algo rígidas y temblorosas. Sí; ¡cómo brillan las aladas y negras manos sobre la immaculada blancura!; ¡parecen a ratos dos enamoradas golondrinas retozando y persiguiéndose una a otra sobre el mismo pedazo de nube!... Y sin embargo, mucho más chispeantes y luminosas que la espuma del jabón son las palabras que en el entretanto van surgiendo de su boca, y son más fecundas en filosofía que fecunda es la blanquísima espuma, que, crece, y crece, eternamente tras el continuo batir y restregar.

Es esto lo que tía Clara no comprenderá jamás, y lo que yo he descubierto desde hace ya mucho tiempo. Gregoria es la sabiduría sencilla y sin complicaciones. Bajo la maraña de su pelo lanudo se esconde, como en el misterio del brillante negro, la chispa clarísima del más agudo ingenio. Gregoria posee además la facultad de expresarlo, porque domina a maravilla el arte rarísimo de la conversación. Tan sobria es en palabras superfluas, como rica en ideas y en mímica expresiva. La mímica de Gregoria, tiene sutilezas y matices adonde no podrá llegar jamás la palabra. Hay veces que son miradas misteriosas y largas como los hondos secretos de la naturaleza; otras un súbito relampaguear de pupilas que imita el asombro de las grandes sorpresas; tiene guiños epigramáticos, caídas de párpado que son paréntesis; silencios repentinos que resultan epílogos muy elocuentes; y carcajadas que describen en sus notas como la música wagneriana todos los sentimientos y las pasiones que pueden agitarse dentro del alma humana. A veces, en obsequio a la reserva y discreción

que exigen ciertos temas delicados, lo que empezó frase acaba en mímica. El silencio parece entonces presidir la escena; en la batea, momentáneamente abandonada, chisporrotea imperceptiblemente la espuma de jabón, las expresivas manos, vuelan y revuelan rápidas o lentas por las cercanías del rostro y los tres juntos realizan prodigios descriptivos.

Naturalmente, después de haber saboreado toda la gama de colores que atesora en su paleta la conversación de Gregoria, el oír hablar a las personas bien educadas como son verbigracia, Abuelita y tía Clara, resulta muy insípido y sumamente desteñido. Y es que Gregoria maneja con el supremo buen gusto del artista toda la serie de movimientos o ademanes que a falta de intérpretes inteligentes, la buena educación en su cordura, ha decidido vedar y prohibir completamente.

Y es así, en mis largas pláticas con Gregoria, como he llegado a conocer dos cosas a la vez: por un lado muchos ocultos repliegues del alma humana y por otro lado, todas aquellas intimididades de mi familia, que Abuelita y tía Clara tienen gran cuidado de no referir jamás delante de mí, y que por lo tanto son las únicas que me interesan.

Sí; por Gregoria he sabido muchas cosas. He sabido que tío Eduardo fue siempre egoísta, mezquino y ordenado, todo a la vez; que cuando pequeño escondía siempre sus juguetes y jugaba con los de tío Enrique, o sea, que durante su infancia hizo siempre con los juguetes de tío Enrique, lo mismo que ha hecho ahora en su edad madura con las tres cuartas partes de San Nicolás que me pertenecían a mí, y que se ha cogido de un todo para él; por Gregoria he sabido que tío Enrique desdenaba enteramente todos sus juguetes, razón por la cual se los dejaba a tío Eduardo muy contento, puesto que él prefería mil veces, subirse a las matas para atisbar la vida ajena, y para tirar piedras y frutas verdes a los corrales vecinos; por Gregoria he sabido, y en esto actuó muchísimo la mímica, que mi Abuelo Aguirre, aunque de costumbres pacíficas y ordenadas «se alborotó» ya viejo, con cierta bailarina fran-

cesa, cosa que tuvo por resultado el que su cama, bajo la orden y dirección de Abuelita, saliese de su cuarto, atravesase bélicamente el comedor, como atravesaron los israelitas el Mar Rojo, para venir a aposentarse aquí, en el segundo patio, en donde se halla ahora este mi cuarto y que mientras duró dicha mudanza o anomalía, ella no se dignaba contestar nunca, cuando él la llamaba o dirigía la palabra; por Gregoria he sabido que tío Enrique cuando regresó de Europa, ya grande, solía enamorarse de cuantas sirvientas pasables hubiera en la casa, lo cual hizo que Abuelita escogiese en adelante para su servidumbre todos aquellos rostros femeninos en donde la naturaleza hubiese acumulado el mayor número posible de disparates y desórdenes; por Gregoria he sabido que María Antonia, la antipatiquísima mujer de tío Eduardo, es de un origen muy oscuro, por no decir muy negro; que fue tío Pancho Alonso, quien, una vez que le dio por coleccionar genealogías, averiguó en un dos por tres la de María Antonia y resultó ser tan accidentada y tortuosa, que desde entonces María Antonia abomina a tío Panchito, como al más vil e intruso de los delatores; por Gregoria he sabido, que Mamá tenía un carácter dulce y alegre al mismo tiempo, mientras que el de tía Clara, aunque de exterior apacible era intensamente apasionado, razón por la cual su vida había sido una vida tan dolorosa y tan triste; y, finalmente por Gregoria he sabido cómo tía Clara, siendo muy joven, se enamoró perdidamente de aquel novio suyo que yo recuerdo entre sueños cuando me daba dulces y me hacía gallitos con pedazos de papel; cómo de repente, después de muchísimos años de noviazgo, se averiguó que él andaba detrás de otra mucho más joven y bonita; cómo algún tiempo después no volvió más a sus diarias visitas, y cómo un día, tras el llorar infinito y amarguísimo de tía Clara, él acabó por fin casándose con la otra.

—Desde entonces —añade Gregoria sacando las negrísimas manos de la blanquísima espuma, y escogiendo entre su repertorio las más sentimentales expresiones—, desde entonces, ¡se acabó la niña

Clara! ¡Ya no volvió a salir más, se metió en la iglesia, y empezó a ponerse delgada y pálida, pálida como está ahora, que más que la Niña Clara de antes, parece la pobre un mismo cirio, de esos que llevan el jueves santo en las procesiones!...

Y con semejante frase, terminó Gregoria una de sus largas disertaciones acerca de tía Clara, ayer a cosa de las once y media de la mañana.

Ahora bien, como soy tan aficionada a metáforas o símbolos, y como para desarrollar un tema apropiado tengo esta elegancia y esta fecundidad que ya desearía tener cualquiera de esos admirables poetas llamados simbolistas u orfebres, es claro, al oír que Gregoria esbozaba el símbolo del cirio, no quise perder la ocasión de desarrollar un tema tan adecuado, y así, mientras ella volvía en silencio a su trabajo, yo me hundía en el terreno de las afinidades psicológicas, acostada siempre en el baúl, y mirando a lo lejos la montaña, me puse a comentar el caso diciéndome a mí misma llena de la más dulce melancolía:

—Sí; pobre tía Clara, sí... Eres el cirio votivo, cuyo fuego idealista va consumiendo, consumiendo, tu propia vida; y tu vida, es la luz mística y perseverante que olvidada de todos, arde en la sombra, bajo el silencio y bajo la soledad de los altares. A nadie alumbró nunca esa luz tuya, y el día en que te apagues no dejarás a tu alrededor ni oscuridades, ni fríos de tristeza, porque sólo has sido fuego lírico de sacrificio, porque en el lento consumirse de tu vida, ni fuiste jamás lumbre en el hogar, ni serás nunca luz para el camino...

Así andaban más o menos mis poéticas consideraciones, y así hubieran andado muchísimo tiempo más, si no fuera porque, de pronto, se abrió bruscamente la puerta del corral y como al conjuro de algún encantamiento apareció en ella la cabeza de tía Clara; pero no en aquella actitud macilenta, propia de los cirios, no, sino agitadísima, encendidos los ojos y un tanto molesta que decía encarándose conmigo:

—¡Mira, María Eugenia, si en lugar de estar en el corral a puerta cerrada, ensuciando con tu cabeza

la ropa que nos vamos a poner, estuvieras «donde te corresponde», no sería menester llamarte a gritos por toda la casa, exactamente lo mismo que a Chispita, cuando le da por esconderse debajo de algún mueble. Hace ya más de media hora que sin acordarme de tu dichosa manía por el corral, ando loca detrás de ti registrando la casa entera: te llaman por teléfono!

—¡Eureka! —exclamé, por ser ésta, aunque un poco pretenciosa, la única interjección a que me ha dejado reducida Abuelita—. ¡Eureka! y ¡eureka! ¿Quién podrá ser y para qué me querrán? Y levantándome de un salto de encima del baúl, atravesé como corriente de aire por patios y puertas, hasta llegar al teléfono y pronunciar la mágica palabra: —¿Quién es?

Y era la mil veces bendita Mercedes Galindo, que me llamaba para invitarme a que fuese en la noche a comer con ella. Tío Pancho haría las veces de acompañante o chaperón, vendría a buscarme y volvería a traerme, ya estaba convenido. Mercedes añadió: —...y quiero que a la noche estés muy bonita, es decir, tan bonita como el otro día, que es lo más bonito a que puede llegar una persona.

Esta frase que me pareció resplandeciente de verdad, lo mismo que me parece resplandeciente de luz el sol del mediodía, me puso de un admirable buen humor. Y como afortunadamente, por el teléfono, yo no podía percibir el perfume turbador que usa Mercedes, ni la fastuosa palidez de sus perlas, ni el suave brillo de su vestido de terciopelo, ni aquella encantadora sonrisa que es un escándalo de labios rojos y de dientes blancos; como por el teléfono, repito, no me era dado el percibir esta serie de circunstancias, las cuales a más de la persona, contribuyeron a despertar en mí el día de su visita aquel importuno sentimiento de timidez, libre por completo de dicho sentimiento, me fue dado el contestar con mucha elegancia a su amabilidad diciendo: que si tal opinaba ella, yo entonces, me vería obligada a creer que su casa era como los severos y desnudos claustros de los conventos en donde los

monjes acaban por olvidarse de sí mismos a fuerza de no mirarse nunca en los espejos.

Esto dije a Mercedes, lo cual era decir en pocas palabras que su belleza es superior a la mía, cosa que puede pasar como finura, pero cuya falsedad salta inmediatamente a la vista. Mercedes es muy linda, sí, Mercedes es preciosísima, pero yo soy todavía mucho más bonita que ella. No cabe duda: soy más alta, más blanca; tengo más sedoso el pelo; tengo mejor boca y muchísima mejor forma de uñas. La gran ventaja de Mercedes sobre mí es aquel refinamiento suyo, sí; aquel *chic* incomparable... ¡claro! Si todo lo encarga siempre a París... ¡ah! ¡si yo tuviera dinero!... ¡ah! ¡si tío Eduardo no me hubiera quitado las tres cuartas partes que me correspondían en San Nicolás!

Pero volviendo al teléfono.

Después de aquellas mutuas y galantes réplicas y después de muy cariñosas despedidas, se dio por terminada nuestra conversación. Yo entonces, me vine aquí, a mi cuarto, le eché dos vueltas de llave a la puerta, con el objeto de que tía Clara no entrase de sopetón, a cortar por segunda vez el hilo de mis pensamientos, y así, tomada esta precaución, comencé a deliberar. Lo primero que hice, fue abrir la hoja de mi armario de luna e instalarme frente a él, es decir, hacia el lado derecho del armario, que es donde se alinean en fila todos mis vestidos. Una vez allí, con los dos brazos en jarras sobre la cintura, actitud ésta, que diga lo que diga Abuelita es sumamente propicia en los momentos de gran indecisión, poco a poco, fui pasando revista. Y así mientras mis ojos iban de un vestido a otro vestido, mis labios murmuraban por lo bajo a modo de letanía:

—¿Cuál me pondré? ¿Cuál me pondré? ¿Cuál me pondré?

Y por fin resolví ponerme mi vestido de tafetán de Persia.

Ya resuelto este primer problema, arrastré mi silloncito hasta colocarlo junto a la ventana, me senté en él adoptando una posición muy cómoda, y comencé a pensar así:

—Seguramente que esta noche irá también a la comida el tan anunciado y tan cacareado Gabriel Olmedo. Sí; no hay duda que irá y que me lo presentarán hoy mismo. Bien. Hay que tener en cuenta las leyes draconianas que Abuelita y tía Clara suelen aplicar a la cuestión del luto: un invitado extraño puede dar a una comida cierto aspecto de fiesta, y si ellas, por desgracia, se dan cuenta del aspecto: ¡patatrás! o me llaman «hija sin corazón» lo cual es muy desagradable, o me dejan sin ir a la comida lo cual es mucho más desagradable todavía; ¿qué hacer?

Y como en el almacén de mi cabeza nunca faltan recursos para allanar el conflicto y a guisa de medida de precaución, decidí elaborar la siguiente mentira: diría que Mercedes se encontraba sola, solísima, completamente sola, que su marido estaba ausente y que por esta razón me invitaba ella para que fuese a acompañarla.

Y es claro, luego de haber resuelto este segundo interesantísimo problema de la eliminación de comensales, me quedé tan satisfecha como debe quedarse un general después que ha trazado su plan de batalla.

Pero ahora, en forma de comentarios digo, que es verdaderamente prodigiosa la rapidez y la profundidad con que ha echado raíces en mí, esta costumbre de mentir. Desde que vivo con Abuelita miento a cada paso, lo cual ha servido de gimnasia a mi imaginación, que se ha desarrollado muchísimo, adquiriendo a la vez agilidades asombrosas. Hace algún tiempo yo no mentía. Despreciaba la mentira como se desprecian todas aquellas cosas cuya utilidad nos es desconocida. Ahora, no diremos que la respete muchísimo, ni que la haya proclamado diosa y me la figure ya, esculpida en mármol con una larga túnica plegada y un objeto alegórico en la mano, al igual de la Fe, la Ciencia o la Razón, no, no tanto, pero sí la aprecio porque considero que desempeña en la vida un papel bastante flexible y conciliador que es muy digno de tomarse en consideración. En cambio, la verdad, esa victoriosa y resplandeciente antípoda de la mentira, a pesar de su gran esplendor, a pesar

de su gran belleza, como toda luz fuerte, es a veces algo indiscreta y suele caer sobre quien la enuncia como una bomba de dinamita. No cabe duda de que es además un tanto aguafiestas y la considero también en ocasiones como madre del pesimismo y de la inacción. Mientras que la mentira, la humilde y denigrada mentira, no obstante su universal y malísima reputación, suele, por el contrario, dar alas al espíritu y es el brazo derecho del idealismo, ella levanta al alma sobre las arideces de la realidad, como el globo vacío levanta los cuerpos sobre las arideces de un desierto, y cuando se vive bajo la opresión nos sonríe entonces dulcemente, presentándonos en su regazo algunos luminosos destellos de independencia. Sí; la mentira tiende una ala protectora sobre los oprimidos, concilia discretamente el despotismo con la libertad, y si yo fuera artista, la habría simbolizado ya, como a su dulce hermana la Paz, en la figura de una nívea paloma, tendida en vuelo en señal de independencia y ostentando una rama de oliva en el pico.

Sé perfectamente bien que estas ideas son para escritas y no para dichas. Si acertara a enunciarlas delante de Abuelita, por ejemplo, ella se pondría inmediatamente las dos manos abiertas sobre los oídos y me cortaría la palabra diciendo:

—¡Jesús! ¡Qué de necedades! ¡Qué de disparates! ¡Qué ideas tan inmorales!

Y es que Abuelita, al igual que la mayoría de las personas, tiene a la pobre moral amarrada entre cadenas, y condenada a una especie de «*demodé*» espantoso. Yo no. Yo creo que la moral podría cambiar de vez en cuando lo mismo que cambian las mangas, los sombreros y el largo de los vestidos. ¿Pero siempre, siempre, una misma cosa? ¡Oh! no, no, eso es horriblemente monótono, y es una prueba palpable de lo que yo he dicho siempre: «¡La humanidad carece de imaginación!».

Sin embargo, debo hacer constar que a pesar de mis teorías, sobre esta tesis de la mentira, en la práctica, mi rutinario sentido moral no se encuentra todavía completamente de acuerdo con ellas. Lo sentí ayer

en el punzante aguijón del remordimiento, que es a mi ver el alerta centinela que vigila las puertas de dicho sentido moral y acostumbra a anunciarnos sus conquistas o decadencias.

Y fue que anoche, cuando ya vestida con mi traje de tafetán me iba a la comida, comparecí primero ante la presencia de Abuelita. Ella me vio y sonrió, con esa sonrisa suya que como la sonrisa de la Gioconda, encierra un misterio en su expresión que conozco muy bien... ¡sí!... ese misterio es el de una inmensa vanidad maternal que me halaga y me satisface muchísimo, porque es tan muda y tan elocuente como el elogio de los espejos... Pues bien, al verme venir Abuelita, acercó inmediatamente a sus ojos los impertinentes de Carey y dijo acentuando más que nunca dicha misteriosa sonrisa:

—¡Tanto vestirse, y tanto componerse para ir a comer sola con Mercedes! ¡Qué presunciones, Señor!

Y yo mientras pensaba: «Abuelita me encuentra preciosa pero no me lo dice para no envanecerme más de lo que estoy» sentí a un mismo tiempo en vista de su credulidad y candidez, el agudísimo y punzante aguijón del remordimiento. Tan grande fue que tuve verdaderas tentaciones de exclamar rebosante de contrición:

—¡No creas lo que te dije, Abuelita linda! Aunque me llames «hija sin corazón» sabe que voy a comer con Mercedes, acompañada de un ejército de personas si es que ella ha tenido a bien el invitarlas.

Pero como la mentira no admite en sus filas a los prófugos ni a los pusilánimes, no tuve más remedio que decir interiormente como los soldados heroicos: «¡adelante, siempre adelante!» y respondí:

—Tengo en mucho la opinión de Mercedes, Abuelita. Para mí una sola persona de buen gusto equivale a una muchedumbre de gente que no se sepa vestir.

En realidad, no hubo ejércitos ni muchedumbres en la comida de anoche. Había sido dispuesta en honor mío, y en consideraciones a mi duelo, a más de tío Pancho, Mercedes y su marido, sólo se encontraba en ella, como lo había previsto ya, el tan anunciado Gabriel Olmedo. A decir verdad, creo

que tío Pancho exageró muchísimo cuando le describió, tanto, que anoche, al verle entrar en el salón de Mercedes, tuve una verdadera decepción, si es que la palabra «decepción» puede usarse al hablar de aquellas personas hacia quienes sentimos desbordarse nuestra indiferencia. En primer lugar tiene los ojos y el pelo negro como carbón, cosa ésta que me produce un efecto detestable; además sus piernas son demasiado largas para el busto, usa unos zapatos de forma muy corta, y, según recuerdo ahora, tiene los tobillos más bien gruesos que delgados. Sin embargo, viéndolo despacio, no resulta mal para aquellas personas que encuentran agradable el color trigueño, pero como a mí no me gusta ver el pelo negro azabache sino en el lomo de los gatos, y que en las personas me crispa y me desagrade muchísimo, Gabriel Olmedo, con su lisa y perfumada cabeza color «ala de cuervo» me impresionó anoche bastante mal. Moralmente lo hallé muy pretencioso. Creo que Mercedes debe haberle comunicado ya «aquel proyecto», porque él, aunque amable y correcto en apariencia, tomaba a ratos actitudes de rey coronado y adherido a la soltería, a quien su gobierno anda buscándole novia.

Afortunadamente que yo, por mi parte, tengo la conciencia y la inmensa satisfacción de haberme dado cien veces más tono que él. ¿Fue debido a las amabilidades y al exquisito tacto de Mercedes?... ¿Fue debido al perfumado cocktail seguido de varias copas de champagne?... ¿Fue debido más bien a la multitud de espejos, que reflejaban continuamente la armonía de mi figura?... No sé; pero es el caso que anoche, lejos de experimentar timidez alguna, tuve todo el tiempo el delicioso sentimiento de mi propia importancia, cosa que me hacía estar muy a gusto con los demás y conmigo misma. Hoy, cuando pienso en ello, noto que desde anoche ha bajado en mi conciencia dicho sentimiento de importancia. Esto me hace creer que decididamente debió ser el cocktail y el champagne quienes, al subir un poco hacia mi cabeza, hicieron subir junto con ellos y en varios grados el termómetro de mi va-

nidad, termómetro que, dicho sea de paso, según he observado últimamente, es muy sensible, y mucho más dado a subir que a bajar. Pero de todos modos, ¡bendito sea! puesto que me ayudó a demostrar ayer, ante los negríssimos ojos de Gabriel Olmedo, el intenso caudal de indiferencia y desdén que atormenta mi alma para enterrar en ella a los hombres pretenciosos. La casa de Mercedes es muy elegante, y su mesa tan suntuosa y rica como la de un palacio. Los más finos objetos de plata, alternan por todos lados con porcelanas de Sajonia y de Sèvres; tienen las paredes espejos, tapices y cuadros de muchísimo gusto, y las plantas surgen alegremente por toda la casa, en legítimos jarrones de la China. Pero tiene sobre todo un *boudoir* oriental que es un encanto... ¡Ah, la maravilla de aquel diván bajito, cuadrado e inmenso, poblado de cojines oscuros de todas formas y matices; suaves, mullidos y tibios como un beso! ¡Cuánto no daría yo por tener uno igual, a fin de hundirme y desaparecer en él durante días enteros, leyendo torres, montañas y cordilleras de libros, entre un pebetero turco, una piel de leopardo y un arca de marfil tallada en el Japón!...

—¡Todo esto son los restos del naufragio!

Dijo Mercedes al enseñarme la casa, iluminando «el naufragio» con una sonrisa y aludiendo a los tiempos en que vivía en París, en un precioso hotel propio, rica y bien relacionada como una princesa. Y es que, debido a los despilfarros y desaciertos de su marido, han perdido los dos casi toda su fortuna, y a eso llaman ellos el naufragio.

Alberto Palacios, marido de Mercedes, es muy simpático y, como ella, tiene mucho mundo y mucho don de gentes. Noté, sin embargo, que, no obstante su galantería y amabilidad exterior, le habló varias veces a ella en un tono que tenía cierto matiz de brusquedad, lo cual me hizo pensar: «Abuelita y tía Clara deben tener razón al decir que la trata muy mal, y ¿cómo puede tratarse mal a una criatura tan llena de todos los encantos y de todos los atractivos?».

Resumiendo mi impresión debo decir que anoche pasé un rato verdaderamente encantador. Desgraciadamente, no sé cuándo volverá a repetirse. Por mi parte, yo lo repetiría todas las noches. Sí... ¡qué ambiente delicioso se respira allá en la casa de Alberto y de Mercedes! No parece sino que con los cuadros, los tapices y las porcelanas de Sèvres se hubiesen traído también, para llenar su casa, aquel divino ambiente que sólo me fue dado respirar algunos días, durante mi última y cortísima permanencia en París.

¡Ah! Me olvidaba de un detalle curiosísimo. Y fue, que ya, al momento de marcharnos, mientras Mercedes había ido a buscarme la ofrecida miniatura, tío Pancho se acercó a Gabriel Olmedo, que se hallaba junto a la puerta de salida algo alejado de mí y le preguntó a media voz:

—Bueno, ¿y qué te ha parecido mi sobrina, Gabriel?

—Tu sobrina, Pancho —contestó él, más o menos en el mismo diapasón—, es la tentación bíblica del Paraíso, encerrada en el más divino cuerpo de Grecia. Espero, sin embargo, que yo sabré resistir al embate de la tentación, y que no caeré en el pecado de enamorarme de ella. Mi libertad, Pancho, no la sacrificio yo ni aun a los preciosos pies de esa muñeca sobrina tuya. Pero llévatela sin embargo, sí, llévatela pronto, hazme el favor, y escóndela donde yo no la vea más, que es propio de sabios y de prudentes el evitar las tentaciones.

Este diálogo llegó perfectamente a mis oídos, a pesar de que yo, en aquel instante, parecía estar profundamente abstraída, contemplando un óleo copia de Greuze que representa una muchacha abrazada a un perrito. Las anteriores palabras, sorprendidas a distancia, son una de las razones por las cuales opino que el tal Gabriel Olmedo, a más de trigüeño y corto de talle, es un ser pretencioso, imbuido de sí mismo, que habla de la importancia de «su libertad» como si fuese algún pueblo o nación. En el fondo no parece poseer más cualidad que la

de no tener mal gusto, y la de ser acertado en sus apreciaciones.

Anoche, cuando ya de regreso, tío Pancho se despidió de mí, yo, sola, en la quietud de la casa donde todo dormía, me quité el abrigo que me había puesto para atravesar la calle, y bajo el fresco de la noche, en pleno patio de entrada, junto a palmas y rosales, apoyada en uno de los pilares, me di a mirar y a sentir la infinita serenidad del cielo... ¡Y así, mirando la luna y mirando las estrellas, tuve grandes deseos de echar a volar en el divino espacio para irme lejos, muy lejos, no sé dónde... lo mismo que se van las palomas mensajeras! Y con los ojos siempre fijos hacia arriba, pensé en el volar glorioso de los que tienen alas, pensé en la frase que había dicho Gabriel Olmedo sobre su libertad, y pensando en las alas, y pensando en la adorable libertad, y pensando en la frase de Gabriel Olmedo, sin saber bien lo que decía, me puse a decir así, entre irritada y ansiosa:

—¡Su libertad!... ¡Su libertad!... ¡Ah; si creará él que yo no aprecio la mía!... La aprecio, sí; la aprecio muchísimo... la aprecio tanto, pero tanto, que la próxima vez que venga a verme tío Panchito, yo también le diré: «¡Mi libertad tío Pancho, no la sacrificaré yo jamás a los pies de un hombre que tenga los tobillos gruesos! Porque has de saber, tío, que yo odio los tobillos gruesos, y me repugna muchísimo el pelo negro azabache; sí, me repugna tanto como me gusta mi libertad».

Y una vez tomada esta firme resolución, frente a los rosales del patio, y bajo la inmensidad de lo infinito, resolví por fin venirme a acostar porque la noche de ayer era muy fresca, y mi vestido de tafetán es demasiado escotado para estar al sereno sin abrigo.

Pero hoy en la mañana, me he puesto a reflexionar... Ahora pienso: si la próxima vez que venga tío Pancho, yo le hiciera la anterior declaración acerca de mi libertad, es segurísimo, que al oírme él, se reirá a carcajadas y me contestará en medio de su risa:

—¡Pobre María Eugenia! ¡Si tu libertad no existe! ¡Ni tu libertad existe ahora, María Eugenia, ni ha existido antes, ni existirá jamás! Tu libertad es un

mito; sí, es una de las muchas fantasías o aberraciones que se agitan en tu cabeza. Por consiguiente, me parece mejor que no alardees tanto sobre el particular.

Naturalmente que yo, en caso de oír semejante impertinencia, no me quedaré callada, sino que contestaré al punto indignadísima:

—¡Te equivocas, tío Pancho; te equivocas! ¡Mi libertad existirá en el futuro tan cierto como existe hoy la luz del sol! Y si no dime: ¿quién, quién puede prohibirme a mí el día que yo cumpla veintiún años que me vaya de esta casa, si es que así se me antoja, y me contrate en París, Madrid o Nueva York, como bailarina, cupletista o actriz de cinematógrafo?...

A lo cual Abuelita, de estar presente, soltará al instante la costura o lo que quiera que tenga entre las manos, se quitará los lentes y exclamará espantada:

—¡Por Dios, María Eugenia, no hables así! ¡eso no debes decirlo tú ni en broma!

Y tía Clara por su lado opinará también:

—¡Ésas, ésas son las ideas que sacas de tus conversaciones con Gregoria, y de los libros inmoralísimos que debes leer cuando estás encerrada con llave, allá en tu cuarto!

Y es muy posible, que entre en sospechas y una mañana mientras yo me encuentre en plena «*rêverie*» acostada sobre el baúl de tío Enrique, tía Clara y Abuelita vengan a mi cuarto en son de pesquisa, hagan un registro, den con las novelas inmorales que tengo escondidas en el doble fondo de mi armario de luna, y resulte de todo ello un horrible disgusto. Por esta razón me parece muchísimo más prudente no mencionar mi libertad delante de tío Pancho. Y también por esta razón, me he encerrado hoy en mi cuarto desde muy temprano y escribo... escribo... escribo... ¡Ah! Tía Clara, ¡eso es lo que tú no sospechas! Cuando estoy encerrada en mi cuarto, no leo, no; ¡escribo todo aquello que se me antoja, porque el papel, este blanco y luminoso papel, me guarda con todo amor todo cuanto le digo, y nunca, jamás, se escandaliza, ni me regaña, ni se pone las manos abiertas sobre los oídos!...

Sí, hoy escribo, y mientras voy escribiendo, miro caer la lluvia a través de los postigos porque desde muy temprano llueve espantosamente... Serían más o menos estas horas cuando tía Clara fue a avisarme ayer que me llamaban por teléfono. ¡Y cómo corren las horas! Desde mi escritorio miro el reloj, miro go-tear la lluvia sobre las hojas pulidas de los naranjos, pienso en el correr del tiempo y no sé por qué hoy, esta casa de Abuelita, me parece más grande, más silenciosa, y más aburrida que nunca.

(...)

Capítulo IV

En donde se espera, y se espera, conversando con una rama de acacia, y con unos cuantos floreados bejucos de bellísima.

Hace ya más de una semana que estamos en San Nicolás.

Esta casa, vieja casa de hacienda de los Alonso, hecha quizá por los propios esclavos servidores de la familia que también se llamarían «Alonso» como sus amos; esta casa, ancha de paredes, desnuda de vigas y altísima de techos, me ha recibido con mucho cariño y mucha melancolía. Sabe sin duda que soy el último retoño de sus antiguos dueños, y me guarda en ella con veneración y con lástima como se guarda a uno de esos pobres vástagos destronados que vegetan tristemente en algún rincón de sus perdidos dominios.

Como los vástagos destronados tengo en San Nicolás mi solitario rincón, y es este cuarto que me han adjudicado para mí sola. Ya está lleno, tan lleno y tan rebosante de mí misma que lo quiero mucho. Lo quiero además porque se parece a mi cuarto de Caracas, y porque tiene reja sombreada y florecida como la tiene aquél. Pero sucede que allá, en Caracas, los azahares que brotan en los naranjos, de mi reja, son propiedad de los naranjos y aquí no, aquí las flores que brotan en la rama de acacia, que viene a sombrear mi reja, no son propiedad de la mata de acacia, sino que pertenecen a una bellísima que un poco más allá de la ventana ha trepado por la pared,

se ha agarrado a la acacia, se ha metido por ella, y la tiene toda agobiada y entretejida de bejucos y de flores. Y la acacia, en lugar de protestar contra semejante abuso, no, se ensancha, se explaya muy satisfecha como una sombrilla inmensa, parece estar muy contenta de tener encima todas las flores que le va poniendo la bellísima, y en una de sus ramas me las ofrece y me las trae aquí a los propios barrotes de la ventana. Cuando yo me despierto todas las mañanas le digo a la rama:

«—¡Muchísimas gracias! Si no fuera por ti, me daría de frente en los ojos ese resplandor vivísimo del cielo; tú me lo quitas, eres muy amable, y tus flores fingidas como las que yo me pongo algunas veces en mi sombrero, te quedan tan bien como me quedan a mí las mías; no te las quites nunca, ni se te ocurra jamás pelear con la bellísima aunque te moleste un poco».

Bien, destronada y todo, yo sería feliz en este oscuro rincón de mis perdidos dominios; sí; sería feliz conversando con la florida rama, o balanceándome en la hamaca que atraviesa mi cuarto de extremo a extremo; si no fuera porque en mi espíritu tengo también yo mi enredadera como la acacia tiene la suya. Sólo que esta enredadera mía me oprime, me ahoga, no me deja vivir, y todavía no me ha dado ni siquiera de esos millones de flores que la bellísima le ha regalado a la acacia.

¡Ah! ¡mi enredadera es sólo de bejucos y ésta es la razón por la cual hasta el presente no ha hecho sino oprimirme con sus mil tentáculos! Sí; me oprime; me agobia, me estrecha, como si quisiera verme muerta entre sus dedos larguísimo y se llama... se llama... ¡La ansiedad de la espera!

Desde aquella divina noche del brindis al amor y del «Cielito lindo» no he vuelto a ver a Gabriel. Cuántas veces he pensado con desesperación: «¿por qué no quise quedarme en el piano como Gabriel decía? ¿Por qué? ¿Por qué?...». Y estas interrogaciones contra mí misma, son tan agudas y tan punzantes como los remordimientos; y son también tenaces y perseverantes como son ellos... Y es que al día

siguiente de la noche del brindis al amor, llamaron a Gabriel urgentemente fuera de Caracas, y tuvo que irse. Luego fuimos nosotros quienes nos vinimos a la hacienda y por consiguiente no le he visto más ni he vuelto a saber de él... es decir, sí, sí he sabido pero sólo he sabido indirectamente por medio de Mercedes.

Hace algunos días Mercedes me llamó por el teléfono y me dijo:

—Gabriel estuvo en Caracas unas cuantas horas, vino a verme y sintió muchísimo no encontrarte aquí. Me dio para que yo te lo remitiera, un paquete de libros que te había ofrecido y me dijo que al regresar de nuevo a Caracas se pondría de acuerdo con Pancho para hacerte una visita a San Nicolás. Me pareció muy contento. Creo que sus asuntos andan muy bien. Estuvimos los dos haciendo proyectos y, naturalmente, al hacerlos, fue preciso hablar mucho, pero muchísimo de ti...

Aquel día, no bien dejé el teléfono, con las palabras de Mercedes cantándose en el alma, vine aquí, me acosté en la hamaca, y comencé a balancearme muy suavemente como es mi ensoñadora y queridísima costumbre. Recuerdo que entonces, bajo el dulce vaivén de la hamaca, este cuarto mío, este solitario rincón de mis perdidos dominios, comenzó poco a poco a cubrirse de ensueños, a llenarse de visiones, a poblarse de blancas y florecidas siluetas... Era como el sueño de Dante con Beatriz, o era más bien como si al impulso de un capricho, la bellísima de la reja, hubiera atravesado de pronto por los barrotes y se hubiese puesto a tejer, a acumular, a enlazar guirnaldas, y más guirnaldas, por las paredes, por el suelo, por los rincones, por el techo hasta hacer un río, un lago, y una catarata de florecitas menudas y rosadas.

—¡Sí! ¡Como al conjuro de las palabras de Mercedes saboreadas así, en el propio vaivén de la hamaca, este cuarto desnudo de paredes y desnudo de techos, comenzó a poblarse lentamente, hasta adornarse de arriba abajo como para el derroche de una fiesta!

Mecida siempre por el blanco flotar de la hamaca, luego de contemplar un largo rato aquella muchedumbre de rosados ensueños, empecé al fin a concretar en ideas todas mis suaves visiones, y poco más, poco menos sin dejar de balancearme, comencé a pensar así:

Dice Mercedes, que Gabriel le entregó un paquete de libros para que ella me los remitiera. Bien, hay que enviar a buscar ese paquete, pronto, pronto, prontísimo, lo más pronto que yo pueda, ¿y cuándo es lo más pronto?... ¡Pues lo más pronto es mañana, muy temprano, con el sirviente que va todos los días a hacer las compras a Caracas!... El paquete llegará, pues, mañana a las diez y media, o quizás, quizás, no llegue sino hasta las once... bien, media hora más o menos no tiene importancia, a veces parece larguísima... pero en fin, pasará... pasará la media hora; llegarán las once y con las once a más tardar llegará el sirviente... yo saldré a esperarle, tomaré el paquete, con el paquete en las manos me vendré a mi cuarto, echaré bien la llave, me sentaré en la hamaca, y entonces, con las manos trémulas y frías, lo abriré poco a poco... lo abriré temblando de emoción porque ya lo sé de antemano, sí, sin duda ninguna entre las hojas de uno de los libros habrá una sorpresa... ¡sí!... ¡sí!... entre las hojas de algún libro ¡me aguardará en acecho la sorpresa de una carta!... Ya la estoy viendo... ¡ah!... ya la veo..., será un sobre blanco, grande, inmaculado..., será un gran sobre silencioso que guardará en sus entrañas el tesoro de la carta... Pero quizás no, quizás en el sobre venga escrito con aquella letra de Gabriel, que sólo he visto una vez, y que son como patitas de moscas que se agarran una de otra:

«Señorita María Eugenia Alonso. Hacienda San Nicolás».

Bien... esté escrito o esté en blanco, es el caso que lo rasgaré con trabajo, porque las manos las tendré muy torpes, y porque estarán mucho más frías y mucho más temblorosas de lo que estuvieron antes al abrir el paquete... por fin, después de batallar un rato, acabaré por rasgar el sobre, caerán de su

seno algunos doblados pliegos, y entonces... ¡ah! entonces me sentiré rica, me crearé archimillonaria, porque tendré mi regazo lleno, rebosante, cuajado de ejércitos y de legiones de patas de mosca!... ¡Ah! ¡y cómo desfilarán por mis ojos, mil y mil veces esas legiones!... Sí, aquí mismo, en esta propia hamaca leeré por primera vez los pliegos uno tras otro, y luego, uno tras otro volveré a leerlos dos, tres y cuatro veces para recoger bien todas, toditas esas cosas que se escapan a la emoción de la primera lectura. Después, cuando ya tenga la seguridad de que no se me ha escapado nada, seguiré leyendo mi carta por el solo gusto de leerla como se leen las oraciones y los versos que ya se saben de memoria... Cuando me haya cansado de leerla en voz baja, la leeré en alta voz, para que la escuche todo el cuarto, y cuando ya el cuarto la conozca y la haya escuchado bien, me iré a leerla al campo entero; sí; la esconderé en mi seno donde nadie la vea, y con ella escondida, iré a leerla a la acequia grande, allá, bajo el ceibo, donde el agua forma aquel alboroto de murmullos y de espuma sólo porque se tropieza con las puntiagudas lajas que cierran la compuerta; y cuando la haya oído el agua de la acequia, me iré a leerla a aquel inmenso bucare que es como un gigante que está preso por los soldaditos del cafetal, en lo más escondido, donde nunca, nunca, pasa nadie; y cuando haya terminado de leerla al bucare, acibillada por la nube de mosquitos, bajaré hasta los sauces llorones del estanque, se la leeré a los sauces, y la oirán las blancas piedritas que hay en el fondo del agua, la oirá la hierba menuda que crece en el suelo junto a la orilla y la oirán también los patos mientras vayan surcando el silencio del estanque. Después, ya en la tarde, cuando sea el crepúsculo y haya caído enteramente el sol, me iré caminando por el atajo pedregoso, llegaré a las ruinosas paredes del trapiche viejo, y allí, sentada en un escombros la leeré muy alto para que mi voz alcance hasta la copa de aquellos dos larguísimo chaguaramos, que crecieron tan juntos, que son como un idilio en la melancolía del trapiche viejo; y si acaso la noche me sorprendiera sentada bajo

el idilio de los chaguaramos, abriré la carta sobre mis rodillas, estaré inmóvil durante un largo rato, y entonces, los cocuyos, que como Vírgenes Prudentes son los únicos que llevan siempre su lámpara encendida para el amor de la noche, alumbrarán un instante mi carta, la inundarán de reflejos y la leerán con sus ojitos de luz mientras pasen volando por sobre mi cabeza... Después, sólo después que la haya oído el agua de la acequia grande, y el bucare del cafetal, y los sauces llorones, y las piedritas del fondo del estanque, y la hierba menuda, y los patos, y los dos largos chaguaramos del trapiche viejo y todos los cocuyos que pasen volando sobre mi cabeza, sólo después, cuando ya esté cansada de leerla al campo entero, volveré a la casa. En el camino me sentiré agobiada por el enorme peso de mi alegría, y entonces, si al mirarme entrar rendida y extenuada, Abuelita me pregunta: «¿qué has hecho todo el día, María Eugenia, llevando sol por esos campos?» yo contestaré para que Abuelita ni siquiera sospeche la existencia de mi carta:

«—He estado cazando mariposas para enviárselas a una de mis antiguas maestras de París que tiene colección; y en cuanto al sol, no te preocupes, Abuelita, porque me puse mi sombrero grande de paja de arroz»... Pero luego, al siguiente día, vendrá lo mejor, lo más grande, lo más intenso de todo, porque yo también escribiré mi carta de respuesta... ¡ah! ¡la respuesta! ¡la respuesta!... ¡Cómo, mi alma toda se cambiará entonces en arroyo para ir corriendo, corriendo, como un río sobre el immaculado cauce de la carta!... ¡Y qué sorpresa para Gabriel cuando la lea; sí ¡qué sorpresa y qué admiración de amor!...

Así, más o menos pensaba el otro día, mientras me balanceaba en la hamaca, y mientras en mi alma y en mis oídos parecían estar aún cantando todas sus canciones las palabras de Mercedes oídas por el teléfono. Pero llegó el siguiente día; llegaron las once de la mañana; llegó el sirviente que viene de Caracas; llegó el paquete de libros; pero la carta, la carta presentida y esperada con tantos festejos de

amor fue la única que no llegó... En vano registré libro por libro, en vano fui buscando hoja por hoja; ¡no había sobre blanco, no había sobre escrito, no había nada, nada!... Los libros remitidos eran las obras de Shakespeare, lujosamente encuadernadas en cinco tomos de tafíete con los cantos dorados. En la primera página de cada tomo, engolillado y puntiagudo de barba, según la moda del siglo dieciséis, aparecía en un grabado el retrato del autor. Como la página del grabado era la más gruesa en todos los libros, y como estaba además junto a la tapa; después de ir rebuscando tomo por tomo, sucedió al fin, que en vez de tener sobre mis rodillas la carta de Gabriel tal cual lo había soñado en el lento transcurrir de todo un día, en lugar de la carta, bajo el silencio de mi decepción tan sólo se amontonaron los cinco flamantes retratos de Shakespeare. Triste y decaída como estaba, me quedé contemplando mucho rato en la primera hoja de uno de los tomos, aquella fina cabeza que surgía alargada y satírica por entre los cañones de la rizada golilla... la estuve mirando, mirando, muy fijamente, y porque al fin, la juzgué intrusa, importuna y como asomándose indiscreta al espectáculo de mi decepción, la increpé diciendo:

—¿Y qué me importas tú, Shakespeare? ¡Todas tus obras juntas, toda tu gloria, y toda tu inmortalidad, las cambiaría yo mil y mil veces por una sola de aquellas patas de mosca que escribe Gabriel! Ahora que nadie me oye, te confieso que tu teatro más que divertirme, me aburre. Dicen de ti que fuiste un impostor; que no eres tú quien escribió tus obras, y yo lo creo, porque a mí también me has engañado, has querido sustituir a Gabriel, y ahora pareces burlarte de mi tristeza. ¡Pues bien, afirmo con tus detractores que eres un impostor, y como tu presencia en lugar de agrardarme me molesta, cierro uno por uno tus cinco dorados y lujosos libros para no verte más!...

Pero hay que decir en honor de la verdad, que esta larga historia de la carta con su final de desilusión, fue toda ella de principio a fin obra única y purísi-

ma de mi fantasía. Ni Mercedes me dijo nunca que Gabriel vendría, ni Gabriel me lo afirmó jamás, ¿y cómo había de afirmarlo si aquella última noche en casa de Mercedes nos hallábamos tan lejos de creer que nuestra despedida entonces, iba a ser la despedida de tantísimos días?... ¡ah!... pero hay algo que Mercedes sí afirmó rotundamente por teléfono; algo que sucederá porque es cierto y es evidente. Mercedes dijo: «cuando vuelva a Caracas se pondrá de acuerdo con Pancho, para hacerte una visita a San Nicolás»... Es, pues, seguro positivamente seguro y sin asomos de fantasía que Gabriel vendrá a verme...

Lo espero todos los días, desde el amanecer hasta la noche, y esta espera, y esta esperanza, es como el agua en que bebe mi espíritu y es al mismo tiempo aquella enredadera que sin haber floreado todavía me tortura, me oprime y me abraza el corazón.

¡Pero Gabriel vendrá! ¡ah! ¡sí, Gabriel vendrá y entonces al mirarle llegar desde lejos, la estéril enredadera que me oprime el corazón se cubrirá milagrosamente con millones de flores! ¿Vendrá por la mañana Gabriel? ¿Vendrá en la tarde? Si viene en la mañana, me vestiré toda de blanco, me pondré mi gran sombrero de paja de arroz, lo ataré con un tul bajo mi barba, al estilo Directorio, tomaré al descuido las ramas floridas de alguna mata silvestre, y con mi larga sombrilla en la mano, iré hacia él como va Flora hacia su amante en el primer acto de la Tosca. Si viene en la tarde, me vestiré de negro, atisbaré su llegada detrás de mi ventana; mirándole cruzar allá junto a los mangos, saldré a su encuentro caminando poco a poco, al pasar por la soleada senda abriré mi blanca sombrilla de encaje y la blanca sombrilla abierta sobre mi silueta oscura simbolizará entonces la flor de mi alegría.

¿Pero vendrá?... ¿vendrá de veras Gabriel? ¡Ah! ¡la duda me asalta a veces como un ladrón que quisiera robarme mi tesoro de ilusiones!...

Y esa duda tiene su fundamento y su origen en la siguiente escena ocurrida hace tres días; escena trivial y torturante que trato a todas horas de borrar

de mi memoria y que mi memoria retiene siempre con la insistencia de una lámpara encendida que perturbara mi sueño.

Sería cosa de las nueve de la noche. Reunidos en el comedor nos hallábamos todos los de la casa. Habíamos tomado ya los postres y el café. De afuera llegaban nítidamente las nocturnas voces del campo: croar de las ranas, chirriar de los grillos, y la comida parecía languidecer indefinidamente en una aburrida sobremesa. Yo estaba como ausente por la lejanía de mis preocupaciones. Fijos los ojos dentro del marco de la ventana abierta, miraba el negro cuadro de la noche majestuosa y palpitante de luceros, cuando alguien nombró a Gabriel. No sé cómo vino la conversación, pero recuerdo perfectamente que María Antonia, no bien oyó su nombre, aprovechó al punto esta ocasión de serme desagradable sin faltar a las apariencias y acompañando las palabras con el brillo deslumbrador de sus ojos negros, a modo de noticia lanzo esto:

—Me han contado hoy por teléfono que en Caracas se habla mucho del matrimonio de Gabriel Olmedo con la hija mayor de Monasterios. Si resulta ser cierto, se casa muy bien. Es una muchacha muy rica, el padre es todopoderoso en el Gobierno, y además ella es muy bonita; ¡tiene unos ojos preciosos!

—¡Sí! ¡Son unos ojos bellos! —afirmó mi prima rebosante de admiración.

—¡Sí! ¡Bellos! —repitió en el mismo tono casi todo el arreo, como diría tío Pancho.

Yo no pude contenerme y exclamé:

—No sé cómo serán los ojos, pero tengo noticias de que todo el resto de la persona es una ridiculez. —Y copiando textualmente el juicio de Mercedes añadí: —¡Anda toda *fagotée!* ¡Ah! Gabriel Olmedo, que es tan exquisito, tan *raffiné*, tan *gourmet* como quien dice, no se casará jamás con eso.

María Antonia, que por el torrente de adjetivos franceses debió adivinar cuál era mi fuente de información, iba a replicar ya, agresiva y chocadísima, pero en el mismo instante, alguien derramó una copa de vino sobre el mantel, el incidente cambió el

rumbo de la conversación, y nada más se dijo sobre el particular.

Pero las anteriores palabras grabadas en mi espíritu, me torturaban ahora de noche y de día. Ellas son el ladrón que quiere robarme mi tesoro de ilusiones; son la lámpara encendida que perturba mi sueño, son un puñal que llevo a todas horas clavado en mi esperanza y son ellas, ellas, quienes le han enseñado a mis ojos este terrible demonio de los celos, que mis ojos hasta ahora no habían mirado nunca.

¡Ah! Si yo pudiera hablar con Mercedes, allá en la gran intimidad de su fingido Oriente, ella entonces, con su vista penetrante de astuto marino que conoce los secretos de todos los horizontes, me diría... ¡me diría!...

Pero no puedo hablar con ella ni con nadie, y esta duda va creciendo enormemente en mi secreto de amor y ya me agobia... ¡quién me ayudará a llevarla!...

Al terminar de escribir estas últimas palabras he levantado un instante los ojos y he visto la rama de acacia que sacudida por la brisa, parece hacerme señas asomada a los barrotes de la ventana. Sus hojas se entreabren y se agitan, como los dedos en el saludo de las manos queridas y ha dejado caer por el suelo el regalo de sus florecitas rosadas. La he visto, la he visto mucho rato, hacia arriba los ojos implorantes, en una mirada honda, llena de fe y de esperanza como se miran esas venerables imágenes milagrosas de los Santos Patronos, y con sólo los ojos implorantes desde el fondo de mi alma, la he rogado así: «—¡Oh! vieja y generosa acacia que me quitas el sol y que te adornas noche y día con las flores que te pone la bellísima; tú que conoces esta maldad de los bejucos, que se enroscan al corazón como las serpientes del remordimiento; tú que has llevado con nazarena paciencia la cruz de tantos abrazos espinosos y estériles; tú que eres buena porque tiendes la mano compasiva a los desvalidos que te imploran, y como Santa Isabel de Hungría, tienes después tu caridad convertida en flores sobre el regazo; tú que derramas maternalmente el cariño de tu sombra sobre los que te aman y los te aborrecen;

tú que todo lo sabes porque tienes la experiencia de muchas primaveras; dime vieja y generosa acacia: ¿florecerá algún día mi enredadera como floreció tu bellísima?...».

*El doctor Bebé o Política feminista**

Sumario

Presentación p. 851

El doctor Bebé o Política feminista p. 852

José Rafael Pocaterra

Nació en Valencia, estado Carabobo, en 1889. Escritor, periodista, político y diplomático. Tuvo numerosos cargos públicos en la provincia y en la capital. Fue encarcelado por el dictador Juan Vicente Gómez en La Rotunda (1919-1922). Participó desde fuera del país en la organización de la expedición del Falke, dirigida contra la dictadura. Fue diplomático en Gran Bretaña y embajador en Moscú y en Washington. Entre sus obras principales se encuentran: *El doctor Bebé o Política feminista* (1913), sátira contra Samuel E. Niño; *Tierra del sol amada* (1917); *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1927); *La casa de los Ábila* y *Cuentos grotescos* ambas obras publicadas en 1946. Falleció en Montreal, Canadá, en 1955.

* José Rafael Pocaterra, «Política feminista o El doctor Bebé», en *Obras selectas*, Prólogo de Miguel Otero Silva, Caracas, Ediciones Edime, 1967, pp. 5-119.

Presentación

Esta pequeña novela de José Rafael Pocaterra, de la cual el segundo título, *Política feminista*, fue el de la edición *princeps*, hecha en Caracas, en la editorial Victoria (1913), no es ni la más famosa ni la mejor de las obras del autor; de esto ya se darán cuenta por sí mismos los lectores. Su valor, para quien escribe el ensayo sobre las ideas de masculinidad y femineidad en Venezuela, reside en la visión escrita con tinta gruesa, de ambos géneros y de los estereotipos de rol sexual que ella describe. Exagerados para quien lee a distancia y, sin embargo, aún presentes en algunos sectores de la sociedad venezolana de hoy. La mujer objeto, bella, deseable, ingenua hasta casi la estupidez, cuya única meta es la relación con un hombre de fortuna, que eleve a la familia en la escala social. La exaltación de la belleza femenina como capital «social», ya no es la única ficha a apostar, pero las imágenes mediáticas, las páginas sociales, las revistas femeninas, las «academias» de baile y los gimnasios (para las clases media y alta), que son parte del culto al cuerpo, al cual la mujer debe sacrificar sus lípidos y glúcidos sobrantes, nos recuerdan cada día la devoción a esa belleza. Y si algo sobra, se corta, y si algo falta, se rellena. El fenotipo es un valor de cambio y la imagen corporal es transitoria.

El doctor Bebé encarna la masculinidad predadora de virgindades descuidadas y desprotegidas. La mujer es la presa y el hombre está siempre en una posición de dominio y selección. La mujer es el principio de pasado, el hombre es el de presente, el

gerundio. Y si bien Pocaterra muestra cómo ella es la víctima y hace una denuncia social al irrespeto, explotación y engaño de que es objeto, uniéndolo además a una directa y fuerte crítica a la corrupción y peculado de la administración del gobierno de la época (la dictadura gomecista) que igualmente, es *dejà vu* hoy en día, de hecho está igualmente mostrando que la femineidad de la clase media empobrecida y vergonzante se define por la debilidad, la pasividad, la inevitable unión al hijo «ilegítimo» que de ella heredará la pobreza y el descenso en cuanto a peldaños sociales se refiere.

En este sentido esta obra representa una forma del imaginario social, aún existente a pesar de los cambios sociales habidos, que hace de la mujer el baluarte (lo cual contradice a su supuesta debilidad), del hogar y la única responsable del mismo. También, la imagen final de la madre abandonada, deshonrada y paupérrima, estrechando contra su pecho a su bebé, esta vez sólo suyo, es el preludio a la constitución de una familia matricentrada. La misma que ha constituido el modelo dominante en este país, desde antes de su constitución como Estado soberano (Montero, 1986).

Después de la primera edición antes mencionada, se editó nuevamente en 1918, en Madrid, por la Editorial América, prologada por Rufino Blanco Fombona. Y en 1967 fue presentada como parte de las *Obras selectas* del autor, en Caracas, por Ediciones Edime (pp. 5-119), con prólogo de Miguel Otero Silva. Y hasta allí llegó mi rastreo bibliográfico.

EL DOCTOR BEBÉ O POLÍTICA FEMINISTA

A Rafael Jiménez-Valero

Estas páginas nacieron y formaron libro a tu lado; algunas las recogió tu lápiz de mis labios; todas las arrancó tu estímulo a la larga pereza del clima y de la ciudad.

A veces, releyendo lo escrito, salta a mi vista, al par de otros defectos de forma y de composición, la desnudez, la flacura casi de estas vidas que corren por las páginas de la novela, sencillamente, como el agua de las calles por sus cañerías; y no muriéndose nadie de amor en ella —ni hay mártires de melodrama ni perversos de folletín—, me asalta el temor de que el jovencito intelectual, la señorita romántica o el crítico hacedor de frases, envenenados por ese literaturismo agudo de prosas «preciosas» y juegos malabares de palabras, no gocen el solaz de la risa un poco triste, un poco alegre, pero siempre sincera, que junta en un romance desaliñado y usual algunas vidas venezolanas: gentes observadas en la calle, en la esquina, en la iglesia, en su vivir íntimo, desde la acera de enfrente. Yo no aspiro a ser criollista del Distrito Federal, ni a formar atmósferas criollas a fuerza de terminologías populares o de «floraciones rojas de cafeto»; no, señor: cuando yo me puse a escribir este libro, ¡qué lejos estaban de mí los «herméticos» de Las Gradillas y las bibliografías de la camaradería letrada! Mis personajes piensan en venezolano, obran en venezolano, En cuanto al escenario donde se desenvuelve la farsa, lo mismo que Valencia pudiera ser Caracas, Maracaibo o Ciudad Bolívar. No hay, pues, preferencias malsanas. De igual manera, si alguno se viere retratado en estas páginas, no lo considere oficiosidad del autor, quien no se ha propuesto retratar personas, sino fijar tipos.

Como no eres general, ni doctor, ni siquiera poeta, te dedico este libro con los mejores votos de mi afecto: eres mi amigo; ponlo en tu mesa, al lado de tus folletos de estadística y no muy retirado del ramo de claveles que te mande tu novia.

J.R.P.

I
Todavía a las tertulias de las Belzares iban los de costumbre, aunque ya muy mermadas sus relaciones. En Valencia no se halla qué hacer de noche: por eso las amistades perduran y se hacen consuetudinarias; y cuando en la torre da el lánguido doble de las nueve por el descanso de las benditas ánimas, las calles rectas y largas de la ciudad adormecida apenas recogen el eco de un paso apurado: un hijo de familia retrasado, algún marido que fue a la botica, quizá alguien de malas costumbres que sale a esa hora.

Las Belzares no contaban seguramente las mismas relaciones de sus buenos tiempos. Carmen y Josefina sabían algo de costura, bordaban disparates y sus vidas corrían paralelas a los monótonos días de provincia. La última era la más espiritual de la casa:

a los once años regresaba de la escuela seguida de sus «conquistas» y llamaba «groseros» a los requebradores de esquina; siendo menor, ella aconsejaba a su hermana Carmen Teresa, a quien una timidez natural sólo le permitía acompañarse en la guitarra canciones alusivas.

Misia Justina, viuda auténtica, hacía trece años que se dormía durante las visitas, bajo el mismo cuadro de «Los diferentes estados de la edad del hombre», en su mecedor de Viena. Bella, la mayor, que a los treinta y siete era muy recatada, mientras sus hermanitas cuchicheaban con los novios en las ventanas, continuaba impertérrita un tejido de soles de Maracaibo, que nunca terminaba, como una alegoría del Pudor velando por la Familia. Muy poco amiga del matrimonio, a su decir, una señorita digna no debe casarse por casarse, sino escoger muy bien el hombre que pueda hacerla feliz, y entre contraer un mal enlace y quedarse, prefería esto último. «¡Y no es por falta...!», añadía con tono enigmático misia Justina.

Verdaderamente, se hablaba en familia de lo prendados que habían estado de Bella un inglés de la Luz eléctrica, el sobrino de don Manuel Salvarsán, Luis María, y el padre Benítez antes de ordenarse. Pero ella los había despreciado. Era de oírlos: «¡Dios mío! Quién se casa con un extranjero: un hombre que no profesa nuestra religión. Salen muy buenos maridos, es verdad; pero, como dice el señor vicario —agregaba, ruborizándose—, un padre debe enseñar a rezar a sus hijos, y Luis María, ¡el pobre!, no sabe cuándo casarse, el negocio no le da, y tiene sus cosas...». Del padre Benítez, por respeto religioso, nunca decía nada. Se contentaba con suspirar, recordando otras épocas, cuando acompañándose a la guitarra, él rompía con su hermosa voz de barítono:

*Que el bailar y no arrimarse
es comer el pan a secas,
A la jota, jota,
las niñas que quieren,
cuando van bailando
de gusto se mueren...*

El reloj del tiempo de misia Justina se atrasaba un año cada seis meses; eso fue el 92, cuando el Legalismo. Don José Antonio Belzares era administrador de Rentas. ¡Qué tiempos! Andueza le hubiera dado una aduana. Eran amigos del colegio; pero, ¡luego vino el bandido de Crespo! Entonces sí que había sociedad: las muchachas se casaban por docenas, los hombres no eran tan resbalosos, había moralidad en las costumbres. Hoy, en vez de visitar, se meten en los botiquines, o se paran de plantón en las esquinas a decir malas palabras. Las pobrecitas muchachas se componen, se asoman a la ventana, y nada, no les dicen ni por ahí te pudras. No faltaba razón a misia Justina para estas y otras penosas reflexiones, que se alternaban conforme bajaran o subieran los valores matrimoniales. Cuando los novios pasaban esos tres o cuatro días de despego a causa de celillos o de exigencias intempestivas, negadas al principio, naturalmente, decía que hasta la palabra de caballero había venido a menos. ¿Romper antes un compromiso? Eso era casi sagrado, y sólo fuertes motivos... Hoy cambian de novia como de camisa. ¡Qué perdido está esto de Crespo para acá!

Aquella noche, Pepito Salcedo Gutiérrez, novio de Carmen Teresa, ausente hacía cuatro días, fue el primero en llegar con un cartucho de bombones guindado de un dedo.

Bella tejía junto a la luz; Josefina, con un libro entre las manos, a cada instante volvía sus ojos azorados y negrísimos hacia la ventana, al sentir pasos en la acera; y reanudaba la lectura de su novela, viendo que no aparecía el esperado, faltando ya un cuarto para las ocho.

—¡Santas y buenas! —exclamó alegremente Pepito en la puerta de la sala.

—Felices los ojos —repuso Josefina.

—¿Por qué tan perdido? —preguntó tímidamente Bella.

Pepito sentóse enfáticamente, alzóse los pantalones, dejando ver una cuarta de media.

—Muy ocupado en la oficina. Trabajamos hasta de noche. (*Suspiró*). ¡Es una calamidad la política!

Las mujeres le miraron.

—De veras, ¡y tan expuesto!

Tornó a sonreír con seguridad irónica. Se informó de la salud de todos. No muy buena: misia Justina, con el hígado; toda la santa noche poniéndole fomentos, hasta la una, que se le calmó.

—¿Y... Carmen Teresa? —se atrevió al fin a inquirir, después de deplorar aquel hígado de la señora.

—Está con mucho dolor de cabeza.

—Una neuralgia atroz.

—Como ella asistía a mamá y es tan nerviosa...

—Tomó antipirina, y nada. Se bañó la cabeza con agua de colonia, y tampoco le hizo bien... En fin, que aquí hemos estado de tribulaciones...

—Si hubiera sabido... —deslizó al fin Pepito entre la marejada de palabras de Josefina.

—...Vino el doctor; nada. Esta mañanita, ya a la hora del desayuno, se le calmó un poco con vendas de agua sedativa que le aconsejó don Matías Feo.

—¿Y está recogida?

Las dos mujeres, junto a la lámpara, referían al mismo tiempo el mismo asunto.

Pepito sentía un vago malestar ante aquella locuacidad, y quiso calmarla con bombones.

—En fin, los aprovecharemos nosotros.

Y les distribuyó sendos puñados.

Josefina, con el libro entreabierto, chupando melindrosa una almendra, se acercaba en ratos a la ventana.

—¿Usted no ha visto a Guillermo? —le preguntó a media voz.

—Hoy no. Ayer.

—¿Adónde?

—En la peluquería de Luis Osorio. ¿Desde cuándo no viene?

—Tiene tres días.

En aquel momento, Carmen Teresa, vestida de blanco, con aire lánguido y gesto de enferma malcriada, vino a sentarse cerca de él.

—¿Ya te pusiste buena? —le preguntó Josefina, corriendo hacia la ventana, en donde, asido a los

hierros, se había detenido un sujeto de lentes y sombrero de Panamá.

Bella bordaba silenciosa y atenta; comparaba un dibujo con otro; los ojos bajos, se abstenía de los diálogos: uno, muy vivo, casi alterado, en la ventana; otro, quejoso y melancólico, en las dos mecedoras. Carmen Teresa, con su vestido blanco, tomaba un delicioso aire sentimental. Era de esas mujeres pálidas de ojos grandes y claros que parecen agobiadas bajo la abundante cabellera.

Pepito la contemplaba oyendo el relato quejoso de sus quebrantos, los reproches por su falta de afecto, las reflexiones obligadas: «Yo no debía quererte así...», «tú no lo mereces...», «mamá por eso dice...».

Él comía bombones y le ofrecía con la mano extendida, como quien oye llover.

—No, no... —añadió con los ojos húmedos—. A ti te importa muy poco, muy poco; yo lo comprendo. Tú quieres burlarte de mí..., tú no me dices la verdad...

—Pero, hija, ¡por Dios!

—Sí, muy ocupado que estás; ayer, en la noche, casa de las Montesillo; el domingo anduviste en coche y ni una vez pasaste por aquí.

El diálogo continuaba como un susurro, después como un arrullo, y cuando Bella se levantó para atender al llamado de su madre, que con gemidos dolorosos pedía no sé qué desde el cuarto, los dos, tras el abanico abierto, se habían olvidado de los tres días, de la neuralgia y de Josefina, que, de manos cogidas, se resistía débilmente en la ventana. «¡No, no; mira que viene ahí Bella!».

Y después de un debate largo, larguísimo, muy sofocada, vino a reunirse con los demás.

Pepito, en pie, jugando con su foete, se despedía.

—¡Ah, se me olvidaba! —dijo de pronto—. El maestro de escuela, éste de la esquina...

—¿Verdú?

—Eso es, Verdú; está invitando...

—Sí, sí —interrumpió Josefina—, va a dar una velada; debe ser divertido —y añadió, guiñando un ojo—: Tú debes ir, Bella.

La aludida se turbó un poco.

Verdú, al pasar, hacía saludos exagerados y caminaba diferente.

—¡No faltaba más! —dijo ésta—. ¡Estaré loca!

—Iremos las tres con mamá.

—Si está buena...

—¡Primero Dios!

—Hasta mañana, pues —y Pepito tornó a despedirse, fijando en su novia unos ojos grandes y sin expresión, ojos bovinos, que se movían torpe y lentamente, como siguiendo el vuelo perezoso de las ideas.

Todavía por la ventana hubo nueva despedida. Después se alejó, entre la humareda del cigarro, silbando un compás de la *machicha*.

Bella dejó el tejido. Daban las diez. La luz tristonada de la sala bañaba los rostros: el de Carmen Teresa, lánguido siempre, enfermizo, lleno de sufrimientos pueriles; el de Josefina, en cuyo semblante se retrataba el interés de su lectura —sin duda, una heroína raptada por bandidos—, y el de la hermana mayor, serio y triste, con esa tristeza de la cesantía amorosa tan característica en las mujeres que tienen hermanas afortunadas.

Un borracho que llegó a la esquina gritaba obscenidades.

Las muchachas cerraron las ventanas.

II

Cuando Pepito llegó a la oficina, como de costumbre, Pedro pasaba el plumero al último escritorio silbando un pasodoble. Las cuatro mesas de trabajo, de distintos modelos y para distintos fines, ya despojadas de la capa de polvo que cotidianamente se tendía sobre los mismos papeles y enseres, convidaban al reposo, aumentando más aún la paz del despacho algunos volúmenes de la última obra de Juvenal Anzola y del postrer episodio de Tosta García, que yacían en cada una, todavía vírgenes de lectura.

Del techo raso, en donde las goteras trazaran caprichosos mapas; de las pesadas y desteñidas cortinas, de los escaparates entreabiertos, que dejaban ver un orden horizontal de legajos, caía aquella modorra de las cosas habituales, típica en las oficinas públicas y en los comercios de viejo. En una repisa de pino, dos vasos y una pimpina causaban alguna impresión de frescura, mientras por las ventanas abiertas la calle caldeaba al sol de las tres de la tarde. Unos pasos que resonaban en el corredor, acaso el recuerdo desagradable de una cuenta insolvente, hicieron volver la cabeza a Pepito con aire inquieto. Sería el cobrador, seguramente, y ya estaba ahí tras del tabique. Pues bien: ¡que chille! No le atendería; y queriendo fijar su atención, releyó en la página tercera de *El Cronista* un aviso de la Cartilage Company, donde un doctor yanqui ofrecía, mediante cierto aparato y treinta dólares, «hacer crecer a usted como una palmera». Pepito admiró lo práctico de aquella gente. Él tenía ese criterio de clisé para dar opiniones terminantes sobre todas las cosas y para abrumar la ignorancia de su mamá cuando discutían: «Los yanquis no sabían sino vender tocino», «Los curas son cuervos de sotana», «París es el cerebro del mundo», «Venezuela es un país perdido», «Toda mujer se da». Como buen venezolano, careciendo de todo, tenía a bien burlarse de todo. Hijo de un comerciante quebrado, que luego se mezcló en la política, llevándose a la tumba algunas canas y siete mil pesos de la renta de Instrucción, habitaba con su madre una casita de siete pesos de alquiler, con unos cuantos muebles sin juego y el escritorio del antiguo negocio, con su baranda, suerte de palos transversales que parecía el esqueleto de un ahorcado. Todavía existía en la casa el gato tuerto que compartió con su amo la responsabilidad de la quiebra.

Su apellido, Salcedo Gutiérrez, sirvió a Pepito para ingresar en la política como escribiente de la Dirección de Estadística, mediante un secretario general que fue amigo de su papá; y este carácter oficial y ciento sesenta bolívares de sueldo habían

incorporado al club y a reuniones distinguidas al hijo de Salcedo Gutiérrez. Su madre era de apellido Barrios, pero él prefería firmar como su padre, porque lo consideraba más aristocrático, y, además, su padre no había sido un anónimo en política... Era una familia venida a menos después de la muerte de su jefe.

La infancia de Pepito, descalzo, teñido de mango hasta las orejas, en pescas de días enteros, o tirando *pancadas* en el pozo del Jabillo; en procesión desde el sitio de *El Socorro* hasta el Morro, tras una jugada de metras o de ladrillo, que casi siempre terminaba en la policía, discurrió así, con intervalos de colegios distintos a los cuales le llevaba su madre después de súplicas a los directores para que lo tuvieran gratis, regresando a su casa zurrado, con las narices estropeadas, sabiendo muchísimas desvergüenzas. Se echaba a llorar en brazos de la pobre señora y ésta terminaba llorando con él. Así que su educación fue esa mezcla de vagabundería y sentimentalismo, base de la educación venezolana, terreno magnífico para los productos que hoy colman el comercio, las universidades y las oficinas; especie de epicenos capaces de todo lo malo y lo bueno, juventud sin fisonomía, con ambiciones ineducadas, que se emborracha a los doce años y padece de sífilis a los catorce, casi siempre servil, ahogada de compromisos por una magnificencia cursi, primer paso a los futuros expoliadores de la política si la suerte les lleva a lomos, o a los politicastros de aldea que pululan por los tribunales, de muy mala conducta, pero con muy buen corazón.

Y, sin embargo, ¡cuánto costó a misia Ifigenia la educación de aquel hijo! Ropa de tropa, capelladas de alpargata a siete reales docena, *sanes*, bolas de nieve, cartas a personas pudientes: «Una madre desgraciada...», etc.; reclamos de esa eterna pensión por un vago procerato, y que es como una prolongación del presupuestismo en la familia; décimos de lotería penosamente comprados, suficientes novenas a santos eficaces: toda una dolorosa procesión de miserias que se arrodillaba horas enteras

ante el Santísimo o soportaba la grosería innata de los porteros para conseguir una escuela.

Pepito, a los veinte años, sabía leer mal, confundía la c con la s, y en espléndida letra cursiva copiaba versos de Julio Flores en los álbumes de las muchachas de barrio. Hubiera podido colocarse como dependiente en algún comercio; pero la botica tenía muy malos olores, el aire de las cigarrerías enferma los pulmones, y un hijo de Prudencio Salcedo Gutiérrez no iba a estar como un turco vendiendo varas de cinta. Así lo declaró misia Ifigenia a un vecino que le insinuaba estas labores para emplear los robustos años de Pepito. Él aspiraba a bachillerato. Su madre, en esfuerzo supremo, llevó como a flor de su vida las aspiraciones del hijo, y en un brusco cambio de Gobierno seccional, después de arrodillarse, de capa, sollozando un «Prudencio» y algunas reminiscencias, logró verlo empleado. Entonces se consagró a él por entero; él era Dios en la reducida casita: «las cejas de su padre, los ojos de su padre, la nariz de su padre»; odió lo que él odiaba, amó lo que él amaba. Sus privaciones eran las mismas, pero las compensaba el goce de saber a Pepito en la sociedad, y desde la oscura ventanita de su casa llenábase de orgullo al verlo pasar en coche, la pierna cruzada, el pantalón recogido mostrando un pedazo de media y el rolando de piel de Rusia, con aquel aire de quien está habituado a fastidiarse en carruaje.

Vinieron luego tres novias que ascendían en categoría: primero, la muchacha ingenua y modesta que se ruboriza a menudo y que se abre en la vida de todo hombre como la última flor de la infancia; ella no pide nada, no exige nada, quiere mucho, sufre sus ocultos amores, pasa y desaparece; después, la joven honrada que aspira a casarse, que manda «ve-sos» y pide perdón por la «hoctografía» —sin tomar en cuenta los amores unipersonales de la escuela hacia la señorita mayor de edad, amores unipersonales que tienen mucho de candor infantil y de vicios solitarios—. Carmen Teresa pareció fijar aquel devaneo que paseaba por Camoruco los domingos, atisbaba

tras las columnas de la iglesia o fumaba cigarrillos en la esquina acompañado de un poeta inofensivo. Era pobre, pero decente, y, además, tenía las simpatías de misia Justina.

Vinieron también las deudas: cuarenta miserables pesos no alcanzan para vivir a un hombre que tiene deberes de sociedad. Y cuando, exasperada, la pobre señora le hacía ver sus vacíos económicos, o le rogaba más puntualidad, él, colérico, arqueando las cejas de su padre, lanzando rayos de indignación por los ojos de su padre, gritaba ante la angustiada señora:

—¡Bueno! No me friegues más la paciencia: pongo hoy mismo mi renuncia. ¡Qué caray! A ver dónde consigues para comer...

—Pero, hijo, ¡por Dios!, si yo...

—Tú lo que quieres es que yo ande como cualquier negro, y eso, ¡nunca! Yo tengo que llevar un apellido y que vea la gente quiénes son los Salcedo Gutiérrez. ¡Acaso yo soy Verdú, que vive con quince pesos! Yo tengo compromisos, yo tengo gastos.

—Pero oye, hijo, cálmate.

Entonces él, imitando la voz de su atribulada madre, respondía furioso:

—¡Sí, cálmate! ¡Te complaces mortificando a uno, y después..., nada! ¡Renunciaré, me empeñaré con el Gobierno para que me acepte la renuncia, y... yo sé lo que debo hacer!... ¡Maldita sea! —gritó ya encerrado en su cuarto, después de tirar el almuerzo al patio. Allí continuó murmurando largo rato.

La casita parecía aniquilada; apenas un sollozo muy contenido de la señora rompía el silencio... Él, en el fondo, tenía razón: ella le molestaba de más; había heredado el mal carácter de su padre, y ella lo exacerbaba...

Aquellas escenas concluían todas del mismo modo: él dormía la siesta; quejábase ese día de dolores de cabeza por la incomodidad; almorzaba opíparamente en la calle, y esto le valía una o dos semanas de *descanso*, pues misia Ifigenia araba el mar esos días antes que molestar a Pepito.

—¡Allí está el cochero!

Pedro, el portero, vestido de prendas usadas, complacía en mortificar a los de la oficina, por odio de piel y de jerarquía: él era quien ponía en los pupitres, con verdadera delectación, los papeluchos que contenían alusiones; marcaba con lápiz azul aquello de «en caso contrario, me veré obligado a publicar su nombre y apellido»; repetía con voz despótica las órdenes superiores, y llevaba en alto, como bandera de escándalo, las cuentas frecuentísimas y ya sucias que llegaban a su portería hacía dieciocho años. Su larga experiencia de portero dábale cierta irónica maldad que terminaba ante una chupa en buen uso o en unos zapatos no muy perforados. En aquellos días, Pepito le negara un chaleco deshilvanado, y estaba de malas; así que repitió en alta voz, para ser escuchado por algunos que entraban y otros que murmuraban afuera:

—¡El cochero! ¡El que está viniendo hace ocho días dice que, si no le paga, le pasa la cuenta al presidente, porque él y que no le tiene confianza a empleado público!

—Voy para allá —contestó Pepito, enrojándosele ligeramente una oreja; y para reponerse hurgaba papeles de su gaveta como quien solicita un dato.

El cobrador, detrás del tabique, ensartaba quejas de insulto: «Sí, eso es muy sabroso: cansar la pareja...». «Meterle una tarde y una noche de trabajo...». «...Y ni pa' el cebo de las bovinas alcanzan los reales». «Estos patiquines del Gobierno son una pila...».

—¿Una pila? —y Pepito, indignado, ya con ambas orejas encendidas salió.

Todos se volvieron. ¡Pepito tenía tan mal carácter! El director de Estadística, especie de cabra silenciosa que rumiaba al dictar con voz nasal en ese momento: «Varones, tres; hembras, diecisiete...», alzó la cabeza asustado; el otro escribiente, recién colocado, metió con prudencia la nariz en el cuadro de nacimientos, y hasta Pedro, regocijado, prometíase recrear en una de trompicones y arañazos.

El cochero era un mocetón robusto, de hermosas pulpas; portaba en una mano su chaparro grueso y

nudoso, y con la izquierda presentaba las cuentas a la juventud florida, por no fatigar la de las riendas.

Pepito, con voz temblona —fea voz de emoción, haciendo una mueca con pretensiones de sonrisa—, exclamó, provocando una respuesta cordial:

—¡Guá, Mariano! ¿Eres tú?

Pero la respuesta fue seca y humillante como un chaparrazo:

—Sí, yo; yo que tengo ya más de ocho días viniendo aquí; «que venga el jueves, que venga el sábado, que venga el quince»; que ya he perdido *tres carreras* por culpa suya, y que le voy a presentá la cuenta al presidente pa' que vea qué gente tiene.

—Pero, chico...

—Ningún chico; o usted me paga o nos echamos una varilla aquí mismo.

—¡Mariano se pone bravo...! —arguyó el pobre mozo, lívido, pero sonriendo con un lado de la boca, una sonrisa forzada, tiesa, llena de miedo; y como solicitando un apoyo de mediación en los demás, se volvía hacia ellos; pero los demás eran cobradores de Dachary, de «El Faisán» y de Moser. Pedro sonreía burlonamente, y como una cabra asombrada, la cara espantosamente pálida del director, más excitó la angustiosa cobardía del joven, a quien una mano invisible empujaba hacia el tabique...

Balbuceó de nuevo:

—¡Mariano se pone bravo...!

Mariano, como todo cochero, cobraba en carácter y deslizó razones:

—Una cosa es la amistad y otra es el negocio; usted me dice a mí —y no sin cierta turbación, el director de Estadística sintióse designado y cogido por la solapa para servir de ejemplo tangible al cochero—: Mariano, «la pareja negra», que no es porque sea mía, pero es lo mejor de Valencia..., y estamos hasta la una, y hasta las seis de la mañana también..., si demasiado complaciente soy yo; usted cree que cargar en una *victoria* dos hombres, dos mujeres y hasta tres cuando a Tulia le da la gana de meterse...

—Pero es que este Mariano se pone bravo...

—No señor, no es que yo me pongo bravo; venga acá, señor —y trajo al centro del grupo, siempre cogido por la solapa y con mayor miedo siempre, al director de Estadística—. ¿Usted no cree que yo tengo razón?

—Sí, Mariano, sí tienes; pero mira —agregó deshaciéndose con disimulo y cogiendo camino hacia el tabique—: él te paga, él te paga, tú verás cómo él te paga —y con aquel estribillo se metió dentro.

—Guá, ya lo creo que me paga. No es que me pongo bravo, es que yo reclamo lo ajeno; si fuera mío...; pero yo tengo que entregá cuentas en la cochera; si no, yo dejaba perdé eso. Yo no le tengo asco a siete pesos, ni a diez, ni a cien que sea.

—Pero es que tú te calientas —dijo con voz suavísima Pepito.

—No, no es que me caliento.

—Tú sabes que cuando yo tengo te pago... y hasta te adelanto.

—¿Usted? ¡No jile! ¿Cuándo me ha adelantao usted un centavo a mí?

No, aquello era una chanza; así se lo explicó entre dos sonrisas miedosas.

Le echó el brazo y se lo llevó bromeando hacia el extremo del corredor.

—¡Ah! ¡Mariano, este hijo e puya! Anoche la amarraste... Todavía te dura...

Allí, en voz baja, le relató quejosamente cosas íntimas: compromisos..., el día del Carmen..., una sortija para la muchacha —se la mostró; el auriga la metió en su dedo oscuro y velludo, valuándola: «sesenta pesos»—; *la vieja* enferma; el médico, la botica... Una cuenta casa de Ladislao Acosta... Luego hablaron de mujeres. Apartados ambos, Pepito, relatándole un lance hipotético, exclamaba en acento alto, para ser oído de los que a distancia presenciaban la escena:

—Porque yo soy hombre para cualquiera —etc.

El negro, con la sonrisa en el dedo, diciendo algo chistoso, se fue.

Pepito regresó a la oficina. En la antesala le cerraban el paso dos jovencitos y un vejete: eran los cobradores de Dachary, de Moser y de «El Faisán».

—¡Seis sesenta y cuatro! Venga el sábado.

—¡Ochenta redondos! El quince sin falta.

Quedó el vejete.

—Una cena... tres tostadas... dos *cafeses*; total cuarenta y seis centavos... Yo paso por allá esta tarde. Y es preciso que no me trabajen tanto cobrándome esas porquerías... ¡Dígaselo así a «El Faisán»!

Dio un portazo tremendo.

El director, que en ese momento leía los nacimientos, pegó un salto. Creyó que era un tiro:

—¡Cómo usted es tan violento, amigo Salcedo!

El escribiente se abismaba en el cuadro estadístico.

Pepito se irguió:

—No, lo que hice fue llamarlo al botón. ¿Usted no se fijó?

Y ante la admiración de los cagatintas, con fría calma, relató las cosas horribles que le había dicho; las incitaciones a la cólera que el auriga evadía; daba golpes en la mesa y se paseaba con violencias verbales.

—Yo, por respeto a usted, que estaba ahí, y además, la oficina..., no fuera a saberlo el general Pérez Pantoja; pero, francamente, tuve ganas de meterle una bala por los dientes. ¡Lo que tiene es que yo me sé contener!

—Sí —contestó el director—, lo mejor es la prudencia en esos casos; ése es un bicho; usted lo humilló...

III

La estación del gran ferrocarril de Venezuela —porque en Venezuela, entre otras cosas grandes, tenemos un ferrocarril— se hallaba concurridísima: hasta Cabrera, Guacara y Los Guayos habían salido comisiones a presentarle la bienvenida al doctor Bebé, nuevo presidente que Castro enviaba como genuino representante suyo en el Estado, para conciliar los intereses encontrados que allí se debatían. Entre ellos, onda rumorosa de opinión que ora engrosaba un bando, ora acudía a otros,

la generalidad esperaba que la balanza determinara una oscilación cualquiera; y en efecto, los días de «la aclamación» habían demostrado en paseos cívicos, luengos discursos y sentimentales telegramas, que los presupuestívoros habían hallado el camino. Eran días fabulosos: se hablaba de millones adquiridos en dos meses, de consulados y aduanas otorgados por simpatía, de amorcillos traviesos, revoltosos, que iban a caer, rotas las alitas, tras el histórico biombo chinesco, en algún baile que parecía «cosa de hadas». Y por eso cada quien, al restablecerse el «Jefe», el egregio Restaurador, «el bien amado caudillo», pensaba en el puesto, en el dinero, o bien, con mayor ingenuidad, vislumbraba la casa amueblada, la hacienda de caña y el camino del porvenir alfombrado con billetes de banco.

Eran días amables; olía a Bay Rum; un vaho tibio dilataba las naricitas, y ponía en la mente sueños de ambición: era Él; y no con aquel desagradable furor que los padres de la iglesia asignan al demonio Asmodeo para antes del Anticristo; muy distinto: repartiendo dinero a manos llenas; los cheques se firmaban en blanco; la parentela entraba a *figurar*, y las fulanas tendrían envidia y papá compraría una casita y se mandaría a hacer otro flux. Sueño color de rosa que borraba los ásperos contornos de las cosas vulgares y que perfilaba tras las barbas cerdosas y el semblante abotargado del general, perspectivas de triunfo y de felicidad. Además, tras de eso la disculpa se presenta con muchos niños hambreados, el infierno de los días blancos y un papá sin empleo y de paltó levita verde. *El Constitucional*, de cuatro pliegos nutridos de lectura, surgía a medianoche en el corazón de Caracas y echaba a volar dieciséis mil ejemplares pregonando las excelencias del vencedor de tres revoluciones, del enorme Restaurador que, caído como un estiércol bajo el vientre de su caballo en Tocuyito, o aplastado como un guñapo en las aceras de la Casa Amarilla la madrugada del 29 de octubre, se incorporaba en la pluma de los escritores venezolanos para sombrear el Continente. Las primicias virginales eran las únicas flores de

aquella planta servil que la Venezuela de la Aclamación abonó con todos los desperdicios hacinados en el corral doméstico. La Aclamación fue un sábado de la higiene nacional: aquí no se botaba basura desde el 46.

El jefe de estación, de barbas rubias, paseaba por el andén, donde unas doscientas personas se impacientaban. A poco, el encargado de la Presidencia, el secretario general, el jefe civil del distrito, otros empleados y algunos señores a quienes sus deberes sociales imponían tales actitudes, se aglomeraron en primer término. Dos policías un poco más allá, con la carabina recostada en la pared y un cohete en cada mano, esperaban. Asimismo, una docena de músicos estiraba el hocico hacia las boquillas, haciéndose sostener la partitura con un granuja que ora admiraba al presidente, ora al estrombón.

Detrás, empujado por la policía a culatazos, y en veces con el plan del machete, el pueblo soberano chiflaba cosas soeces.

Largo, metido en más de un palmo dentro de su cuello almidonado, las melenas lacias y aceitosas destilando caspa sobre las hombreras, un cronista de salón tomaba notas sobre la pared: «Más de dos mil personas, todo el Valencia social, presidido por nuestro querido y progresista magistrado», etc.

Por sobre el hombro, otro intelectual, menguado y de cabellera crespa, con redingot de dril, al leer las últimas frases las improbo:

—¡Pero, chico! Tú nunca serás sino secretario de una Jefatura civil.

—¿Por qué?

—¡No trabaje! Estás viendo a este viejo caído, y le pones «nuestro querido magistrado».

—¿Y eso qué tiene? ¿Se va a disgustar el doctor Bebé?

—¡Ya lo creo! El «progresista» debe ser uno no más. ¿Quién ha visto dos progresistas? Y tiene una susceptibilidad de solterona.

—Es que este señor me ha hecho servicios...

—Y tú se los has hecho a él: ¿no pusiste más de cincuenta telegramas cuando se aporreó la rabadilla?

¿No le llamaste honorable y digno? Quítale eso de *querido*: pon «nuestro magistrado, etc.».

El del cuello tachó lo indicado y se sonrió: a él tampoco le gustaba. ¿Qué había hecho en Carabobo? Ni un almuerzo, ni una ordencita; era un avaro... ¡Nadie le ha mordido un fuerte nunca! Y él gastando sus piropos, que en tiempo de otros presidentes, un «sensato» bien metido, o aquello de «cabeza y machete» colado en prosa decadente, eran cien bolígrafos seguritos para una comisión del *Servicio Público*. A él no le gustaba, pero por consecuencia...

—No seas zoquete: la mejor consecuencia es la que no tiene consecuencia.

Rieron. Buscaron cigarros entre los demás. Un rumor se percibía hacia la línea.

—El tren.

Y estrujándose, pisoteándose, el presidente, el secretario, el gobernador, los partiquinos y personas que no hablan, se precipitaron.

Pero era una carreta que pasaba el puente Mirillo. Un grupo distante, a la puerta del botiquín, hablaba con cierto calor. Eran *oficiales* descontentos. Todos la misma indumentaria: dormán azul, cuello de celuloide, zapatos amarillos con cortaduras para los callos. De lejos se oían conceptos enconados, se injuriaba a los plumíferos, a los escritores de no sé qué, que no van al plomo, que se les agua el guarapo, que se les caen los pantalones. En cambio, todos ellos habían dado carreras por el Alto de Uzlar y Mucuraparo, todos habían estado en campaña con las gallinas de don Juan José González. Casi todos «hombres de causa», creían en los godos y en las glorias del gran partido. El Gobierno no recompensaba servicios: cada uno de aquellos hombres había pasado caños crecidos a medianoche, pegaba asaltos, con una guerrilla sometía el Estado y fusilaba hasta al padre Arocha si era preciso.

Les rodeaba una atmósfera de pavor donde germinaban cosas heroicas.

Los dos intelectuales buscaron refugio entre algunos señores comerciantes, más pacíficos: allí gustábase un aire sereno, casi lánguido, que evocaba hile-

ras de géneros, cuartos de café, pipotes barrigudos y tranquilos. El diálogo corría preciso y detallado como un folio de jornal:

—Sí, la paz; con paz Venezuela no necesita más nada. Debemos sostener la paz a todo trance.

Aquella declaración gustó. Estaba en boca de un señor que había contribuido a todas las perturbaciones y que usaba la conspiración por agua común.

Pero el asombro fue grande cuando don Perfecto Delgado, exaltado y coloradísimo, afirmó a media voz con un tono de amenaza:

—¡Sí, la paz, amigo Oronoz: la paz de los sepulcros!

Del grupo, un viejecito suspiró tristemente. Sus negocios iban mal, muy mal... Con aquel estribillo y la lástima ajena, escondido tras siete piezas de madapolán, amasaba sosegadamente el diario de su familia.

Y otros terciaron: los capitalistas que tienen un criterio más sereno y hablan de esos *seis u ocho mil pesos* perdidos sin quejarse; los dependientes de primera categoría que aprueban con la sonrisa y el gesto las opiniones de su principal, y hasta un prestamista rubicundo hizo algunas consideraciones acerca de la miseria.

De pronto, al abrirse un poco la fila, apareció Pepito: le acompañaban varios amigos: su *cuerdita*; él dirigía la palabra a todos y se movía nerviosamente. Trataba de establecer entre él y el Gobierno, allí parado y sudando, una como corriente de frialdad, una como atmósfera propicia al reactivo discurso que le traía preñado en párrafos de una independencia de ideas poco comunes... Unos pasos retirados, Verdú se mantenía grave, detrás de su eterna corbata, donde una rosa salmón abría tres pétalos. Cuando desde ocho días antes Pepito se aprendiera aquel discurso, él había hecho elogios en casa de las Belzares augurándole un triunfo, un verdadero triunfo. Ya Carmen Teresa lo conocía: con voz entrecortada por la emoción y por las comas que con parsimonia dramática había distribuido Verdú, Pepito leyó a la familia después de hacérselo tomar

varias veces por misia Ifigenia. Lo sabía al dedillo. Así que cuando rompieron los acordes del Himno Nacional y media docena de cohetes se elevó sobre la húmeda atmósfera del Cabriales, solidariamente rodeado por sus amigos, bajo la mirada tutelar de Verdú, él aguardó que el doctor Bebé descendiera del vagón, que le saludaran todos, que se le preguntara por su salud, por su viaje, y que en corporación cerrada se dirigiera a los coches, por entre los cuales circulaban bandadas de granujas injuriados por los cocheros. Allí con un gesto lo detuvo.

El doctor Bebé, caderudo y amable, hizo alto graciosamente. Tenía cierta sensualidad en el andar, debido quizá a sus formas mórbidas, poco viriles, compuestas de presas gordas y sanas. Verdú tiróle del paltó a Pepito. Era el momento.

—¡Ciudadano presidente!

De pronto resonó el Himno y otra media docena de cohetes reventó en el aire. Los caballos se encabritaban; dos cocheros decíanse a gritos atrocidades, y el *allegro* del «Gloria al bravo pueblo» se acalló como de susto ante los *chits, chits*, que algunos oyentes enfurecidos dirigían a la orquesta importuna.

—¡Que no tiren más cohetes! ¡Que no tiren más cohetes!

Los pirotécnicos estaban en pleno entusiasmo, y hubo necesidad de que fuera un policía y les insultara a nombre del jefe civil.

Por fin reinó silencio.

Verdú susurraba por lo bajo:

—¡Ahora!

—¡Ciu... da... dano... pre... si... dente!

—¡Chits!... —Era uno que mandaba callar a Verdú.

Esto provocó sonrisas.

El Ejecutivo y la ciudadanía resollaban grueso.

—¡Ciudadano presidente, señores!

Y al cabo, sudoroso, con el cuello tumbado, lívido, las manos temblonas y los dedos caídos como las patas de una gallina en viaje, Pepito dijo el primer párrafo sin vacilar. Allí se excusaba de ser él «acaso el más humilde hijo de Carabobo, pero no el menos ingenuo», y terminaba con aquello de «este hero-

co y sufrido Estado». Lo interrumpió una salva de aplausos.

Lo de *sufrido* era alusivo al Gobierno caído y de un sabor independiente. Los pueblos altivos tienen perspicacia para recoger las frases de intención. Y en medio de un rumor aprobatorio, comenzó el otro párrafo. Prometía ser breve en obsequio de las fatigas del viaje; Verdú ansioso esperaba la frase de efecto que había preparado y que, arrastrada penosamente por sobre consideraciones histórico-políticas, colmadas de adjetivos, llegó al fin: «mañana empuñaréis, señor doctor, el timón de la nave del Estado, y daréis curso a las virtudes cívicas, entre las cuales el apostolado de la instrucción es la fuente primordial del saber humano y...».

Verdú rompió a aplaudir. Todos se volvieron asombrados. Pepito, con la emoción, perdió el hilo del discurso... «y...», «del saber humano y...», «del saber humano y...».

Tosió, sacó el pañuelo, se puso intensamente pálido.

Una sonrisa leve salió a los labios del doctor Bebé. Se oían rumores impacientes y frases crueles:

—¡Hum! ¡Hum! ¡Hum!

—¡Se le trancó el máuser!

—¡Está haciendo más fuerza que un parihuelero!

Verdú, rojo hasta el blanco de los ojos, le estripaba un callo a un vecino con enorme fuerza nerviosa y apuntaba enronquecido:

—¡... Y unguido con el voto de los pueblos! ¡Y unguido con el voto de los pueblos!

—¡Qué se calle! —exclamó uno.

—¡Que no se calle!

—¡Chits! ¡Chits!

—«... y unguido por el voto de los pueblos —empató el infeliz mientras tres gotas de sudor gordísimas le perlaban la frente— trazaréis una nueva era de honrada administración, secundando así la labor grandiosa de ese hombre, de ese hombre..., de ese hombre que hoy fatiga» —y se volvía hacia Verdú. Todos reían ante el azoramiento del maestro de escuela, que involuntariamente se veía designa-

do por Pepito en busca de ilación. Éste empató: «...los corceles de la fama».

Hubo una pausa. Verdú echaba llamas por las orejas. La gente creyó terminado el discurso; pero la voz quebrada del orador se enronqueció, se tornó brusca y descomunal, y en un esfuerzo supremo de memoria, vociferó con un desafuero que le violentó los puños de la camisa fuera de las mangas y entre un reguero de saliva:

—Acompañadme, señores, en un viva el general Cipriano Castro, Restaurador de Venezuela. ¡Viva el doctor Manuel Bebé! ¡Viva la República!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! —berreó todo el mundo.

Pepito cayó en brazos del doctor Bebé, y así fue, de pecho en pecho, estrechando una emoción desmesurada, sonreído, feliz, hasta que Verdú logró atraparle y meterse con él en un coche.

—Éxito rotundo —dijo enderezándole la corbata. El joven orador tenía ese aire, mitad susto, mitad alegría, que se observa en las paridas novicias. Se le saludaba amablemente.

Y en larga hilera de carruajes la comitiva hizo su entrada por la calle Real.

En la ventana de las Montesillo, Carmen y Josefina esperaban el paso de Pepito. Tras ellas asomaba con timidez curiosa la hermana mayor. Verdú sacó la mano e hizo un gesto de triunfo, Pepito sonrió amorosamente.

Llegado a su alojamiento el doctor Bebé, la verbosidad no tuvo límites. Era histórica, era financiera, era religiosa, era sentimental. Una niña chilló un soneto *ad hoc*; otra más grandecita, a nombre de las escuelas de segundo grado, dijo un discurso y presentó un ramo de flores.

Cada ambicionzuela tomaba formas distintas: ya un niño precoz hablaba de la República futura, presentado por su papá; ora se obsequiaba un *lunch* en el Club, donde algún orador retardado daba a luz felizmente. Una semana, con sus correspondientes retretas extraordinarias y fuegos de artificio, duró aquello. Los periódicos se llenaban con reseñas de

actos sociales y con el aviso del bacalao. Decían: «Valencia despierta a la vida de la cultura».

Pero Verdú se encargó de hacerla dormir, dando una velada artístico-literaria.

IV

«Toda vez que el Gobierno, atento a las necesidades...». ¡Una *coma* en Gobierno!

Pepito, bajo la mirada del doctor Bebé, puso el signo requerido. Éste continuó el oficio presentado a la firma:

—«...Toda vez que el Gobierno», *coma*, «atento a las necesidades del pueblo que representa...». *Representar, representa...* es con *ese*, amigo Salcedo.

Pepito, con las orejas encarnadísimas, se excusaba vagamente.

—Es verdad... Representar..., representa... Perdón, doctor; uno escribe así, tan de carrera, que... la ortografía... le sale mala.

—Es cuestión de fijarse —dijo simplemente a su subalterno; y como notara la confusión del joven corrigiendo aquella importuna *c* que se había enanchado a su ignorancia, agregó dulcemente:

—Usted tiene muy buena letra.

Pepito, esa tarde, al salir de la oficina, ponderó en grupo de amigos la ilustración del doctor Bebé, con quien había hablado de letras; era un hombre leído, indudablemente.

—¡Ah! Si ustedes conocieran al hombre como yo, con esa intimidad, así con esa confianza, pues.

Y refirió una consulta que le hiciera a propósito de cierto personaje político de actualidad. Pepito *estaba muy bien* con el hombre, a juzgar por aquellas manifestaciones que él decía en la calle, en las barberías, en las tertulias...

—El doctor me dijo: «Amigo Salcedo, usted es el que puede hacerme eso...». «¿Qué opina usted del asunto, amigo Salcedo?».

O bien, indignado contra todos los de la oficina, diciéndoles cosas que sólo por la cuarta parte de ellas él pusiera *incontinenti* su renuncia, se volvía hacia su joven colaborador, como diz le llamaba:

—A ver, amigo Salcedo; a ver, amigo Salcedo, hágase usted cargo de la cuestión; si no, no saldremos nunca de esto —etc.

Las Belzares estaban encantadas, Pepito tenía mucho porvenir. A Carmen Teresa la tenía asegurada; ¡pero la otra!... ¡Aquella Josefina era un quebradero de cabeza, con flatos o con alegrías intempestivas! Hoy una cosa, mañana otra; la muchacha, de día en día, tenía un carácter...; para colmo, emprendía amores con un *bicho*.

—¡Sagrado Corazón de Jesús! Esto ya no tiene remedio; tú eres loca. Dios todo lo dispone. ¡Si tu padre estuviera vivo! Él, un hombre tan decente, tan distinguido.

La niña se mesaba los cabellos. Pasaba un día sin comer, se deshacía los rizos, daba alaridos declarándose víctima, y terminaba, entre el asombro lloroso de la señora, con amenazas incoherentes.

Por la noche, en la ventana, a escondidas, relataba al sujeto de lentes y de sombrero de Panamá escenas terribles: toda la familia en contra de ellos, el convento, el abandono, el *impace*. En su ardiente imaginación, los folletines cobraban relieve propio, y alternando con besitos débilmente evadidos y protestas fogosísimas, se hacía protagonista de una novela de amores contrariados, y se enardecía a sí misma en una lucha sentimental que por otra parte no se empeñaba mucho en sostener su mamá. Íntimamente, por lejanas benevolencias, misia Justina consideraba aquello cosas de la juventud. Josefina protestaba enérgicamente, furiosamente: «¡A él es a quien yo quiero, a él, y a más nadie que a él!». Verdaderamente, no se sabía de otro candidato que provocara tal exacerbación.

La buena señora, empeñada en su loable propósito de casar a Carmen Teresa, dejaba casi libres los caprichos de la otra hija, como esos militares imprudentes que por comprometer la acción de una guerrilla hacen perecer parte del ejército. Así sostuvo los principios de la familia. Una matrona, a pesar de todo. Verdú, que de vez en cuando atreviase a ir de visita, dijéraselo:

—Yo admiro, misia Justina, las virtudes de la familia venezolana, especialmente de la valenciana. Porque en Venezuela ocurre con las costumbres lo mismo que con las hallacas: dondequiera son mejores.

—Muy verdad es eso, Verdú, por más que digan...

—¡Calumnia, señora, torpe calumnia! A cualquiera que me dijera eso, argüíriale: ahí tiene usted, difamador, ahí tiene usted a una honorable matrona, a una honesta madre de familia rodeada de su prole, a misia Justina García de Belzares.

—Muchas gracias, Verdú —respondía la matrona.

Con el éxito de las frases hechas, Verdú suspiraba conceptos acerca de una sociedad como la de antaño, gala y prez de la sultana del Tacarigua, hoy tan venida a menos a causa de los malos gobiernos. Sobre todo, de Crespo para acá.

Bella sumiase en una admiración muda, rematando los puntos de un sol, e inspiraba a Verdú loas tremendas a las virtudes domésticas que prefería: la Instrucción y el Trabajo. Él la medía con la vista mientras hablaba; conformábase con seguir la urdimbre del tejido, y en tanto emitía conceptos con voz reposada, cual conviene a un institutor. Algunas veces llevaba libros que sólo leía Bella. Josefina burilábase de las lecturas de su hermana.

—¡Qué ridiculez! Unas necedades de un tal Severo Catalina, que tiene más de *Catalina* que de Severo, o las majaderías de doña María del Pilar Sinués.

Carmen Teresa celebraba aquellas donosuras; por hábito, por carácter quizá, se adhería en todo a su hermana. Ella, quien le aconsejaba los trajes y las palabras; ella, quien regañaba a Pepito o la reprendía como a una chicuela, y desde misia Justina hasta Petronila, una negra que las había cargado a todas en la casa, ceñíanse a los caprichos de aquella muchachota frescachona y violenta que daba carreras antes de bañarse cantando a todo pulmón, o salía valientemente, con la vela en la mano y la sábana sobre la camisa, al sentir ruidos nocturnos en el corredor. Esa tarde, un papelito de una de las Montesillo para Josefina había provocado discusiones al ser leído:

Chica: dile a tu mamá que si te deja ir con nosotras al cinematógrafo, para irte a buscar esta tarde y comes aquí que nosotros mismas con papá te llevamos, si no tienes sombrero te pones el azul de Isolina que no va porque le duele mucho una muela, te besa Ana Luisa.

—¡Ay, qué bueno! —gritó palmoteando.
—No me parece tanto; al contrario —y misia Justina observó que la invitaban como suplefalla; que si no hubiera sido por la muela de Isolina...

—¡Ah, sí! ¡Cuándo no ibas a salir tú con tus cosas!
¡No ve que yo nada más soy en Valencia amiga de ellas!

—¡Pero niña! ¿Tú no estás viendo el papel?
—Verdaderamente —se atrevió a terciar Bella.

Pero Josefina se volvió como una leona:

—¡Tú no te metas, ña pasguata!
—Oye, Finita, ven acá —suplicaba Carmen Teresa desde el cuarto en donde se lavaba—. ¡Oye, Finita!

La habían armado gorda misia Justina y la hija rebelde: decíanse sátiras tremendas; Josefina oyó un *descocada* y dos o tres refranes; la señora, entre una marejada de argumentos, sintióse tratada de vieja pasada y ridícula. La mayor se refugió desde el comienzo en la sala y se puso a tejer abrumada, como si dos campanas de escándalo continuaran sonándole en los oídos: *pasguata, pasguata*.

A todas éstas, la sirvienta de las Montesillo esperaba en el anteportón asombrada.

Ya misia Justina se abalanzaba sobre su hija, enfurecida, cuando Carmen Teresa, a medio vestir, se llevó abrazada a su hermanita, que, hecha un mar de lágrimas, chillaba horriblemente.

—¡Finita, niña, por Dios! ¡Que te oye la muchacha, Finita! ¡Estás loca! —y queriendo calmarla, le hacía cariños, le aseguraba que iría, que ella la defendía, que no llorara más, que su mamá era temeraria...

Entre tanto, Bella decía, despachando a la sirvienta:
—Dígale a Ana Luisa que Finita tiene mucho gusto en ir, que nosotras también; que las espera esta tarde; muchos saludos por allá, cariños a las muchacha-

chas; dile eso, que tenemos mucho gusto —y la llevó casi hasta el portón, queriendo apagar con el recado los gritos de Josefina.

* * *

Muy empolvadas, metidas en dos levitas largas, suerte de sotanas de color cuyas piezas unían encajes, bajo dos sombreros enormes, los codos ligeramente arqueados a causa del guante, cubiertas de *guarandingas* y de flores y seguidas de su papá, Ana Luisa y Amelia Montesillo estallaron en besos al mismo entrar. Las líneas angulares que en el semblante de la primera prensaban la piel de los pómulos y de las quijadas, se habían curvado en el de la otra, gastando las facciones como el puño de un bastón de plomo.

Don Cruz, entorpecido, cohibido, trataba de enganchar el sombrero en una repisa.

—¡Qué buena moza, chica!

—¿De veras?

—¿Quién te hizo el vestido?

—Mamá —repuso modestamente la aludida.

Las mujeres vieron atentamente el traje.

—Muy *chic*, chica; muy bien adornado.

—¡Estás dando el palo!

—¡Tonta!

—¡Ya sé que tienes muchas cosas!...

—¿Yo? No sé qué cosas serán.

—La que no te conozca, que te compre.

—No, francamente, no sé —y Ana Luisa abrió los ojos cándidos haciendo con el abanico un gesto aprendido en una postal.

Por último, después de una discusión de sombreros, por entre cuyas plumas se asomaron media docena de amigas, pudo hablar don Cruz:

—Hace calor —vio el cielo y aseguró—: es la *Carnícula*.

—Muchísimo —agregó misia Justina, con quien hacía *pendant* su mecedor—; y dígame: ¿cómo está Ana Josefa?

—Bien por lo conforme. Es decir, bien, no: antier se purgó, ayer no le había hecho *defecto* ninguno; es una tapia. Hoy le iban a poner unas ayudas.

Las muchachas formaban grupo aparte. Sin embargo, sufrían tanto las hijas de don Cruz con las llanezas de su papá... Ellas que eran tan *chics*... Pero don Cruz no se corregía, soltaba ternos, escupía por el colmillo. Su educación era una alarma, y eso que tenían al pobre hombre como embozalado: la mujer le daba pisotones de aviso por debajo de la mesa; sus hijas le quitaban la palabra de la boca temiendo una de las suyas; y tan contenido le tenían, que cuando por cualquier circunstancia se descuidaban, las soltaba todas antes de que le quitaran la palabra.

—Pues bueno —continuó impasible, haciendo como que no veía los ojos fulgurantes de sus hijas—, yo le dije a las muchachas: «¿Cómo vamos a perder los reales del billete? Ya que Isolina no puede ir..., ¡convídense una amiguita!...».

Misia Justina dirigió a su hija una mirada horrible y movió la cabeza.

Las Montesillo, muy ruborosas, muy charlatanas, besábanse con Finita, que acababa de salirles.

—¡Así me gusta verte!

—¡Conquista segura!

—¿Y...?

Pero la niña hizo un gesto prudente y las tres chichearon.

—¡Ay, niña! Cosas horribles.

—Ana Luisa, acuérdate que no lo íbamos a decir.

—Eso no importa: Finita y Carmen son como de casa.

—Ya lo creo, no faltaba más...

—¡Caramba contigo! —agregó por todo descargo Amelia, preparando a Carmen Teresa con palabras vagas—: «Eso debe ser embuste». «Tú sabes cómo son aquí».

—¿Tú conoces a Manuel Menéndez?

—Sí, chica; hijo de don José del Carmen: uno que anda «con su sombrero colocado así».

—Y luciendo todo lo que Dios no le dio.

—¡Ah! Sí..., el del baile, Carmen Teresa —concluyó Josefina volviéndose a su hermana en inteligencia risueña— el del baile.

Ésta, levemente cortada, se acordó al fin:

—Ajá, bueno: ¿qué pasó?

Las Montesillo soltaron el trapo a reír.

—¡Es lo más gracioso!

—¡Divertidísimo!

—¿Quién, Manuelito?

—No, niña, el cuento... Manuelito es un necio.

—¡Ah! Es aquel que tú...

—Un imbécil; yo nunca le hice caso.

—Figúrate que antier, el santo de la novia que ahora tiene...

—Una tal Cleofe Núñez...

—Una fulana de la calle San José —ayudó Amelia.

—... Y le mandó de regalo un prendedor —terminó la primera.

—No le veo la gracia a tu cuento, chica —observó Josefina.

—Verás... El prendedor era una P de oro, y el padre, que es medio bruto, lo corrió de la casa.

De la carcajada débil de Carmen Teresa, hasta la más violenta de las Montesillo, corría la convulsiva risa de Josefina.

Los viejos volviéronse risueños, con el frescor que dan al rostro de los padres las alegrías juveniles.

—¡Qué divertidas!

—Feliz edad —suspiró misia Justina sobándose la rabadilla.

Morían las últimas risas en sollozos o súbitos retrocesos a la hilaridad, cuando, sombrero en mano, don Cruz se despedía:

—Vaya, pues. Esto ya va largo. Me llevo las muchachas; aunque ya nosotros somos gente al agua, misia Justina. A mí me gusta mucho la linterna mágica.

—El cinematógrafo, papá.

—Bueno, el tereque ese. ¡Miren que esos *musiús* saben! ¿Usted no lo ha visto? Sale la gente así como usted y como yo, caminan, comen, y, con perdón sea dicho, hasta hacen necesarias delante de uno.

—¡Papá, por Dios!

—¡Las cosas de papá!

Pero aquello dio que reír. Misia Justina no hallaba mal las «sencilleces» de don Cruz, que era tan bueno. Él insistía en su elogio de lo que sabe «esa

gente». Y manifestó mucha complacencia en llevar las muchachas a divertirse.

—Eso es muy barato y uno goza. Pero esas representaciones de títeres y reyes, ¡no embromen! Yo gozo con las muchachas.

—Finita no quería ir, pero por tratarse de ustedes...

—Muchas gracias.

—Y estas hijas mías que se quieren tanto unas con otras.

—Así debe ser. Lo que yo les digo a éstas cuando pelean. Y a la madre lo mismo; miren a misia Justina y a sus hijas: allí no se oye nunca un alboroto; ésa es educación.

—Pero cualquiera creería que nosotras...

—Ya lo creo si me cuestan un sentido: que las monjas de Curaçao; para casa de las monjas de Curaçao; que la madre de don Simón, para casa de la madre de don Simón, que las clases de pintura... ¡No me diga! Antes uno daba el Catón y el Fleury, sabía poner su nombre, se jaguaba la boca y se bañaba todos los domingos.

—Pues Finita —cortó misia Justina viendo el azoramiento de las muchachas— tiene mucho gusto en ir; ella no quería, y que porque le daba pena con usted la frecuencia de las invitaciones. ¡Porque estas muchachas mías son así! Penosas... Pero por fin yo me empené, y Bella también.

Nadie se había acordado de ella, y entonces preguntaron a una:

—¿Dónde está?

—Fue a la hora de la adoración. No falta nunca.

—La pobre...

—A Carmen no la invitamos porque sabemos que ella no va —dijo con carácter de excusa Ana Luisa. Se despidieron por turnos. Don Cruz repitió que él tenía mucho gusto y echó abajo la repisa al coger su sombrero.

Estallaron de nuevo besos.

—Adiós, negra.

—Adiós.

—Muchas cosas por allá.

—Del mismo modo.

Salieron, no sin antes darse un vistazo en el espejo de la consola.

—Que se diviertan —les gritó Carmen Teresa por el postigo de la ventana.

De pronto las detuvo:

—Oye, Finita.

Ésta se devolvió disgustada. Una vez cerca, aquélla le advirtió a media voz:

—Llevas la manera abierta.

Las Montesillo y su papá se impacientaban.

—¡Válgame Dios, otra parada!

—¡Qué fastidio!

—¡Qué monerías!

—¿Quién tiene la culpa?

—¿Quién la va a tener? Tú que te pones a invitar gente cursi.

* * *

Toda la tarde fue de ventana. Se tocaron vales criollos de Díaz Peña, a cuatro manos. Después de la comida, don Cruz las llevó al teatro, no antes de cerciorarse si el programa era moral... Pero se trataba de *La Pasión del Señor*.

La señora Montesillo supo que algunas veces salían en *las vistas* cosas indecentes: una mujer bañándose, dos enamorados sin miramientos... Advirtiéndoles desde su severidad que si no eran malas *las vistas*, podían ir. Para ella la moral era lo primero; sus hijas así lo comprendían y podían dar fe de lo cuidadosamente que tapaba algunos desnudos en los cromos, expurgaba los periódicos antes de que los leyeran y no permitía libros de cierta índole en su casa. Algunos eclesiásticos, entre ellos el padre Benítez, tenían gran influencia en la familia. ¡Cómo Cruz era tan descuidado!

Por línea materna misia Ana Josefa era Rodríguez Pérez; los Rodríguez Pérez, en tres generaciones representaban una familia de Baruta, gentes muy distinguidas en aquella sociedad. Había casado con Montesillo, algo inferior a ella, es cierto pero, por otra parte, un sujeto muy honorable, agricultor de buenas costumbres. Ella educaba sus hijas a lo Ro-

dríguez Pérez: Religión y gente Decente. A la casa de Rodríguez Pérez no entraba todo el mundo: de ahí que no aceptara con mucho agrado a *algunas personas* con quienes por deberes sociales tenía que codearse.

Usaba timbre, y en un cuadrito a la entrada leíase: «Dios bendiga este hogar», bordado por las niñas cuando se estaban educando.

—Oye, ésa es... Vuélvete con disimulo de aquí a un momentico.

Josefina, entre ambas Montesillo, desde una butaca volviése hacia el palco presidencial: había cuatro hombres. De distintas fisonomías, no obstante, todos cuatro tenían el mismo aire imbécil.

—¿Cuál?...

—El de la derecha tuya...

—¿Ése?

Del patio muchos le contemplaban. Era más divertido que el cinematógrafo. Tras el joven magistrado, algunos no menos jóvenes se inclinaban galantes como tras un escote... En ese momento, la mirada del presidente se detuvo en ella. Inclínose éste un punto a su compañero de localidad, díjole algo, y entonces ambos tornaron a mirarla. Era con ella. Bajó los ojos. Ana Luisa decíales no sé qué; ella, para poder fruncir graciosamente los labios y abrir mucho los ojos en mirada ingenua hacia el proscenio, contestaba sin sentido... Con el rabillo del ojo observó que él no dejaba de verla, y dos o tres veces habló de nuevo al otro.

Al apagarse las luces, vagamente percibía la mirada del doctor Bebé. No era feo: un bigotico bien cuidado ornaba su labio, tenía buen color..., y buscó algunos parecidos en las figuras que desfilaban por el telón... Uno de los sayones que entre las rechiflas de galería aporreaba a Nuestro Señor en la película de *La Pasión* era exacto a Guillermo. Sólo que no llevaba lentes, y en vez del sombrero de Panamá tocábase con un casco romano. La película contristaba los ánimos: un Jesús flaco como un arenque, atado a la columna, recibía latigazos, imitados tras la tela, con golpes dados en un cajón. La sonoridad de carnes

de Nuestro Señor causaba profunda lástima y ponía odios en aquellos corazones cristianos... Algunas lágrimas acudieron a los ojos de las mujeres.

—¡Ay, chica, pobrecito! ¡Mira cómo le dan!

—Mira, chica: ya se cayó.

Pero Josefina sentía una angustia mortal de ver a Guillermo entre los sayones, a quienes de chiquita rompía los rostros en la Historia Sagrada.

Un rumor de distintas modalidades acusaba el sadismo de las multitudes ante aquellos suplicios grotescos y las contorsiones con que el yanqui que hacía de Jesús aparecía en las terrazas del Pretorio. De un golpe, por sobre la Historia y la tradición, pasaba por la calle de la Amargura, se daba tres caídas, desfilaban las piadosas mujeres, y, por último, le enclavaban a la cruz, le propinaban la esponja, le daban un lanzazo, se moría, y, surgiendo luego en apoteosis complicada sobre nubes de algodón absorbente, subía al seno del Padre, como se nos dice en la antigua exégesis.

El público, emocionado, aplaudía.

Aquella impresión se borraba con otras cosas chistosas: «perros inteligentes», «niños que vengan a su papá», «escenas cómicas de hombres en pantaloncillos».

La proverbial orquesta atacaba los vales en moda: *Siempre invicto, Copey, ¿Quién paga el palo?...*

Don Cruz fumaba en el pasillo. Las tres muchachas paseaban del brazo.

—¿Viste? Es el mismo de ayer tarde.

—¡Niñas, tres horas en la esquina!

—Tan antipático.

—Pero, hija, ¡qué sombrero el de Beatricita! Es una torta.

—No tendrá otro.

—De veras. A falta de pan...

—Mira cómo te ve...

—¿Quién?

—¡Te haces tú la tonta!

—La pobre Elisa.

—Adiós.

—Adío... —contestaron desde el fondo de un palco.

Mozalbetes rizados recostábanse a las barandas, al paso, tomando posturas de retrato, con ese aire postizo de énfasis amanerado que tienen los elegantes de provincia. Tras ellos, un poeta grasiento asomábase para despreciar el país.

—Ya con ése van tres...

—¡Tres!...

—Es decir, de la última estación, porque ya está madura.

—Pero, niña ese vestido de punticos es como aquello que cuentan de la túnica de Nuestro Señor.

—Desde que la conozco...

—Dicen que los novios por eso se cansan.

Y misia Rita que escupe a uno cuando habla.

—Si no engancha a éste... , ¡me parece!

—Mira, chica... Otra vez.

—¡No sean tontas!

—¿Vaya, la presidenta! Te das ya humos...

—Oye: una escuela de corte y costura para mí.

—Para tí, de corte nada más...

—Dejemos que cosan las Melindres... Chica, ¡qué tamaños! Han engordado a lo largo.

—A Joaquincito Ruda, cuando se case, le van a tener que poner escaleras...

—O vivir en casa de alto. Ella, en los bajos.

—Y las dos tías, en el entresuelo.

—¡Pobres..., son muy buenas!

—Bonísimas. Y que gustaron mucho. Les hacia versos Patricio García cuando «La primera piedra».

—Mira..., y ¡qué mirada!

Pero Josefina, mortificadísima, había visto a Guillermo en galería. ¡Una desilusión! ¡Su mamá tenía razón: un... cualquiera! Las bromas, después de aquellas miradas, se le metían cabeza adentro. Con optimismo de veinte años dio por hecha la conquista... Un tropel de cosas confusas, como una red de caminos a un mismo punto, llevábanla por vías sentimentales, sociales y prácticas hacia aquel palco. Y no vio *Los perros contrabandistas* ni *El corazón gobierna la cabeza*; sólo advirtió, por las carcajadas

de don Cruz, detalles fugaces de *Los percances de Estefanía*; una infeliz a quien un dirigible arranca las enaguas en plena calle.

A la salida, rodeado de sus amigos y empleados (todavía no existía el Himno eucarístico de Carabobo), el doctor Bebé esperaba al pie de la escalera. Desfilaron algunas familias. Una señora de edad, gordísima, temiendo el tropel, salió adelante cojeando de una manera lamentable. Le precedían dos niñas flacas y tristes.

Al pasar Josefina entre las Montesillo, éstas le dieron con el codo... Ella sonrió ruborizada.

El doctor Bebé alzó su sombrero cortésmente.

Todavía en la calle, sacó la cabeza del coche para verla marcharse, y ella se volvió dos o tres veces para hablar a don Cruz.

En la esquina del Colegio Nacional halló a Guillermo. Pasó sin darle las buenas noches. Se acordó del sayón barrigudo con túnica plagada hasta las rodillas. Lo encontró ridículo.

Al día siguiente, cuando lo vio venir, se quitó de la ventana. Por la noche, él pasó corriendo un trueno con dos mujeres, cantando aquello de

*Costas las de Levante... ,
playas las de Lloret.*

El coche de Bebé comenzó a recorrer la calle por las tardes. Los vecinos lo notaron. Una lavandera que vivía en la cochera de la esquina, y con quien Guillermo llevaba relaciones, le insinuó algo. Éste le dirigió entonces una carta llamándola «pérfida», y ella le contestó devolviéndole un montón de cartas y papelitos, el retrato y varios pelos pegados en una tarjeta. A los pocos días, *El Cronista*, en la sección «Remitidos», publicaba un soneto firmado X Z y dedicado «A una ingrata».

v

Como el nuevo gobierno tenía ya diez días de existencia, el grupo de comerciantes «políticos», a cuya cabeza manteníase Goenaga, por especial aptitud, se había insinuado, comenzando por el saludo de deber al magistrado; seguíanse las visitas obligadas

en fuerza de la situación comercial, que es necesario asegurar «para que no se metan con uno»; y merced a pretextos más o menos lícitos, la reunión casual entre algunos íntimos, las cosas «en confianza» y puramente familiares. Casi ninguno de los patanes que se allegan a posiciones políticas resiste al encanto de sobar cojines y de hablar con niñas decentes. ¡Cómo, cómo rehusar al atractivo de quien les presenta su señora y sus hijas, les recibe en su sala, enciende más luces en su obsequio y les pone delante una sonrisa y un amable gesto de complacencia!... La más burda psicología puede darnos idea del intenso placer con que han de verse cristalizados, en mujeres hermosas, antes imposibles, y en caballeros galantes, antes desdeñosos, los sueños calenturientos de la choza, de la barriada lejana o de en medio de la calle.

En aquel especie de palenque que a cada nuevo orden de cosas se abre en Valencia y en cuya liza se va consumiendo el decoro de antaño, las Montesillo llevaron el trofeo, lo instalaron en el mejor sitio de su sala, bajo el retrato que don Juan Antonio Michelena hiciera del abuelo Pérez Estropajosa; le dieron de almorzar, le agasajaron de todas suertes, y misia Ana Josefa logró, a instancias del padre Benítez, un decreto de Fomento disponiendo mil bolívares para la capilla de San Benedicto, que, a decir de la señora, era un santo como de la familia.

Don Cruz no tuvo reparo en ofrecer dos o tres reuniones y asistir con las muchachas a un baile, a una comida, a un paseo a la Laguna... Después, la atmósfera íntima se condensó en expansivas visitas y en extender sus simpatías amistosas por las relaciones de aquella familia a quien Bebé debía ya tantos servicios...

Eran habituales las peregrinaciones que de su casa para la de las Montesillo emprendían misia Justina y sus hijas. Josefina, particularmente, se pasaba días enteros con sus amigas. Bebé demostraba algún interés por ella, y queriéndole hacer grata la casa, se la mandaban a buscar para que les tocara guitarra. Aquello llevaba buen camino; sin embargo, toda-

vía muy vagamente, parecía que Isolina Montesillo también le hacía buena sangre. Ambas se hallaban en ese período en que, estando enamoradas de un mismo hombre, cómense a besos sin saber por qué. Pero misia Justina, que era una madre prudente, se enfermó del hígado, determinando la fugaz escena en que los cariños entre hombre y mujer se quitan la careta de «afecto» para convertirse en lo que verdaderamente son. Viene luego la palabra incoherente, penosamente arrastrada.

Y así vino la de Bebé en una de esas aburridas reuniones de cerveza nacional y dulce de higos, donde se dicen tonterías, se pierden dos o tres horas de sueño y que se caracterizan con aquel resumen piadoso: «Muy bonita la fiestecita, muy sencilla».

Así, sencillamente, Bebé redactó, después de frases entrecortadas, galanterías manoseadas: Desde que la viera en el teatro... ¿Se acordaba ella?... Ciertamente, él no supo qué *daban*.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! —suspiró, colocando con tacto blando las manos en las rodillas.

—*La pasión del Señor*.

—Y la mía —tornó a decir con voz suavísima.

—¿Es usted apasionado?

—No lo era. Desde esa noche...

—Sin duda, la película...

—¡Qué mejor película...!

(Aquí se cortó: comprendió que había dicho una necedad.)

—¿Cómo decía?

—No..., que... usted, tú, sólo tú tenías mi atención.

—¿De veras?

Así se deslizó aquel diálogo. Las muchachas bromeaban de lejos. Isolina tuvo una alegría súbita, extemporánea, mal simulada, y con el esfuerzo le dolieron las muelas. Pepito, nerviosísimo, al lado de su novia. Misia Justina, entre una tía de las Melindre, que sufría de sordera, y la señora Montesillo, que se había quedado muy seria, ponía en aquel sofá distante donde su hija hablaba con Bebé los cinco

sentidos y las tres potencias; en mientes ofrecía un fuerte para el pan de San Antonio.

Esa noche, al acompañarles Bebé hasta la puerta, se empeñó en que aceptaran su coche. Carmen Teresa sufría una ligera tos. Había sereno. Por un momento, ante la victoria presidencial, vacilaron. Josefina acogió gozosa tal idea, pero Pepito dio un codazo a Carmen Teresa y ella y su mamá se opusieron.

—No, doctor; muchísimas gracias por la atención. Es cerca. Iremos a pie... Pepe nos acompaña.

¡En ese caso, de ningún modo...; él también iría! Y luego de insistir nuevamente despidió su coche.

Hasta su casa las condujo. Iba delante con Josefina, diciéndole una vez más cuanto ya le dijera en la sala de las Montesillo. Pero ahora sentía el ánimo más ligero, y ella, apoyada en su brazo, parecía abandonarse en aquel aire de sentimentalismo y de medias palabras: «...los hombres eran ingratos...», «...no había felicidad en este mundo...».

Las estrellas altas y brillantes daban una luz metálica a las calles desiertas. Algunos perros ladraban en los portones. De tiempo en tiempo, los gallos cantaban, prolongando su canto muy lejos.

«...No todos...; algunos resisten y se consumen por una pasión única, que acaba primero con las ilusiones y después con la vida...». Aquella frase le salió bastante bien.

Al bajar una acera, él la sintió casi encima, a causa de cierto tropezón... Sonrieron.

—¡Qué aceras, Dios mío!

—Se compondrán —repuso con suficiencia.

Un poco alejados, rumoraban atrás misía Justina, Pepito y Carmen Teresa. Entonces, faltando apenas dos cuadras para llegar, ella suspiró:

—Ya...

Y él, apretándole el brazo, como en un momento de fiebre, le dijo ternuras confusas; frases hechas que el deseo sacudía como un gato entre periódicos, e inclinándose mucho, besó la mano que se apoyaba en su antebrazo. Ella la retiró prontamente. Estaban frente a la casa.

—¡Qué corto el camino! —exclamó él con voz grotesca.

—Así es el amor de los hombres —suspiró de nuevo, envolviéndole en una mirada húmeda.

Bebé regresó con Pepito. Se mostró tan contento esa noche, que, apeándole el tratamiento, comenzó a tutearle...

Habló del porvenir de los jóvenes... Él siempre se interesaba por ellos. Castro tenía una gran virtud: su amor a la juventud... Largamente disertó acerca del *elemento joven*, del hogar, de la inestabilidad económica en que se vive... Hacía su autobiografía...; todo lo debía a esfuerzos propios.

Algo afectuoso germinaba en aquellas frases que Pepito recogía con aquiescencia de monosílabos. Después dejó entreverle que pensaba hacer algunos cambios en las oficinas, y quizá lo mejoraría...

—Bueno, joven; hasta mañana.

—Hasta mañana, mi doctor.

Y con un regocijo inmenso en el alma, el cigarro en la boca y el paso acelerado de un cazador de fortuna, se alejó calle abajo, a la luz de las estrellas.

* * *

Un mes más tarde, Pepito fue llamado al despacho de la Secretaría general. Como de costumbre, creyó que se trataba de hacer alguna nota o indicación; sin embargo, entró algo inquieto.

—Lo he mandado a llamar —comenzó Bebé, pasando con él hacia el juego de sillones que en un extremo del salón han desteñido los traseros aspirantes de la parroquia— para hablarle seriamente de un asunto en el cual quiero inmiscuirme, y quiero inmiscuirme en provecho suyo..., suyo y de los de su casa.

—Yo le agradezco mucho —se atrevió a interrumpir—; misía Justina me ha dicho...

—De eso iba precisamente a hablarte —la voz presidencial, suavizándose, llegaba al tono del tuteo. En aquel momento, Pedro, como una sombra fatídica, dijo desde la puerta:

—Aquí está López.

—¡Ah! Que pase inmediatamente...

Y Bebé alzándose de súbito, fue al encuentro de un hombrecito barroso, de aspecto menguado, que andaba como sobre algodones.

—A sus órdenes, doctor —dijo con acento sumiso.

En un ángulo del despacho hablaron mucho rato. Pepito, intrigado por lo que acababa de oír, trataba de explicarse aquel exordio.

De pronto se alzó la voz despótica del presidente:

—Es eso. ¡No saben sino coger el sueldo!... ¡No representan el puesto ni sirven para nada!

—Pero la mujer... —balbuceaba el empleaducho.

—¡No, no; yo estoy mejor informado de lo que usted se figura! ¡Yo sé todo lo que pasa en la República y no voy a saber lo que usted hace en San Blas!

—Pero la mujer...

—No me diga más nada.

—Pero la mujer... —ganguceaba el infeliz

—¡Le repito que ni una palabra más! A ver —dijo volviéndose a Pepito.

Éste se alzó como movido por un resorte.

—Llame usted a la Jefatura civil de San Blas y dígame al general Piedrahita que destituya al señor —y designó al hombrecito sin verlo—, y que nombre secretario...

Se detuvo. Pensó e hizo un gesto vago aplazando el telefonema. Luego, con aire imperativo, despidió al destituido.

—Hemos terminado.

Lívido, retrocediendo de espaldas hasta la puerta, el pobre hombre hizo una cortesía abyecta y salió.

—¡Miren al hombre! ¡Le doy el cargo, le aumento el sueldo, le perdono dos o tres vagabunderías, va y se saca una muchacha de una casa de familia respetable! ¡Un gran bribón! Y yo le tengo dicho a mis empleados: «La primera condición, moralidad».

Pepito tembló. Aquella maldita *Miso* era tan escandalosa... Pero volvió a tranquilizarse cuando Bebé, tras algunas condiciones, que él apoyó con la doctrina de «¿Qué hora es? La que usted quiera», abordó de nuevo la interrumpida conversación:

—Bien: yo voy a depurar esto —y demarcó un pe-rímetro—. He pensado nombrarlo a usted director

de la Sección de Estadística, y le voy a aumentar el sueldo; sólo que, como en el presupuesto figuran cuatrocientos bolívares, yo le daré doscientos más por otro respecto.

¡Por otro respecto! Por otro respecto, él ascendía de aquel modo... Tenía la confianza de Bebé. Cada día, pródigamente, las Belzares recibían atenciones de éste, que Pepito agradecía, solidario con la familia y como «más viejo en la casa». ¡Ahora aquella protección se extendía hasta él, y de qué modo! Ya no era la Escuela de corte y costura para Bella, la inspectoría de escuelas para misía Justina, y la pulsera, la cadena y el solitario para Josefina y Carmen Teresa... También hasta él llegaba la onda de bienestar. Refieren algunos viajeros que en la pampa argentina a veces sopla cierto aire que exacerba el sistema nervioso; en Venezuela, cuando «sopla brisa», las gentes le toman al favorecido un cariño súbito y entrañable. A ellos les soplaba: el saludo era más expresivo, llovíanle las invitaciones para toda suerte de actos y el nombre de las Belzares ocupaba sitio primero en la «lista de las damas que concurren». También hasta él, además del afecto de muchos amigos y del aprecio de todo el mundo, llegaba una dirección con su carpeta y un subalterno a quien dar con voz imperiosa las órdenes tantas veces recibidas. Estar arriba: coche, dinero, diversiones, despreciar a unos cuantos; la *Miso* iría a emburrar cañas. Estar arriba: la popular fábula de la troje donde duermen las gallinas, que las que están encima...

Bebé siguió, con acento suave, con modales persuasivos:

—También, y esto acá en confianza —agregó sonriendo—, ¿no crees que sería bueno pensar en casarte?

Pepito pensaba en lo de las gallinas.

Con voz meliflua contestó vagamente:

—¡Sí, cómo no! Yo no pienso en otra cosa.

—Esa muchacha tan virtuosa, tanto que lo quiere, la misma familia tan buena; ésa es una gente inmejorable.

—Pero es que...

—Mire, Pepito: esa gente es muy buena. Ninguno como usted lo sabe. Yo deseo ayudarlas de todos modos, y, naturalmente, a usted también, que además es buen amigo mío; yo no quiero que, por falta de unos centavos, eso no se haga.

Eso no era así, como si dijéramos, muy grato; pero Pepito, adormecido por la voz insinuante de aquel hombre, a quien veía adorable entre su *flux* de casimir claro, seducido por un magistrado tan lleno de almíbar, habló fogosamente de su amor por Carmen Teresa, de lo que ella era para él, de lo caro que salen los muebles, de lo «virtuosas que son esas muchachas», de sus pocos medios...

—Por los medios no se preocupe.

¡No, qué iba él a preocuparse por los gastos, tratándose de un hombre como el doctor!

Con sensualidades veladas uno, casi enternecido el otro, hablaron de aquel enlace y consideraron algunas ideas generales acerca de la necesidad de tomar estado, sobre todo a cierta edad en que ya el hombre necesita de los goces puros del matrimonio.

Bebé con tono enigmático le dejó entrever que él también pensaba... Eso sí, se iría con calma, decía; se requiere que en el marido concurren muchas condiciones de que yo carezco.

—La tranquilidad —afirmó Pepito...

* * *

Las Belzares, radiantes, supieron esa misma noche. Hasta muy tarde, en camisa, sentadas en el borde de las camas, comentaron la noticia. Indudablemente que la Divina Providencia había tomado cartas en el asunto. ¿No lo estaba diciendo todo lo que ocurría como por encanto? Las amistades aumentaron en número y en afectos. A Josefina la idolatraban sus amiguitas. Era un ángel, un ángel caído del cielo en plena calle del Mercado, compartiendo al lado de Bebé el culto que Carabobo rendía a su joven magistrado. Larga hilera de coches desfilaba por la avenida, entre una polvareda, bajo el alegre sol de los domingos. El álbum de recortes de calcomanías fue sustituido por otro en que se leían versos

de Valdés Pacheco, aforismos del doctor Antolín Reyes y unas «Emociones de biscuit» por Cróquer García. No se trataban con las Montesillo: notarán cierta reserva en aquella «ridículas», como decía Josefina. Verdú, recibido por dos veces en el corredor, tuvo a bien ausentarse, no sin antes decir una ironía tremenda que, por fortuna, nadie entendió. Misia Justina compró una gorra marrón para reemplazar el solideo que había coronado desde el 86 su viudez auténtica. Dieron bailecitos con mermelada y entre ambos novios se costeara la cerveza.

La madre de Pepito preparaba una mistela deliciosa, que Bebé tenía la pena de no saborear a causa de sus frecuentes irritaciones intestinales.

Aquel enamoramiento comentábalo la sociedad y ponía envidiosos a los otros empleados que tenían muchachas buenas mozas en su familia, cuando de mediodía la sirvienta se presentaba a la oficina presidencial portando una jarra de guanabanada o caratillo de arroz con su rajita de canela; entre la servilleta, un papelito rogaba: «Mi negro, no dejes tu amor esperando como anoche», o bien: «Dime cómo sigues del estómago; yo estoy muy triste. Mándame la otra jarra que está allá.»

Suavemente, a la luz de la pantalla donde Bella bordaba, un sueñecillo abatía de tiempo en tiempo la cabeza de la mamá, bajo el cromo de «Los diferentes estados de la edad del hombre». Las muchachas conversaban con sus novios en los extremos de la salita, a la delicia de una media luz que ponía sombras movibles en el empapelado.

Periódicamente, el hígado de misia Justina tenía la benevolencia de afectarse. Bella asistía entonces a los coloquios, pero los novios sentían una sed abrasadora y la servicial muchacha iba en busca de sendos vasos de agua.

Próximo el matrimonio de Carmen Teresa, no era precisa aquella intransigente vigilancia, y tratándose de Bebé, su reputación circumspecta alejaba toda prevención.

—Ese es un caballero —decía misia Justina entre eructos que le cortaban la voz—. Ese es un caballero; me hace recordar a Belzares.

Así que aquel noviazgo, asilado en la ventana de celosía, parecía presidir el bienestar de la familia. Tenía algo de paternal. Las hermanas de Josefina llamaban familiarmente *Cuñía* a Bebé. Era un apodo de los más comprometedor.

—Tú no me quieres tanto como dices —suspiraba Josefina, de manos cogidas.

—Te adoro.

—Si me adoras, ¿por qué me exiges eso?...

—Pues... porque te quiero mucho..., muchísimo. Oye: ¿qué tienes? ¿No confías en mí? ¿Crees que sería capaz de engañarte?

—No, mi amor; pero quién sabe... —respondía con un mohín.

Entonces él se inclinaba: tras el abanico, uno de esos besos glotones que estrujan los labios unía sus bocas, y como el tinajero estaba lejos y Bella se demoraba, aquel beso, venciendo débiles resistencias, bajaba por el cuello, recorría los brazos desde la punta de los dedos: «...aquí no se compra carne, ni aquí, ni aquí, ni aquí, ni aquí... tampoco; pero aquí..., sí».

Y era una cosquilla tremenda. Con sus caricias inocentes hacían golpear en veces los batientes de la ventana, y se quedaban entonces perplejos, asustados, o exclamaba él con voz grotesca:

—¡Hace un calor...!

Bajo el corpiño, el corazón de Josefina saltaba. Las manos, pequeñas y gordas, se cruzaban sobre el pecho.

—En la boca no más, mi amor; en la boca no más.

Pero, ¡Dios mío!, cómo contener aquella ola de ternura que turbaba sus sentidos y que ponía en sus miembros un perezoso abandono. Sin darse cuenta negaba los labios para otorgar luego mucho más, y desfallecía pálida, con los ojos cerrados, rodeándolo con sus brazos y suplicándole:

—¡Ay! No mi bien; suéltame, negrito, suéltame.

En los días inmediatos al matrimonio de su hermana, el apasionamiento de Josefina cobró alas. Aquellos aprestos de ropa blanca, aquel aire lánguido de Carmen Teresa, cuyos ojos se humedecían a menudo, toda la atmósfera sensual de las bodas, le llenaba la imaginación de ternuras locas, en abandonos pudorosos..., la envidia de las amigas... el rumor de los coches..., las flores..., el dulce misterio que envuelve a las desposadas y que poetisan las mismas máquinas de coser: ¡la felicidad! Esa felicidad que llena de esperanzas a las doncellas y cuyo culto no extinguen ni las primeras canas ni las últimas pasiones.

Por acaso, un libro de medicina caído en sus manos, cierta reticencia de las novelas, aquel algo misterioso de los cuentos de infancia y toda la sabiduría de la escuela, evocabanle cosas agradablemente extrañas, con las formas inmediatas; después de aquellas caricias, en lentas meditaciones, forjaba escenas de abandono, estrechando las almohadas, mordiendo las sábanas; sus ojos se inundaban de lágrimas que corrían por su ardorosa piel.

Comenzó a bordar de un figurín el dibujo de un gentil cazador; pero cierta puntada convirtió la escopeta en escoba. Rabió. Rompió la labor. Pasó un día contrariadísima; para mayor fastidio, una visita que se fue a las cinco la retuvo todo el mediodía, interrumpiendo los primeros párrafos de una carta de reproches tristísimos en donde llamaba a Bebé «monstruo cruel y sin entrañas» por no haber ido a la misa de nueve en el santuario de María Auxiliadora. Y esto, estrenándose ella el vestido de moticas. Era horrible. Tuvo jaqueca. Por la noche le declaró que lo odiaba, le halló ridícula la corbata y confesó que a ella le encantaba el mocho Hernández.

—Pero, niña, y eso ¿qué es? —decía él asombrado.

—¡Eso! Eso es que usted me es odioso, que no lo quiero ver más, que es usted un..., que yo no lo quiero ya.

Y destrozó un abanico.

Contra su costumbre, Bebé faltó tres noches a la visita. Era 6 de julio, y el matrimonio de Pepito estaba

fijado para el 16, día del Carmen. Pero esa tarde, bajo la jarra del caratillo, la letra tortuosa y atrabiliaria de Josefina pedía un perdón tan melancólico, tan sumiso, que Bebé sonrió... Era, indudablemente, un seductor.

En aquel momento entraba Pepito con varios paquetes.

—Oye —le dijo Bebé, chasqueando la lengua para extraerse de las muelas una hilacha de guanábana—: ¿cómo con cuánto tendrás tú para lo que te falta?

—¿Metiendo en la cuenta el cura y los sandwiches?

—Sí, con todo —repuso, después de sacarse con el pulgar y el índice aquella molesta incrustación.

—Unos... —miró al techo un rato y dijo, de pronto, como resolviéndose—, ¡con seiscientos tengo!

—¿Pesos? —preguntóle, alarmado, Bebé.

—No, bolívares.

—¡Ah! Entonces dile a Luis que te extienda eso en tres resoluciones: dos a cargo de Fomento y otra para una comisión del servicio, y te vienes para que me acompañes a ver los trabajos del Morro.

Detúvose un punto reflexionando, y agregó:

—Mira, no; mejor es que figure en Fomento la otra también; como eso hay que publicarlo... Pones un telegrama para *El Constitucional*, dirígesele al mismo Gumersindo, Duque te lo puede escribir, participando que se han erogado seiscientos bolívares para el Fomento y tal. Tú sabes cómo es. ¡Ah!, no te olvides de decir algo del hombre.

—Bueno, bueno: ¡un palo de telegrama!

Volvióse, guiñando el ojo desde la puerta.

—¿Se resolvió, por fin, la chica de Las Cocuicitas?

—No; todavía está con que ella es una muchacha honrada y que sólo la necesidad... —repuso con una sonrisa cínica.

—¡Ah, caramba, doctor! De esa cabuya tengo yo un rollo. Mire: una vez enamoraba yo una muchacha de buena familia, pero venida a menos; ¡estaba admirado de lo virtuosa que era! Muriéndose de hambre, que no hay boca más elocuente que la boca del

estómago, mire que yo le daba, la instaba de todos modos, hasta le ofrecí casarme... ¡Nada! ¡Era una piedra! No se dejaba ni tocar las piernas, hasta que por fin di con la causa de aquella virtud.

—¿Cuál era?

—¡Que tenía la camisa remendada!

VI

Vivieron los primeros meses de matrimonio en una pequeña quinta de Camoruco Viejo, medio oculta entre guamos, a dos cuadras del río donde se oía a ciertas horas el trueno lejano de las locomotoras que cruzan la vía allá abajo.

Una modesta existencia de muebles de mimbre, *cocktail* al mediodía y veladas leyendo los periódicos de Caracas que él traía todas las tardes de la oficina.

El cielo, infinitamente límpido, recortado por los cerros que como una ola de piedra azul descenden desde las alturas de Bárbula abriendo paso a un aire impregnado de sales; la fresca visión de las vegas del río; la inmóvil actitud de los árboles; los caminos de tierra muy roja por entre herbazales muy verdes, y aquella dulce paz de las noches de luna que pone blancos los senderos y negros los matorrales como en un panorama fotográfico; todo ese vago encanto de los temperamentos urbanos, entre árboles altos y agua fresca, despertados a la vida de la ciudad por el repique matutino de las iglesias que quedan lejos adormeció los primeros días el amor tierno y reservado de la luna de miel.

Algunas veces, ya en las últimas fases del cuarto menguante, se reunían en el corredor a tomar el aire los de la familia. Josefina casi siempre estaba con su hermana casada. Bella bordaba en su casa pensando en Verdú. Misia Justina continuaba mal del hígado. Templaron el viejísimo Pleyel. Finita al principio molió el instrumento, pero prefería estar en Camoruco, gozando las apacibles siestas, bañándose en el río, comiendo mangos, pudiendo pasear sin corsé, entonando con los ojos entrecerrados, en

la reunión de familia, al lado de su novio, canciones alusivas:

*En estas soledades
que me recuerdan, que me recuerdan...*

y aquel recuerdo se distendía en el bordoneo de la guitarra con adormecedora lentitud.

Mediaba agosto. Un viento persistente comenzaba a batir los ceibos; los últimos aguaceros lavaban el polvo de las hojas y encharcaban los caminos.

Cierta noche, la música de una serenata llevada para Bebé improvisó un baile casi familiar hasta muy tarde. En la madrugada, los compases de un vals anunciaron que la música se alejaba hacia la ciudad. Josefina la escuchaba pensativa y callada. Bebé, del lado afuera, veíala también en silencio. Era un antiguo vals de Waldteufel, un vals muy viejo, oído muchas veces, tarareado distraídamente en horas de fastidio, pero que, escuchado así, de lejos, desde la sombra, a la hora en que se mueren los postreros entusiasmos del baile, evocaba cosas idas de otros tiempos en la cadencia de su coda y en las graves notas con que la primera parte gemía dolores confusos o estallaba en el sollozo ahogado de los violines.

—Qué triste es... —suspiró ella.

Bebé se apoderó de la mano que, apoyada en el balconcete, surgía muy blanca de entre el chal oscuro en que ella se envolvía. Sentía también que aquella música le ponía triste, con una melancolía incoherente, y exclamó, besando la mano apresurada:

—Muy bonito vals, tan bonito como esto.

—Es tarde... —repuso, tratando débilmente de zafarse.

Pero él, sin contestar, le besaba uno a uno los dedos de uñas corvas y parejas.

—Te vas a trasnochar...

Él estaba tan cerca de su rostro que la besó en los labios.

—Vete, mi amor; mira que sienten que estamos aquí —suplicó.

—No; yo me despedí de ellos y no advertieron que me acercaba por la ventana.

—Pero saben que estoy levantada.

Él sonrió picarescamente:

—¡No seas tonta! Esos tienen sueño.

—Vete, pues.

—¡El último...!

—Pero el último de verdad, bribón —dijo amenazándolo con el dedo—; ¡todos los tuyos son el último!

Hubo una confusión en la cuenta. Era necesario volver a sumar.

Esos números que se salen de columna encalamocan las facciones y se suman pesos por céntimos...

—¡Quieto, pícaro!

—¡Válgame Dios! ¡Si con los dedos es que uno no se equivoca! —decía riéndose.

—No, señor; la gente decente no cuenta con los dedos.

—¿Cómo no? ¿Y entonces, pues?

Ella se defendía a media voz:

—¡Ni con las manos tampoco!

Saltó vivamente hacia atrás:

—¡Y con los brazos, menos!

En la lucha, la manteleta descubrió el brazo blanco, torneado, provocador en su actitud defensiva. Fue preciso hacer las paces. Se entablaron negociaciones: las partes contratantes se obligaban a retirar toda actitud beligerante, fijando una *entente* cordial al día siguiente en el mismo sitio y a igual hora; se estipuló condición indispensable y como prenda de seguridad que no llevarían escolta.

—Pero, bueno, hombre, una guardia de honor.

—El honor no necesita guardia.

La frase feliz destruyó aquella precaución diplomática.

—Adiós, caramelito —le dijo Bebé haciendo una pirueta ridícula.

—Adiós, mi amor —repuso ella sacando el cuerpo por sobre el antepecho del balconcete.

Antes de darse cuenta, él había saltado, estrechándola por la cintura, cubriéndola de besos los ojos, el cuello, la boca, que devolvía aquellos besos y protestaba con voz angustiosa.

Se habían violado los tratados. Él era un traidor.

—No, no... ¡Dios mío! Déjame... ¡No seas loco! Mira que nos oyen... Mañana... Pero ¡suéltame, me estás maltratando!... Suéltame, mi amor —suplicaba.

Él, casi suspendido de los hierros del balconete, jadeaba, y con los labios convulsos la cubría de besos a cada nueva resistencia, la colmaba de caricias y casi no terminaba las palabras, exasperado y obsceno como un animal... De pronto sus brazos se aflojaron, las manos quedaron suspensas, y con un suspiro de rabioso cansancio exclamó sordamente:

—¡Está bueno! Sanseacabó; ya veo que no me quieres.

Ella, sin contestar, refugiada en un extremo de la ventana, lo miraba ruborizada.

—¡Yo sé que tú..., bueno...! Sanseacabó —repetía como velando una amenaza.

—Pero, mi amor, ¡tú eres muy exigente!

—Es que tú no eres capaz por mí ni del menor sacrificio.

—No seas injusto. ¿Qué te he negado yo? A ver, dime: ¿qué te he negado yo?

—Todo.

—¿Todo?... ¡Mentira!

—Pero yo sé lo que debo hacer; yo soy el que tengo la culpa... —continuó él como siguiendo una reflexión sorda.

Entonces, advirtiendo aquel tono de voz casi colérico, se acercó confiada a los balaustres:

—Oye, mi amor.

Él no contestó. Con la cabeza gacha, dando golpecitos en los hierros, afectaba un aire de distracción y de resentimiento.

—¡Estás bravo? —preguntó tímidamente.

Bebé guardaba silencio. Un semblante de profundo disgusto. Como todo cobarde, era cruel para con los seres débiles.

Entonces ella se acercó más; le tomó las abandonadas manos, se las llevó tiernamente a las mejillas:

—Ten juicio, amor; comprende que yo tengo razón.

Él, exasperado, la rechazó.

—¡Déjame..., no quiero cariños! ¡Déjame!

Su voz temblaba de despecho. Pero era tan mimosa aquella queja con que ella se defendía, inspiraba en el seno confuso de las ideas tal perplejidad, que una lástima sensual, a veces más voluptuosa que todas las posesiones, iba germinando en él un estado de ánimo incoherente, pueril. Como un niño, como un niño estrechó contra su hombro la mano posada en su cuello, besando la otra con un beso suave, dulce, como inspirado en un sentimiento reposado y casi respetuoso. La ternura invadía, y más que ternura, ese cansancio indefinido del día siguiente de las fiestas.

Josefina habló entonces, quedamente, con razonamientos sutiles. Y quería convencerlo así, cariñosa, suavemente; estaba tan triste por aquel vals, y también por algo..., por algo que no podía, que no sabía cómo explicar, y que surgía en pequeñas frases, en breves expresiones.

Ya casi finalizaba la noche, cuando Bebé se alejó de la ventana, volviéndose varias veces para ver aquella sombra amorosa cuya mirada sentía tras de sí.

Y muchas noches más, después de la visita oficial, en aquella ventana que daba al parque vecino, acusado apenas por la sombra movable de los árboles, se entablaba el mismo diálogo que siempre les dejaba como incompletos.

Él se lo manifestaba así. La vida no era todas esas cosas convencionales que cercan nuestro campo de acción, lleno de obstáculos, de cortapisas sociales, de prejuicios religiosos. ¡El amor!

—Eso sí es bueno —añadía, teniéndola estrechamente abrazada, besándole los párpados. ¡El amor!... Pasaban horas enteras abstraídos en una misma caricia que a veces desmayaba en laxitud infinita, o se interrumpía de pronto ante alguna agresión concreta. Que ella se inculpara más tarde, que ella se admirara del terreno recorrido a tientas, con los ojos cerrados, guiada por unos brazos desconocidos; acaso no era el amor de sus heroínas, el amor de Miss Dora, de Amanda la de Oscar, de María la de Efraín, de las heroínas de *Corazón de oro*, de las apasionadas inglesas de Carlota Braemé.

Por otra parte, si, como decía el padre Benítez, el diablo estaba en aquellas cosas, qué mal había cuando no lo veía pasar.

Pero aquellos días serenos se interrumpieron. Una noche, ya en mitad de la visita, jugando con unas rosas, so pretexto de celillos por su amiga Isolina que antes poníanle a él ufano, Bebé declaró que se fastidiaba, ¡que ya era imposible aquella majadería!...

—¡Cada rato es esto! ¡Pues bueno, sí, tú lo has querido!

Antes de terminar la frase, ella había destrozado la flor con que jugaba, muy encorvada; sin decir una palabra, púsose a ver el cielo claro de luna por donde pasaban tropeles de nubes. Sintió dolor de cabeza. Fue a recogerse... Bebé, luego de charlar cosas indiferentes con el matrimonio por cuyas ternezas desfilaba todo el reino animal: «Ratoncito mío... , mi pichoncito», se despidió.

Varias noches estuvo de visita en casa de las Montesillo. Isolina, con dos moñas enormes, acompañada al piano por Ana Luisa, mientras Bebé bajo el retrato de Rodríguez Pérez se adormecía en deleites musicales, persistía en ese falsete *moderato* tan proverbial de las educandas de Tarbes:

Connais-tu le pays
 où fleurit l'oranger...

o atacaba piezas fuertes a cuatro manos.

Algunas veces, la hermanita menor, destornillando el taburete, encaramábase hacia el cuaderno de «Bombonières des Pianistas» para moler la *Mandolinata* o acompañarse con una monotonía atroz «Himne de l'enfant à son reveil».

Bebé hallaba encantadoras aquellas veladas; sobaba los cojines, sonreía a la señora, departía afablemente con don Cruz y hasta se atrevía a volver las hojas de las partituras. Le deleitaba hallarse en aquella sala de elegancia burguesa, entre gentes bien presentadas que olían a comodidad.

Pepito adoptó un aire reservado en la oficina. Transcurriera una semana, y ya había advertido cierto enfriamiento en sus relaciones; por último, una vez preguntara Bebé al oficial mayor:

—¿Esos oficios que desde ayer debían firmarse, y el telegrama circular de los distritos?

—Es que como el director no vino ayer tarde...

—Dígale usted que digo yo que es necesario más atención a las cosas.

Y volvió la espalda amostazado.

Cuando Pepito entró, buen cuidado tuvo su subalterno de repetirle el recado con una como lástima deprimente.

Fue a dar excusas: Carmen estaba indispuesta, y él, creyendo que no había qué hacer...

Bebé no contestó. Luego le mandó a extender una nota para el jefe civil, ordenándole pasar a la cárcel pública «todos aquellos sujetos sin profesión..., los vagos». ¿Usted entiende?

—Sí, señor.

—Así mismo dígalo: «con mano de hierro», y tal y tal. ¡Ah! Otra cosa. ¡Nada de literatura!

El que por aquellos días hacía de secretario general —un pobre rata de oficina—, celebró el chiste.

Pepito llevaba rojas ambas orejas.

Se sintió por primera vez —después de su encumbramiento, paseado en coche con Bebé, confidente, íntimo, por sobre el pica-pleitos que pasaba recibos quincenales como secretario privado; por sobre el director de la Sección política, siempre manchando los cuellos con parches de ungüento mercurial— como caído. Era un malestar semi-melancólico, semi-rencoroso, que humillaba cualquier chanza tomada en días de éxito como prueba de confianza, que se exacerbaba ante las sonrisas de los émulo en privanza.

Estuvo trabajando hasta después de las cinco. De su puño y letra extendió el nombramiento de alcalde de cárcel para un pariente de Bebé. Comprendió entonces la «circular sobre vagos» y la «mano de hierro»... Puso erario con *h* y terminó ordenando que el ciudadano jefe civil *devía* apersonarse del asunto. Bebé firmó y se marchó a dar su paseo habitual.

Cuando Pepito, con los periódicos bajo el brazo, por una coincidencia amargante, tuvo que ir de pie en la plataforma del tranvía, se dijo desolado:

—¡Maldita sea la política!

Y llegó echando pestes. La sopa estaba fría. ¿Por qué no le compraban el pan de trigo a Marregot? Él no comía caucho. Y estrujó dos bollos.

Carmen Teresa, muy pálida, muy quebrantada, estaba recogida. ¡La pobre cómo iba a estar en la cocina!

—Y tú, ¿tú qué haces? —le preguntó a su cuñada. Josefina bajó la cabeza.

En ese instante entró la sirvienta con otro plato de sopa.

—Llévese eso; yo no quiero esa porquería.

Después murmuró colérico:

—Boten a esa mujer. Ustedes que cogen siempre unas sirvientas tan hediondas.

Josefina se indignó.

—No seas grosero, Pepe.

Él alzó entonces su viejo vozarrón de las discusiones con su mamá:

—¡No faltaba más! ¡Mira que venir ésta a faltarme al respeto!

—El que me falta al respeto eres tú.

—¡Niña, por Dios! —gritó Carmen Teresa, saliendo a medio abrigarse.

—Yo no consiento que me traten sin consideración.

—Entonces se mide en lo que dice... Yo tampoco voy a soportarle a usted malcrianzas...; que se las soporte su mujer...

—¡Acuérdese que está usted en mi casa! —bramó.

—¡En su casa! —Y Josefina lanzó una carcajada humillante como un latigazo.

Pepito, en pie, con la servilleta de corbata, se desató en improperios. ¡Era el colmo del atrevimiento... que una arrimada se atreviera!

—El arrimado es usted, canalla —gritó la muchacha, fuera de sí—. Usted, que lo que tiene es por mí, porque si no fuera por mí, estaría comiendo frijoles con misía Ifigenia...; por mí..., por mí...

Se golpeaba el pecho a dos manos. No oía a su hermana, no veía nada... Los dicterios le estallaban a flor de labios con la pasmosa facilidad de las mujeres.

—¡Ave María purísima! —exclamaba la cocinera, asombrada.

Y el escándalo crecía, las pullas se alternaban... Cada sátira de Josefina exasperaba más y más a Pepito que se sentía heroico entre las mujeres, y cuyas voces desaforadas se oían en el vecindario.

—...Por ella... ¡Cuando yo más bien soy el perjudicado en esos consentimientos!

—Pepe, por la Virgen Santísima, ¡miren que están dando un escándalo!

Y la pobre Carmen iba del uno al otro lado tratando de calmarlos.

—...Por ella... Eso, eso no es sino despecho, y me alegro que se salve de esta fiera.

La alusión colmó la medida.

—Ruégale a Dios —decía ella con la voz que le temblaba en cóleras—, ruégale a Dios que eso no suceda, ¡porque tú y tu mujer se mueren de hambre! ¡Tú eres un desgraciado, un bicho!... Das asco... Yo no sé cómo te aceptaron en casa...

—Niña, ¡por Dios santo!

—Pues dile que se calle, o me voy para el vecindario... para gritarle lo que es...: un atrevido, un cobarde, un sinvergüenza.

Los ojos negríssimos, preñados de lágrimas, le relampagueaban, la voz se le anudaba en la garganta. Pepito, cada vez más furioso, la arrojó de la casa.

—Vete de aquí, vete, que no vuelvas a pasar por esta puerta.

—Sí, sí, me voy; pero te va a pesar.

Y corrió como una loca a ponerse el sombrero; hizo un lío de ropas, metió en el pañuelo la polvera y el peine. Lloraba y vociferaba insultos.

Carmen, angustiada, mortificadísima, trataba de detenerla:

—No seas loca, niña. ¿Cómo te vas así? No, no, yo no lo permito.

Y luego corría para donde Pepe, a hacerle reflexiones... Entonces Josefina se devolvía del portón para lanzar alusiones mordaces:

—Veremos quién pierde. ¡Ésta te va a pesar!

Cuando la detenía su hermana era que se desesperaba por irse. Tras mucho batallar, rogar y suplicar, quedóse; pero era por ser de noche, que si no... Le escribiría un papel a su mamá para que viniera a buscarla. Todo había terminado. ¡No se trataría más con ese... hombre! Ella sabía guardar las cosas. Ya vería. Y que no viniera después con satisfacciones...

Hasta muy tarde estuvo despierta, con jaqueca, oyendo en el otro cuarto a Pepito y Carmen, que discutían. A él le daba pena aquello, al cabo; pero sí conocía su carácter. Su mujer se quejaba débilmente, mucho rato, después de haber apagado la luz... Las últimas lágrimas corrían hasta las almohadas. Ella era muy desgraciada... No tenía a nadie en el mundo, todos la desdeñaban. A causa de él, también éste, que antes la acataba, llenándola de consideraciones... Y ahora, ahora las faltas, las humillaciones. Punzábala el recuerdo de Isolina Montesillo con dos enormes moñas, también esa necia de narices arremangadas. Una pobre ambulante... arrimada. Verdaderamente que así era: una arrimada... Sin quien sacara la cara por ella.

—Hasta él me abandona —suspiró anegada en llanto.

Por las rendijas de la ventana entraba en rayitos la luz del corredor, que Pepito mantenía a causa de los ladrones. Y entraba como ideas pequeñas y luminosas a la oscuridad poblada de cosas hostiles.

Una congoja, mitad sueño y mitad tristeza, presentábele la vida áspera, dolorosa, erizada de deberes y de dificultades... El tinajero dejaba oír sus notas claras, intermitentes; un silencio vasto se sucedía, los árboles susurraban y de tiempo en tiempo un grillo evocaba los insomnios del tifus. La tristeza infinita del abandono, exacerbada por aquella imaginación novelesca, se le presentaba en toda su desolación, como si marchara muy sola por un camino muy largo...

Y en un delirio repentino se abrazó a la almohada como a un cuello invisible.

Contra su costumbre, al día siguiente, ya muy alto el sol, salió de su cuarto. Pepe se desayunó temprano y salió. Debía estar temprano en la oficina.

Durante varios días no se hablaron; el domingo halláronse en el corredor. Ella iba a darle la espalda. Pepe la agarró por un brazo y con acento zalamero le cogió la barbilla.

—No esté brava, prenda.

Y Carmen, bromeando, los reconcilió. Tomaron *cocktail* juntos. Josefina lloró de *sentimiento*. Pepito la convidó a pasear en coche.

Uno de esos ramos de flores que no existen en ninguna flora y que son tan corrientes en los patrones de los figurines ornaba la papelera de pana roja, donde, bordadas en oro, las iniciales de Bebé se enlazaban casi eróticas. Bella había consumido muchos días en aquel delicado trabajo, que, una vez terminado, admiraron en el vecindario. El padre Benítez hubiera querido un bordado más alegórico: la balanza de la ley, el caduceo de Mercurio; pero era más complicado, podría tener luego semejanzas grotescas; aquello estaba así, qué sé yo, más íntimo, más afectuoso.

Y el día de San Manuel, en amplia bandeja, Bebé recibió una dulcera llena de *islas flotantes*, y a la papelera, cuidadosamente prendida, una tarjeta escrita con letra de Josefina:

Justina G. de Belzares e hijas,
Al amigo ingrato.

Bebé le propinó dos fuertes a la portadora y envió un recuerdo muy afectuoso, agradeciendo la *cuelga*.

Pasaron varios días, y él no volvió.

Por algunas amiguitas que se interesaban en eso, o bien por las sirvientas con quienes las niñas tenían relaciones confidenciales, supieron que Bebé no dejaba transcurrir cuatro días sin visitar a las Montesillo.

Josefina prorrumpía sarcásticamente:

—¡Como ellas son ricas!

Misia Justina observaba prudentemente:

—No es eso niña; es que hay gentes muy indignas.

Celebrábase en esos días el Jubileo.

Misia Ana Josefa, celadora de la Adoración Perpetua, tenía su hora de once a doce concurridísima. Asistían sus hijas, Inesita y Carlota Guedes, una de las Melindres con la sobrina, Emeteria, aquella piadosísima muchacha que había sabido conservarse, a pesar de las desgracias de sus hermanas. También iban Josefina o Carmen Teresa, pero desde que se habían disgustado cambiaron de celaduría. Por último, no fueron más. Eso desagradaba a misia Ana Josefa, que en cuestiones de dogma no transigía. Por eso adoraba a Pío x. Aquello era herético, por decir lo menos... No estando legítimamente impedidas, la hora debía hacerse en la capilla.

—¡Vanidades mundanas! —suspiraba con severidad.

Con gran asombro vio llegar ese día a misia Justina y a Finita. Sonrióles levemente. La muchacha se arrodilló tras de Isolina, que en aquel momento abstraía en oración... Más allá, entre las demás mujeres, rezaba Ana Luisa.

Las dos señoras cambiaron una mirada amistosa. Misia Ana Luisa comenzaba su avemaría con voz serena, como inspirada en la fe que en aquellos mismos lienzos de la capilla tendía sus mantos ante la borrica de Nuestro Señor o extasiaba a los doce comensales de la Última Cena.

—*Dios te salve, María, llena eres de gracia...*

A través de los vitrales, donde los apóstoles recortan sus símbolos, penetraba una luz moribunda, como de día de invierno... La llama de los cirios mantenía inmóvil; la lámpara de plata ponía a su alrededor una mancha sanguinolenta e inquieta.

—*Santa María, Madre de Dios, ruega, Señora...*

El rumor se prolongaba hasta afuera, corriendo a lo largo de las naves; apenas se interrumpía por el ruido de algún reclinatorio o el leve golpe de tos, que es como una epidemia bronquial en las iglesias y en la cámara del Senado.

Al salir, después de tomar el agua, reunidas todas en la cancela, las dos familias se entrevistaron.

—¿Cómo estás, Justina?

Y la celadora le echó el brazo.

—Al fin, Dios te llama, hija —agregó sonriendo.

Ella tomando por testigo a su hija, se excusaba:

—Los mil inconvenientes: primero, el matrimonio de Carmen Teresa, las diligencias; después los *trousoses*...

Los dos Montesillo cambiaron una sonrisa.

—...Y luego, pregúntale a Finita, Carmen Teresa siempre delicada. Ésta, que se la pasa con ella en Camoruco...

Haciéndose la ignorante, con superioridad de niña bien educada, Isolina le preguntaba:

—¡Ah! ¿Viven ahora allá?

Josefina sentía humillada. Una cólera sorda la devoraba por dentro. ¡Aquella ridícula dándose importancia! Pero su madre contestó afablemente:

—Sí, Pepe está temperando.

—¡Ay, niña —exclamó Ana Luisa—, Camoruco tan triste!

—¿No te fastidias allá? —agregó Isolina con tono compasivo.

—No, yo no me fastidio en ninguna parte.

Luego, como un desafío, comenzaron a charlar de cosas indiferentes que envolvían ironías sangrientas o respuestas mordaces.

Las señoras se reconciliaron. Hubo disculpas de ambas partes. Verdaderamente, ellas se estimaban, y queriéndose tanto las muchachas, ¿por diferencia de caracteres iba a entibiarse una amistad tan antigua?

—No faltaba más —dijo misia Ana Josefa, volviendo a abrazarla—. ¡Ya sabes, anda por allá con Josefina, déjate de cosas...!

Josefina reclamaba visitas.

—Nosotras fuimos las últimas que estuvimos...

—Nada de eso —interrumpió Ana Luisa—; ya vienes con esas.

Y riendo, abrazadas, se besaron. Isolina también se despidió de igual manera; pero con tono frío, casi desafiante, le dijo:

—Ya sabes, no dejes de ir por casa. Allá nos lo pasamos animadísimas.

Todavía se entretuvieron. ¡Estaba tan mortificada misia Ana Josefa con la enfermedad del padre Benítez! ¡Tan pálido, el pobre! Y teniendo que decir misa de ocho, con esa debilidad... ¡Es de lo más humilde; cuesta hacerle lavar la ropa!

Recomendó por última vez:

—Bueno, Justina, ¡cuidado si no dejas ir las muchachas!

Josefina, seguida de su mamá, se alejó, muy guapa bajo su mantilla, con ese andar bizarro de las mujeres que se sienten más bellas que las otras.

Y como las hijas de misia Ana Josefa la interrogaran por aquella afabilidad con quienes tan mal se habían portado, que en la gravedad de don Cruz no mandaron ni un recadito; que habían roto con ellas así, de sopetón; que eran unas cursis, que ellas las agasajaban por no hacerla quedar mal, la señora exclamó, suspirando:

—Sí... ¡Debilidades humanas! Pero son muy buenas, las pobres. Vamos a preguntar en la parroquia cómo sigue el padre Benítez.

VII

Un grito agudo, persistente, la despertó de súbito. —¡El tres mil... ciento... sesenta... y cuaaatro!... Casi junto a la ventana, por cuyo postigo abierto entraba el sol de la calle, aquel chillido, sobresaltándola, la hizo abrir los ojos trasnochados, que, sin querer recibir la luz mañanera, volvían a encontrarse con la misma pereza que le inmovilizaba todo el cuerpo en el huequillo tibio de los colchones, bien arrebujada entre las sábanas.

El reflejo móvil que en la pared ponía el espejo; el rayo nebuloso por donde ascendían hacia el postigo abierto, en una faja iluminada, moléculas de polvo doradas, grises, de color naranja; la idea friolenta del agua de la jofaina, la pereza de los pequeños menesteres de la mañana, teníanla allí, todavía a las nueve, sumida en grato estupor que incita a provocar los últimos sueños de la madrugada o a contemplar fijamente detalles de la habitación: un pliegue de vestido, cierta disposición de tal objeto. De aquella

somnolencia hubo de sacarla el trueno de las carretas que van a la estación Inglesa y que pasan por el empedrado crepitando bajo las cargas, con el ruido ensordecedor de un convoy de artillería.

Entonces pensó levantarse.

El tocador en desorden, con sus polveras abiertas, y la jabonera llena de agua; la silla donde, sobre el traje de la víspera, se abría el corsé; la palidez de unas flores que en la loza del aguamanil mustiara el aire enrarecido de la habitación, toda la atmósfera de los recuerdos del día anterior reteníanla otra vez en la cama. Con los ojos muy abiertos, revivía cuanto había pasado, en el agradable convencimiento de haber sido un sueño la persecución del toro furioso, y las grandes caídas desde muy alto, que oprimen el corazón aun después de haber despertado. En verdad, casi era un sueño, pero un sueño muy grato... ¿Cómo había sido?... ¿Iría esa noche, iría de nuevo, persistiría en aquella nueva cadena que con su sonrisa y con sus palabras de mártir había tendido alrededor del cuello, antes de apoyarse apasionada en su hombro durante el baile, antes de tomar aquel aire de reina ofendida? Las mil pequeñas humillaciones, el desvío de largos días, los desdenes manifiestos hacia lo que con ella se relacionara, todo eso había sido olvidado por la dicha de un instante, por un triunfo fugaz.

¿Fugaz? No podía ser; él, a pesar de lo que dijeran, a pesar de lo que ella misma suponía, la amaba. ¿No se lo había dicho con la mirada? ¿No se lo había repetido con voz emocionada al dudar de sus atenciones inesperadas? Sí, indudablemente. Sentía un gran orgullo de saberlo subyugado a su sola presencia... Recordaba perfectamente los detalles. En ese momento, Goenaga ofrecíale el brazo. Acaso fuera simpatía, tal vez notara, con su especial perspicacia de cortesano parroquial, la probabilidad de una reconciliación... Hasta no lo halló feo. Su gratitud de mujer veía en él un caballero excesivamente amable, donde el ojo certero del hombre hubiera visto un rufián disfrazado. Y con qué gracia les sonreía al tropezar a Bebé a la vuelta del corredor:

—Ustedes... ¿no se conocen?

Bebé, inmutado, no respondió a tiempo. Y, como presentándolos por vez primera, añadió con acento cómico:

—Josefina, la mejor amiga y la más adorable de las mujeres...

Se celebró jovialmente la chanza. Bebé deseaba bailar aquel vals; pero ella lo tenía comprometido...

¡Comprometido! Pero ¡eso era terrible!

—A ver, a ver: muéstreme su carnet.

Con su mohín habitual, desprendiéndola del corpiño, mostró la tarjeta. Su meñique corvo y coquetón recorría la lista... ¿El tercero?... No. ¿El cuarto?... Tampoco; era de ese joven Iztueta. Y el quinto, que es una polca, desde que se lo prometiera, por nada dejaría de bailar la con Gerundio García.

—Entonces... —exclamó, desconsolado, Bebé.

Josefina, muy turbada, jugaba con su abanico y contestaba las bromas que las demás le daban al pasar. Bebé continuaba deplorando su mala estrella.

Goenaga hacía observaciones amables:

—Pero, bueno, embrollen a uno.

Josefina protestó sonriendo. El simpático Goenaga insitía:

—Sí, hombre, ¿qué tiene? ¿Cómo no van ustedes dos a bailar juntos? ...No, no. Yo me opongo formalmente.

Y mientras aducía graciosas razones, tratando de vencer los escrúpulos de Josefina e incitando a Bebé, éste la encontraba realmente adorable con su traje encarnado. Retorcido en un haz, los cabellos tan negros y hermosos como los ojos, formaban dos bandos virginales sobre las sienes; del escote surgía un cuello maravillosamente torneado, flexible, cuello ágil y robusto de mujer meridional, cuyas líneas musculares, al mover la cabeza, se dibujaban en ondas a lo largo del pecho, alto, lleno, prensando a reventar el *surab* rojo. Un ramo de «amor ardiente», marchito por el calor, palpitaba al compás de la respiración sobre la piel morena del seno.

Él se sintió invadido por un enternecimiento voluptuoso. La halló encantadora. Cada detalle lo entusiasmaba: ¡qué ojos, qué labios, qué hombros!

Ligeramente inclinada hacia el carnet que Goenaga le había quitado, su cuerpo, envuelto en el traje rojo a la luz verdosa de los globillos, surgía en líneas deliciosas, en pliegues ondulantes que bajaban como culebras oscuras por la falda.

Todavía protestaba:

—¡No, por Dios! ¡Me daría tanta pena! ... Creo que lo siento muchísimo. Si hubiera sabido...

—Si hubiera sabido ¿qué?

—En mi programa siempre hay un sitio para usted, pero yo no adivino.

Y lo envolvió en una mirada húmeda de reproche y de abandono.

Los dos hombres insistían. ¡Qué tontería! ¿Quién iba a reclamar piezas?

—Y mucho menos al doctor —observó Goenaga.

—¡Es que eso es tan feo, tan qué sé yo! Me da mucha pena hacerlo.

Pero en aquel instante, Isolina, de brazo con Pérez Iztueta, salía del salón hacia el comedor.

Al pasar, entre el saludo y las frases cariñosas, las dos mujeres se midieron con la vista. Isolina, dirigiendo la palabra a su compañero, rió con él de algo que se referían. Entonces Josefina, golpeando ligeramente con el abanico a Bebé, le dijo de pronto:

—Bueno, sí, bailaremos el quinto.

—¡Bravo! —exclamó Goenaga—. ¡Ese es el de Gerundio García!

—Ese era.

Y Bebé, de seguida, la tomó del brazo.

Después... Parecía estar viendo las miradas de todos puestas en ella, los ojos despreciativos de misia Ana Josefa, los ojillos grises de las dos Montesillo, las pupilas amarillentas de Isolina, que fulguraban como las de los gatos en agosto; las miradas todas de la envidia ajena, desde la fijeza tenaz preñada de ofensas hasta la ojeada despreciativa; y todas crueles, insultantes.

Ahora, recordando esos instantes, tornaba a sentirse orgullosa, como cuando cruzara del brazo de él por ante aquella gente.

¿Vendría? Lo había prometido formalmente. Parecía estar oyendo sus excusas por la ausencia de tantos días...: «A mí me duele eso más que a ti misma; pero era necesario, era necesario...». ¿Necesario? Ella no comprendía tal necesidad. ¿Necesario aquel desdén? ¿Necesaria aquella frialdad? ¿Necesario los amores con Isolina?

—No; eso, no; te han engañado —protestaba—. Absolutamente; yo no he tenido nada con esa niña. Insistía ella por el placer femenino de que tornaran a negárselo. ¡Estaba casi convencida..., pero como a ella se lo dieran a entender!... «¡Qué ridículas!», pensó; pero dijo con aire tristísimo:

—Así son los hombres: engañan a una y después lo niegan.

—Pero si yo te aseguro...

—¡Nada, ni que lo jures! Tú haces eso porque estás seguro de que yo te lo perdono, de que como te quiero tanto...

—¿Qué?

—Soy incapaz de hacerte lo mismo. Por eso..., por eso...

Y las lágrimas le acudieron a los ojos.

Se habían retirado al ángulo de un sofá, y con la actitud indiferente del que se halla en público decíanse a media voz cosas apasionadas... Como una música resonaron aquellas palabras de perdón en el oído de Josefina; y revivía el encanto del antiguo vals de Waldteufel, que evocaba otros tiempos en la cadencia de su coda y en las graves notas con que la primera parte gemía dolores confusos o estallaba en el sollozo ahogado de los violines..., el balconete..., la calle oscura..., los árboles altos, negros, inmóviles.

Una polca vulgarísima, de esas que entre las selecciones de algunos bailes estallan como una interjección callejera, sacólos de allí y se marcharon al salón para bailar.

Después sus recuerdos eran muy vagos; las espaldas desnudas que giran en el agua azulenta de los espejos, un rumor de palabras furtivas, tal peinado que se descompone y el aire loco, o gentil, o grotesco, que forma un torbellino de faldas y de fraques. Por un extremo de la sala pasó Isolina bailando con Gerundio García... Ridícula... ¿Cómo iba vestida? De amarillo. Pero ¡qué color! ¡Qué mal gusto! Una criatura tan amarillenta, si parecía un jojoto tierno con su pelusa, pues los cabellos no eran otra cosa... Y luego, aquellas moñas verdes, y el peinado tan raro... ¡Estaba atroz!... Todavía sonreía al recordarla. Puso una cara cuando la vio bailando con Bebé, ¡qué necia! Trató de hablarle a Gerundio, de reír con él, de llevarlo danzando en derredor... Se comprendía..., no dejaba de ver para allá. Pero Gerundio, bailando desaforado, como cumpliendo una misión devastadora, se abalanzaba apartando todo a su paso, tropezando los muebles, pisando a las infelices que devoraban pavo en los rincones, jadeante, sudado, el cuello vuelto un rodete, la cabeza metida entre los hombros y éstos inclinados parando las faldas agudas de la casaca como las antenas de esos insectos que muerden con el trasero; con los ojos extraviados, parecía acometido de un frenesí epiléptico.

Ella recordaba, uno a uno, los detalles de su triunfo, el goce intranquilo de los pequeños éxitos. Y de pronto, saltó del lecho, alisóse con ademán ligero los alborotados cabellos todavía ahorquillados con algunas flores estrujadas en el peinado, y en camisa, descalza, fue luego a hundir la cara en la jofaina. El agua fría reanimó sus nervios, excitó los tejidos del cutis y le puso dos rosas encendidas en las mejillas. Luego, mientras deslizaba la media a lo largo de la pierna desnuda, rompió a cantar alegremente:

*Alza y dale,
yo tengo un morrongo,
de pelo muy fino...*

Mucho rato, en tanto se vestía, repitió aquellas coplas. Voces frescas se oían desde la calle. Abrió una hoja de la ventana. La calle larga, empedrada a

trechos, a trechos llena de lodo, se animaba al paso de dos chicuelas que iban con sus cestas para la escuela. Detrás marchaba una sirviente con su canasta de compras. Algunos pasos más lejos, el cura del Asilo de Huérfanos se alejaba tosiendo entre su pañuelo. El sol a torrentes inundaba la ciudad; un sol de verano, cálido, voluptuoso, que doraba los techos, deslumbraba en el cemento de las aceras y casi cegaba a la perspectiva del día. En un cielo de añil, luminoso y limpio, varios zamuros con las alas inmóviles descendían hacia el sur.

Josefina tarareaba de nuevo al cerrar la ventana:

¡Ay morrongo!

¡Ay morrongo!

¡Ay qué pelo que tiene el mínimo!

El padre Benítez continuaba mal. El sábado en la tarde su estado comenzó a inquietar a Emeterita, que le asistía, pues la pariente que le acompañaba, a decir de las piadosas mujeres, no sabía hacer ni un atol.

—¡Y tan solo, el pobre! —clamaba a cada instante misía Ana Josefa.

El caso era que el santo varón podía reventar de un momento a otro: una hidropesía espantosa henchía su abdomen. Cuando, acompañada de Isolina, la señora de Montesillo fue a verle, quedó impresionada:

—¡Santo Dios! —relataba—. Aquello es espantoso.

¡Qué quebranto! ¡Qué ojeras! ¡Qué estómago!

Un tinte amoratado invadía su rostro; las pupilas angustiosas nadaban en una córnea amarillenta; el abdomen se hinchaba violentamente bajo la bata blanca.

Cuando lo arrastraron hasta el corredorcito colgado de enredaderas, al trasluz, las piernas cristalinas sostenían su hinchazón como dos estacas miserables. Las devotas, unas a otras, se manifestaron con la mirada el temor que les causaba el estado del enfermo.

—¡Ay, hija, se nos muere!

—¡Dios mío, mi confesor!

—¡Un santo, hijas, un santo!

Podía ser. De todos modos, era un santo hinchado. Reunidas en el corredor, dos noches después, las Belzares, las Montesillo, Emeterita, ambas Melindre y Verdú, comentaban la gravedad a media voz. El enfermo dormía. El doctor Vizcarrondo recomendó que le dejaran así y que le propinaran otras píldoras.

—¡Los médicos! Ya ven..., que lo dejen..., que le den más píldoras...

Emeterita, solterona, no creía en los médicos. Y basaba sus razonamientos muy bien: a ser ella, le hubiera dado los tres aceites y rezado la novena de Santa Eduvigis.

—¡Ay, Juana Paula, niña —prorrumpió misía Ana Josefa—, el agua de Lourdes!

—¡De veras! —exclamaron todas.

—Yo tengo..., yo tengo en casa. Me trajo un litro el padre Arocha cuando estuvo allá. Lo cogió en el mismo pozo donde se bañaba un tío político de Bernardita.

Verdú, escéptico, ateo, «enemigo personal de Nuestro Señor Jesucristo», terció de pronto en la conversación, escandalizando a las piadosas mujeres. Dijo que se ultrajaba a la Ciencia. Habló de Razetti; precisamente en esos días había leído un *Lunes Científico*...

Las mujeres le vieron con horror. Él se cortó: quiso borrar un poco la impresión.

—No, había verdades reveladas, hechos; el doctor Requena exageraba. En el fondo podía tener razón Fides.

—¡Ese sí es un escritor! —asentó misía Ana Josefa—. No como esos que por hacerse nombrar escriben contra los curas, contra la religión.

—De veras —suspiró una que usaba el hábito del Carmen—; almas descarriadas...

Pero Emeterita, que era una beata chocante, dijo con sarcasmo:

—Y lo peor es que después de sus ridiculeces, cuando se están muriendo, piden a gritos un padre.

Rieron. Verdú se indignó. Trajo ejemplos: ¿y Renán? ¿Y Voltaire? ¿Y don Tomás Michelena?

—Todos, todos han pedido a gritos un cura.

—Pues yo, no. ¡Que rodeen mi lecho mortuario, que se me impetre, que se me urja, que me ruegue la familia de rodillas: nada! ¡Seré inflexible en las creencias de mi grandiosa filosofía!

Misia Justina, por deferencia, le interrumpió, queriendo librarlo del *vade retro* general:

—No, Verdú. No diga eso. Usted es un hombre de bien. Puede ser mañana un buen padre de familia. No, no. Esas son cosas que dicen los hombres, que yo estoy cierta que no las sienten.

—Lo que es los de casa... —apuntó misia Ana Josefina.

Verdú se indignaba con el tono compasivo, piadoso, con que le querían derrotar. Y de seguida manifestó ideas horribles: él nunca se confesaba, escribía Dios con minúscula. No creía, no creía. Cada cual con sus ideas. Él juzgaba proceder bien. Respetaba las creencias ajenas, para que se respetaran las de él. Entre un frenesí de palabras sucumbió, asediado por razonamientos: ¿Qué sabios tenían los masones? ¿Renán? Ahí estaba Don Bosco. ¿Voltaire? No podía parangonarse con Pío IX... Las Melindre le llamaron protestante. Sucumbió diciendo mordacidades: la San Barthelemy, Torquemada, *e pur si muove*. Embuste todo, decíanle; invenciones de los judíos...

Por otra parte, las muchachas se fastidiaban. Formaron reunión aparte.

—¡Ay, chica! Verdú está insoportable.

—¡Pero si se ponen a hacerle caso!

—Si estuviera aquí Bella, no diría esas necedades.

—De veras.

—¡Se quedó cuidando la casa, la pobre!

Una Montesillo exclamó:

—Tan buena esa hermana de ustedes: ojalá tuviera yo una así... ¡Ésta —y designó a Isolina—, que no me deja un alfiler!

—Oye, Isolina: muy lindo tu traje amarillo.

—¿Cuál de ellos, niña? —e hizo un gesto de ropero surtido.

—El que tenías en el baile del club. Te quedaba muy bien.

—¿Sí? Por eso me mirabas tanto. Tú también estas muy buena moza.

—¿Eso... es en pago?

—No, es que te lucía mucho el color encarnado. ¡Dicen que lo encarnado trae fortuna!

—Pues a mí...

—¿Y eres capaz de negarlo?

Pero cuando las rivales se preparaban a combatir, el santo varón dio un pujido. La viejecita Juana Paula corrió hacia el cuarto. A poco salió angustiada:

—¡Se muere! ¡Se muere!

Un torbellino de mujeres invadió la habitación. El santo varón, sobre un catre de copetes, hacía puchereros.

—¡Un viento encajado! —clamó Emeterita.

Era la agonía. La agonía angustiosa de los hidrópicos, estertorosa, desesperada. Se encendió la vela del alma. Emeterita se oponía:

—Les digo que no, que es un viento encajado —y ahuecando las almohadas, comenzó a sobarle las espaldas.

Tras de la enorme panza, con esfuerzos de asfixiado, los ojos extraviados, muy abiertos, el borde de los labios amoratado, más oscuro aún bajo las cerdas de la barba crecida durante la enfermedad, boqueaba y se agarraba a las sábanas, descubriendo una pierna transparente y velluda.

Todos le rodeaban. Misia Justina trataba de hacerle sujetar la vela. Unas pedían paregórico, otras improvisaban ventosas con un vaso y un algodón encendido... El santo varón, escondiendo las pupilas dilatadísimas en el agua amarillenta de la córnea, abrió más la boca...

Emeterita exclamó:

—Es un eructo..., ¿ya ven? ¡Viento encajado, viento encajado!

Y cuando cayó sobre las almohadas rendido por el esfuerzo, las mechales grises pegadas a las sienas, agregó:

—¡Ya lo echó!

Pero el santo varón estaba muerto.

A poco, paró un coche en la puerta. Eran Bebé y su secretario general, vejete de aire subalterno, que se presentaba siempre en segundo término como acostumbrado a facilitar relieves. Le rodearon. Verdú hizo una frase que tuvo mediano éxito.

Un instante quedaron Bebé y Josefina solos, pues la familia Montesillo se despidió y las demás daban vueltas por toda la casa, lloriqueando y sonándose con el ruedo del fustán.

—Esta noche, prenda...

—No, no.

—¿Cómo que no?

—Es que vendremos a la Matriz, al velorio.

—No importa; mejor. Te quedas allá...

—Pero es que...

—Nada, mentira.

—Oye, oye...

Él la estrujó casi con rabia un brazo haciéndola quejarse.

—Pero, oye, negro.

—¡Ni una palabra!... ¡No te quedas dormida, sabes!

Y sin oír otra negativa muy débil, salió. En el corredor, despidiéndose, dirigió piropos a las muchachas:

—Muy bueno era, muy bueno; pero no llorar mucho, ¿no? Se afean los ojos.

Josefina sufrió cierto despecho. ¡Tunante éste! Y tuvo tristeza, y luego una alegría loca de persona que se resuelve. Sólo que duró poco aquel relámpago entre la luz amarillenta de los cirios. La casa de Monasterios se había encargado de poner imponente el hidrópico difunto. Con su sotana negra, la sobrepelliz muy blanca, las manos regordetas sosteniendo el cáliz, listo para ser expuesto en la iglesia mayor a las rogativas de sus feligreses, pero cada vez más hinchado por la vida triunfadora y múltiple que comenzaba activamente su eterna reconstrucción de formas, el difunto presbítero perdía toda la solemne gravedad de la muerte. Algunas mujeres rezaban de rodillas, asesorando la monótona ora-

ción de dos curas. En la pared, sobre el semblante abotargado y lívido, un Cristo imitación marfil violentaba sobre la cruz la anatomía de su tórax. Por toda la casa se difundía un áspero olor a tomillo y a licor de labarraque.

VIII

Pepito Salcedo Gutiérrez era, al fin, de los escogidos. Hay cierta reserva de hombres que suenan unos días al amparo de políticos locales, a quienes algún nexo los une: un parentesco lejano, un matrimonio probable, el regalo de un gallo. Pepito Salcedo Gutiérrez, miembro de club, primer cacao en todo, paseó muchos días sus rolandos de charol y sus medias caladas en coches pagados por el situado constitucional. Y le rodeó la clásica media docena. Aquel mozo, aventado desde los días blancos de su miseria, revivió el apellido paterno, que ya estaba archivado. Entonces Goenaga recordó la amistad íntima que le uniera con el viejo Salcedo, de quien Pepito heredara la «viveza», porque, a juicio de sus contemporáneos, al viejo Salcedo lo único que le faltaba era volar.

Pepito fue tuteado por afecto. Bebé le estimaba cada vez más. ¡Qué mozo tan bien inspirado! —exclamaba en la jerga oficial—. ¡Ah! ¡Si muchas madres de familia lo hubieran sabido!... A ciencia cierta, no estarían echando grandezas por ahí esas ridículas Belzares, que *estrenan* todos los domingos...

Muy indirectamente, al rumorearse el matrimonio de Bebé, el señor vicario manifestó deseos de ser él quien bendijera aquella unión. Por indicaciones de misia Justina, el plazo matrimonial quedaba a voluntad del doctor. En fin: que no se fijaba fecha: podía ser hoy, podía ser mañana...

Edificaba aquella sala de los Belzares. A la señora se le humedecían los ojos al pensar en las satisfacciones de que se privaba el difunto Belzares. ¡Ver otra vez la abundancia y la comodidad en su casa, como cuando él era administrador de Rentas! Hasta se sentía inclinada a perdonar a Crespo, y se acusó de la alegría que tuvo por el balazo de *La Carmelera*.

¡Apasionamientos humanos! ¡Dios le haya perdonado lo que hizo sufrir a Belzares!

—¡Ay, hijas! —exclamaba consternada—. Seis años sin puesto, y todo por haberse negado a venderle un derecho que teníamos en «Los Congrios». Pero ¡Dios es muy grande! ¡Sin marido, sin riquezas, sin ningún apoyo, el Señor me trae dos hijos a la casa! Para aquella fecha, y como vivían en Camoruco, instalaron teléfono. ¡Maravilloso aquel aparato! Verdú tenía razón. ¡Valencia estaba muy adelantada! De ahí que los primeros días el transmisor no tenía descanso. Ya era Bella que solicitaba en las tiendas telas absurdas, o Carmen Teresa encargándole al marido que cuando se viniera debía recoger las cucharadas en la botica de Herrera. Algunas veces misia Justina, con voz atronadora que se oía en el vecindario, solicitaba en las quincallas «calleras para hombre». Pero la que siempre asaltaba el aparato era Josefina:

—¡Despacho Ejecutivo!

—...

—Una persona que desea hablar con el doctor Bebé.

—...

—Sí, con él mismo.

—...

—Oye, ¿eres tú?

—Ahora me convencí.

—...

—Tampoco.

—...

—Sí, se quedó dormido.

—...

—Más tarde.

—...

—Sí, desde el sábado.

—...

—Sí.

—...

—No.

—...

—No es necesario. A menos que tú lo creas.

—...

—Que a menos que tú lo creas.

—...

—Digo que... a... menos... que tú... lo creas.

—...

—Hasta la noche, pues.

—...

—Antes es imposible.

—...

—Por muchas razones.

—...

—Sí, es preferible.

—...

—Hasta luego.

—...

—¡Tonto!

—...

—Adiós, pues.

—...

El 19 de marzo Pepito tuvo un aumento de cuatrocientos bolívares en su sueldo. Era día de su santo. Aquella delicadeza de Bebé conmovió a la familia. ¡Qué corazón de hombre! ¡Qué nobleza! Misia Justina lo halló exacto a Belzares en sus cosas. Entonces la existencia se hizo gratísima. Los antiguos mediodías de apuros habían pasado. En la casa silenciosa, mientras se dormía la siesta y el sol calcinaba el cemento del patio, las pailas de dulce sobre sus anafes borbotaban delicias de melazas y de huevos hilados. Por las tardes se detenían siempre en las ventanas amigos de la familia. Unas parientes del Ave María Sanchera se pasaron dos meses con ellas. Samuel Poncio escribió un vals criollo de dos partes, una triste y otra animada, con coda del género chico. Lo puso «Josefina», dedicándoselo a Bebé; pero Díaz Peña, que no era el otro extremo de lo que los chicos llaman en sus juegos «prenda de oro», escribió otro vals: «El colaborador», y se lo dedicó a misia Justina. La familia engordó. En el mercado, sabíase por los datos de las cocineras, se gastaban cuatro y cinco pesos diarios, sin contar

la cuenta corriente de Vilarriño, el pan, la leche, la carne y otros extraordinarios.

Los domingos o entre semana paseaban en victoria a seis bolívars la hora. Ese frenesí de malbaratar que explota en los pobres de nacimiento cuando disponen de dinero, crecía y se sobreponía a la prudencia de la señora, que ya conocía esplendideces efímeras, pero que, a pesar de eso, se anegaba en satisfacciones y se dejaba arrastrar por los caprichos de sus hijas, de bata de muselina, con los anteojos cabalgándole en la grupa de la nariz, examinando el punto de la conserva, poniéndole un cordón nuevo a los escapularios o balanceando su obesidad respetable tras el paseo de sus hijas y de las amiguitas entusiastas, para ir a caer como una mole en los escaños de la Caja de Agua o en el mecedor de «los gorros».

En todas las existencias, aun en las más miserables, algunos días de la piedad divina caen como rocío y como rocío se evaporan más o menos pronto, bajo el bochorno de la hora igual e inmutable que nos vive y que nosotros creemos vivir.

Pepito llegaba a las diez a la oficina, una hora después que Bebé; leía los periódicos o *Las trece noches de Juanita*, bostezaba, hablaba mal de alguno, recitaba a Vargas Vila, fumaba tendido en la poltrona, elevando al techo larguísimas espirales de humo que se desenvolvían suaves y vagas como aquellos días, si no se marchaba al salón presidencial a compartir los piropos que Blanco Barboza, Octavio Ñongué y algunos más desfloraban de ocho a once y de tres a cinco en los sillones que sus traseros han desteñido. Suerte de ablución diaria que nuestros parroquiales hacen en cada piscina sucursal de la Lourdes política, en donde se bañan todas las horrruras que nos vienen de Caracas por tren rápido.

Bebé, cada vez más enamorado de Finita, no pensaba en otra cosa. Y como intercesora eficaz, a ella se la encomendaba el buen éxito de una pensión, la libertad de algún preso, el puestecito para un sobrino... Porque, niña —solía decir ella confidencialmente—, es incapaz de negarme lo que le pida.

—Pídele que te pida —repuso insidiosamente Isolina.

Pero no; él sabía cuándo. Acaso él era un jovenzuelo cualquiera. Ya verían... Ya verían... Lo que es el gusto de bajar y subir la escalera de los palcos como presidenta, con himno de Landaeta y todo, ella se lo daría. Ya verían. Hasta tuvo el buen gusto de seguir siendo amable con las Montesillo. Ahora se daba el placer de invitarlas... Isolina asistía poco a fiestas. Era de esas criaturas que parecen tener más muelas que los demás: tal es la suma de caries que las martirizan. Debajo de puentes y orificaciones, cada caverna encerraba un nervio vivo como una ostra. Hubo que llevársela a las Trincheras; pero entonces Ana Luisa, a quien la cesantía de amores decoloraba, los emprendió con un guarda-agujas de la estación y don Cruz cargó con toda la familia para Antímano.

Cierta noche, al saltar la tapiezuela en calzoncillos, Bebé no halló la ropa que tirara adelante. Muy azorado anduvo en cuatro pies buscando el vestido. Nada. Se lo habían robado. No estaba ni enganchado en las tejas, ni por todo aquello. Se vio perdido. Aunque era muy tarde, ¿podría así, en calzoncillos, atravesar las calles hasta su casa? Era espantoso. Y luego, ¿quién lo había espiado? Corrió hacia la esquina. No se veía a nadie. Volvió al callejón, nada... Ya iba a emprender camino, temiendo amanecer en aquel estado, cuando advirtió un hombre que huía hacia la avenida. Sin pensarlo, sin pantalones, corrió tras de aquel hombre como un desesperado. Pero el que huía iba lejos y tenía buenas pernas.

—¡Eh! ¡Eh! ¡El amigo! ¡El amigo! ¡Un momento! Corrió dos cuadras. El corazón le saltaba, las sienes le latían, el hígado le pesaba una arroba. Se ahogaba de rabia, de susto. Estaba absurdo.

Entonces, ya llegando a los puentecitos de mampostería del ferrocarril, gritó:

—¡Párate, vagabundo, párate!

¿Párate? Y gracias que dejó caer en la carretera el paltó.

Un sujeto de lentes y de sombrero de Panamá que estaba sentado ahí, recogió la prenda caída. En aquel momento llegó Bebé casi asfixiándose.

—Eso es mío.

—Sí, señor. Mío no es, aquí lo tiene usted —y se lo alargó, quedándose admirado ante aquella rara indumentaria.

Pero, en aquel instante, a la luz del foco el sujeto se quedó estupefacto. Le había conocido. No supo qué decir. Bebé rugió sordamente:

—¡Maldito sea, no son los pantalones! —y se caló el paltó

—Doctor, Guillermo Huerta González, un servidor —y el sujeto saludó con el sombrero a aquel magistrado en calzoncillos.

Ya conocido, Bebé sonrió forzosamente y ensartó excusas vagas. Había un calor horrible... Salió a dar una vuelta; le provocó bañarse en el río... En su tierra se bañan así... Le robaron la ropa, y se puso a perseguir al ladrón... Así lo mismo que en su tierra.

Jadeante se sentó en el pretil. Sentíase humillado.

—En Valencia hay mucho ladrón —exclamó Huertas González con tono definitivo.

Bebé creyó percibir sorna en su voz. Una atmósfera ridícula le agobiaba. Trató de despedirse. Entonces el otro le protestó su reserva de aquel lance desairado y, por otra parte, capaz de ocurrirle a cualquiera. A él mismo, sin ir más lejos, en días pasados le robaron una bigotera de su cuarto, habiendo perro en la casa. Era el colmo. Ambos se pusieron en camino hacia la casa de Bebé. Por el camino Huertas González fue ensartando historias de robos, coincidencias telepáticas, casos espeluznantes que había leído en Flammarión. Al llegar a la esquina de «El Empeдрado», refería haber visto en un periódico que ya cuando Moisés se conocía el esperanto. Bebé no le contestaba; pero él quería manifestarse ilustrado y culto a la vez, y le arrancaba algunos monosílabos a Bebé, que así, en calzoncillos, se sentía feroz...

Ya en la puerta de su casa, respiró. Con cordialidad súbita despidióse de aquel extraño acompañante;

le ofreció su amistad. Le exigió una visita para después, ya que no quería pasar adelante por las circunstancias y la hora. Estaba muy agradecido.

—Mañana, doctor, mañana me será grato hacerle una visita.

—Lo recibiré con mucho gusto, joven.

Pocos días después, Finita, muy sorprendida, le preguntaba entre dos besos chupados:

—¿Y ese tal Huertas que va con un puesto para Puerto Cabello, negro?

—Es un... un mozo amigo mío... ¡Muy callado!

Tuvo vergüenza de referir aquel incidente ridículo.

Y embargado por ideas antipáticas, oyó la serie de quejas. Ya él no la quería; se lo notaba. Ya parecía fastidiarse; ella lo comprendía así, estaba harto...

Y se puso a llorarle a media voz su resentimiento...

Una semana después supo que él se escribía con Isolina a Antímano. En un raptó de celos quiso arañarlo, lo insultó, se resistió cogida por las muñecas... ¡No, no lo dejaría acercarse más! Quería irse, soltarse, desaparecer; y cuando las manos de él se aflojaban cansadas, ella saltó a su cuello apasionadamente, tratando de besarle, aunque él esquivaba el rostro; y toda su cólera se abatió sobre las rodillas del hombre amado... Hubo protestas. No era cierto; mentía quien tal le informara; a ella, a ella a quien él quería, por quien se sacrificaría, por quien todo lo diera, hasta la vida, hasta la presidencia del Estado.

Otra sombra se interpuso: aquellos amores así, de noche, saltando tapias, eran peligrosos. Había que combinar la manera de verse, de hablarse sin riesgo. Podían sorprenderlos y aunque él comprara a la sirviente, el día menos pensado...

—¿Y entonces? —dijo ella desconsolada.

—Hay que tener juicio.

—¡No tenías tanto antes!

—Es que era distinto, niña.

—¿Distinto? ¿Cómo distinto? —y frunció el ceño. Bebé vio venir la tempestad.

—Pero, niña, digo que era distinto.

—Sí, sí..., que entonces yo no era... lo que soy..., lo que tú me has hecho ser..., lo que ahora me echas en cara...

Y un llanto amargo, sincero, colmado como un río en creciente con todos los limos de la falta, un llanto de virtud póstuma, un poco sincero, un mucho teatral, la hizo doblar el cuello, retorcerse las manos y caer contra la madera del lecho sollozando.

Él, por consolarla, mezclaba frases piadosas y frases brutales:

—Pero no seas tonta, mujer. Si yo no digo eso, si tú no me oyes...; llora, pues, ¡mátate llorando!... Oye..., negrita, eres una necia... ¡No llores más, pues!... Oye, mi amorcito... ¡Estás insoportable! Si yo no lo digo por eso. ¿No entiendes? Bueno, ¡qué demonio! Pero ¿vas a seguir llorando? Oye... Nada oía; rechazaba palabras y caricias con gesto seco, firme; las lágrimas le corrían silenciosamente de los ojos negrísimos, rodeados de una ancha ojera azul. La boca pequeñita y roja, por primera vez, desdibujaba sus líneas insustanciales en una boca amarga y fría que destacaba la barbilla pálida. Sollozos en tumulto le agitaban el pecho, y con la tranquila impudicia del dolor, sin cuidarse de las mangas del túnico rodadas, apoyando la frente en ambas manos, y éstas en las rodillas, ocultó el rostro que nuevos hilos de llanto cruzaban otra vez...

¿Era odio? ¿Era resentimiento? ¿Era humillación? No sabía; pero algo sentía en su corazón que se le iba desgarrando; algo intenso, profundo, recóndito... De esos desgarramientos que sin rumor casi, al borde de las barrancas inundadas, hacen las crecientes, cuando descuajan lentamente los grandes árboles y los arrastran entre la espuma a las luces pálidas de la madrugada.

Bebé, agotada la paciencia, viéndola dispuesta a no dejarse consolar, se vestía silbando.

Aquel domingo en la tarde, Carmen y su marido estaban en la *matinée*; ella quedóse en casa con Petronila y despachó luego a ésta. Bébé entró por la puerta de campo que daba al callejón del río.

Abotonándose el chaleco, por decir algo, exclamó:

—Me voy. Es tarde; esa gente ya debe venir por ahí —y vio su reloj.

—Sí —continuó—. Las cinco menos cuarto..., y vienen a las tres... ¡Con tal que pueda salir sin que me vean!

Ella debía asomarse a la ventana para espiar, como de costumbre, cuándo podía él escaparse; pero como obstinada en una idea fija, no se movió...

Bebé, impaciente, le dirigió la palabra:

—¡Oye, me voy! Anda, asómate.

Tenían sus palabras un eco de desprecio, de mando; él mismo percibió el acento burdelesco y trató de reponerlas a un tono jovial:

—¡Ya van a dar las cinco, negra!

La niña se echó el traje en silencio, y cuando fue a asomarse, pasándose la mano por los ojos y por las mejillas encendidas, él la atajó rodeándole la cintura:

—¡Mi leona!

No resistió. Contestó con una voz triste, resignada, en donde desfallecía mucho orgullo, casi sin rubor, dejándose estrechar:

—¡Mi querida! Más bien...

Siempre sumisa, sin contestar a las protestas atropelladas de él, se abandonó una vez más en sus brazos, dócil a sus caprichos, encerrando el ardor arrebatado de las antiguas horas de amor en una actitud obediente, pero como ajena al placer que se comparte, tan habitual en las concubinas, si alguna vez tuvieron una pasión verdadera, y en los dispépticos que dan banquetes.

Un estupor inmenso la dejaba en el lecho, los ojos muy abiertos, sin apercibirse de si él se había ido o si estaba ahí... Coordinaba pocas ideas y sufría un profundo malestar... Una angustia, una desazón, una tristeza vaga; pero al mismo tiempo pensaba que no podía dejar de pertenecerle. Lo amaba mucho, mucho, mucho... Víctima, elegida o humillada, era lo mismo si era por él... No, él no se casaría. Aquello era una mentira para que ella consintiera. La tranquilidad con que desviaba sus insinuaciones así se lo daba a entender... Aquella perpetua frasecita que le decía entre un par de besos: «El matrimonio

es la tumba del amor», frase que ella también había leído en alguna parte y que le parecía, dicha así, con indiferencia, una desilusión, una amenaza..., acaso el castigo de un pecado imaginario.

¿Cómo fue? Dios mío, ¡quién lo sabe! Un vértigo, una hora menguada; era horrible, era muy feo, pero era divino... Con todo, si él quisiera, podría remediarse el mal, ¡serían tan felices! Y después de todo, ¡cuántas no habían pasado por lo mismo, y sin embargo!... ¡Pero también cuántas, cuántas otras!... ¡Un recuerdo la torturó: aquella Juanita, aquella muchacha que habían criado en su casa, la de los amores con el panadero!... ¡Qué horror! Una mañana dio a luz allá afuera, en el solar. Petronila, al entrar, sintió un quejido... Cuando avisó alarmada a su mamá, todas corrieron. Petronila lo tomó en brazos; era un infeliz recién nacido, medio coloraduzco, los ojitos pegados, calvo, tan sucio..., tan sucio. Aquella idea la hizo estremecerse. Ella lo vio de cerca; tenía entonces mucha curiosidad de ver un recién nacido, así, acabado de salir, como si dijéramos, porque los que ella viera antes no ofrecían gran interés; todos muy limpios, fajados de blanco, gordos como canónigos... Éste, no: el labio superior partido, enseñaba las encías. El doctor dijo que era *lidéparo*, *lidóptero*. Una palabra así, rara... De pronto sufrió un desvanecimiento, una oleada de sangre le inundó el rostro y bajó luego, helándole los pies y las manos... Después sintió como un nudo en la garganta y una obsesión inquietante de asir algo blando. Su estómago se contrajo, y sin dar tiempo a correr hacia el tobo, vomitó un líquido blancuzco, con estriaciones amarillas y pedazos de flema y de bilis.

No quiso llamar... Inundada en sudor frío, se refugió en la cama; la cabeza se le iba: algo ardiente, como un vino viejo, algo subía por sus venas hasta su corazón, haciéndolo latir dualmente, como respondiendo a otro latido, recóndito, casi presentido, que formaba la armonía de aquella sangre tumultuosa desde el fondo de los ovarios.

Días después, en un raptó de abandono, con un orgullo miedoso, temblando de emoción, se lo confesó...

La fisonomía de Bebé enserióse más que de ordinario, una mueca angular de contrariedad mantuvo su semblante perplejo. Ella, escondiendo la cara ruborosa en su hombro, esperaba que aquellos brazos que la rodeaban débilmente, la estrecharan, que un beso de amor desflorara en sus labios aquella confesión íntima, con el fuego del macho que se siente creador; que a sus labios acudieran palabras, palabras locas, pero que sonaran a contento de amores. Los brazos se aflojaron más, hasta soltarla; de los labios contraídos cayó una palabra seca, contrariada:

—¡Qué broma!...

Y cuando ella, a través de sus lágrimas pudo verle, él movía la cabeza de un lado a otro, repitiendo aquella frase a media voz:

—¡Qué broma..., qué broma!...

Con una frialdad humillante agregó:

—Bueno; ahora hay que tener juicio.

¡Tener juicio! Era la eterna palabra. Todavía con la cabeza inclinada, llena de confusión, volvía a escucharle aquella frase ambigua que sonaba, dicha así, como deprimente, sin afecto, sin ternura, en momentos en que ella esperaba un pecho noble donde reclinar consolada la frente que escondía. Siempre inclinada ante su contrariedad, experimentaba una sensación de culpabilidad, mientras él daba a su actitud un aire de dispensador... En su turbación, ella no dijo nada; supo que él protestaba cosas vagas, que le pedía detalles con insistencia: ¿cómo lo sabía? ¿Desde cuándo? Creyó oírle algunos términos extraños: «consideraciones», «era una fatalidad», «todo tiene remedio» y, sobre todo, «pensar con mucha calma, nada de imprudencias, confiar en él, confiar mucho en él...».

—Yo..., yo creo en ti —le dijo arrebatadamente—; yo sé que tú no me abandonarás, ¿verdad, mi amor? Que no me dejarás ahora así... Dímelo, dímelo. Se arrojó a su cuello como una loca.

—¡Qué cosas tienes! Eres una niña... ¿Por qué voy a abandonarte ahora?

Ella le besó en los labios.

—Ni ahora ni nunca, ¿no es verdad? ¡Ni ahora ni nunca!

Y se estrechaba a él, buscando un refugio en los brazos amados, tratando de vencer una resistencia invisible que flotaba entre ellos y que procuraba él dominar con pueriles protestas.

—Pero, oye, ten calma.

—Dime, dime...

Sentada en sus rodillas como una chicuela, comenzó a escuchar reflexiones que él le hacía, mientras jugaba con el dije de su leontina. ¿No era una locura proceder a tontas y a locas? Aquello tenía que pasar; era cuestión de tacto. Eso sí, ¡nada de imprudencias, nada de locuras! La voz de Bebé se iba velando; a medida que hablaba, conocíase que buscaba un camino para deslizarse consejos; con la mano de ella cogida le daba palmaditas en la pierna.

—Yo mismo, yo que soy médico, conozco modos y medios de que eso no suceda. ¡Es tan fácil evitarlo!... Ahora que es tiempo..., sin demorarse..., sin demorarse.

De pronto, Josefina se puso en pie. Había comprendido... Muy pálida, cerrando los párpados con fuerza, abriéndolos luego como asombrada, protestó altivamente:

—No, no. ¡Eso, nunca!

—Pero, tonta, ¿qué tienes?

—No.

—Te aseguro que nada sucede..., nada absolutamente; una papeletica, una píldora..., acaso una punción... ¡Cuestión de nada! Además, yo estaría en cuenta para el caso...

Una ola de sangre le bañó el rostro.

—Lo que me dices es horrible... No sigas. No quiero que me digas eso..., no..., nunca. Prefiero todo..., todo... ¿Un escándalo? Bueno. Yo estoy desamparada. Mi pobre mamá, mis hermanitas. ¡Ah! ¡Es horroroso esto; es horroroso!

Se sujetó la frente con las manos y, sin oír nada, estalló en sollozos y en reproches:

—Ya, ¿qué más quieres de mí? ¿No me engañaste? ¿No te has burlado? ¿No he sido todo lo que tú has querido? ¡Dios mío! Y ahora pretendes...

La voz se ahogaba en su garganta:

—¡Eso es infame, infame! ¡Eso, nunca!...

—¡Qué cabeza la tuya! Te busco el modo de que salgas bien, sin escándalo, por ti, por tu familia, por mí mismo... y ¿qué me contestas? Que soy un infame, un bribón, un... ¡Vaya que esto ya es ridículo!

—Exclamó, tratando de imponerse por la cólera—. ¿Qué prefieres? ¿Que todo el mundo se aperciba, que haya el escándalo, o que, siguiendo mi consejo, salgas de esto? ¿Crees que es un crimen?

—Sí, sí es.

—¡Qué tonta! ¿Un crimen? Un crimen si existiera el ser, algo consciente; pero un embrión, un embrión, una cosa que todavía no existe... Crees que yo te aconsejaría una mala acción. ¡Ah, eso no lo haría jamás!... ¿Acaso lo que te propongo está nada más que en tus manos? ¡No! Eso es mío también... yo tengo derechos..., derechos que tú me has dado, que yo reconozco, que yo no puedo aceptar de otro modo que de éste: salvarte a ti y acabar con eso.

Las palabras cínicas caían con una lógica de sacos de estiércol, una a una; fríamente a veces, a veces con el calor de quien se empeña en evidenciar un propósito, en otras con la suavísima insinuación revestida de afectos...

Josefina, cada vez más pálida, le oía. Instintivamente retirábase a cada nueva palabra como ante una amenaza... De tiempo en tiempo le interrumpía:

—¡Ah! Eso, nunca. No; eso, nunca.

La ira que antes la ponía sumisa, el resentimiento que la inquietaba, las amenazas que ahogaban todas sus protestas, ahora se estrellaron ante las palabras firmes y el semblante pálido...

Entonces él optó por un recurso extremo. La estrechó entre sus brazos, colmándola de caricias enloquecedoras; apretándola contra su pecho, trataba de convencerla amoroso y rendido... Eran súplicas,

gemidas dulcemente; eran ruegos por el amor que le tenía, por ella, por él, por lo que más quisiera.

—¡Mi vida, hazlo por ti, piensa en el escándalo espantoso! Tu nombre en boca de todos. Yo mismo, ¿qué podría hacer después de semejante escándalo? ¿Cómo remediaría el mal, aunque quisiera? ¿Cómo? ¡Dímelo, a ver dímelo!...

Pero la niña, sacando energías desconocidas, en brazos del amante, debilitada por el calor de su pecho, todavía se sostuvo.

—¡No, mi amor, nunca!

—¿Entonces...?

—Entonces..., nada. Suceda lo que Dios quiera. Yo sé que tú no te casarás ya conmigo.

—Pero...

—No, no te casarás —afirmó resuelta—; yo lo sé, y no de ahora. Te quise, fui tuya hasta donde puede serlo una mujer que quiere como yo te quiero... ¡Ya..., ya estás harto de mí! ¡Ahora te molesta que yo esté embarazada! Temes el escándalo; quieres obligarme a una mala acción por tu nombre, por tu puesto, por el qué dirán. Yo no puedo nada contra tí. Y aunque pudiera, te quiero demasiado para hacerle el más pequeño daño...; pero lo que me propones, óyelo, no insistas... Lo que me propones, nunca... Eso, nunca; me da asco; no me lo digas más, no quiero que me lo digas más.

—Y tú —le preguntó con voz casi despreciativa—, ¿prescindes de todo: de tu familia, de la sociedad, de...?

—¿De mi familia? Mi familia no me abandonará como tú. ¿La sociedad? Ya no puede importarme... Desde que hice contigo lo que hice no me ocupé de ella. ¿Acaso tú mismo no me enseñaste a despreciarla?

En vano él ensayó todo. No consiguió sino repasar de un extremo a otro el rol de su comedia. A la virgen loca, herida en lo más profundo del sexo, de su herida le brotaron flores como de poda nueva; al fecundarse recuperó una dignidad extraña, y erguida, altiva, concluyó asegurándole que perdía su tiempo; que sucediera lo que sucediera, ella viviría

para que viviera aquel ser desconocido, aquel pobre ser inocente que desde la sombra de su falta, entre el mismo desprecio que trataba de abatirla, asomaba su carita color de rosa...

Esa madrugada, Bebé se prometió no volver más. Arreglaría aquel desagradable incidente del mejor modo posible. Cuestión de dinero... ¡Sí, dinero! Pero, ¡era una broma pesada, diantre, y tan buena la mujer!

Un maldito espermatozoo trepando hacia arriba, un insignificante germen despreciable y abyecto, le costaría, cuando menos, quinientos o mil pesos. ¡Era el colmo!

Muy preocupado esa mañana, oyó las conversaciones de costumbre. A poco entró Pepito.

—Sabe, hoy ha amanecido Josefina muy quebrantada.

—¿Sí? —repuso sin inmutarse—. Y se lo dije a esa niña: debía tomar con juicio su glicerofosfato. Eso es anemia. Lo mismo que tu mujer... Es una familia anémica. Bella es caquética, eso no te quede duda; Bella es caquética.

—Y ¿qué opina usted para eso?

—Pues... fortificantes..., hierro..., reconstituyentes...

—Me dicen que un temperamento.

Bebé vio un relámpago.

—¡Ah, sí! Unos baños de mar; ése es el mejor remedio.

—Sí; pero, por ejemplo, ¿cómo me las llevo a Puerto Cabello?

—Lo mismo que las tienes aquí.

—Yo llevaría a Carmen...

—Bueno. Y a Bella..., o a Josefina. Sobre todo a Josefina. Tú crees que ella está muy bien porque la ves así, gorda... Ella es robusta y todo lo que quieras; pero, ya te digo, esa niña está anémica. No tienes sino verle el color...

—Sí; ahora días le daban mareos. Dos o tres veces tuvo vómitos. Y muy desvelada, sin apetito. ¡También esa niña es muy caprichosa!

—¡Ah, sí! Pero, mira, es cuestión de carácter.

Guardaron ambos silencio. De pronto, Bebé le dijo: —¡La pobre! Si te quieres llevar la familia, yo te ayudo.

Pepito reflexionaba.

—Es lo mejor que puedes hacer; siquiera un par de meses.

—Bueno —dijo semi resuelto—; yo se lo voy a proponer hoy mismo.

Vio Pepito que, llevándose la familia a Puerto Cabello y yendo él allá los fines de semana, podía estar más tiempo en casa de la *Pichú*, una moza gorda y bizca que lo «recibía» en los mediodías desocupados.

Después hablaron de asuntos del servicio.

La misma tarde, Pedro, el portero, llevó una cartita para Josefina. Eran cuatro líneas lacónicas, imperativas: «Acepta la proposición de tu cuñado. Es necesario que la aceptes. Hablaremos. Confía en mí. —B.»

Al recibirla tuvo una jaqueca horrible. Misia Justina, poniéndole compresas de agua de colonia, murmuraba malhumorada:

—Estas muchachas de ahora, ¡yo no sé! Antes una, cuando tenía novio, aumentaba quince y veinte libras, estaba contenta, de buen color, respirando vida. Ahora parece que se consumen: todo se les va en flatos y ojeras. ¡Válgame Dios! ¡Así está la otra: parece que el marido se la chupa! Y contigo peor... Cualquiera diría que los novios no son novios, sino murciélagos.

IX

El tren de las tres partió al fin.

Hasta última hora, ya en el vagón, entre su mamá y Carmen Teresa, despidiendo las amigas que fueron a acompañarles a la estación, esperaba que él llegara en un coche, a escape. Cada carruaje que entraba hacia el andén le parecía ser el de Bebé, y con desaliento veía salir de él o un señor gordo, o el cura de Naguanagua, o un paciente que iban a bañar a Las Trincheras.

Nada. No venía.

Pepito dio abrazos calurosos. Ellas saludaron con el pañuelo a las amistades que las despedían, y lloraron, por esa costumbre de derramar lágrimas en cualquiera estación o en el velatorio de difuntos desconocidos.

En las dos horas de viaje apenas si Josefina se fijó en las caras indiferentes de los demás pasajeros. El paisaje, desde las ventanillas, era de una tonalidad gris, con grandes manchones de niebla y de humo, que a veces se descorrían para mostrar cañaverales o corrientes de agua muy clara entre peñascos azules. Él no había ido. No había ido. Ni un simple recado de despedida. Por todo, aquel papelito imperioso: «Acepta la proposición de tu cuñado. Es necesario que la aceptes; confía en mí...». ¿Estaría muy ocupado? No, ¿cómo antes no lo estaba? Antes..., qué lejano, y apenas hacía cuatro meses, veía todo aquello; los sueños enloquecedores, las promesas más enloquecedoras aún: él dejaría la política, se irían lejos, solos, a una casita, a una quinta. Ella la quería así, con enredaderas, con árboles grandes y teléfono; pero también prefería una casa central, bien amueblada..., y de pronto, nada de eso era cierto: la bruma se rasgaba, caían los castillos de baraja, no quedaba en pie más que aquella verdad desnuda, desnuda y fea... Un abandono vulgar, con su cortejo de mortificaciones, con su eterna historia de la promesa de matrimonio, y la caída, igual siempre para la pobre muchacha de alcabala que para la señorita de la calle Real.

Un aire puro, penetrante, impregnado de sales y de resinas, invadía el vagón, en donde los espejos invertían el paisaje multiplicando los rostros; entre ellos, el semblante distraído de su hermana, a quien su marido le indicaba un picacho, alzando la voz, que el ruido del tren apagaba; con el rabillo del ojo observó que Carmen Teresa estaba alegre, infantilmente alegre, como muchacha que por primera vez viaja, y decía atropelladamente todas las incomodidades:

—La pobre mamá y Bella... Allá estarán organizando el desastre... En fin, ya salimos de eso; pero fue

una carrera, un desbarajuste. ¿Tú traes la receta del doctor Raz? Y se quedó el frasquito de las gotas... Ya se me ponía que algo se debía quedar... No se te olvide poner el telegrama al llegar...

Pepito buscaba en los carrieles.

—¡No, aquí está el fulano frasquito!

Sonrieron. Luego echóse hacia atrás, encendió un cigarro y se absorbió en la lectura de los periódicos.

Josefina recordó aquellos días de preparativo: los rótulos de los baúles, las indicaciones a Pepito cuando fuera una semana antes a buscar casa en Puerto Cabello; debía estar situada junto al mar o cuando menos que se viera bien. Y de alto. Las casas de alto son mejores... Tornaba a ver el corredor con los equipajes, las sombrereras, una cesta, dos líos, un cajoncito de fideos para el reverbero y los remedios de Carmen Teresa, la botella de glicerofosfato envuelta en un número de *Cain*. Misia Justina creía que no estaría de más llevar una pimpina y los bacines; pero, ¡qué ocurrencia, iban a cargar con todo aquello! ¡Lo que faltaba era que llevaran la jaula del loro y la perrita!

Josefina no discutía... Varias veces, en mitad de los aprestos, guardando un sombrero o envolviendo el cepillo de dientes, quedábase perpleja, con la frente apoyada en la tapa del baúl. El día antes, del cofrecito de recuerdos donde alternaban una estampita de su primera comunión, el programa de cierto baile, una receta para las pecas y los versos de Guillermo, tuvo un acceso de ira que terminó en llanto. Pero los flatos no intranquilizaban la casa: ahora no eran los gritos de antes, las palabras mordaces: el llanto solitario, disimulado con abluciones en los ojos y pasadas de mota, se desbordaba calladamente desde el fondo de sus sufrimientos y caía gota a gota sobre los papelitos apasionados que, ordenados por fechas, comenzaban con el «estimable señorita» y pasando por el «amor mío», «mi idolatrada», terminaban con «mi negra querida», o reprendían severamente: «Josefina». Ocultaba aquellas lágrimas, que enfurecían a su mamá y que sus hermanas reputaban de ridiculez; pero volvía a ellas con el placer

extraño de desesperarse a sí misma, figurándose escenas terribles en que lo sucedido provocaba un conflicto entre su cuñado y Bebé... De pronto sobrecogíala un miedo cerval y se internaba en devociones patéticas o en optimismos inefables. No, él no era malo, él la quería; cuando aquello sucediera, la querría más. ¿Acaso no lo sentía ella así? ¿No era eso lo natural?

Por fin llegó el día del viaje. Tres cartas y dos recados quedaron sin contestación. En la mañana, a las ocho, estando todos en el corredor despidiéndose de varias vecinas, llegó Bebé en coche, muy de carrera; dio disculpas aceleradas; estaba muy ocupado, el mismo Pepe podía decirlo. Ella trató de hablarle aparte. Las demás procuraban escurrirse. En un momento dado, cuando la conversación general cubría las medias voces, ella le dijo:

—Me abandonas, lo comprendo. No tienes ni siquiera un poquito de afecto ahora.

Muy pálida, su acento era amargo y firme; pero él repuso con presteza.

—¡No seas tonta! Tú te convencerás. Vete tranquila. Eso lo arreglo yo...

Y alzando la voz, al despedirse, deseándoles que les fuera muy bien, que comieran mucho pescado, declaró que a él le gustaba mucho el pescado frito, sobre todo el mero...

—Y que parece mentira —añadió— el fósforo que tiene el pescado. Un domingo de éstos me les presentó allá; tendrán que darme de almorzar.

—No deje de avisarnos —le rogó Carmen Teresa, previendo los desastres de una sorpresa.

Y protestaron el placer tan grande que aquella visita les daría...

Estrechó las manos de todos, oprimió con más fuerza las de Josefina y, viéndola con lealtad a los ojos, murmuró:

—Haré lo posible por ir a la estación; si no...

Ella lo miró con tristeza infinita.

—¿Si no?

—¡Hasta el domingo!...

En «El Palito», al volver de un matorral, bajo la tarde gris, surgió un rumor solemne. Una llanura ceñida de cordones de espuma volcaba en cambiantes su vasto hemicírculo de negro humo, plata y jaldes desteñidos.

¡El mar!

Algunos instantes se detuvo el tren frente a la caseta de la estación. Detrás, muy lejos, muy vagamente, en un horizonte de ceniza que era mar y era cielo, puntos más negros se destacaban: sin duda, alcátraces que regresaban de alta mar, hacia la línea hermosa de los peñascos... Uno de éstos, cercano a la orilla, asomaba un instante su desnudez negra y mutilada para cubrirse de nuevo como un moro bajo su albornoz de espuma.

Y luego, reanudada la marcha, ya la visión dilatadísima comienza a percibir la mezquindad de las montañas y la chatura de las habitaciones.

En la estación, un barullo sordo, un ir y venir de gente..., rostros de personas conocidas quién sabe dónde, ojos curiosos, una lucha contra pacotilleiros, reclamos, carreras inciertas a las portezuelas con un boleto en la mano, carretillas que descargan equipajes abriéndose camino entre los grupos. Y el traqueteo de un mal coche a través de calles fangosas, a lo largo de tabiques de madera, de barracas hechas con tablas de barril, de algún edificio oscuro con ventanas de barrotes macizos que hacen recordar misteriosamente los sombríos depósitos de la Guipuzcoana. A veces, un zaguán deja ver un patio. Huele a alquitrán. En el fondo hay rollos de cables, aparejos, estopa, un cromó-almanaque de una línea transatlántica donde un vapor inmenso se aleja en la noche, reflejando sobre el agua negra sus faroles rojos...

Por detrás, encima de los techos, la línea gris del cielo y del agua se confunden... En las brumas que flotan sobre las aguas del puerto apenas se acusan líneas duras, opacas. Son las murallas del Castillo Libertador, en cuyo tope flamea una bandera que se ve de lejos como clavada en alta mar... A derecha e izquierda, las montañas se perfilan, ascendiendo

a medida que avanzan hacia el interior, y todas son verdes, a veces salpicadas de chozas en las faldas, a veces solitarias, flanqueadas por zonas de bosque con algo de friolento y de aborígen.

Llegaron. Era una casa estrecha, con dos habitaciones bajas, una de alto, espaciosa, rodeada por un balconete de madera pintado de azul, a orillas del Manglar; la otra faz daba hacia los tejados de la ciudad, pero se divisaba también la mezquita del Hotel de los Baños, un pajarraco dorado sobre una columna y el reloj de los altos de la Aduana, sobre el agua muerta y las cordelerías de la bahía.

Una escalerilla angosta trepaba vacilante desde el estrecho corredor de los bajos, donde las pulgas enflaquecidas saltan por miriada hasta el piso alto.

La primera velada fue triste. En la pared leprosa del corredor una lámpara daba su luz a los cajones y baúles amontonados. No habían querido llegar al hotel y comieron de pie. Después, una vecina, mientras venían los muebles de la estación, les prestó sillas, una mesita, una pimpina con agua y dos vasos. Carmen y Pepe abrieron los catres en la salita. La negra que hacía los honores, greñosa y activa, colgó una hamaca en el alto. Allí dormiría la niña muy bien. Las dos sirvientes hicieron causa común en la cocina, aun cuando Petronila dábbase por rebajada en compañía de aquella holandesa.

Al día siguiente, ya muy tarde, fue cuando enviaron de la estación los demás bultos; pero aquella primera noche, el pulguero, la excitación del viaje y esa desorientación de una nueva alcoba en un lugar desconocido, intranquilizaban a Josefina. Su inquietud bullía en la sangre, pequeñas cóleras que exacerbaban las pulgas hacíanla extrañar el dormitorio en hamaca, y, además, un calor insoportable...

En la calle, dos mujeres se insultaban en un *patois* absurdo, sin oírse una a la otra.

¡Dios mío, qué horrible todo aquello! ¡Qué días la esperarían! Pensó con dolor en su mamá, en su hermanita, en su cuarto casa de Carmen; el espejo dorado, los cachivaches, la Virgen del Carmen con su mariposa encendida y el cromó de las «pilules

orientales», aquella parisiense esbelta, bajo un sombrero de plumas inverosímiles, a quien envidiaba el cuerpo y los ojos... ¡Eran tan comunes los ojos negros! En fin, todas las pequeñas comodidades. Se le ocurrió que podría pasear en bote: ¡le habían hablado tanto de esos paseos!... Y él, que vendría el domingo, almorzaría con ellos, le diría todas aquellas cosas que ofrecía decirle en sus cartas de llamada: «Tengo que decirte muchas cosas.» ¿Cuáles eran? Él llegaría, y ella, como en otras ocasiones, se quedaría en silencio, y no sabría más que verlo intensamente hasta el fondo del alma, adorarlo, ser suya otra vez, ser por él, para él; así y todo, pero queriéndolo mucho... Por amor, lo que había ocurrido no la humillaba: no había sido ni por interés ni por locura. ¡Ah, no; eso, no! Era amor, amor purísimo, el primero, el único de su vida, el último tal vez.

¿Y aquel *otro* que debía venir? Así, sin nombre, sin nadie. No, sin nadie, no; estaba ella, pero... ¿ella sola? Entonces, con energía creciente, ensayó el discurso que le diría, pese a quien pesare; unas reflexiones que no tendrían réplica de puro lógicas, terminantemente: él *debía* cumplir su palabra... Se sentía capaz para reclamarle el cumplimiento de cuanto le había ofrecido: era su deber antes de confesarlo todo, todo, a su madre; pero ¿podría hacer a su madre tal confesión? ¡Qué idea! ¿Por qué no? Ella, ella la perdonaría... Contra su mismo amor de hija, reflexionó en todas aquellas ideas pequeñas de la señora, en todas las vulgares escenas que ella exhibiría: habría lágrimas, quejas, gritos, se arrodillaría ante los santos, sería capaz de ponerse de luto. ¡Qué horror! Ella no dudaba que después sería un consuelo para ellas; pero no se atrevía a atravesar hacia el corazón de su madre por una calle empedrada de vulgaridades mortificantes. ¿Carmen Teresa? Tan buena, tan dulce... ¡Dios mío, qué pena iba a causarle! ¡Luego... no reserva nada! Lo sabría Pepe..., y las consecuencias..., podía haber hasta una desgracia. ¡Como Pepe tenía tan mal carácter y era violento! Y en cuanto a Bella, ¿qué más daba que lo supiera o no? Pobre hermana mayor, arruga-

da como una raíz que daba su savia al hogar común, ¿qué haría? Se pondría a llorar y se le pasarían dos puntos de un sol.

Estaba sola..., cada hora aproximaba más el día fatal; aquello debía conocerse al fin. Entonces pesó con amargura la situación angustiosa de aquella Juanita, que salió de su casa corrida por ella, escondiendo la cara avergonzada y llorosa en el delantal. Sola en la habitación, entre pensamientos desesperados, sufría un malestar indefinible. De noche, los incidentes más triviales se agravan, se aumentan, se hacen amenazadores e insólitos.

Dos días después, ya instaladas, una tregua afable en ocupaciones, el aspecto nuevo de las cosas y aquella noción de una vida distinta que cada mudanza inspira, se dejó sentir. Las siestas, muy calurosas, adormecían la voluntad. En la mañana percibíanse los ruidos del puerto: crujían poleas, puntualizando su crujir gritos en lenguas extrañas; golpeaban los martinetes del dique astillero, o las sirenas anunciaban, junto con el humo negro, que se elevaba por encima de las casas, la entrada de algún vapor. Por las tardes, una languidez adormecida sobre las aguas invadía la ciudad lentamente; las últimas luces tocaban ángulos de arquitecturas distantes; un barco doraba sus velas en el azul profundo del horizonte; sombras verdosas corrían como estremecimientos por la superficie de los manglares, por los tejados, en un trecho de calle, sobre algún cocal de Goigoaza. Un reflejo inusitado hacía más vagos aún el bermellón oscuro de los techos, la plata muerta del agua, el gris que extendía sus manchas inquietas en lejanías de boceto. Las nubes pesadas raramente dejaban ver una ceja de azul purísimo; avanzaban muy bajas, empujadas por el soplo de los terrales. Entonces Josefina, echada de codos en el balconcete, respiraba aquel aire sano que traía aún su perfume selvático y que la adormecía con una visión de vegetaciones soleadas entre aquel panorama de puerto en crepúsculo.

Ella no se distraía mucho, pero tampoco lo procuraba; en vez de pasear, como se lo rogaba a veces su hermana, prefería las horas blancas del reposo, sin pensamientos.

Seis días más y él vendría... Tornaba a leer la tarjetica, escrita de carrera, con lápiz-tinta, sin fecha: «El domingo, sin falta; perdona, pero antes me es imposible». Proyectó salir con su hermana a esperarlo en la estación; no, era una locura. Irían a pasear luego a la Alameda juntos. Carmen Teresa los complacería. Allí, frente al mar, allí, solos, le abriría su corazón: ¡estaba tan herido! ¡Qué de penas sordas le latían dentro! Quizá exteriorizándolas dejarían de mortificarla tanto..., porque si la mortificaba aquella situación delicada, y más que todo, si tenía el valor de exhibir su falta, ¿qué mucho que él le tendiera la mano, le prestara su apoyo y le diera su nombre para el pobre ser desconocido?... ¡No, no era por ella! Ya ante sí misma se consideraba..., ¡como debía considerarse! Si al menos no hubiera resultado nada, nada... Lo amara siempre en silencio, resignada, abnegada, estimulándose con su vergüenza, como los crucificados con aquel brebaje amargo de la piedad antigua. Pero ¡no era ella..., no era ella solamente!

Por fin, el sábado, en el tren de la tarde, llegó. Una salva de cohetes y una música lejana así se lo anunciaron. Pepito corrió desolado hacia la estación.

Hora tras hora esperó ella en vano. Odió aquellos cohetes, aquella música, aquella recepción... ¡Qué fastidio! ¡Él estaba allí mismo, cerca, a algunas cuerdas, y no podía venir! Josefina, a cada instante, se asomaba al balcón.

—Sjon Presidente taj llegá —gritaba una curazoleña desde la esquina a otras mujeres que se asomaban en los cuartuchos de enfrente.

Pasaron tres hombres: uno llevaba quitasol blanco y casco ruso de lienzo, el otro se enguaba la calva aplicándose el pañuelo a manera de compresa; discutían con el que iba delante, empeñado en acelerar el paso... «¡Qué indolencia! Verían cómo el hombre se les iba. ¡Ya cesó el himno!...».

—Pero ¡ándese, hombre, ándese!...

Y el mocetón apresurado, con aire de torero, se esforzaba en apurar a los retardados.

Le llamaban precipitado, nervioso... Él tenía aspecto de primogénito gordo y sano, criado con sopas. Josefina desahogó su mal humor contra aquellos infelices. Le hizo observar a Carmen Teresa aquella precipitación. Adulantes, buscadores, necios... En fin, todas las faltas que acusa un exasperado en los atentos porteños.

—¡Este Lope que nos urge! —pronunció el calvo en castellano de Rufino Cuervo.

Pero el otro, que era criollista, echó de paso un terno. Entonces le dieron con el codo. ¡Boca sucia! Arriba había una familia. Un poco cohibidos, saludaron los tres. Después habláronse a media voz. El del casco se volvió varias veces hacia el balcón.

La negra gritaba sus impresiones desde la esquina:

—¡Maínda mitaj pedí placa presidente, Maínda mitaj pedí placa! Taj poné pulpito sjon Cordido..., sjon Cordido taj habla...Bisame que ej un home chiquito sjon Cordido; tajicé su cosa. Eivistí su levita e su dashicolé cané.

Pandillas de chicos corrían hacia la estación. En los ventanucos, en las puertas, negras de tumusa con los pechos colgando bajo la rodada camisa, veían a lo lejos.

Se escuchaba el rumor de una gallera. A ciencia cierta, no se sabía si era recepción oficial o una pelea de compromiso.

Calle arriba, portando su barriga, un buen señor, con sus periódicos bajo el brazo, detuvo a un jovencito que en sentido inverso parecía huir, manifiestamente malhumorado, de aquel festival.

—Mira, ¿qué es lo que hay, chicharrones?

—No, sinvergüenzas. ¡Este país se perdió!

Y con una cólera de lo más independiente calumnió al Ilustre Concejo Municipal y al país, llamó estúpido a Carlos Brandt y dijo que iba a decir cuatro frescas por la prensa.

—Esto no tiene composición —añadió—. Ahora escribe de arte cualquiera.

El gordo se sonrió y continuó imperturbable. Pasó la noche, y Bebé no fue. Mandó recado con Pepito. Imposible. Estaba invitado a comer en el Club Recreo; luego, una velada literaria, donde se soportaría un drama de Linares. Se trataba de la regeneración del Teatro Nacional. La escena ocurría entre dos venezolanos que se encuentran en Yokohama. De lo más original. Terminaría tarde la recepción con lo de la Cámara de Comercio.

Ella se prometió verle muy temprano. A las seis ya estaba en pie. Los ojos brillantes, de muy buen color, peinada con gracia, vestida de muselina blanca; las mangas rasgadas dejaban ver casi enteros sus brazos mórbidos y blancos hasta la leve sombra de las axilas... Bajo la blusa abultaban redondos, fuertes, los senos. Parecía estar envuelta en una onda cálida, en una voluptuosidad comunicativa. Fresca y apetitosa como fruta en sazón, Carmen Teresa no pudo menos de besarla en las mejillas encendidas. Pepe le dirigió un piropo cuando se desayunaban: —¡Cuñá! Estás gorda y buena moza; te has cogido tú sola el temperamento.

Con voz trasnochada relató las mil impertinencias de la comida, de la velada, de las conversaciones... ¡Siete brindis! Una oda de Tejera: «Al descubrimiento de América», recitada por un jovencuelo que estaba cambiando la voz; cuatro «composiciones» más, en fin, ¡un horror! A él mismo le obligaron a sentarse a la derecha de Bebé, quien íntimamente le manifestó su contrariedad... Aquello no era republicano, ni restaurador, ni nada mejor; mejor lo hubieran hecho bailando.

—¡Ay, niña! —interrumpió Carmen—. ¡Cómo sería eso con aquel calor! A Pepe se le podía exprimir la camisa. Y le preguntaron que por qué no fuimos nosotras, ¡figúrate!

Los tres sintieron un desdén valenciano, de civilización superior. ¡Despreciaban aquellas veladas de cabecera de distrito!

Rieron. Josefina se sirvió dos tazas de café con leche y acabó la mantequilla... Reprochaba todavía a aquella población de imbéciles, ¡como si nunca

hubieran visto un presidente! Era feliz. Sentíase dichosa esa mañana. Ella también tenía la culpa de sus desazones, por la manía de mortificarse a sí misma y andar siempre con ideas tristes.

Tocaron a la puerta. De un salto fue a abrir. La negra Petronila entró aceleradamente; hablaba ahogándose:

—Ahí viene..., ahí viene; lo dejé en la esquina... ¡Está gordo y buen mozo!

—Sí, pero anda, quítate ese fustán tan sucio. ¡Mira que das pena!

No tenía otro... Entonces Josefina subió corriendo y le trajo una bata de ella.

—Toma, ponte eso.

En ese instante él entraba sin llamar. Volvióse hacia la calle, despidiéndose de alguien que le acompañaba.

—Hasta ahora.

—Hasta luego, mi doctor —dijo, desde afuera, la voz conocidísima de Guillermo.

Bebé distribuyó media docena de frases afectuosas, hizo un chiste nuevo y a la media hora ya había afirmado que él disque era una gran cosa, que el doctor Valbuena tenía talento, que el puerto era menos caluroso de lo que él creía y que sólo sus deberes le impedían permanecer más tiempo en una población tan simpática.

Pepito se ausentó para ir a la estación. Un reclamo de unas naranjas de San Diego que tenían tres días en camino y no llegaban. Carmen Teresa fue a dar una vuelta a la cocina.

Los novios quedaron silenciosos unos instantes.

Ella respiraba con fuerza, agitada por las emociones de la mañana; su pecho, hermoso y fresco, se alzaba, hinchando la muselina, que muy cerca del cuello se entreabría dejando ver la piel blanquísima... Miraba a Bebé con enternecimiento; la línea de los ojos se alargaba, dándole a su mirada una expresión de ebriedad.

Él arrimó su silla y la cogió por los codos, atrayéndola a sí. Se besaron. Dejó que él le apartara los bucles para acariciarle con un mordisco de labios

el lóbulo de la oreja; con las cosquillas de aquella caricia lo tuvo oprimido sobre su hombro algunos instantes. Pero se volvía loca entre aquellos brazos; una onda cálida le ofuscaba la vista, y hubiera querido abandonarse ahí mismo, ser mordida, ser estrechada fuertemente. Besada en la boca, los labios se le abrían encendidos y húmedos como fruta mañanera. Ya no pensaba, y con presiones de mano accedía a todo lo que él le suplicaba, como abstraída en un sueño mucho tiempo esperado... Y él hablaba, a ratos severo, retorciéndose el bigote, a ratos amoroso y rendido, oprimiéndole dulcemente las manos que tenía asidas contra su pecho.

¿Qué decía? Lo de siempre: consejos vanos, frases de afecto, sinceridades ensayadas; pero Josefina adoraba las palabras que le oía; las escuchaba con deleite, las hallaba nobles, generosas, llenas de amor, y se abandonaba a las nuevas promesas que él le hacía con la dulzura inefable del enfermo cuando lo cambian de lecho. Un aire de intimidades amorosas les envolvía, y perdieron la noción del tiempo, de la hora, del lugar... Cuando Carmen Teresa entró, Bebé decía:

—Ya empezó el calor.

En efecto, debía ser caluroso aquel corredor: ambos tenían las mejillas encendidas. Pero hablaban con una frialdad desesperante.

Fue un día amable; las horas corrieron fugaces. A instancias de todos, él se cambió su paltó de paño por una blusa fresca que Pepito le facilitara. Estaba alegre y familiar. Habló de su terruño, del clima que arrebola las mejillas a las mujeres y las hace adorables, de sus campañas cuando fue médico de un batallón, de las proezas del general Castro cuando estaba inédito, una de las cuales, la de caerle a tiros a un cura, impresionó vivamente al auditorio. A las cinco, una falúa de la Aduana los paseó por la bahía; quisieran ir hasta afuera; pero la vista de las líneas ondulantes de un azul más cetrino causó miedo a las mujeres; ya comenzaban los vaivenes del bote. Un crepúsculo suave caía sobre las aguas entre ráfagas calurosas, la música de la charanga militar llegaba

resonando. Del tope del Castillo, la bandera se abatió y entonces cesó la música con un redoble sorido. Desde la borda de una balandra pedían a tierra algo dando gritos; en otra se rasgueaba un *cuatro* con tonada triste y monótona que evocaba ocios de domingo. Las líneas del agua partían enseñadas distantes o reflejaban el cielo en una infinita claridad de vacío; y se invertían en el agua masas grises, siluetas de objetos, mástiles que parecían punzar el fondo... Una luz del Hotel de los Baños trazó un camino de oro hacia alta mar. En un extremo distante, el cadáver de un vapor de hierro echado de proa perfilaba su ruina lamentable. Ya no podían precisarse las murallas del dique flotante, la línea baja de los muelles y el panorama lejano del puerto... Entonces, regresaron, silenciosos, aletargados por el tinte desvanecido de las cosas y aquel aire que sabía un poco a marisco y un poco a brea.

En la noche, él se marchó después de comer. A duras penas se había eximido de visitas y cumplimientos. Al fin, ofreció volver a la siguiente semana. Estaba encantado, se tuvo que quedar hasta el lunes; pensaba irse en el primer tren por la mañana.

Josefina fue feliz. Apenas se dio cuenta que él se iba. Confiaba verlo al siguiente día. Rendida por las emociones, durmió agitada de sueños: primero era una luz dulce, como de capilla, como de amanecer; en un bote, recostada en brazos de él, se deslizaba por un río muy ancho, y se oía un vals viejo lleno de cadencia, el vals de la serenata... Una orilla era la calle del Mercado. Pasaban dos curas bailando; el uno parecía ser Benítez; se sonreía y asomaba una pierna transparente y velluda... El otro iba de espaldas y entonaba el Morrongo, llevando el compás con las manos. Saludaron. La barca se deslizaba serena. Ella preguntó qué día era: «¡La Porciúncula!», gritó una voz desde la otra orilla... De pronto, Isolina, seguida de su familia, llegaba despeinada al borde del río...; parecía desesperarse; vestía de amarillo canario; antes de que pudieran sujetarla, se lanzó al agua; ésta se coloreó de amarillo. El cielo estaba lívido... Ella estrechaba a Bebé... Una angustia es-

pantosa la sobrecogía. Isolina venía a arrebatárselo, y entonces se aferraba a él con fuerza: ¡No, no, nunca!... La otra nadaba, nadaba, nadaba hacia el bote que se había quedado inmóvil. Ella gritaba al remero que huyeran; pero al alzar la cabeza vio que Verdú permanecía extático, con el remo en una mano; con la otra leía un discurso: «...la diosa Razón, que al iluminarnos la senda del progreso, presta sus graciosos dones...». Isolina se acercaba con la cabeza fuera del agua... Gritaba cosas atroces, se sofocaba. Al agitarse salpicaba ya a los del bote... Josefina clamó: «Verdú, por Dios!». Verdú levantó los ojos de la lectura. La vio serenamente; él no creía en Dios. Y, por fin, Isolina se asió al borde de la embarcación. Lucharon un rato. Desde la orilla las Montesillo gritaban. Misia Ana Josefa rezaba la Magnificat... Y el bote se volteó. Las dos, ahogándose, disputábanse a Bebé, cuya cabeza, convertida en un queso de Flandes, flotaba en una zona aceitosa. Ambas trataban de agarrarla, pero se les escapaba. La voz de Verdú decía desde el fondo: «¡Es una sustancia oleaginoso!». Las dos, abrazadas en lucha, bajaban hacia el abismo... Sobrecogidas de horror, vieron en una caverna a un monstruo, mitad género blanco, mitad papel de cigarrillos... El monstruo se quitó los lentes, limpióselos con las escamas de una aleta y sonrió: «¿Ustedes por aquí?».

Era Goenaga. Pero entonces se oyó llorar un niño, y el monstruo, calándose los lentes, dio un rugido y desapareció revolviendo el agua.

Josefina se despertó llorando y tuvo vergüenza de relatar aquel disparate.

x

Y cuándo fue..., santo Dios? —le preguntó la hermana, cubriéndose la cara.

Josefina no podía contestar... Un sollozo alzaba el tumulto de su pecho; apoyada en un brazo del mecedor, después de confesarlo todo, escondida la cara sobre el hombro... Pero detalles, ¿para qué? Ya ella supondría. Aquello era terrible..., aquello

era espantoso. ¡Dios santo! ¿Y qué harían, San Antonio bendito?

San Antonio no tuvo a bien responder. En cambio, Josefina, dominando los sollozos que la ahogaban, exclamó lentamente:

—La única culpable soy yo... Me iré.

La voz temblaba a flor de labios.

Carmen Teresa se abrazó a ella y lloraron juntas.

—Sí, me iré a cualquier parte.

—No, no.

—Sí, yo, yo tengo la culpa. Ustedes no deben cargar con eso. Dios no me abandonará.

—No, Finita, no. ¡Ni nosotros tampoco! ¡No digas más eso, no lo digas más! ¡Pero Dios mío! ¿Por qué no avisaste antes?... ¡Cuando había remedio!...

Ella repuso con acento triste.

—Y antes, ¿para qué?... Siempre era lo mismo...

Ya no lloraba. Como aletargada por el esfuerzo de la confesión, admirada de una energía cuya posesión ignoraba, los ojos se le quedaron secos y apenas en los labios le temblaban las palabras, que nacían firmes en su alma...

Por fin, Carmen se atrevió a preguntarle:

—Y él... ¿lo sabe?

Ligeramente ruborizada, contestó que desde antes del viaje, hacía cinco meses, todo se lo había dicho; que de todas maneras trató de ocultárselo a ellos, pero que al fin, no pudiendo más disimular, abandonada de él —pues abandono era aquel silencio, en contestación a sus repetidas cartas y el no haber vuelto desde su segunda visita a Puerto Cabello—, resolvía confesárselo... No se atrevía a decírselo a su madre... Le faltaba valor...

—Me da muchísima vergüenza —añadió. Y tornó a esconder la cara en el hombro de su hermana, que le daba consuelos incoherentes, mitad censura, mitad compasión... ¡Qué conflicto! ¡Cómo decírselo a Pepe!...

Ante esta idea, ella volvía a su manía de irse, de arrostrarlo todo, todo...

Pero su hermana, reponiéndose un poco, le habló con serenidad, tratando de calmar aquella deses-

peración que ya no lloraba, aconsejándole ardentemente que debía resignarse, que, primeramente Dios, todo se allanaría: ella se lo diría a su mamá, a Pepe, a quien fuera preciso, ¡pero sin dar un escándalo tan feo!... ¡Qué necesidad había de que se apercibiera nadie de una cuestión íntima! No, no; debía procederse con calma, con prudencia.

—Quizás así... —continuó sonriendo tristemente.

—¿Quizás así que...? —aquella palabra de «prudencia» le recordaba amargas pasadas.

—Él mismo cumpliría con su deber, volvería sobre sus pasos... Yo misma le diría...

—¡No! Eso nunca —exclamó orgullosamente—. Primero, la muerte, antes que suplicarle nada. ¡Óyelo: primero la muerte!

—Y pasando por ese pequeño orgullo, ¿preferies un escándalo tan feo?

—Lo prefiero.

No hablaron más. Las dos hermanas se comprendieron... Y durante un instante la mujer estéril sintióse dominada por aquel aire de orgullo y de autoridad que parece envolver a la mujer fecunda. Días angustiosos vinieron. Desde su cuarto, el oído en la cerradura, las mejillas encendidas, procuraba percibir lo que contestaría Pepe al referirle Carmen Teresa... Cada día ésta se proponía declarárselo; pero él llegaba y le faltaba valor... Por fin, un mediodía Josefina creyó oír... Sí, no había duda... Le decía todo... Poseída de angustia, escuchaba... Las voces se mezclaban confusamente... Carmen parecía suplicar. Él respondía duramente, casi grosero, con aquel tono insultante que tanto le conocía.

—¡Ella no tiene la culpa! —gemía la voz suavísima No había duda... Ya estaba lanzada la palabra fatal... Josefina sintió oprimírsele el pecho; una oleada de sangre le caldeó el rostro, y corriendo como una loca por el cuarto, recogiendo objetos, abrió el baúl para arreglar un paquete de ropas y marcharse a la calle, lejos de aquella última humillación..., donde no oyera aquellas censuras vergonzosas... Las voces resonaban más alto.

—¡Pero, Pepe, por Dios! Si ella no tiene la culpa... ¡Si ella no tiene la culpa!...

Josefina corrió a la puerta para ir al encuentro de él y responder a todos los cargos; ella era la culpable; su hermanita no podía sufrir así por ella.

—¡No! La tengo yo —exclamó Pepito con sarcasmo—. ¡No hay un solo calzoncillo que no tenga una tronera atrás! Es que lavan con un hueso... Ya no me quedan interiores...

¡Qué grotesco aquello! Hablaban de la lavandera.

* * *

Al fin, una mañana, estando todavía adormitada, Carmen entró..., se sentó en la cama junto a ella, y le dijo con resolución:

—Ya se lo confesé todo...

Josefina se incorporó con una pregunta muda en los ojos:

—... Traerá a mamá; no tengas cuidado, que él no se dará por entendido; no te dé pena. Ahora, la participación a mamá hay que hacérsela. Me ha parecido lo mejor.

Josefina continuaba interrogándola con la mirada.

—¡El pobre Pepe! ¡Él tiene sus cosas; pero es tan bueno...! Me dio más bien valor... Me animó mucho... Tú debes quererlo como lo merece... Se manifestó conmovidísimo; me habló con tanta seguridad, que yo me tranquilicé por él... ¡Tú sabes el genio que tiene! Pero con mucho juicio, me estuvo diciendo su opinión. Estamos muy de acuerdo. ¡Antes que todo, no dar el escándalo!

—Lo veo tan difícil —dijo tristemente Josefina, y una lágrima se le quebró en los ojos.

Su hermana, en un acento tierno y ruboroso, le comunicó una idea: ¡era la salvación!... Ella estaba casada... Nadie se fijaría viviendo como vivían... Luego, nada más sencillo que...

No pudo terminar. No la dejó terminar Josefina...

El amor entrañable que se tenían las hermanas estalló en mutuas caricias; las dos cabezas, una negrísima, la otra una aleación de bronce y oro, confundían sus cabellos.

Cuando se besaron, Carmen le dijo:

—¡Ya ves, negra, no tengas miedo!

—¿Y Pepe?...

—¡Él está en cuenta, Dios mío! ¡No sé cómo tuve valor para proponérselo!

* * *

El sábado de esa misma mañana resonaron en el zaguán los pasos vacilantes de misia Justina, a quien la obesidad obligaba a marchar como un marino de alto bordo.

Ya estaba ahí. Carmen Teresa salió a abrazarla, y Josefina, no pudiendo dominarse, se lanzó en los brazos de su madre.

—Estás gordísima, hija —exclamó con voz ahogada. En verdad se ahogaba. No encontraron coche en la estación, y el trecho a pie era cosa larga... ¡Y con aquel calor!

Un poco perpleja, sintió que su hija la estrechaba con fuerza y que lloraba copiosamente en su hombro... ¡Ah! Lo comprendía: él se portaba mal, ella estaba resentida. A la pobre señora se le humedecieron los ojos; pero hizo un esfuerzo y trató de consolarla. Era una tontería, no debía llorar. ¡Los hombres son tan malos! Volvióse hacia la otra hija, que inclinaba la frente, muy pálida, con una angustia mortal en los ojos...

—Yo que no sabía, niña... —agregó misia Justina en tono compasivo.

Pepito se metió en el cuarto so pretexto de mudarse de ropa.

La mañana transcurrió sin otra novedad. Se respiraba una atmósfera insostenible. Cada palabra pensábase mucho... Josefina se quejó de dolor de cabeza. Su madre la encontraba un poco ojerosa, pero muy repuesta. Respiraba salud. En cambio, Carmen estaba más delgada. La casita era muy simpática. La cocinera parecía muy buena. Eso sí, ¡qué calorón!...

Desvestíase en el cuarto de Carmen Teresa mientras daba a ésta noticias de todo...: la casa siempre visitada, a pesar de no estar ellas. Bella era la que siempre estaba recibiendo visitas...; de lo que es-

taba pasando, nada sabía... Bebé siempre la saludaba. Verdad que no fue allá sino unas tres veces después que ellas se habían venido; pero le había parecido que siempre era el mismo... En fin, hija, ¡qué de cosas! Decían que él tenía amores con la hija de Cruz, que está en Antímano, como ya sabían. Sin embargo, no lo creía, no lo creía. ¡Aunque los hombres están tan perdidos de Crespo para acá! Mi pobre muchacha... —exclamó con tristeza, desajustándose el fustán—. ¡Dios es muy grande!

Arriba no se oía nada. Josefina aguzaba el oído a la conversación... y percibió que Carmen Teresa decía muy pasito algo que repetía muchas veces:

—¡Virgen del Socorro! —exclamó la señora desesperada.

Y cuando corría hacia el alto, ella se precipitó a su encuentro. Madre e hija se abrazaron entre un mar de lágrimas. Doña Justina, con las manos en la cabeza, se arrancó de los brazos de la hija y se echó de rodillas ante los Santos. Carmen, atribuladísima, se había llevado a Josefina. Pepito trataba de calmar a su suegra. Las sirvientes se asomaron al corredor. La casita retemblaba con los lamentos que misia Justina daba a grito herido, tomando por testigos a los santos más connotados, las vírgenes que han dado menos que decir, Nuestro Señor en el huerto, Nuestro Señor en la columna, Nuestro Señor crucificado, los doce apóstoles, Santa Rita de Casia, los ojos de Santa Lucía... Era una gritería espantosa. Sin acabar de vestirse, en fustán y cotilla, clamaba ante el altarcito donde media docena de cromos mostraban una delegación de la corte celestial: Santos varones de símbolos complicadísimos, que llevan una ciudad en un plato y con la otra mano bendicen a un tullido; vírgenes que recuerdan el rey de naipes o ángeles que se asoman al purgatorio para informarse si queda allí algún ánima de la familia.

—¡Por Dios, misia Justina! ¡Está dando un escándalo!

—¡Ay, Pepe, hijo —gritaba con la cotilla abierta—, qué golpe tan grande!

—¡Pero cálmese, misia Justina, cálmese!

—No, hijo; esto es una desgracia inmensa. ¡Si Belzares estuviera vivo, gran poder de Dios!

Por otra parte, Carmen Teresa, oyendo los gritos, no se resolvía a abandonar a su hermana, que juraba, mesándose los cabellos, ir a tirarse al muelle.

Los alaridos fueron cediendo... Pepe, como en el puente de un barco que naufraga, tomaba providencias rápidas: cerrar las ventanas, mandar para su cocina a las sirvientes, hacer callar a su suegra, que, enronquecida, como loca, se estrechaba contra un Niño de Atocha maneto que conservaba desde su matrimonio.

—¡Gran poder de Dios! —repitió—. ¡Si Belzares estuviera vivo!

Entonces, Pepito, irguiéndose, le dijo con tono severo:

—Eso, no, misia Justina. ¡Aquí estoy yo!

—Usted no sirve para nada. ¡Aquél sí era un hombre!

Pepito se violentó. Con voz colérica que fue disolviéndose en tono de profundo resentimiento, reclamó su derecho en el asunto. Se le ofendía. A él tocaba pedir cuenta de aquello, poner las cosas en su lugar... «Las mujeres no saben sino gritar...». «Los hombres tenemos que dar el frente, y como se da el frente». Había que recordar que él era un Salcedo Gutiérrez... ¡Que a él no lo chivateaba nadie!

Y con violencias verbales, creyéndose ya frente a su ofensor, paseándose a grandes trancos, dijo que donde él se paraba quedaba el tierrero, ¡que a él no se le arrastraban cueros! Y, ¡qué caray!... Se iba ya para Valencia a meterle una bala a ese vagabundo...

Entonces cambió el cuadro. Las mujeres lo rodeaban sosteniéndolo; Carmen Teresa dejó a Josefina con peligro de que fuera y se tirara al agua: él quería zafarse, pero no podía; jadeaba; pedía a gritos su revólver. Las mujeres, aferradas a él, no le dejaban.

—¡Ves, mamá; ves qué imprudencia la tuya! —gritaba Carmen Teresa.

Misia Justina, alarmadísima, le abrazaba llamándole hijo, haciéndole reflexiones, suplicándole.

Entonces, vencido, pálido de ira, se echó en una silla, y con un tono de lo más sombrío rugió entre dientes:

—¡Bueno..., bueno..., dejémoslo de ese tamaño!

—¡Qué desgracia, Dios mío! —sollozaba la señora a media voz.

A todas éstas, hubo que atajar a Josefina, que estaba empeñada en tirarse al agua y que buscaba entre los frascos de elixir y bicarbonato un tóxico.

Por prudencia, la negra Petronila escondió el jarabe de Fellow.

XI

Ya al salir de la estación, misia Justina y Carmen Teresa le hacían súplicas encarecidas: nada de violencias. «¡Por ti, por nosotras mismas, que quedaríamos sin apoyo». Misia Justina tenía mucha fe en el escapulario de Nuestra Señora del Carmen; se lo había hecho prender sobre la guardacamisa para ir a hablar «con ese hombre desalmado».

—Yo tengo mucha fe —repetía—. En verdad, aquel escapulario, ya venerable en los fastos de la familia, era el mismo con que Belzares visitara a Andueza para conseguir su puesto. ¡Ah! Si hubiera seguido su consejo y lo hubiera llevado cuando fue a hablar con Crespo, ¡qué distinta cosa!

Suspiró hondamente, pertenecía a esa clase de seres que encadenan las cosas normales de la existencia siguiendo un orden absurdo.

Pepito prometía contenerse. Era mucho lograr de su carácter; pero la vida presenta exigencias indeclinables; había que someterse a las imposiciones humanas, a las consideraciones sociales, a las circunstancias...

—Recuerde, hijo, a Nuestro Señor delante de Pilatos —le decía su suegra poniéndosele por delante. Él se inmutaba y prometía recordarlo.

Cuando, besuqueado y haciéndole cruces en la frente, en los hombros, en el pañuelo, se marchó de prisa, porque podía dejarlo el tren, empezaron ellas a rezarle una novena a Santa Rita de Casia.

A las diez y media bajó en Camoruco. De allí fue directamente a casa de Bebé. Tanto en Puerto Cabello como en el trayecto tuvo que soportar recados afectuosos. Un mozalbete intelectual que aspiraba a figurar lo llevó aparte y le recomendó con tono enigmático:

—Oye, chico, méteme un canoazo; mira que yo quiero ser persona con el hombre.

Él, vagamente, aunque todavía orgulloso de su privanza, así se lo prometió.

—Dile muchas cosas al *doctor* en mi nombre; que aquí estamos sus amigos. Él sabe; nada tengo que decirle. El sabe que nosotros no somos bailadores de cuadrilla, sino de los momentos difíciles. —Esto lo añadía desde el andén en alta voz.

No estaba Bebé en casa; pero resolvió aguardarle. Quería regresar esa misma tarde con la razón definitiva. Sus asuntos debían de ser así, caracterizados. Los policías porteros lo saludaron cariñosamente, con esa *servilitud* subalterna propia de los pueblos militarizados. «¿Qué dice el coronel?». «¡Siempre a la orden del jefe!». Es una jerga de campamento, muy venezolana, muy sinvergüenza.

En esto entró un señor calvo, bonachón, con leontina como un ancla de buque. Llamábase Abutarda. Estaba muy contento de hallar al amigo Gutiérrez. Por costumbre afectuosa, casi siempre suprimía a sus conocidos el apellido paterno. No era ironista, sino un sujeto todo almíbares. Un hombre de negocios con buena posición. Nunca se metía en política. Adulaba por hábito; desde el turco a quien comenzó por servir en un mostrador, hasta el presidente que tuvo negocios con él. No era malo; sostenía una larga familia. Capaz de cualquier infamia, tenía un corazón excelente. Dio a Pepito una palmada en la pierna:

—Y ese puerto, ¿cómo está?

—Bueno...

—Las muchachas deben de estar gordazas.

—Sí, están repuestas.

—A ti también te ha ido bien.

—Por lo conforme.

—Oye: es que con un gobierno como éste, chico, no le puede ir mal a nadie... ¡Digan lo que digan, este hombre es lo mejor que hemos tenido! Sales Pérez no se portó mal, no, señor; yo soy amigo de Pancho; pero no hay comparación, no hay comparación... Y lo que es el general Castro no tiene de qué quejarse: muy pocas recepciones se le han hecho como la de aquí... Nadie se negó... Fue una cosa espontánea, cariñosa... Costó un platal... Nuestras señoras fueron a recibir a los esposos... El mismo padre Arocha, con aquello del continuismo, ¡siempre tan oportuno!

Pepe oía fastidiado aquella enumeración que escuchaban complacidos los policías a quienes se volvía sonriente el admirador de las puras glorias de *Valencia social*.

Después, inquiriendo la hora, Abutarda añadió:

—Mira, chico, ¿se tardará mucho el *doctor*?

—No sé.

—Digo, como tú eres de la casa...

—Puede venir ahora —contestó más afablemente—. A las once, si no está muy ocupado.

—Yo no vengo sino a saludarlo; me voy de madrugada para Los Tres Ñames.

Bajó la cabeza, se enjugó el sudor, y viendo un «cuerpo entero» de Castro —era aquel recorte de cartón que andaba incorporando la menguada figura del Restaurador en las oficinas públicas y en algunas casas particulares, en actitud de estadista, de levita gris, la mano apoyada en una columna—, Abutarda exclamó:

—¡Miren al hombrecito, tan chiquito y todo lo que ha hecho! Aquí en Valencia debíamos haberle cogido cría con una buena muchacha.

Tenía gracia la especie. Verdaderamente, quizá Bebé, adelantándose a tan justos deseos, ya había tratado el punto.

Un coche paró a la puerta. El presidente de Carabobo entraba. Los policías se pusieron de pie.

Por fortuna, venía solo. Al ver a Pepito, lo saludó alegremente:

—¡Hola, chico, qué tal! ¿Cómo están allá?

Reparando en el otro, agregó:

—¿Amigo Abutarda, usted también por aquí?

Mandó servir brandy. Brindaron y encendieron cigarros. Charlaron de todo, Pepito, reconfortado por el licor, contestó discretamente. El otro hacía el gasto de la conversación.

Observaba Pepito el aplomo risueño de Bebé, su desenfado, su soltura, y sentía no tener valor para hablar de aquel asunto tan enojoso. Por un momento hubiera querido que aquello no fuera cierto, que las cosas se quedaran sin consecuencias. ¡Era tan duro perder un amigo como aquel! ¡A cualquiera le ponía él en su caso!... ¡Su posición, su importancia, quizá la libertad, acaso la vida! Había oído decir que los andinos son malos enemigos; tuvo un instante de debilidad, pensando en lo serías que se le estaban poniendo las cosas. Imaginóse insultado, foetado, perforado por la barriga, retorciéndose en el suelo como una iguana herida... La inmunidad del otro... O, lo que era peor, zurrado de madrugada, en la cárcel, por don Simeón el alcaide.

Abutarda en aquel momento ponderaba las energías de Bebé con motivo de la prisión de Velazco Tapia.

Un miedo de muchacho que va a tomar un purgante le ponía tembloroso y sudando. Pero al llevarse la mano al bolsillo para sacar su pañuelo tocó el escapulario. Vióse en la casa: su mujer llorando, su suegra con las manos en la cabeza dando gritos, su cuñada queriéndose envenenar con bicarbonato, y se recuperó no obstante, ofreciéndose a sí mismo proceder con serenidad. Quizá él no se daba cuenta que para la serenidad deseada la mejor válvula era aquel miedo tan importuno, que nunca le había empezado así, tan de repente, tan de terciana, tan pegado a los huesos...

Abutarda se despedía. Bebé le acompañó hasta la puerta; y cuando regresó, mandó a Pepito que pasara a su pieza.

Pepito se sentó en una mecedora. Con toda confianza, el presidente, luego de quedarse en mangas de

camisa, dándole la espalda, púsose a orinar, hablándole en tanto de cosas diversas:

—De modo que les ha ido bien en la casa... Las muchachas están contentas... ¿Tú te llevaste a misia Justina?... Bien hecho; a su edad..., ese viaje le va a hacer mucho provecho...

¡Aquel hombre que hablaba con tanta naturalidad, acaso creía engañarle! Debía ser un bribón por los cuatro costados para poder aparentar tan bien. Sin embargo, contestó vagamente a las preguntas que le hacía, y asintió con monosílabos a sus excusas por no haber podido ser puntual en sus visitas, como se lo prometiera.

—Pero tú ves —agregó— cómo vive uno aquí con tantas calamidades encima... —bostezó.

Entonces Pepito se atrevió a decirle:

—Misia Justina lo espera hace días para hablarle muy seriamente, porque hasta allá ha llegado el rumor de que usted tiene otra novia aquí, en Valencia.

Manifiestamente contrariado, repuso:

—No hay tal; y, además, caso de que hubiera, no sería motivo para que esa señora hablara seriamente conmigo, como dice usted...

—Estoy en cuenta de que misia Justina puede hablar a usted de ese modo, pues ya no es un secreto en la casa la desgracia que le ha sucedido a Josefina con usted. Y precisamente he venido a Valencia a ver qué consigo de su generosidad en ese sentido, a ver cómo se remedia eso. Porque usted comprenderá, doctor, que cae sobre esa pobre familia una gran desgracia; ellos son de la primera sociedad de Valencia, y si usted no repara el daño, se verán apartadas y despreciadas. Usted sabe cómo es la gente. Bebé, incorporándose, un poco sorprendido, le interrumpió colérico:

—Tantas palabras de usted, ¿son para significarme, según eso, que estoy obligado a casarme? Yo no veo quién me obligue a tal. Lo que ha sucedido es, como dice usted, realmente una desgracia; pero yo no estoy en condiciones de repararla, casándome. Comprenda usted que yo estoy muy por encima de

las intrigas de ustedes; mi situación política me coloca en lugar excepcional. El general Castro es, no sólo mi jefe, sino mi protector. Ninguno más que usted lo sabe. Entonces, ¿quién puede obligarme? Su gestión ante mí debe ser otra, pues esa desgraciada criatura, al fin, es hija mía y yo debo, naturalmente, ver por ella y por su madre.

—Pero, doctor, si yo...

—Nada, joven; usted se expone, no sólo a perder su puesto y la estimación mía, sino también a que lo pase al Castillo por irrespetuoso. ¿Cómo se atreve a venirme a proponer que me case?

Paseábase agitadamente. Pepito, con la cabeza gacha, como un falderillo regañado, había perdido el hilo del discurso preparado, algo así como una loa al Decoro, situándose entre el Pudor y la Sociedad; pero las últimas palabras lo llenaban de terror, y, anhelante, deseaba hablar, convencerlo de su pasividad, de su sometimiento. Era cuestión de disciplina. Él era el jefe. El amigo, el protector, pues...

Bebé no le daba tiempo; una a una fluían de sus labios las locuciones heroicas: expuso su actitud, sus gestos en los momentos difíciles, sus deberes en la casa, su importancia política y social en el país, su dinero, su intelectualidad: todo lo que la época y las circunstancias le asignaban.

Pepito, abrumado, no hallaba cómo protestarle sumisión. No se le daba tiempo; pero sus intenciones se hacían palpables.

Deteniéndose de pronto en su paseo, le interrogó: —¿De modo que usted viene desde Puerto Cabello a llevarse bajo mi firma, como si dijéramos, el compromiso de casarme con su cuñada? ¡Es gracioso!

—No, mi doctor; yo he venido a recordarle un deber, a insinuarle... pues. —Su tono descendía, se hizo sordo y abyecto—. Porque, viéndolo bien, yo antes que todo, soy justo: esa niña es más culpable que usted en lo que ha sucedido.

Bebé, sin oírlo, comenzaba a despojarse de su traje: —Usted tiene razón. Doctor, yo no puedo medirme con usted; yo le debo atenciones, le debo servicios. Usted es mi jefe. Lo que yo valgo en Valencia se lo

debo a usted; el pan mío y de mi familia se lo debo a usted; ¡no me crea tan ingrato, doctor, no me crea tan ingrato!...

Bebé, asomándose a la puerta, llamó a uno de los policías:

—¡Gumersindo!

Pepito sintió que se le abría la tierra. Como un gamo corrió a asirse del brazo del doctor. La voz y las quijadas le temblaban:

—Pero venga acá, mi doctor. ¡Oiga, yo soy su amigo, créalo, doctor, yo soy amigo suyo!

Bebé se volvió diciendo bruscamente:

—¡Un momento, joven, déjeme hablar!

Y dirigiéndose al policía, le ordenó:

—Hágame llenar el baño —y tornando hacia Pepito, le dijo—: Bien, mi amigo, ahora voy a bañarme, y luego a almorzar. Cualquier cosa que tenga que decirme, venga esta tarde.

—Doctor, ¡por Dios! ¡No se vaya a bañar ahora; mire que se ha molestado y le puede hacer daño!

Dejándolo solo, repitió desde la otra habitación donde se desnudaba:

—Vuelva a la tarde.

Sombrero en mano, las guías del bigote caídas, trémulo, se marchaba. Estuvo un instante irresoluto; luego, con voz suavísima, asomándose a la puerta del cuarto le dijo:

—Bueno, doctor, eso lo arreglaremos del mejor modo. A la tarde vuelvo, ¿sabe?

Se iba; pero devolviéndose, preguntó:

—¿A qué hora vengo?

Bebé salió con la toalla en la mano:

—Véngase de tres a cuatro.

Pepito se marchó. Al salir, varios amigos lo saludaron:

—¡Guá, chico, nosotros buscándote! Vimos en *La Lucha* que habías llegado hoy. Te saludan con un suelto cojonudo.

—¡Qué tal!

—Ahí, esperando que nos metas un canoazo.

—Desde que llegué estuve hablando con el doctor un asunto; por eso no he ido a ver a la vieja.

—¡Siempre en el pináculo!

Con optimismo de tercer servicio de brandy, en animada charla, requerido, halagado, brindando cigarrillos de contrabando, exclamó:

—Es que el doctor es muy buen tipo, chico. Con hombres así se puede ir a todas partes. Por eso es que los jóvenes dignos debemos rodearlo.

En la tarde, ya más confiado, oyó cuanto Bebé le expuso, no sin antes protestarle su adhesión y llamarse su amigo incondicional. Aquél le hizo nuevas reflexiones y terminó insinuándole que todo se allanaría.

—Usted tiene razón; hay muchas formas de arreglar eso.

—Sí, doctor, cómo no; tratándose de usted y de mí... ¡no faltaba más!

De súbito Bebé le explanó su idea:

—Mire, yo le voy a dar unos reales. ¿Tendrá con trescientos pesos?

—Eso es cosa suya, doctor —y se le encendió una oreja.

—Bueno; yo le voy a dar trescientos pesos. Usted se va por aquí mismo para embarcarse por La Guaira. En Caracas se consigue una partera, persona reservada, eso sí; allí las hay como la necesitamos. Yo las conozco desde que era estudiante.

—Pero es que...

—Esa es la única forma...

—No, si yo lo que digo... —repuso Pepito algo perplejo.

—¿Qué?

—Digo que yo había pensado otra cosa; es decir, en mi concepto, salvo su mejor opinión.

—¿Cuál?

—Que como mi señora no ha tenido hijos...

Bebé asentía gravemente.

—...Y, como las fechas casi coinciden...

—¡Oh, magnífico! ¡Magnífico, chico, has tenido una idea feliz!

—Usted sabe que entre usted y yo...

—¡Sí, chico, ya lo creo!

—Basta que sea hijo suyo. Un hijo suyo es hijo mío también.

Sonriente, feliz, con extremada afabilidad, se puso en pie... Le dio una palmada en el hombro:

—Bueno, chico, ya verás como esto es cuestión de nada; de nada... Uno las cosas las ve siempre más grandes de lo que son... Yo daré la orden esta tarde, y mañana mismo te vas. Ya sabes, nada tengo que decirte. Cualquier cosa, cualquier inconveniente, aquí estoy yo. Está de más repetírtelo. ¡Esa muchacha, la pobre! La salvamos de cualquier modo. ¡Pobrecita!

Hablaron largo; hubo detalles cordialísimos. Él le comunicó muy reservadamente que el *general* pensaba visitarlos pronto. Salieron juntos en coche. Por el camino Pepito le decía:

—¿Usted comprende? Lo que he hecho es más bien como por buenos oficios: una obra de caridad; pues no se trata de mi señora, sino de una cuñada que tiene su madre que la represente.

Esa tarde fue un solo *trueno*.

Al siguiente día Pepito tomó el tren de las once. Llevaba carriel grueso, mac-ferlane y gorra de viaje. Iba en comisión del doctor. Éste le encargó que no participara nada a la familia hasta no tener todo arreglado.

—Tú sabes cómo son las mujeres —añadió.

Vaya que sí sabía; por algo las conocía tan a fondo. Puso a su mujer un telegrama breve, inexpresivo: «Asunto arreglado. Salgo Caracas comisión privada doctor. Avisaréte. Abrázolas. Pepe». Diez palabras, justamente.

Un grupo de amigos le despidió.

—¡Feliz tú que te vas a la civilización!

—¡Te acomodaste, chico!

—No dejes de escribir. ¡Acuérdate de los que quedamos en esta parroquia hedionda!

—*Au revoir!* —gritó desde el estribo batiendo un número de *El Cronista*, en que se le despedía: «Parte hoy con rumbo a la capital de la República, en asuntos del servicio, nuestro querido amigo y compañero el inteligente coronel José Salcedo Gutiérrez,

alma exquisita, elemento joven y liberal, decidido sostenedor de la causa restauradora. Deseamos a nuestro querido Pepe días prósperos y un feliz éxito en la Sultana del Ávila.»

XII

Un poco de tiempo como un poco de vitriolo desfiguró las formas del asunto.

Los trescientos pesos y las amenazas acallaron escrúpulos en el ánimo de Pepito; también los acallaron en el de la familia, por esa prolongación de opiniones que ramifica las vértebras de una misma especie moral.

A Josefina, como tenía «su genio», le ocultaron aquel detalle, que misia Justina, llorando, tildó de odioso. Había que conformarse. Y como dijo Pepito:

—¡Déjense de necedades! ¡Peor es nada! Así si quiera hay real con qué teparle la boca a la gente.

La muchacha sufría en silencio su vergüenza. Apenas bastaba a mitigar sus penas los cuidados de que la rodeaban.

Ya no salían. Se inventó un mes antes «un tío que vive en Charallave»; semanas después recibieron el funesto telegrama: «¡se murió el tío!». Hubo luto; ¡era tan querido aquel tío! La casa permaneció de ventanas cerradas. A fuerza de retraimiento las pocas amistades se resistieron, dejaron de visitarlas, y una mañana la señora Casamassé desembarcó, de monte-carlo, con dos canastas, una irrigadora y un perrito de bolsillo. Pepito la condujo a la casa.

Bella, muy en reserva, hizo la canastilla. Enternecida bordó escarpines, gorritos, culeros...

La señora de Casamassé no podía comer sino legumbres; acaso ostras, huevos tibios, tortillas; no era precisamente vegetariana; pero prefería una ensalada rusa a las albóndigas. Además, sin vino de dos pesos botella, no digería. Era una cosa tremenda estar así; pero era que, materialmente, no digería.

La comedia se desenvolvía. Más de una vez misia Justina echó todo a rodar.

Otro día la señora de Casamassé tuvo que hacerse la sueca, cuando sorprendió al señor Salcedo y a la señorita Carmen Teresa besuqueándose. No se escandalizó, pero se propuso observar y vio que él se metía a media noche, en calzoncillos, en el cuarto de la cuñada. Sin darse por entendida se puso peor del estómago; ya no soportaba sino croquetas de ostión. Había que complacerla. Usaba equívocos. Manifestó que era madre de familia: ¡sus hijas daban gusto! Y ese día no dejó arroz. Por deferencia, comía a la mesa común.

Pepito a veces se amoscaba. Era el colmo; el perrito *Fritz* parecía no querer tampoco digerir... Si no le daban sopas de leche, chillaba toda la noche como un demonio. Dos días antes del alumbramiento, hubo un conflicto. Pepito le dio un pisotón al perrillo y éste escandalizó tanto, que la partera estuvo a punto de marcharse; ¡no faltaba más! Un animalito tan bien educado, que no ensuciaba sino en el recibidor, y misia Justina barriendo, le atizaba escobazos a escondidas, llamándolo puerco.

Por fin, torcida, bañada en sudor frío, con el mismo espasmo del placer que asume el trance del parto, Josefina fue madre de una rapaza rolliza, bien constituida, linda como todo hijo del amor.

Ese día, la emoción de la abuela por tris lo echa a perder todo; afortunadamente las expansiones no pasaron a mayores. Y todo se redujo a lágrimas. Pepito, muy serio, hacía su papel. Carmen Teresa, húmedos los ojos, besaba al retoño. Sólo la madre, estrechando la niña contra su pecho, queriendo criarla ella misma, permanecía largos ratos viéndola, muy pálida, sin derramar una lágrima y con una sonrisa triste a flor de labios... La llamaría Dolores, Consuelo o Refugio; pero la pusieron Eduvigis: nació el 17 de octubre. ¡Era una promesa!

Veinte días después la partera se embarcó para La Guaira, con su monte-carlo, sus canastas, la irrigadora, el perrillo y seiscientos bolívares. Iba mal de la digestión, pero ya se curaría en Caracas —según Pepito—, donde la gente pare por semestres...

—Grandísima bribona. ¡Tener la desfachatez de ofrecerse «para otro caso semejante!».

La familia pensó regresar a Valencia. Podrían estarse unos dos meses más, esperar que pasaran las fiestas del viaje de Castro y luego regresar.

El matrimonio recibió felicitaciones. Bebé puso telegrama a Pepito cuando éste lo notificó del feliz suceso.

Petronila, encantada, cargaba a la niña como un objeto precioso; fiel y callada, tenía esa bondad filosófica de las mujeres humildes.

La primera vez que Josefina abandonó la cama fue a sentarse en una mecedora, en el balconcete desteñido por las lluvias. A poco Petronila le llevó la niña. Ante aquel pequeño ser, cuyos ojos le hablaban hasta el alma y cuyas manecitas, todavía en incertidumbre medular, ya se tendían hacia su seno, un consuelo intenso parecía envolverla. Con voluptuosidad de convaleciente, besándola muy pasito, le decía secretos infantiles, y contemplándola en su regazo, ya no pensaba tanto en sus penas. Todo lo veía lejano, como entre una niebla, como entre un humo denso.

Sola, bañada por las últimas luces de la tarde, aspirando esa brisa de diciembre tan de alegría, tan de años felices, la larva femenina formada de mezquindad orgánica, apegada a inveterados moldes convencionales, volaba hacia la realidad humana, serenamente.

XIII

Con el sombrero apabullado, un cuello de repuesto en la mano, jadeante, custodiado por los últimos gendarmes leales, ya casi al salir el tren, se metió en el vagón con urgencia de ir *al water closet*. Muchos días antes en las paredes del Capitolio se leían letreos escandalosos.

Algunos de una ironía burda rezaban en letra desfigurada: «Jesús con tú, Macutorio»; otros expresaban frases directas y obscenas. Aquel carbón anónimo fijaba en la pared blanca cuanto desde su llegada se había rumoreado en corrillos de esquina

y cuanto los independientes de última hora tuvieron la cobardía de enrostrarle. ¿Una calumnia? De todos modos, era una calumnia persistente.

Y así, una mañana, empujado por una ola reaccionaria, lívido de miedo, sin un solo bermellón de vergüenza en las orejas, se metió en un vagón alemán como quien se mete a un «reservado».

Así terminó aquel infeliz...

Sin embargo, la excitación duró todavía muchos días. Una pequeña avalancha de pequeñas ambicionzuelas se abatía alrededor de la nueva ley de presupuestos. Todos eran víctimas del presidente caído, traicionado, burlado por su mejor amigo. Nunca, ni en los mejores días de Tiberio, ni en los muy felices de la conquista española, vióse tal número de víctimas. Era una verdadera lástima: había víctimas en los consulados, gemían víctimas en las aduanas. Todas, víctimas de primera magnitud, porque había también una mirada de pequeñas víctimas que partían el alma. En la historia no se ha visto un país tan martirizado, tan sacrificado, tan catacumba. Y para hacer macabro aquel momento de vida nacional, como decían los oradores «independientes» desde el día antes, algunos periódicos comenzaban a asomar de sus cuevas de nueve años las antenas reaccionarias, como esos cangrejos que, en los basureros, esperan que se marche el hombre para devorar su ración fecal.

A Pepito, cuando apenas comenzaba a ensayarse para víctima, le quitaron el puesto porque lo necesitaba otro Pepito, y a los quince meses de cesantía, se le habían torcido los tacones, las camisas comenzaban a deshilacharse y le había caído caspa. ¡Aquel estado lamentable le daba, sin embargo, el aire decoroso de un opositorista! «¿Chico, tú tienes ahí diez pesos?». Había llegado al «dame un cigarro». Previo el tanteo para buscar en los bolsillos un cigarro imposible, y daba la coincidencia de dejarse en casa los fósforos cada vez que salía.

Les quitaron también las dos escuelas; Verdú dijo en la esquina del Mercado que «se habían apagado

dos antorchas»; pero lo que en realidad se había apagado era la estrella de Pepito. Pasaba días enteros en las jugadas; íbase al puente Morillo a ver correr el río, a las barberías a leer los periódicos, o a la estación para saber quién venía de Caracas.

La ociosidad le trajo sus antiguos gustos literarios. Aquellas cóleras contra los «clásicos en desuso» resucitaban en él con más furor. Todavía Valencia no era decadente y en literatura juzgaba más borracho a Rubén Darío que a Julio Flores. Pero a Pepito le atraían las cosas tétricas: los versos de Flores, más llenos de gusanos, que no había por dónde cogerlos, le hablaban «algo íntimo, algo suyo».

Sus opiniones eran esa mezcla incoherente y superficial con aquello de «hermanos en Arte» y «desprecio a la turba».

El amargo de cidra le hacía olímpico; abajo, en el comercio vil, entre baratijas, huacales y madapolanes, bullían los burgueses sórdidos, enemigos del arte, de panzas redondas. A él le exasperaba que aquellos señores hicieran sus tres comidas y que se les diera una higa la literatura, inclusive Julio Flores. Eran despreciables; trabajaban como negros. «El Arte es una aristocracia».

En cambio las mujeres de su casa madrugaban; primero hicieron empanadas para la venta. Era un comercio exiguo y triste; con un capital de veintiocho reales, mitad de las costuras de Bella, mitad de un corte sin hacer que había vendido Josefina, trabajaron un mes. Apenas comían. La leche de Eduvigis no podía faltar. Primero fueron las joyas a las vidrieras de Mirlin; otro día unos muebles todavía nuevos, aparecieron casa de Nevero; se vendieron prendas; se rifó el reloj de Belzares en cincuenta acciones. Petronila desde muy temprano gemía en los zaguanes: «bizcochuelos, papitas de leche, torreas de las niñas Belzares»; pero ni las torreas, ni las papitas de leche, ni los bizcochuelos, se vendieron al fin; y un día misia Justina, calándose la gorra, fue a hablar con Goenaga para conseguir tareas de torcer cigarrillos. A las dos regresó a su casa; no habían almorzado; pero él le ofreció que al regresar Corao

de Europa y al rematar el «negocio», «vería a ver» si les conseguía.

Cuando no hubo qué rifar, cuando no hubo qué vender, ante el problema diario de la comida, pues para deudas ya habían recorrido la escala de las mortificaciones —el dependiente principiante, que muy ruborizado ante las muchachas, busca el legajo de recibos diciendo: «Aquí hay una cuentecita», el lechero que caracolea el burro y el panadero que golpeando las tapas de los barriles cobra a gritos desde el medio de la calle, y el cobrador ducho de mirada hosca que dice proceder de «otro modo si no le pagan»—, ante la miseria multiforme cayó sobre ellas esa resignación tardía, mezcla de cinismo doloroso que hace burla de su propio estado y de apariencia lamentablemente presentada, en que se incluye el *santo* de las amigas, los sandwiches atrapados en el pañuelo o el plato de un manjar especial que las vecinas envían para que prueben.

En el fondo de aquel cuadro grotesco, como borraja por esfuminos, Bella desapareció, consiguiendo pasaje gratis en una peregrinación y una plaza de sierva del Santísimo Sacramento. Allí continuaría bordando soles y rezando por el alma del padre Benítez. Como una fruta horra, como uno de esos productos vegetales que ni maduran ni florecen, se secó para los demás secándose para sí misma. En la comedia de su casa no fue sino un testigo ocular.

Un día, a las diez, Eduvigis lloraba. A esa hora Petronila logró «como cosa de ella» que un vendedor le regalara media botella de leche; al otro no hubo ese recurso, y cuando Pepito entraba de la calle recitando:

*En esa hora gris, en esa hora
 muda y sombría en que el dolor embriaga...*

notó asombrado el aire de consternación que había en la casa. Quedóse un rato perplejo, fue hasta la cocina para encender un cigarro. Ronroneando, despreciativo y filósofo, el gato dormía en la ceniza. Sintió rabia por aquel animal, rabia de ser inútil hacia la bestia rapaz y valiente. La casa era vieja y llena de ratas: *Togo* se dedicaba a la caza como un

gran señor y con gesto de sibarita se aislaba de aquella angustia, de aquel hambre silenciosa. Regresó silbando, paróse en la puerta del cuarto donde Josefina mecía a su hija tratando de acallarle el llanto. En el otro cuarto Carmen Teresa dejaba escapar de tiempo en tiempo un lamento, mezcla de bostezo y quejido por su eterna jaqueca. La voz de su suegra se oía desmenuzando rogativas. Una cólera súbita se le vino a los labios, no podía menos; aquella chiquita era una sinfonía, y todo era por mala crianza.

—Pero, niño, qué ocurrencia: ¿tú no ves que lo que tiene es hambre? —le gritó su suegra indignada.

—¡Qué hambre! Ustedes que no sirven para nada: las mujeres son siempre muy cobardes, y lo peor de todo es que con sus ridiculeces anulan a los hombres de acción y les cortan su carrera política. A mí no me pesa el matrimonio, porque Carmen es buena; pero si no me hubiera casado hoy sería una alta figura en el Estado; y para colmo de desgracias, tener que cargar con una muchacha que no es hija mía, que con sus lloros no me deja dormir de noche.

Decía todo aquello queriendo desahogar un odio sordo que le latía adentro, contra algo que lo hostilizaba, contra algo que lo humillaba en aquella muda consternación de la casa; sentíase reo de su nulidad y trataba de devolver en palabras insolentes lo que aquel mutismo tenía de acusador.

Josefina ya no era la muchacha soberbia de otros días; ahora se callaba y lloraba; no como antes a gritos, porque la niña podía despertarse; las lágrimas fluían a sus ojos silenciosamente o se le rompían en las pestañas, con la inmovilidad dolorosa de los moribundos. Herida en las propias fuentes de la vida, su corazón se había hecho dulce y resignado. Hablaba a media voz como las madres jóvenes, y en la cara pálida, desde el fondo de unas ojeras muy hondas, su mirada se suavizaba en una expresión de tristeza.

Ya misía Justina desde la puerta, manoteando, desahogada le gritaba:

—Usted es el que menos derecho tiene a levantar la voz en esta casa; si no fuera por nosotras, estaría en el hospital. Qué desgracia la de mi hija, haberse

casado con un mequetrefe, que no sirve para nada, que en vez de buscar trabajo para mantener su familia, tiene valor de presentarse aquí cuando le da la gana, a amargarnos más la vida. ¡Si usted tuviera vergüenza, no vendría ni por aquí para presenciar lo que está viendo!

Pepito sonrió con cinismo:

—Usted es loca, señora; lo que usted me está diciendo a mí, se lo digo yo a usted; esta casa es mía; yo no tengo hijos de su tamaño.

—¡Usted lo que es, es un grosero!

Él se encogía de hombros:

—Usted es loca, señora.

—Un canalla.

Enfurecida, le manoteaba en la cara.

Él continuaba impasible:

—Usted me hace cargos porque yo no voy a coger un pico. Usted es loca. Usted, ¿qué se ha figurado? Esta es mi casa. ¡Ojalá me metieran en la cárcel, a ver qué van a hacer ustedes! Además, ya le digo, esta es mi casa.

Empujado por sus reflexiones, el antiguo vozarrón de las discusiones con su mamá atronaba la casa. En aquellas frases violentas se traslucía el proceso indecoroso de la familia: tuvo sátiras amargas para la «bromita» que había tenido que soportar cargando con vagabunderías de un zipote y una... loca, por estar de *juambimbe* tapando perrerías ajenas; pero estaba resuelto: aquello no podía seguir así. ¡A él, porque les tenía lástima lo creían zoquete, y ahora, como no tenía qué darles para que malbarataran, le salían con sinvergüenzuras!

—¡Y últimamente! —bramó en el corredor, sofocando todas las voces—. ¡Yo no soy alcahuete de nadie; se van ya de mi casa con su muchacha y todos sus corotos! ¡No me dejen ni el gato!

Carmen Teresa se abrazó de él:

—Pepe, ¡por la Virgen Santísima!

Oscurecía. Voces coléricas, voces llorosas, llanto de niño, formaban en la penumbra de los cuartos con el liar de los bártulos y el volcarse de los canastos un rumor angustioso de casa que se acaba, de hogar que

se desmorona. A veces el cromo de un santo se venía guarda abajo y rompía unos frascos. Misia Justina vociferaba arreglando una cestica donde se llevaba los teteros y frascos vacíos de agua divina. Nada podía contener la cólera desahogada de Pepito. De un empujón tiró a su mujer contra la cómoda y se paró frente al zaguán gritando de voz en cuello:

—¡Que cada palo aguante su vela! ¡A mí me da vergüenza cargar con hijos ajenos!

En la acera de enfrente, en mitad de la calle, se agolpaban los curiosos y las sirvientas del vecindario. Los vecinos comenzaban a asomarse. Desde la esquina se oía el escándalo. Y Petronila, mezclada al grupo de la calle, trataba de aplacar las conjeturas o entraba y salía muy angustiada.

Entre dos luces, cuando la mariposa de los focos parpadeaba a trechos, ya casi anocheciendo, madre

e hija salieron de la casa. Misia Justina llevaba envuelta en su pañolón a la niña dormida, cuyo bracito colgaba, marcando la marcha vacilante de la señora. Su hija delante, la cara casi escondida en la serenera, el paso apresurado, se llevaba el pañuelo a los ojos. Petronila iba detrás de las dos mujeres con un bojote en la cabeza.

Y entonces, en la hora angustiada, cruzando calles donde gentes desconocidas las seguían con una mirada curiosa sin darles la acera, por un instante Josefina recordó hondamente la expresión de aquella Juanita que ella corriera de su casa y que se fue así mismo, una tarde, con su niño entre los brazos y la cara encendida de vergüenza...

Calabozo, 1911-1912.

«Una mujer de mucho mérito»*

Sumario

Presentación p. 915

«Una mujer de mucho mérito» p. 916

*José Rafael Pocaterra***

* José Rafael Pocaterra, «Una mujer de mucho mérito», en *Cuentos grotescos*, Caracas, Imprenta Bolívar, 1922, pp. 251-258.

** Ver perfil biobibliográfico *supra*, p. 850.

Presentación

De José Rafael Pocaterra es este breve relato que forma parte de sus *Cuentos grotescos*, publicados en Caracas, en 1922, en la Imprenta Bolívar. De esta edición el cuento citado en el ensayo sobre ideas de masculinidad y de femineidad en Venezuela, ocupa las páginas que van de la 251 a la 258. En esta obra Pocaterra revela otro aspecto del imaginario de la femineidad, del primer cuarto del siglo xx. Aquí nos describe de manera sardónica el horror que provoca una mujer ilustrada y todo lo que puede

perder su condición femenina en su papel de lectora; es una burla exagerada, pero reveladora del estereotipo femenino de la mujer sumisa y sin preocupaciones intelectuales. En general, los *Cuentos grotescos* abundan en la visión, siempre burlona, de la conducta femenina. Criticada también cuando se sigue el patrón tradicional. Esta pieza ha tenido ediciones posteriores, si bien menos que la obra más famosa del autor: *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Su carácter costumbrista revela hábitos e ideas de la época.

A Gustavo Manrique Pacanins, dedico.

J.R.P.

UNA MUJER DE MUCHO MÉRITO

Usted llegó a injuriarme porque en un momento de ingenuidad, del cual, señora, estoy realmente arrepentido por haberme ocurrido entre mujeres, confesé que me eran insoportables las damas científicas; si mal no recuerdo, dijo usted que eso era tener «un concepto brutal de las cosas», que en mí, a pesar de tantos siglos —yo no recuerdo cuántos echó usted en la cuenta— en mí hablaba el hombre peludo de las cavernas... En fin, amiga mía, me puso usted de oro y azul, si es que con semejante ropaje, tan colorido, pudiera verse mal alguien. Pero yo se lo agradezco: le debo este cuento y se lo dedico. Perdone usted que no nombre personas; el infeliz protagonista es, hace tiempo, huésped del cementerio, y no quiero turbar en la muerte la paz que tanto se encargó de turbarle en la vida su ilustrada esposa.

I

—¿Que le hable a usted de ella?

Sí, señor, ella no era mala, no señor. Hasta aseguro que me quería: cuando me dio el tífus, una noche que tuve delirio y fiebre muy alta, lloró, inconsolable, contra el copete de la cama. En mis primeros tiempos de matrimonio, yo, enamorado, no me cuidé mucho ni de sus libros ni de sus frases, ni de su manera especial de pronunciar ciertas palabras extranjeras como *beafsteak*, *riviére*, *season*... Luego, moderadamente, se empeñó en hacerme pronunciar correctamente «psicología, numismático, balaustre». Al fin, en público, me enmendó: No, hijo mío, no se dice un porción sino una porción. Quise excusarme, pero en ese instante las señoras discutían de La Rochefoucauld y de las afecciones mórbidas post-parto... Tuve que guardar silencio. ¡Ah! Señor, se lo juro a usted; si yo no hubiera estado ciego, si yo de novio hubiera carecido de esa fácil desvergüenza de los enamorados para tolerar delante de todo el mundo que ella humillara a cada

paso mi ignorancia de tenedor de libros, ¡ah! señor, se lo juro, ¡no estaría en el manicomio! ¡Qué de cosas me decía en el lenguaje científico! «Tú eres un sanguíneo, un “habitual”, una bestia bípeda, perfectamente armónica en tu espina dorsal desde el cerebelo hasta el coxis...».

En casa teníamos figuras antropométricas, una ficha del que mató a Carnot, versos de Marinetti, cuadros cubistas. Todo aquello, se lo confieso a usted, todo aquello me iba alejando del hogar.

¡Yo llegaba de tarde, cansado, con los dedos agarrotados por la pluma y en el cerebro una danza de cifras, el embrutecimiento de diez horas de escritorio! Yo quería hablar cosas sencillas: la temperatura, la dentición de los muchachos, los chismes de los compañeros de oficina; yo quería charlar de algo humano, agradable, fácil... Ella no me hacía caso: leía, leía, leía con una atención desesperante economía, política, novelas, jurisprudencia, diccionarios enciclopédicos, prospectos de jarabes, medicina, agronomía, libros de ciencias ocultas... ¡un horror!

Hasta en el sagrado del lecho conyugal me perseguían sus lecturas y al caer sobre el colchón era rara la noche que no me aporreaba con algún tomo de medicina legal, de espiritismo o de higiene privada, ella leía todo esto junto a mí, con el foco eléctrico sobre los ojos, ¡hasta que yo lograba dormirme entre un triste y casi burlón zumbido de zancudos!... Y en el amor, ¡ay, señor! ¡Usted no se imagina...! ¡En el amor, en eso que todo el mundo practica con un desorden admirable, debíamos esperar el cuarto menguante, señor! «Para seguir así la fecunda y perfecta armonía del Universo», respondía a mis justísimas quejas... En una palabra, debíamos de estar de acuerdo con la marea, con el movimiento de rotación, con los signos del zodiaco, ¡qué sé yo! Me dediqué al licor: ¿qué quería usted que yo hiciera, infeliz átomo, con aquel monstruo de Sabiduría? Pues eso, lo que hice, dedicarme al aguardiente... Yo hubiera dado cualquier cosa, hasta el mismo vicio, porque mi mujer se humanizara, llorara, se

volviera una furia ante mis malas costumbres. ¡Nada, señor, nada!

Se limitó a leerme en alta voz varios tratados antialcohólicos; emprendió correspondencia con el doctor Razetti acerca del «caso» de su marido, firmando sus cartas con este seudónimo: «Una esposa ilustrada»; le enseñó a Benito, nuestro hijo mayor, que me recitara al entrar, en vez de «la bendición papaíto», un dístico del doctor X:

El que bebe demasiado
 Siempre estará «enratonado»...

y por último, clavó con alfileres en el testero de la cama un «cuadro sinóptico del estómago de un borracho». Yo no pude más: tiré el «cuadro sinóptico» en el tobo del aguamanil, le pegué dos guantadas a Benito y me encerré en mi cuarto. Fue eso lo que ella más tarde hizo calificar en nuestro divorcio como «sevicia», «maltrato a los hijos», «retramiento al deber conyugal»...

Para resarcirme de aquella sabiduría espantosa me refugié en el aguardiente que me ponía deliciosamente torpe, como los otros animales... Tuve pesadillas horribles: soñaba que mi mujer, con la misma cara de un retrato de don Marcelino Menéndez Pelayo, que había visto en un periódico, se abrazaba de mí en una escena de celos, o que Pancho Villa montando un revólver sobre mi nariz, asesorado por ella, me obligaba a devorar hasta el apéndice un Tratado de las Sociedades Civiles y Mercantiles. Como usted ve, ya empezaba a perder el juicio, cierta falta de correlación en las ideas... Mi mujer, sin preocuparse lo más mínimo por mis berridos, me explicaba que «el proceso digestivo» al alterar la circulación cerebral produce imágenes que etc... y me consolaba con las reflexiones que la

catalepsia, la lepra y la tisis intestinal presentan esos síntomas... cuando no el *delirium tremens*.

—¡Sigue bebiendo, pues, con semejantes prolegómenos!

Y yo, se lo juro a usted, con el corazón oprimido, con la angustia esa que martiriza a los bebedores, sufría alucinaciones extrañas; en el lecho nupcial me parecía estar acostado con un académico.

Un día me halló abrazando a la sirvienta, una muchacha del Tuy, buena moza, pero bruta como un adoquín. No se alteró mi mujer: se redujo todo a despachar la sirvienta; a mí me miró de arriba abajo con una mirada fría, por detrás de sus lentes de oro; y en lugar de gritarme cuatro naturales barbaridades, traidor, infame, asqueroso... cosas éstas que me hubieran encantado, se lo juro a usted, bajo palabra de honor, ¿sabe usted lo que me dijo? ¡Ah! Me parece estarla oyendo: «No es culpa tuya, tú eres un buen *descendiente*... en ti grita el ancestro, el abuelo cuadrumano, simiesco, ¡eres un verdadero pitecantropo!».

Ella no era mala, no señor, pero tenía demasiado mérito.

Cuando salía del edificio, le dije a la Hermana que me acompañaba:

—Pero bien, ese pobre hombre no parece estar tan mal para que lo tengan encerrado; razona, no se altera... Su relación es un poco ridícula, pero no carece de lógica.

—¡Ay señor! contestó con su sonrisa modesta y triste. ¿Usted lo observa así ahora...? Pues bien, en cuanto ve un libro, un periódico, algo impreso, su desesperación es horrible: hay que sujetarlo, ponerle chaqueta de fuerza, aplicarle cloral...

*Divorciarme yo...**

Sumario

Presentación p. 919

Divorciarme yo... p. 920

Orlando Urdaneta

Nació en Maracaibo, estado Zulia, en 1950. Actor de televisión, cine y teatro. Protagonista de más de 25 telenovelas en Venezuela y de 30 filmes presentados entre 1972 y 2000. En teatro trabajó en las piezas *Los hombros de América*, de Fausto Verdial; *El americano ilustrado*, de José Ignacio Cabrujas; *La quema de Judas*, de Román Chalbaud; *Cartas de Amor*, de A.R. Gurney, traducida y adaptada por Miriam Dembo, y en su propio monólogo *Divorciarme yo...* (2003). Por su trabajo ha recibido importantes galardones como el Premio Nacional de Cine (1997), el Premio Municipal de Teatro (1997), al año siguiente fue distinguido por La Casa del Artista; durante los años 1998 y 1999 recibió el Premio de la Asociación Nacional de Artistas Cinematográficos (ANAC) por su participación en las películas venezolanas *Pandemonium* y *Cien años de perdón*.

* Orlando Urdaneta, «Divorciarme yo...», en *Bagazos ópera prima*, vol. II, Caracas, Bagazos Papel Artesanal, Conac, Banco Mercantil, 2003, pp. 117-158.

Presentación

Este monólogo de Orlando Urdaneta fue estrenado por el Grupo Bagazos el 18 de abril de 1997, en la Sala de Conciertos del Ateneo de Caracas. En 1999 le valió a su autor el premio al Mejor Actor de Teatro de la Casa del Artista, en Venezuela. Su contenido y la fecha de su estreno lo presentan como la respuesta masculina al monólogo de Mónica Montañés, *El aplauso va por dentro*, que tres años antes irrumpiera en el teatro venezolano y luego en el internacional como una obra de éxito.

La pieza de Urdaneta busca reflejar, de manera humorística y cargada, la situación del hombre explotado por las ex esposas, sus vástagos de matrimonios previos y el hijo habido dentro de alguno de sus matrimonios. La masculinidad allí presentada es la del profesional de clase media en ascenso, que si bien quiere encontrar una pareja con la cual envejecer (p. 125 de la edición citada), considera que todas sus relaciones han sido con «brujas», perseguidoras e insultantes; que tiene otro hijo habido

fuera del matrimonio, que no le ocasiona molestias porque se mantiene a sí mismo y que, además, no lleva su apellido y que no lo emociona como el hijo indiferente y costoso.

La obra tiene el humor fácil del autoinsulto y las situaciones extremas y para estudiar la masculinidad contemporánea posee el mérito de que en la visión del hombre-víctima de mujeres bandidas y aprovechadoras (todas), se celan sin embargo los rasgos tradicionales de la masculinidad construida a lo largo del siglo. Para los hijos fuera del matrimonio no hay cuidados, cariños ni sacrificios por parte del padre, y tampoco los gastos motivo de líos de tribunales o de negociaciones de pareja que se dan para satisfacer las necesidades del hijo reconocido por el padre como tal, social y afectivamente. Y la revelación de que en ese retrato exagerado del protagonista del monólogo, la relación de pareja, con la temblorosa y a la vez fuerte estabilidad de la vida cotidiana, es imposible. Así, como la necesidad desesperada de encontrar esa relación.

DIVORCIARME YO...

(...) Ahora sólo quisiera tener que llevarle flores a todas, pero al cementerio... No, bueno... no... por más que sea, son las madres de mis hijos... bueno algunas... con dos no tuve hijos... pero con una tuve perros y fue casi la misma mierda... de vaina no me llevó a los tribunales por la patria potestad de un doberman. Y yo ni lo quería, al bendito perro... Tal vez lo peleé por vainas... por pelear... Por último se lo dejé... con la esperanza de que fuera verdad aquello que dicen. Que, hacia el final de sus días, los doberman pierden el olfato o la vista o las dos cosas, lo cierto es que desconocen a su amo y algunos llegan a atacarlos. Ojalá por lo menos ya le haya arrancado un pedazo de nalga o le haya toleteado una pierna. Aunque sea... que le haya desgarrado el músculo. Especialmente el de la pierna izquierda. Esa misma con la que me pateó el maletín del gimnasio el día que me botó, diciéndome... (acento alemán): «... Ahí están tus vainas y me lo haces favor y te me vas. Y tú no vuelves buscar más nata, porque todo otgro aquí, ésmio. ¡Caaabgrón!...». Ella pretendía que yo arrancara la reconducción de mi vida un domingo por la noche. Con un maletín que lo único que tenía era: un estuchito de esos que dan en los aviones que ya ni pasta de dientes le quedaba, unas cholas plásticas, un kimono y una venda toda cagada de Hirudoid. Lo más duro de esos momentos es la primera llamada... Así sea un amigo o una amiga o la próxima víctima... Da como pena... «Otra vez, Manuel»... Eso es lo primero que te dicen... «Otra vez, Manuel»... Igualito que cuando los llamaste para invitarlos a la boda: «¡Otra vez Manuel!»... Y allí vas tú con tu maletica... Oyendo miles de voces con las dos versiones de «¡Otra vez Manuel!»... Se te ocurre tanta gente a quien llamar... pero te da pena... ¿Quién... quién?... Alguien que no te dé pena... Y por Dios, alguien que no te vaya a decir: «¡Otra vez Manuel!»... La gente se cruza contigo... te lo ven en la cara. Saben que arrancaste... que te fuiste... o te botaron, da lo mismo. Los hombres parecen decirte: ¿Quién te man-

da a güebón? Por no saber hacer las cosas. Yo no. Yo sí sé mi broma. Ya hice lo que me dio la gana en la calle y ahora me voy para casita donde tengo sopita, tele y aquello... Coño... Tengo hasta frío... Si me meto en algún lado van a empezar a preguntarse qué hago un domingo con ese maletín hediondo a Hirudoid... Hoy no hay gimnasio... Aaaaay... A éste como que lo maletearon... Mejor sigo caminando hasta que se me ocurra algo... ¿Y las mujeres?... Qué impresión, cómo me miran... no cabe duda de que ésas sí me lo notan... Algunas casi me amenazan: no te acerques a mi marido... no me lo vayas a contaminar con tu virus... con tu epilepsia marital... Otras le tuercen los ojos a sus hombres como diciendo, espero que tú no resultes ser como éste... y las solteras o las que van solas me muestran repulsión... en mí ni te fijes... conmigo no vas a repetir tu numerito. Y se cambian de acera o por casualidad cruzaban la calle. Pero hubo dos o tres que pareció que se cambiaban a la otra acera por mí. (Pausa). Siempre que estoy en esta situación. Es decir, arrancado o botado... tengo un sueño. Siempre el mismo... es algo recurrente... me veo en un circo. De esos circuitos de feria. Baratos. Donde hay una carpa con un destemplado locutor en la entrada, que anuncia a la mujer barbuda. Al lado, en otra carpa, un energúmeno se esfuerza por imponer su voz sobre la del competidor. Éste anuncia la triste historia de un niño al que sus padres, cuando era pequeño, metieron dentro de un florero para que se portara bien. Los padres salieron a la calle. Murieron en un accidente y el niño quedó para siempre atrapado en el florero. Sólo su cabeza creció. Siempre ha vivido allí. Su mirada es patética. Se alimenta de flores por supuesto. Después viene, como siempre, mi carpa. Una carpa oscura, mohosa, donde se respira humedad. Todo es como baboso, resbaloso. Sobre ese terreno fangoso hay un bulto. Soy yo que estoy tirado, ahí, en ese pichaque. Tieso. Casi inmóvil. Con mis manos pegadas al cuerpo y atrapado, desde los hombros hasta los tobillos por una secuencia de anillos de matrimonio de distintos modelos y cali-

dades. Todos los aros con los nombres de ellas grabados, pero por fuera. Y no me está permitido ver más nada. Estoy condenado a leer solo esos nombres. Apenas puedo, en un descuido, trato de dar vueltas para alcanzar el encuentro de mi asquerosa carpa con el piso. Comienzo a rogar por un poco de brisa. Que la levante. Sí. Un poco, aunque sea. Para recibir calor del sol. Algo de luz. De aire menos fétido. Menos pestilente que mi oscuro lodazal, donde el frío huele a descomposición. Y durante todo este tiempo se escucha, afuera, la voz de Jacques Cousteau que me promociona. Me anuncia como: «El Nematelminto conyugal»... El extraño gusano. Un espécimen con cabeza de cónyuge y cuerpo de alianzas. La gente comienza a entrar en tropel. Pura gente que yo conozco. Todos a su vez, me reconocen. Me señalan. Comentan. Me da pena que me vean. Pero ya no puedo pensar en eso, porque tengo que tratar de ocultarme antes del final de la pesadilla. Esta vez debo tratar de evitarlo. ¿Cómo haría yo para despertar?... Es inútil. Ya están aquí. Son mis ex esposas. Al final del sueño siempre entran ellas. Con mis hijos. Los traen para que me vean así... Ellos sufren... me piden a gritos que me levante de ahí... pero yo no puedo... tratan de saltar a ayudarme, pero sus madres se lo impiden y se los llevan a la fuerza... y yo grito... y me desespero... y me orino. Entonces me despierto... y en efecto, estoy orinado. Estoy enfermo... ¿Pero seré yo? A lo mejor no soy yo del todo. O por lo menos no soy sólo yo. Sí, pero tantas... y todas equivocadas... es como mucho... Debo ser yo... Pero es que yo quiero... A mí me gusta estar casado. Si no ¿por qué iba a hacerlo tantas veces? Probé todo: nacionales, extranjeras, hijas de criollo nacidas fuera... hijas de extranjeros nacidas aquí... hijas de... hijas de... (llora) hijas de puta... Yo lo único que he querido es ser feliz. Yo trato de tirar, a los siete años de casados, como si fuera la primera vez... Yo sé que no soy fácil... al principio jodo un poco, lo sé, pero después yo mismo bajo el perro... Y sobre todo mis hijos... coño... mis hijos. ¿Cómo se los explico?... Y si se

los explico y me entienden y me perdonan, ¿cómo recupero el tiempo perdido? El amor no dado. El cariño que no le hice. La fiebre que no le bajé. La muñeca que no le pegué o la bici que no le arreglé. ¿De qué forma le entrego hoy en día, aquello que sólo tenía sentido entonces? ¿Cómo vas a meter en tu cama a un ingeniero agrónomo de un metro ochenta y seis y le vas a hacer cosquillas en la barriga?... Es que aunque se deje, se ve ridículo. Toda mi vida mis hijos no son más que unas fotos que visito en sus portarretratos. Y a las cuales voy agregando años para así verlos crecer, aunque sea, en mi recuerdo. Es eso... es eso lo que yo resiento... eso es lo que yo quisiera recuperar. No el Porsche... ni el chalet... ni la acción del club, ese monumento a la naftalina, lleno de viejas chismosas y jóvenes ladillas que no descansaron hasta descubrir que Titina y yo seguíamos yendo, cada uno por su lado, a pesar de estar divorciados... Y los maridos... una cuerda de cagones, que lo que pasa es que no tuvieron ni tendrán jamás el valor de hacer lo que yo hice... Sí... Estoy orgulloso... porque cuando uno es honesto y sincero, y no importa qué... dice la verdad y hace lo que siente... uno se puede sentir orgulloso de ello... No de mis fracasos, no estoy orgulloso de tener a mis hijos lejos. No. Pero sí de ser auténtico. Por eso es que hoy... hoy, no sé. Pedí tiempo... Y me lo dieron. Me lo dieron y no sé... Tengo una amiga que dice, que lo mío con los matrimonios y los divorcios, es un tic nervioso... no lo sé, no quieroirme más... pero no quiero ser infeliz... no le quiero amargar la vida a ella... pero no quiero que ella me la amargue a mí... ¡Coño! Ahora... yo creo en el matrimonio... definitivamente yo creo en la fórmula $(a+b)^2 = a^2+2ab+b^2$. Ahí está a^2 $2abb^2$, o sea $a^2 b^2$, los dos tienen que haber cuadrado. Pero en el medio está ese $2ab$, es decir que el riesgo es mutuo: $2ab$... Los dos van a ve'... Y siempre hay uno que no la ve, o la ve tarde... Porque... ¿cuáles son las mejores relaciones que uno ha tenido?... Por lo menos esta generación. Aquéllas que se dieron por combustión espontánea. Es decir, que uno no ca-

lentó sofá. Cero visiting... CD... Contacto y destrucción... Antes era LP... Localice y penetre... Pero ¿qué pasaba ahí?... Que luego había una charla y adquirirías de la persona un conocimiento más íntimo y auténtico. Digo auténtico porque aquello otro, ya te lo habían dado... era más sincero el encuentro... Era $a^2 + b^2$ sin el 2ab... Lo que había que ver ya lo habían visto... Perdón por las formulitas pero es que no les he dicho que soy profesor de matemáticas... Es que pensé que si lo decía de entrada, no me iban a parar. Hubieran dicho... ¡Agghhg, qué ladilla!... A nosotros nadie nos para... Es duro... Enseñar una materia que nadie o casi nadie quiere ni le gusta... Y llegué a profesor por la vía más dura. Antes era ingeniero. Claro, ahora doy clases en mi propio instituto... antes no podía hacer mis propios edificios... (Pausa). ¿Será verdad que es el gato el que lo jode todo?... Qué bolas, un gato va a poder con la solidez espiritual de nuestra unión. Con nuestro pequeño emporio. Con certificados de ahorro, cuentas mancomunadas, cuatro tarjetas de crédito y la sociedad en el instituto. Con lo buena que está mi mujer. Y con lo enamorado que estoy de ella. ¡Qué se joda el gato! (Saca un celular del malecón y marca por memoria). Mi amor el gato no puede más que lo nuestro... Un gato no es capaz de destruir el fruto de siete noches seguidas haciendo de todo, en la parte de atrás de un carro, ¿te acuerdas? Escondidos en el garaje del instituto en construcción... Un gato no me puede impedir que disfrute de esos senos recién operados, ¿ah? Ahora más duros que nunca... Déjame hablar. Un gato no te puede alejar de esta cantera de sexo. ¿Quién te puede calentar más que yo? Yo sé cuando te pongo a millón... Tú sabes dónde me estoy imaginando ahorita que te estoy sacando los calambritos... (Jadea y sus jadeos se cortan súbitamente). ¿Y qué coño hace usted ahí Rosario?... ¿Y hoy por qué no salió temprano como todos los días? Bueno, mal hecho. Entonces no ha debido agarrar el teléfono... (Tranca). Coño, qué cagada... Qué pena con la señora de servicio... y mi mujer que no quería que nadie su-

piera lo de las tetas. De todas maneras, yo no tenía ningún motivo para ponerme así. ¿Por qué le hablé de esa forma a la señora Rosario?... ¿Con qué derecho?... (Marca). Ahora no atiende... Ay... Es que oigo la voz de mi mujer en el mensaje de la contestadora y se me caen las medias... Rosario... atienda... Rosario, soy yo, Manuel... puede atender el teléfono... Rosario, ahora sí... aló. No, era sólo para disculparme y para pedirle que por favor olvide lo que escuchó... si bueno yo sé que de todas maneras en esa casa se escucha todo... ¿Y la señora?... ¿Al cine... sola?... Ah, entiendo... Bueno dígame que ya me tomé mi tiempo... no. Espere, solo dígame que llamé pero... que así normal. Que llamé rápido, pues, que pregunté un momentico y ya... y que me llame si quiere... no... no, que me llame. Sin «si quiere»... Que llamé y que me llame. No, más nada, gracias. (Cuelga). Al cine... qué tranquilidad... bueno a lo mejor dijo eso y está casa de unas amigas llorando como una Magdalena... pensando que no la quiero. O... a lo mejor está en el cine de verdad... quién sabe... porque en casa de Devorah no puede estar... ¡Casa de Devorah! Ésa está en casa de Devorah echándose palos con sus colegas. (Marcando un número). Y yo aquí como un pendejo... Vamos atiendan... Qué van a oír si ponen la música a todo volumen y se meten en el jacuzzi. ¡No joda! Ésa está metida en el jacuzzi... Ya me la imagino, ja ja ja... Este vaso como que tiene un huequito, ya se secó otra vez. ¿Éste será el número de Devorah?... Ah, por la memoria del celular... Alpha... Devorah... Send (Pausa mientras ordena otro trago). ¿Devorah?... Manuel... Según las últimas encuestas apetecible todavía... Y cómo está mi cuerno frustrado... ¿Ah sí? ¿Solita? No... no... sólo que... bueno ella dijo que a lo mejor... Ah, ¿sí llamó? ¿Que tenía otra cosa? Sí, creo que iba al cine... Ah, ¿tú la invitaste al cine?... Que no estaba en esa... Oye (hace como que tiene interferencia y habla entrecortado), se me está acabando la pila, la batería del celular que se está yendo... te dejo... chao... chao... ¡Ay! Manuelito... yo te conozco, ya te va a dar la angus-

tía... Cálmate, respira hondo... ¿Qué me pasa? ¿Qué nos pasa a los dos? ¿Por qué lo otro para luego caer en esto? ¿Por qué la toma de potencia eterna?... ¿Qué tanto bloffing para luego bajarse con un póker de miedos? ¿Es tan importante acaso? ¿Cuál es? ¿Cuándo los dos agarran carretera no te obstinas de tanta indicadera y te paras y le das el carro?... Bueno, aplícalo igual ahora. Entrégale el volante de tu vida... ¡Hasta cuándo! ¿No será que siempre has chocado por empeñarte en manejar tú?... Bueno, siéntate del otro lado aunque sea por una vez. A lo mejor es hasta divertido. O bájate del carro... pero no sigas peleando por el volante... ¿Será eso lo que ella tanto me habla de la escuela conductista? Cuando uno está hablando de cosas tan serias y súbitamente switcha para alguna pendejada es señal de que se aflojó. Y quiere comenzar a recular... a coger el monte... a arrugar, como dicen ahora. Porque uno sabe que de aquí en adelante viene la verdad. El descorche anímico. Es aquí donde si uno es un duro, debe detenerse. Parársele enfrente al problema. Mirarlo a la cara. Perdonarse las faltas. Aún las más graves, si es que las hubo. Sentir lástima por esos seres que le hacen daño a quienes dicen amar, sólo para poder perjudicarte a ti. Perdonarlas. Y hasta desearles que les sea leve. Que la factura de la vida no les venga muy elevada. Y pensar en ti. En lo que ahora has construido. Y comenzar a deshacer la maletica. No más huidas. Pero no

de la casa... No... No más huidas de ti. Porque si no... siempre... vayas a donde vayas... si no te aclaras... vas a llevar una maleta llena de ti. Pero de lo más negativo de ti. De lo que menos te gusta de ti. Y lo primero que vas a hacer en el próximo lugar al que llegues, es desempacar tu peor yo. Y comenzar a engordarlo hasta la siguiente empacada. Hasta la próxima maletica. Una y otra vez Manuel. Otra vez Manuel. Comprométete seriamente contigo mismo. No puedes eludir el tema central. Y el tema central eres tú. Ellas también... pero tú que lo has permitido. ¿Quieres ser feliz? Decrétales... decídelo... Y verás que sucede el milagro. Verás que sí ocurre. Que pasa, como por arte de magia. (Riiiiing). Aló... (Animado). Aló... ¿Dónde estás?... ¿Yo?... Mejor... No mejor no... mucho mejor. ¿Dónde estás?... Accidentada... Claro que puedo... Pero no llores... ¿Te busco?... No, no la he desempacado... ¿Por qué?... Porque la boté, no la necesito más. ¡Ah! A propósito, te voy a buscar, pero manejas tú... No. De ahora en adelante... Sí, señora... bueno claro si tú quieres de vez en cuando manejo yo, pero por donde tú me digas... ¿dónde estás? Okey... Ya voy. Espérame... ¡Qué lindo! Gracias ¡creo que yo también esperé por ti, toda mi vida!
Manuel cuelga. Recoge el maletín. Va a salir. Se vuelve al público y en gesto o texto expresa:
Divorciarme yo...
Telón.

«La estructura familiar atípica y el fracaso histórico cultural en Venezuela»*

Sumario

Presentación p. 925

José Luis Vethencourt

* José Luis Vethencourt, «La estructura familiar atípica y el fracaso histórico cultural en Venezuela», *SIC*, N° 362, febrero 1974. Ver *supra*, pp. 344.

Presentación

Este artículo, escrito en 1974 por el eminente psiquiatra José Luis Vethencourt (ya fallecido) y publicado en la revista *SIC*, es un pequeño gran texto. Apenas tres páginas de densa escritura que para muchos investigadores e investigadoras venezolanos fue el origen de fructuosos estudios dirigidos a describir, explicar y comprender la estructura familiar predominante en Venezuela y conocer sus efectos éticos, políticos, sociales, psicosociales y psicológicos. Vethencourt no escribía mucho, pero pensaba hondo y tenía la capacidad de establecer sorprendentes relaciones entre hechos y situaciones tan naturalizados, que antes de su mirada solían ser vistos como el modo único de ver las cosas. Es bueno leerlo, pero mejor fue oírlo.

Este texto es también citado y colocado en su selección de las obras más importantes sobre el tema de la familia en Venezuela, por Alejandro Moreno Olmedo (ver *supra*, pp. 338-344) (también tocado por el agudo y bondadoso pensamiento de José Luis Vethencourt). Por eso indico aquí mis razones para haberlo elegido y pido al lector que lo lea en la sección citada.

Creo que la hipótesis planteada por Vethencourt y después trabajada por Moreno (1993, 1995, 1998, 2002), por Hurtado (1991) y por mí misma (Montero, 1979, 1986), entre otros, resalta un tipo de relación madre-hijo y madre-hija que marca la forma de ser hombre y de ser mujer en este país. Los trabajos citados han mostrado evidencias en ese sentido. Por lo tanto, para explicar el porqué de ciertos comportamientos de los hombres y las mujeres venezolanos es necesario ir a la raíz familiar que no sólo en el ámbito popular, aunque allí quizás con más fuerza, sino también en otros sectores de la sociedad, está marcada por la presencia de la madre, por la ausencia o la debilidad de la figura paterna y por patrones distintos de crianza para varones y niñas.

La intuición científica de Vethencourt plasmó con inteligente claridad, en el artículo citado, las bases para comprender mejor, desde la perspectiva afectiva, conductual, verbal, social y política a la venezolanidad y a nuestra manera de entender la identificación de género. La obra escrita de José Luis Vethencourt ameritaría ser recogida, organizada y editada para beneficio de estudiantes y de investigadores.

«Reflexiones sobre la sexualidad»*

Violeta Roffé Benarroch

Caracas, 1924. Estudia Filosofía y Letras en el Instituto Pedagógico de Caracas; en el año 1949 funda la librería Cruz del Sur, conjuntamente con Alfredo Roffé y Juan Kochen Rodríguez. Fue coeditora de la *Revista Cruz del Sur*. Colaboró en las actividades editoriales de la revista *Episteme*, del Instituto de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela. Es la autora de las obras *Reflexiones sobre la sexualidad, 1965-1967* (1971) y *Sobre la necesidad de un supuesto para la ciencias humanas y otros ensayos* (1999).**

* Violeta Roffé, «Reflexiones sobre la sexualidad», en *Sobre la necesidad de un supuesto para las ciencias humanas y otros ensayos*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Fundación Nuevo Sur, 1999, pp. 143-172.

Este ensayo se incluye por decisión de los editores.

** Información proporcionada por María Sol Kochen.

(...)

Sexualidad y humanidad

¿Por qué consideramos humanos a los seres diferenciadamente sexuales, e inhumanos —en buena parte inhumanos— a los seres intersexuales? Porque los seres diferenciadamente sexuales son los únicos seres reales —es decir, humanos—, los únicos que merecen ser llamados personas en este pavoroso mundo de la mimetización colectiva, del posesivismo y utilitarismo crecientes, de la despersonalización disgregadora y progresiva, de la enajenación sexual obsesiva...

Si ahondamos un poco, y por muy poco que ahondemos, estas características —humanas— resaltan en el ser sexualmente diferenciado, sexualmente normal: individualización, natural generosidad que es capacidad natural de posesión, centramiento en la vida, en las relaciones, en el trabajo... Seres centrados, es decir, con un centro de dirección del que emana su voluntad, siempre individualizada, siempre constructora, cualquiera que sea el nivel de su desarrollo físico o intelectual. Siempre creadores, siempre consecuentes, siempre confiados, es decir con capacidad de fe en sí mismos y en sus semejantes y en el posible progreso del mundo. Un hombre o una mujer, cuya actitud ante la vida es de exaltación, de exaltación severa y confiada de la vida, como proponía Eduardo Mallea —y no de ahincada disminución del hombre y de la vida—, cualquiera sea la tarea que la vida le proponga o él mismo se forje. Un ser con un orden, interior y físico —pese al desorden y a la injusticia circundantes—, situado en el mundo luminosamente, cualquiera sea la circunstancia personal histórica en que se levante. Incorporado a la vida, a las mutaciones vitales, a la naturaleza de la que él constituye parte definida, al orden natural en el que él se encuentra inscrito con la misma necesidad con que están inscritas las fases lunares o las rotaciones de la tierra... y todo eso lo alcanza milagrosamente el sexo, y después, sólo después multitud de circunstancias sociales y económicas, pero primero y ante todo un sexo

definido que define la calidad humana del ser, entendiendo por humano todo lo que históricamente ha llegado a serlo: lo justo, lo creador, lo generoso, lo leal, lo solidario, lo honesto... en una palabra, lo que entendemos como verdadero. Y todo lo contrario de lo igualitario, que no es jamás lo justo —que es siempre el tipo de justicia que busca imponer el injusto nato, el intersexual nato—, de lo excluyente, de lo egoísta, de lo utilitario, de lo envidioso, celoso, codicioso, posesivo en una palabra, de lo desleal, deshonesto, vanidoso, orgulloso, de lo discriminativo —intelectual, racial, social, afectivo—; en una palabra, de lo irreal y de lo falso.

Un ser con desarrollo orgánico, lógico, con progresión vital única, temporal, cíclica... Todo lo opuesto del intersexual, que es un ser mimético, acíclico, atemporal, ilógico, un ser sin historia y sin memoria, no inscrito en el tiempo más que por su pavoroso temor a la muerte, por su cobardía también nata... Un ser sin historia y sin destino. Ese ser maldito en su expresión extrema, condenado en vida, que asola hoy las urbes, pasto del cinismo, es decir, del descentramiento, de la intersexualidad. Terreno de interregno...

¿Ahondar esta concordancia entre el tipo social que hoy se levanta en todos los sitios del mundo espantando al hombre, al que lo educa, al que lo procrea, y su condición intersexual más o menos pronunciada —las evaluaciones hormonales particularmente de la proporción de hormonas masculinas y femeninas, y los exámenes morfológicos de los caracteres sexuales llamados primarios, aunque éstos no sean siempre inequívocos, habría que constituirlos en obligatorios— no pudiera ser acaso materia de investigación médica y social fecunda?

Intersexualidad y anormalidad

¿Por qué juzgamos que el intersexual es el anormal por excelencia? ¿O mejor el anormal? —entendemos que la anormalidad sexual está en la base misma de la anormalidad cuando ésta no es de origen exógeno—. Porque la sexualidad definida, aun en

los casos de seres mujeres con características acusadamente viriles, o de seres hombres con características acusadamente femeninas —seres sexualmente definidos en su sola aparente indefinición—, es siempre índice de normalidad, aunque pueda parecer paradójico.

Si observamos con suficiente atención, así sea empíricamente, los rasgos de intersexualidad, veremos cómo éstos atentan indefectiblemente contra la estabilidad del ser, contra su coherencia, contra su dirección vital, y por ende contra su sentido de responsabilidad social, moral, familiar, laboral, política, ciudadana... En otros términos, contra su capacidad de querer y ser, contra su capacidad de trabajo, contra su actuación amorosa unívoca... contra su seriedad, y el aguzado análisis de Freud sobre el chiste parece confirmarlo —especialmente cuando estos rasgos definen al ser. No ocurre así, en cambio, con las mujeres que por ser tan viriles pasan a tener características masculinas —capacidad rectora como la primordial entre ellas—, o en los hombres que por ser tan femeninos se conforman según las características netamente femeninas: la condición de ser rígido, por ejemplo, la materialidad —sin que ello entrañe relación alguna con la pasividad—, y que llegan a ser normales en medio de su anormalidad, siempre, se entiende, con las limitaciones que particularmente en el terreno de la procreación impone el conflicto entre una morfología más o menos masculina y una modalidad de ser —fundamentalmente una fisiología— femenina, y viceversa.

Pensamos que las críticas hechas a la pasividad y a la falta de iniciativa como condiciones específicamente femeninas se caen por su propio peso —aun sin irnos al terreno de lo social— cuando observamos que las mujeres singularmente femeninas son mujeres fundamentalmente activas, extrovertidas en la vida, cualquiera sea la manifestación de ésta sobre la que extroviertan su fundamental capacidad de entrega: los hijos, el arte, una profesión, la acción política... cualquier forma de actividad. No así la intersexualidad que indefina y mostrenca, que frus-

tra en su esencia toda cualidad, convirtiendo la fortaleza y el valor en cobardía y debilidad, la pasión en tibieza, indiferencia o agresividad, el amor en sentimentalismo, la dignidad en orgullo y arrogancia, el ejercicio de autoridad en despotismo —el machito y la mandona son expresiones inequívocas de indefinición sexual—, la generosidad en avaricia y codicia, la vitalidad en laxitud y flojera, la seguridad en vanidad y petulancia, la capacidad de admiración en envidia y celos amorosos intelectuales, físicos; la ductilidad en rigidez, la sinceridad en tendencia al engaño y autoengaño, la voluntad de superación en ambición, la capacidad creadora en espíritu de imitación y mimetismo, el espíritu de solidaridad en rivalidad, la organicidad lógica del pensamiento en formalismo ilógico de la inteligencia, conformando el tipo abúlico, el descentrado, el débil en el caso de los inhibidos, y el prepotente, cínico, relajado, resentido, en el caso extrovertido, cuyo aparente valor lleva siempre el signo de la traición y de la cobardía. Por desgracia, de abúlicos, de prepotentes y de resentidos está mucho más lleno el mundo que de ningún otro tipo normal de seres, sobre todo en ciertas latitudes. Así la aparente normalidad pasa a ser patológica, y la normalidad cosa de excepción. Y de allí, entendemos, la importancia que cobra la precisión acerca del origen sexual de los trastornos de conducta —de todos y no sólo de los que se expresan en actos delictivos según la ley— y la necesaria acción médica sobre ellos. Eso, si queremos que el mundo siga siendo humano, o llegue al fin a serlo, como en virtud de sus condiciones espiritualmente humanas, o sea, normalmente sexuales, lo vienen persiguiendo sin descanso los seres humanos e inhumanos a lo largo de la historia... Mientras más dejemos a la evolución —o a la involución— y a las circunstancias materiales en general, indefinir los sexos, más turbulenta y patológica se hará la vida, asolada ella misma por lo que la niega desde su raíz: la intersexualidad, o sea, la pseudovida, la atemporalidad, la enajenación desenfrenada y progresiva, la obsesión de la dominación y la muerte.

Intersexualidad y mentalidad pequeñoburguesa

Pensamos que la intersexualidad está en la base de la mentalidad pequeñoburguesa, que es su soporte biológico y psíquico. Porque creemos que más que una psicología de clase, o una mentalidad de clase, el pequeñoburguesismo —el *ismo* sustantivo por excelencia— es una pseudomentalidad, por irreal y pseudoexistente, posible de encontrarse en hombres de cualquier clase; y porque pensamos que ella es también la «pseudomentalidad» burladora, minimizadora, frustradora universal de todas las mentalidades, de todas las ideologías, llámense burguesas o proletarias, materialistas o idealistas. Porque creemos que hubo pequeñoburgueses, es decir, hombres con esa pseudomentalidad, mucho antes de que hubiera burgueses, y que ésta es una categoría biológica más que sociológica o política, ahistórica o más bien prehistórica, si entendemos por historia la era de los cambios en la naturaleza de la sociedad y en la naturaleza del hombre, capaces de hacer al hombre total y humano.

¿Por qué no prosperó el pequeñoburguesismo como mentalidad —si no ya como clase— con anterioridad al desarrollo de la sociedad burguesa? A nuestro entender porque los estamentos sociales eran particularmente delimitados y extremos, y porque aún no había rastros de conciencia social. Ni el régimen feudal permitía al siervo o al artesano acrecer su propiedad ni aclarar su conciencia, ni al esclavista posesión ni lucidez alguna al esclavo.

Así la avidez posesiva —la característica intersexual pequeñoburguesa también por excelencia— no alcanzaba a prosperar sino en el reducido ámbito de los poderosos... Sólo cuando hubo capital y salario, y después de la revolución burguesa, una primera conciencia de las diferencias sociales, comienza la más reñida lucha de la Historia: los ávidos pequeñoburgueses —ya históricos— en el seno y a la par de la propia burguesía creadora de riqueza, por expoliar más, el pequeñoburgués campesino y proletario, el intersexual proletario y campesino por tener... El pequeñoburgués campesino y proleta-

rio, decimos, porque el proletario real, el campesino real, el sexual normal, huérfano de toda riqueza —o dueño de una limitada riqueza— y, consciente entonces de la posibilidad de superación social de que lo dotara la visión burguesa y marxista del mundo, proyectaba su ansiedad de vida humana en un ideal más vasto: el de una inmensa riqueza colectiva, de la que pudieran disfrutar todos los hombres del mundo sin distingos de clase... Ese proletariado y ese campesinado que cumplen la segunda gran revolución histórica del mundo, realizando la proeza de crear un mundo socialista. La primera la habían cumplido los burgueses reales, los burgueses normales, antes de que la pequeña burguesía —la intersexualidad hecha clase— adviniera al poder y a la riqueza, y los desplazara de su gran cometido histórico, empujando aquella revolución de futuro humano a la categoría de una repartición de tierras y de un atesoramiento monopolista de riqueza.

Necesidad de una tipología del intersexual

Las tipologías ordinarias, en su mayoría, acusan características más o menos exteriores sin precisar causas biológicas exactas y sin apuntar resultantes psíquicas inequívocas. La intersexualidad, creemos que origina una gama de tipos biopsicológicos —¿o biofísicos?— con características físicas determinables, y psicológicas aún más determinadas. Esta gama de tipos varía cualitativamente hacia los extremos, en los que se convierte en su opuesto, aun antes de determinar características morfológicas superficialmente visibles. (En la mujer, en razón de su sustantividad maternal, las deformaciones suelen ser aún más graves que en el hombre. La arpia es un caso de denominación negativa que no tiene correspondiente masculino en el lenguaje.) De allí la complejidad de este fenómeno que altera las relaciones humanas hasta hacerlas irreconociblemente inhumanas, sin que haya sido precisado el grado determinante en que las altera, y las consecuencias de gradual desaparición de lo humano que ello puede traer consigo. Es decir, que una evolución biológica

o una involución, sin trabas, puede llegar a alterar el cuadro histórico humano produciendo en todo un pueblo —amén de las otras conocidas causas— fenómenos racionalmente incomprensibles como el del fascismo, y hacia adelante, involuciones imperialistas indeterminadas en sus consecuencias.

¿Qué sucede? ¿Involuciona naturalmente la mujer, más evolucionada como ser biológico de acuerdo al criterio de algunos científicos —Freud hablaba del carácter regresivo de los instintos— y evoluciona el hombre, también naturalmente, hacia la femineidad?

La función crea el órgano

Partir de este principio conduciría quizás a explicar en el campo que nos preocupa, la raíz de incomprensibles fenómenos... Cómo pueblos enteros irían adquiriendo en su evolución —involutivo-evolutiva— características morfológicas precisas, cómo se iría indeterminando el tipo físico, indiferenciado sexualmente. Desaparecerían las características físicas masculinas y femeninas por excelencia (en este punto no cabe la indistinción observada por Margaret Mead en los pueblos salvajes respecto a funciones masculinas y femeninas y a características femeninas y masculinas no físicas, porque se trata de rasgos físicos muy concretos que hemos dado en llamar convencionalmente masculinos y femeninos: voz fina, no precisamente aguda, senos normales —no precisamente exuberantes—, musculatura laxa, cadera ancha, levedad ósea, vellosidad normal no indiferenciada, en el caso de la mujer —y las opuestas en el caso del hombre—, y quedarían rasgos indeterminadamente masculinos o femeninos...); así, sajones, en especial alemanes, orientales, en especial japoneses..., por ejemplo, con matices diferentes determinados por diversos grados de fortaleza física, vitalidad, diferentes condiciones de alimentación, de clima, etc..., pero con características de indiferenciación similares —mayores o menores también según la antigüedad de pueblos y razas—, darían como modalidad históri-

ca vital desenfrenados instintos de dominio —imperialismos, en otras palabras— o apagadas inercias, laxitudes más o menos totales, como las del fenómeno nórdico donde la indiferenciación, más extrema, determina un tipo sin otra impulsividad que la de una mente funcionando sobre un morbo básico... Y nos preguntamos: Grecia, Roma, una, cuna de las más altas expresiones de la ciencia y el arte, la otra expresión última del Imperio y del Derecho, ¿no darían motivo por sí solas para una extensa reflexión?

La justicia inmanente

Un hombre sexualmente diferenciado es siempre un hombre justo. Cabe pues hablar de una justicia inmanente a la naturaleza humana, a la que hemos dado en llamar humana como típica de personas sexualmente diferenciadas. Y de una injusticia histórica, surgida de unas condiciones históricas —instrumentos desarrollados de producción— en manos de intersexuales, de hombres innatamente injustos. Y de la acumulación de poder consiguiente que subyuga a justos e injustos al llevarlos a la categoría de explotados. Pero insistimos, lo que pensamos se encuentra en la base de ese poder, lo que creemos lo hace posible, es el instinto —no la voluntad— de dominio, el instinto de extorsión, la avidez insaciable del intersexual, su prepotencia, su posesivismo dominante, despótico, explotador, ilimitadamente ávido, desenfrenadamente posesivo... El mismo que comenzando en la mera avidez sexual, y en el nuevorriquismo pequenoburgués, termina en la paranoia —posesivismo, prepotencia atemporal—, locura individual, y en el imperialismo con su modalidad extrema fascista —posesivismo, despotismo atemporales—, locura colectiva.

Responsabilidad moral y libertad

¿Cómo quedan la responsabilidad moral y la libertad, en este cuadro de determinaciones sexuales inminentes? ¿En esta versión de una sexualidad diferenciada en la base de la ética, de los valores

humanos? Parece sencillo deducirlo... La responsabilidad —¿culpa?— de la maldad, del engaño, de la traición, de la capacidad de destrucción... quedarían libradas al grado de conciencia con que se ejerzan. Que hay malignidades, engaños, traiciones, destrucciones inconscientes —instintivas e inculpables—, y maldades, traiciones, engaños, destrucciones conscientes, normadas por altísimas inteligencias, instintivas y decididamente culpables... Instintividades angélicas, e instintividades satánicas... Beatitudes angélicas, y beatitudes —cinismos intersexuales, infantilismos intersexuales— pavorosas y definitivamente diabólicas.

¿Y la libertad? ¿Y la enajenación? Determinada por la normalidad... Enajenada por la intersexualidad... Infinita una en la infinitud creadora y unitiva de la sexualidad diferenciada; limitada y estéril la otra en las disminuciones ahincadas, en el espejismo alucinante, en la pasión posesiva y destructora de la intersexualidad enajenante...

Intersexualidad y sectarismo.

Algunas implicaciones políticas y filosóficas del problema

Particularidad del sectario es posesionarse de todo. Hasta de la razón, que nunca ha sido de nadie. Y sobre todo de la razón, como de un pendón vacío, pero siempre exhibible a la hora del torneo que es su hora de vivir, su hora de ser... Porque el sectario es posesivo, nunca poseedor, y vano, porque vive de irrealidad.

Esclarecer esta relación es cosa que nos preocupa, porque el áspero tropiezo político, el doliente tropiezo humano, y hasta el tropiezo divino, quizás, no sean en su último origen sino obra del sectarismo, de lo que nombramos individualismo, apuntando a una consecuencia y olvidando una causa. Obra del hacha que llamaba León Felipe:

... y el hacha cae ciega,
 incansable y vengativa
 sobre todo lo que se congrega
 y se prolonga:

sobre la gavilla
 y el manojo,
 sobre la espiga y el racimo,
 sobre la flor y la raíz,
 sobre el grano y la simiente,
 y sobre el polvo mismo
 del grano y la simiente.
 Un hacha que cae siempre,
 siempre,
 siempre,
 implacable y sin descanso,
 sobre cualquier humilde ligazón:
 sobre dos plegarias que se funden,
 sobre dos herramientas que se enlazan,
 sobre dos manos que se estrechan.
 La consigna es el corte,
 el corte,
 el corte,
 el corte hasta llegar al polvo,
 hasta llegar al átomo...

Posesivismo, que no posesión. Absorción excluyente, digestiva, deglutante, la manera de no poseer el sectario. Porque no hay otra posesión real que la de la reacción, que la del amor. Y el sectario no ama, ni crea. Porque no une, ni incorpora, ni se incorpora, ni al hombre, ni a las cosas, ni a Dios, sino que excluye y escinde y segrega. Hasta a los suyos, a los que él llama suyos mientras son su reflejo, y tanto le son ajenos... dentro del clan familiar, dentro de su partido, dentro de su avanzada..., dentro de su país, en el propio mundo de Dios, y si todavía aún cupiera, en la órbita planetaria a los marcianos por otros, por tan intangibles, por tan inimaginables. Y así vive en el mundo que él nombra su mundo, deshaciendo la vida, el hacer, el soñar... En un mundo de propiedades crecientes, nunca de posesión, en un mundo de derechos nunca suficientes, jamás de conjunción. En un mundo irreal que borra el mundo, que niega el ser limitando a todo ser. A quien limita y a quien se limita. A quien rechaza y a quien se rechaza.

Obra de segregación la suya. Pavorosamente discriminatoria aunque se revista de aparente comprensión. Porque su comprensión, a lo sumo sí es piadosa conmiseración desde arriba, desde las alturas lúcidas de la inteligencia u omnímodas del poder. Obra del satánico orgullo que llamara Dios. Obra infecunda de irredenta destrucción.

Sectarismo e historia

El sectario, por posesivo, carece de sentido histórico. Vive exclusivamente de y en el presente. El presente lo absorbe, lo somete; lo esclaviza, lo enajena. Vive al día, sin memoria ni recuerdos. Por eso miente con extrema facilidad. Sabiéndolo y sin saberlo, afirmando como real un falso instante con principio y término en sí mismo, sin raíces en el tiempo ni secuencias con el porvenir. Distorsionando la realidad, violentándola, mutilándola... En un mundo de mentiras del que él es el primer poseso. Poseso de una hora, de un minuto... del tiempo justo que necesita una mentira para cumplir su mísero destino.

Por eso le es tan fácil entender la realidad y hacerla a su manera... Ignorando causas, omitiendo efectos... Deteniendo el tiempo en la duración exacta de una veloz burbuja, de un juicio incommovible, de un cartabón efímero... Por eso no vive, sino que se consume de su propio engaño, ni sabe de lo que transcurre, ni alcanza nunca a prever. Ni siquiera sus propios actos, menos sus consecuencias... Está comenzando siempre. No sabe de su vanidad. No llega a madurar nunca.

Vive en los límites de su mundo. De un mundo que le pertenece posesiva, implacablemente. De un mundo sin historia y sin destino. No reconoce pasado ni acepta mérito en él. A lo sumo, lastre contra el que ir. Lastre para borrar. Vive y muere en función de un *anti*, siempre inmerso en un *ismo*: el nefasto del capital o el más noble del trabajo; el más puro del ideal, o el más basto de la materia; el infinito de Dios o el limitado del hombre. Porque él mismo es hombre sólo de alternativas, dilemático en esencia,

juez como consecuencia. Y somete a la prisión de su vida o expulsa inmisericordemente. No hay salvación con él. O se acepta su tiranía, o nos destierra de sí, de su desamor y de su localidad, de su doctrina y de su fe..., tránsfugas de su condenación, vestales de su dicerio.

Igualdad e igualitarismo

Característica del sectario es también su afán igualitario. Escudándose tras un aparente afán de justicia, el sectario busca implantar una realidad de raseros. Y nada le conviene más para ello que una falsa, a rajatabla, noción de igualdad. Su noción. La que le crea su propia, indeclinable posesividad, su ambición de poseerlo todo, y cuando ello no es posible, la de no permitir que los demás posean. Trátese de genio o de virtud, de autoridad o de amor. Una vil manera de hacerse a las cosas, de nivelarse con los otros, pero una manera al fin. Su propia manera. Su sectaria manera. Su igualitaria manera. Una manera que no entiende cuán lejos lo coloca su igualitarismo de una igualdad real, cuán lejos por tanto de una unidad real sus procedimientos arrasadores de toda diferencia, desconocedores de todo mérito, negadores de toda particularidad. Por eso niega —Judas al fin— toda jerarquía natural —razón tenía Heine cuando acusaba a los hombres de ser capaces de perdonarlo todo, todo menos el genio—, o las adquiridas de la autoridad y la madurez. Porque su ambición es excluyente, excluyente de talentos, excluyente de generaciones, de todo cuanto lo perturbe en su afán igualitario de tasar y de surgir... ¡Qué lejos en su miseria de aquella gran igualdad del Rousseau vivo que llamara Della Volpe, de aquel Rousseau que trascendiendo la iluminada revolución burguesa, un día se da la mano con el verdadero pensamiento socialista!

Decía Rousseau: «la racionalidad de una igualdad consiste en una proporcionalidad universal de desigualdades». Su libertad igualitaria significaba el derecho de cualquier ser humano al reconocimiento social de sus aptitudes personales. Era la instancia

estrictamente democrática del mérito. O sea, el concepto de una sociedad donde imperara la igualdad, no la nivelación, no el igualitarismo... Constituida de modo que pudiera realizar en sí, y para sí misma, un tipo de igualdad y de justicia resuelta en una proporcionalidad universal de diferencias sociales y de diferencias personales de mérito, fuerza, talento... Y decía Marx: «todo derecho consiste en la aplicación de una regla igual a hombres diferentes... En consecuencia, el igual derecho equivale a una violación de igualdad, a una injusticia...». Y aun en otras palabras: «de cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad...». ¡Qué distante en su miseria —repetimos—, la arrasadora nivelación del sectario, su amargo y furioso igualitarismo a ultranza, su impotente negación de toda singularidad...!

Sectarismo y revolución

La vida del sectario es siempre un quiste en la vida de la revolución. Más o menos maligno en la medida de su ambición, en la medida de su posesividad, en la medida también de su inteligencia y de su falsa pasión. Las fronteras duramente delimitadas de sus amores —nunca de un desconocido amor—, de su nación —nunca de una ignota región—, jamás coinciden con el infinito límite de la revolución. Porque ésta no admite personalización, ni tiene rostro propio tajable en carne ajena. Porque su instrumento es el hacha, más preciada mientras más filosa, no alcanza jamás a perfilar un rostro humano, un rostro real. Apenas sirve para desgarrar, para hender, para deshacer. Su obra es nocturna, como nocturnas son sus ansiedades y sus apatencias.

¿Cómo dar vida sin tenerla? ¿Cómo alumbrar verdad si se es mentira? ¿A qué cambiar el mundo para sí? Por eso su impulso no culmina ni fecunda, sino que desmaya siempre, al comienzo o al fin, sin más consecuencias que la del deseo, sin más lógica que la del placer. Cualesquiera sean sus manifestaciones: una obsesión de quehacer, una obsesión de vivir, o una obsesión de poder. Todas cuadran mientras cuadren con el propio ser.

Por eso su acción aleja toda esperanza y cierra todo esperar. Es, siempre, una acción maldita, para un mundo sombrío:

el mundo del desgaje,
 de la desmembración y la discordia,
 de las separaciones enemigas,
 de las dicotomías incesables,
 el mundo del hachazo.

Sectarismo e ideología

La relación más aparente que surge a propósito del sectarismo es su relación con la ideología. Quizás porque lo más común sea adquirir una ideología, y volverse sectario, insensiblemente, indefectiblemente sectario. Sin embargo, ha habido hombres a todo lo largo de la historia, resistentes a su propia formación de clase, a su propia ideología, o dentro de ella, inmunes al nefasto vicio sectario. ¿Cómo explicarse este fenómeno que no alcanza a explicar el exacto refrán de «la excepción hace la regla»? ¿Por qué ciertos hombres en todos los tiempos resistieron a la tentación de convertirse en crueles explotadores de otros hombres aun cuando la realidad o la fortuna los hiciera dueños de infinitos instrumentos de producción, aptos para esclavizar y para esclavizarse en la esclavización? ¿Y por qué se levantaron, pudieron levantarse por sobre sus límites «ideológicos», «sectarios» esclavistas libertadores de esclavos, burgueses liberadores de obreros, feudales redentores de siervos, por sobre su propia ideología de clase?

Parecería que la adquisición de una nueva conciencia, de una nueva ideología, no bastara a explicarlo. Porque han existido siempre sectarios sin ideología, e ideólogos sin sectarismo. Siempre. Mucho antes de que tuviéramos conciencia social e ideología «consciente» de clase... Porque no sólo Espartaco, esclavo, levantó su rebeldía frente a la esclavización, sino también Graco, el patricio poderoso cuyas necesidades estaban bien a cubierto para moverlo a una decisión de justicia... Y también el Quijote, el caballero andante émulo de tantos otros caballeros, cuya existencia estaba confortablemente asegura-

da, aunque sólo fuese en la mente de su inmenso creador; y Simón Bolívar, y Roberto Owen, y tanta otra gente en el tiempo, sin que su condición de clase fuese la más llamada a dictarles cruzadas y guerras redentoras.

¿Qué podría explicarlo acaso, sino diferencias entre los propios hombres, diferencias constitutivas, de temperamento, para hablar en términos psicológicos, inclinaciones posesivas, sectarias, absorbentes, discriminatorias, sojuzgadoras, que al contacto con una realidad social que facilita la absorción, el sojuzgamiento, la posesividad, la discriminación... absorben, sojuzgan, expropian, discriminan?

¿Hacia qué explicación quisiéramos señalar con esta afirmación? Hacia una explicación aún más radical que la social, previa y posterior a la social; la de que el problema de la escisión del mundo y de los hombres —y decíamos escisión, no división—, escisión degeneradora y antihumana, por antitotal en todos los órdenes: humano, nacional, partidista, familiar, es un mal que proviene de la biología, que está enclavado en la perturbada biología de los hombres tanto como en su mente y que la conciencia apenas si alcanza a revelarnos una realidad social cuya verdad llegamos a hacer nuestra —entrañablemente nuestra, no intelectualmente ajena— sólo por un mandato interior de armonía, de equidad... por una necesidad inmanente de justicia, surgida de nuestro propio ser. Así de entrañable, de textualmente entrañable encontramos que es el problema del sectarismo y del no-sectarismo, de la unidad y de la escisión entre los hombres.

Y que hay una profunda, inequívoca conexión entre nuestro posesivismo sectario y nuestro mayor o menor grado de equilibrio orgánico. Sólo después la ideología refuerza la indomitable desviación posesiva de los desequilibrados, o acrece el real impulso unitivo de los normales...; extiende la perversa inclinación posesiva del plano de seres y cosas hasta ideas y razón..., o enriquece, multiplicando, la posesión verdadera que es unificación, incorporación entrañable y total al orden del mundo.

Sectarismo ideológico

Insistiremos en el aspecto ideológico del sectarismo, para diferenciarlo del que aludimos como sectarismo biológico.

Entendemos que el sectarismo ideológico, más que una deformación producto a su vez de una actitud sectaria, de una mentalidad sectaria, corpórea, biológica, proviene casi siempre de una mala información o de una falta de raíces... Así, muchas, infinitas veces en la vida diaria y en la no diaria, somos sectarios ingenuos, sectarios inconscientes, sectarios sin saberlo, sectarios inculpables por lo tanto. No por eso menos subjetivos e injustos, pero al menos inculpables... Y la razón es simple, o mejor compleja y simple. Compleja porque nuestra falta de pensamiento orgánico, es decir histórico, es decir lógico, es decir universal, tiene también en múltiples, infinitos casos, dolorosas raíces históricas... Raíces desgarradas por la profunda, histórica desigualdad social, las cuales a su vez nos desprenden y desgarran, desamparadamente, del pensamiento histórico, para sumirnos en el más profundo desamparo de la ausencia total de pensamiento, o en el amparo menguado de un pensamiento que desconoce sus antiguas y amparadas raíces... Y simple, porque a veces, muchas, incontables veces, nuestro ingenuo sectarismo proviene de un conocimiento huérfano, asaz limitado de la realidad.

De las causas complejas poco podemos ampararnos... Porque ¿quién rehace la Historia?, ¿quién nos liga a un pasado que ha roto con nosotros, sumiéndonos en la desheredad y el desamparo? ¿Desgarrando raíces? ¿Impidiendo procesos? ¿Negando desarrollos?... Pero de las causas más simples sí que habría que ampararse... Yendo hacia las fuentes, hurgando por nosotros mismos esa contrastada información que otros sectarios ingenuos, en buen caso, y otros, pero no de los ingenuos, en mal caso, intentan buenamente o malamente negarnos.

Así, pensamos, hay que estar en guardia... E informarse. Y contrastar lo que el sectario ingenuo, por ingenio, nos dice, librándonos desamparadamente

al sectarismo, y lo que el sectario biológico, consciente o inconsciente de su decidida cerrazón y de su mala intención, de un modo u otro busca asiduamente imponernos. Eso, si no somos biológicos sectarios, sino de los otros, de los más ingenuos, de los menos culpables. Porque si lo fuéramos, nada sino la más cerrada sinrazón logrará convencernos; que por algo, grande y buena parte de la propaganda —y cuanto se nos dice o enseña es propaganda— está hecha por sectarios, para sectarios y a la medida de sectarios... Que así de sectaria, de ingenua, biológicamente sectaria, transcurre en el correr del tiempo nuestra huérfana y desamparada vida.

El engañoso nosotros

En las notas anteriores nos hemos referido al sectarismo como causa y al individualismo como efecto. Aludimos en ellas al carácter constitutivo biológico, del sectarismo —intentando esbozar una tipología del sectario—, y al individualismo como una de las tantas proyecciones de la tipología sectaria. Porque puede resultar contradictoria esta afirmación para la inversa idea que tenemos del sectarismo como proyección del individualismo, vamos a intentar precisarla.

Pensamos que el individualismo es un rasgo del carácter sectario. Y decimos carácter, insistiendo en el aspecto fundamentalmente constitutivo, temperamental, de éste. Porque el sectario nace, no se hace. A lo sumo sí acrece su sectarismo en circunstancias sectarizantes. Y generalmente lo acrece, porque sectarizantes son casi todas las circunstancias en que vivimos en cuanto provienen de sectarios... Porque lo que más puebla el mundo son los sectarios; así de cerrado y de sectario es el círculo vicioso en que nos encontramos encerrados al querer ser, al querer vivir, al querer actuar.

¿Por qué es individualista el sectario? Porque su mundo empieza y termina en él mismo, o en lo que de alguna manera es él mismo, carne de su carne o sangre de su sangre en el mundo herencial, mente de su mente en el mundo de los pensamientos y de

las ideas, parte de su partido o de su grupo en el orden del politicismo, ese otro *ismo* abrumador en el orden de la acción... Así va llevando el sectario su sectarismo, proyectando su individualismo de realidad en realidad, acreciéndolo siempre, haciéndolo cada vez más funesto mientras más amplió el ámbito de sus poderes... Y así llega también a nosotros, al engañoso nosotros, apenas para encubrir su enteco yoísmo, su plural narcisismo, su fantasmal individualismo... A ese nosotros que está tan lejos de ser la bienaventurada proyección de un común hacer, de un común vivir, de un común pensar. Que es todo lo imaginable menos comunión, menos conjunción, menos integración en ninguna y a ninguna realidad. Que es siempre, y en el mejor de los casos, compinchería. Compinchería de dos, de tres, o de muchos...; igual da que establezca su tiránico dominio en el ámbito del matrimonio, o en el ámbito de la familia, o en el ámbito de una organización, cualquiera sea la índole, el rango o la clase de ésta: clan, sociedad, partido, gobierno... Siempre y fatalmente será un mancomunarse para la compinchería, para la complicidad en la debilidad o en la fuerza, para la capachería, dicho en lenguaje más vulgar. Porque la compinchería es siempre jactanciosa —pequeño-burguesa—, séase o no pequeñoburgués según las técnicas clasificaciones de clase, siempre sectaria, siempre dominante, siempre enajenante...; y porque despotismo, jactancia, echonería, más o menos sutiles, más o menos encubiertos, son su común y permanente denominador... Su denominador único, capachero, encompinchado. Siempre la nefasta proyección de un enteco y engreído yoísmo en «el otro» o en «los otros», compinches o engañados por la magia hechizadora del excluyente y engañoso nosotros.

La raíz de los prejuicios

Prejuizar, desconfiando siempre, es otra característica del sectario. Quizá una de las infalibles. En el fondo, otra manera de mentir, de arrojar cieno y miseria sobre la realidad... Nada complace más al

sectario que cazar gazapos, que adivinar posibles fallas, «lamentables» errores, pobres limitaciones en la conducta de los demás. Nada más morbosamente satisfactorio, sutilmente sádico que minimizarlos, destruirlos, maligna o chistosamente, infantil o cínicamente, sutil o bastamente, como única manera de aquietar su resentimiento, de aplacar sus celos y su envidia, de complacer su frustración y su odio... Y ésta es la vía como a nuestro entender logran asentarse tan firme y nefastamente los prejuicios. Donde hay base, materia apta y morbosa para que crezcan y se afiancen en la mente y el cuerpo del hombre, allí crecen y se afianzan los prejuicios, afirmándose a través de los hombres y de los tiempos.

Porque si no, ¿de dónde habrían nacido los primeros prejuicios, de qué raíz oculta arrancaría su sombrío y poderoso ramaje, entenebrecedor tan eficaz de toda perspectiva humana?

Siempre hemos creído que del morbo sexual, de la capacidad de discriminación racial, social, intelectual..., asentadas todas en un menguado equilibrio orgánico. De allí la relación directa, directísima que encontramos entre morbo y pecado, entre discriminación y sadismo, entre sectarismo y fascismo.

Escojamos una sola de esas relaciones y reflexionemos sobre ella. Por ejemplo, una de las más notorias: la relación entre morbo y pecado.

La noción de pecado —como tantas otras nociones originales de la religión— encuentra en nuestro mundo renovada vigencia. Pero ésta, particularmente. Quizás porque las modernas teorías psicológicas la hayan actualizado hasta un extremo en extremo perturbador, aun para los laicos, al ligarla cada vez más a la noción de culpa, a la culpa neurótica, a la neurosis culpable. Porque hay una neurosis propiamente inconsciente, y otra neurosis decididamente culpable, es decir, consciente, a medias o del todo.

¿De dónde la culpa y el pecado? A nuestro entender, del puro morbo. De la morbosidad culpable, complacida y extenuante, siempre una y siempre renovada. Ávida por esencia, insaciable por mandato y por designio de un determinismo fatal e inexo-

nable... ¿Por qué si no, y acaso, la culpa y el pecado sobre todo y predominantemente sexuales?...

Un ser normal, para quien las realizaciones sexuales son en esencia «gratificación», es decir, entrega y comunicación en términos usuales, íntima y total relación cósmica al decir de Lawrence, corporeidad de la totalidad en una unificación particularmente total y avasallante, no conserva jamás de ésta asomos de pecado. Y menos un ser religioso para quien la unión —sobre todo religiosa— santifica de por sí esa relación. Lo conservan los seres anormales o seminormales, que las viven anormal o subnormalmente.

No entraremos a enumerar las múltiples manifestaciones de anormalidad sexual, fuente entre las primordiales de anormalidad, ni los múltiples estados intersexuales, ni los infinitos complejos sexuales analizados exhaustivamente por el psicoanálisis... Apenas si queremos poner de relieve la relación directa, directísima, estrictamente biológica en su raíz, entre el morbo y el pecado.

El morbo —anormalidad sexual— determina una distorsionada y quebrada manera de vivir la sexualidad. Esta distorsión se manifiesta en avidez, en insaciabilidad inexorables. El hábito —vicio en este caso— determina a su vez el mórbido placer que luego ya se busca consciente y culpablemente... Aparece la culpa, la neurótica culpa... El pecado... la imborrable sensación culpable ante Dios y ante uno mismo... La irremisible y abismada perdición en los infiernos abismales del pecado.

Sectarismo y fascismo

Del sectarismo al fascismo no hay más que un paso. El mismo breve paso que media entre una realidad seminormal y otra totalmente anormal.

En su expresión más extrema el fascismo es discriminación y sadismo. En sus expresiones más extremas el sectarismo es diferenciación sectaria e indiferencia o resentimiento sectarios. O sea, también discriminación y sadismo, pero con un contenido más afectivo e ideológico que violentamente material.

Cuando el sectario hace diferencias entre las personas, o entre los grupos sociales, o entre los partidos, diferencias manifiestamente excluyentes y subjetivas, está discriminando. Cuando el fascista discrimina pueblos, discrimina razas, está discriminando atrocemente. Son apenas matices distintos de una misma actitud esencialmente violatoria de la dignidad humana.

Cuando el sectario se muestra glacialmente indiferente con todo lo que no le atañe como individuo o como grupo —familiar, social, político...— lastima, desgarrar la sensibilidad de los otros individuos o grupos. Al imponer su ignorancia de toda presencia ajena, es también sádico. Violenta, aunque no llegue al asesinato como el fascista; lleva en sí la semilla del odio que es el desamor, y si es un frustrado, la de la venganza que es resentimiento y envidia.

El psicólogo o biofísico —como él se autodenomina— Wilhelm Reich, en su *Análisis del carácter* describe un fenómeno de particular importancia para comprender las raíces últimas del fascismo: lo que él llama «la plaga emocional», más destructiva según su criterio que millares de cañones. Según Reich, la plaga emocional es una biopatía crónica del organismo. Aparece con las primeras represiones de impulsos instintivos, y termina por convertirse en una verdadera epidemia que ha atormentado a los pueblos de la tierra durante millares de años, y cuya manifestación a diferencia de las epidemias físicas, por llamarlas de algún modo, se da en el vivir social. En determinadas circunstancias, como cualquier otra plaga, «la plaga emocional asume las dimensiones de una pandemia en forma de una gigantesca irrupción de sadismo y criminalidad, tal como la Inquisición católica en la Edad Media, o el fascismo internacional de nuestros días...».

Según Reich, en la reacción natural del carácter sano, motivo, acción y objetivo forman una unidad orgánica. En el ser afectado por la plaga emocional (inhibición, impotencia —anormalidad en una palabra— de sus mecanismos instintivos, predominantemente sexuales), la acción y la razón dada para

ella nunca son congruentes. El verdadero motivo siempre se encubre y se lo reemplaza por un motivo aparente. De allí la posición firmemente defendida y racionalizada del individuo afectado.

El individuo sano no tratará de imponer a nadie su manera de vivir; el que sufre la plaga impone a los demás por la fuerza su manera de vivir. Sus demandas vitales no se las plantea a sí mismo sino primariamente, y por sobre todo, al ambiente que lo rodea. No tolera opiniones que amenacen su coraza, o que pongan de manifiesto sus motivos irracionales.

El individuo sano lucha de manera racional para conservar su manera de vivir. El individuo aquejado de la plaga emocional lucha contra otras formas de vida aunque éstas no lleguen a afectarlo. El motivo de su lucha es la provocación que otras formas de vida representan por el hecho de su mera existencia; exprésese esa lucha en forma de guerra sádica, o de difamación de personas o grupos, amigos o enemigos.

¿No es acaso también ésta la manera de conducirse el sectario, la esencia de la llamada técnicamente «personalidad autoritaria»?

Crueldad y sadismo

De la crueldad al sadismo, pensamos, hay un limpio salto cualitativo.

Decía José Bergamín: «la crueldad es condición ineludible de la belleza, porque lo es de limpia sensibilidad: de la inteligencia». El sadismo, en tanto, va ligado a la sordidez, a la perversidad, el inhumano hedor de gigantescos hornos crematorios, a sangre linchada, a miembros torturados, a manos cortadas, a cuerpos pisoteados y pateados.

Entre la crueldad y el sadismo hay la distancia que media entre el coraje limpio y la cobardía alevosa, entre lo oculto y lo revelado, entre la herida pura y la herida sinuosa, entre un destino ineludiblemente recto y un destino inexorablemente trastrocado... Entre el temor y la inseguridad diáfanas, y la envidia y la codicia turbulentas... Entre la inseguridad

y el temor racionales, y la desconfianza y el odio irracionales.

La crueldad es consecuente, orgánica, lúcida. El sadismo —sutil o violento—, inorgánico, ciego. Aunque linde con la beatitud, salta el umbral de la locura, destruye dones, envenena almas, descarga golpes insaciables, roba furtivamente, vende por treinta dineros, mira oblicuamente y asesina oblicuamente por la espalda.

Quizás sí la crueldad sea hormonal y el sadismo celular, cromosómico, básico, sustantivo... Sí la crueldad sea lábil, mientras el sadismo mire sin mirada, indisolublemente, desde la oscuridad ennegrecida y yerma de un oscuro y recóndito tejido, desde el ámbito implacable y entrañado de una célula bifronte y perdida. Sí la crueldad realice una extrema forma de justicia de un hombre entero y ansiosamente libre, y el sadismo la instintividad retaliada y vesánica de un hombre para siempre alienado... Sí la crueldad al fin libere y el sadismo raigalmente enajene... Sí la crueldad escalpele y la perversidad disecte... Sí la crueldad excave fino la verdad de la vida, y el sadismo la extenué... Sí la crueldad exaspere los humanos conflictos a fin de resolverlos y el sadismo los mantenga a fin de perpetuarlos.

Y sí un hombre humanamente cruel en un mundo infernalmente sádico sea la estética humana respuesta a un sórdido, antiestético mundo inhumano.

Crear enemigos

Crear, buscar enemigos, es siempre característico de la reacción. No por nada sociólogos, psicólogos, antropólogos de nuestros días señalan esta cualidad o descualidad, depende de cómo la entendamos, como característica de la personalidad autoritaria —medrosa en último término— que traba y asola inconmensurablemente las fluencias y mecanismos sociales.

Dicen los teóricos de la personalidad autoritaria (entre ellos Adorno):

...al lado de los factores que nos hacen pensar en nuestra época como una época de cambio

y de liberación, existen factores que traban en contra, que se oponen al cambio y defienden las viejas estructuras. Generalmente son los factores de primer plano porque se manifiestan como resistencias que hay que vencer o enfermedades que hay que curar. En la corriente acelerada de la transformación social vemos un mundo dividido por facciones encontradas donde la búsqueda de enemigos y la preocupación por las fronteras parece ser una necesidad de los hombres y de los grupos para afirmar la medrosa imagen que tienen de sí mismos. Por lo tanto, es de positivo valor en estos momentos indagar en los procesos o tendencias que llevan a discriminar, odiar y perseguir a las minorías, a los débiles o a los simplemente diferentes....

Buscar enemigos. Crearlos donde no existen. Levantarlos de la nada para protegernos en la magia evanescente y todopoderosa de un *ismo* engañoso y redentor. Socavar la confianza. Idealizar lo propio, defenderlo de manera acorazada y excluyente. Desconfiar a todas manos, y desvalorizar lo ajeno a todo trance. Prejujgar. Sectarizar la realidad, promover enemigos como se promueven empresas por medio de aparatosas campañas de publicidad. Promoverlos, como si faltara el aire cuando faltan contendores múltiples a los que oponernos, a los que derrotar para al fin gustar la amarga, melancólica alegría de la victoria, del vencimiento sobre algo o sobre alguien, que nos afirme en nuestra pobre indecisión, en nuestra íngrima seguridad, en nuestra mísera frustración... ¿Sí no, «por qué persisten unos en la lucha por la libertad que es monótona y terrible, y otros apostasían de la humanidad por un cerrado dogmatismo»? ¿Y no es acaso ésta la esencia de lo que tenebrosamente llamamos reacción? ¿Oscuridad en todos los terrenos, desde el más pacatamente moral hasta el más agresivamente político y social? ¿Y no es acaso también ésta una explicación de la agresividad reaccionaria, sorda y desafiante en que transcurre la vida política de nuestros días?

Pero esto lo han dicho ya sobradamente los poetas.
Hable si no Rafael Cadenas en «Combate»:

Estoy frente a mi adversario.

Lo miro, cuento la distancia entre él y yo, doy un
salto. Con mi mano abierta en sable lo cruzo, lo

corto, lo derribo, rápidamente. Veo su traje en
el suelo, las manchas de sangre, la huella de las
caídas: él no está por ninguna parte y yo me de-
sespero.

